EL JUICIO FINAL DE CARL



MATT DINNIMAN

EL JUICIO FINAL DE CARL

MATT DINNIMAN

Traducción de David Tejera Expósito
Galeradas revisadas por Antonio Torrubia

NOVA

Cuando agarras a un gato por la cola, aprendes cosas que no se pueden aprender de otra manera.

MARK TWAIN

1



BIENVENIDO, MAZMORRERO, AL TERCER PISO

EL PISO ANTERIOR SE DERRUMBARÁ DENTRO DE 3 HORAS y 35 MINUTOS

Nos teletransportamos directos desde el camerino hasta un pasillo largo y dorado que se parecía mucho al primero que habíamos visto en la mazmorra.

—¡Mira, Carl! ¡Estamos fuera! —dijo Dónut, que alzó la vista al cielo. Junto a ella, Mongo graznó con inseguridad.

Sí que había un cielo negro y moteado de estrellas sobre nosotros. Destacaba en él una nebulosa colorida que se parecía a la de la imagen de fondo en el plató de Odette.

El ambiente seguía estando estancado. Saqué el tirachinas, apunté hacia las estrellas y disparé.

Plic. Como era de esperar, la piedra rebotó en el techo, a poco menos de ocho metros de altura.

—Es una ilusión —dije—. Como en ese centro comercial de Las Vegas. Te hacen creer que estás al aire libre, pero en realidad no lo estás.

—Pues qué decepción —dijo Dónut.

Las paredes y el suelo estaban conformadas por ladrillos dorados. Una alfombra roja y de aspecto lujoso llevaba hasta una puerta muy familiar que se encontraba al fondo del pasillo. Cuando nos acercamos, la puerta se abrió sola. Una figura alta salió al exterior y los tres nos paramos en seco.

Un hombre guapo, joven y de buena complexión que llevaba un esmoquin nos esperaba bajo el umbral. Tenía la piel de un tono gris oscuro y un par de cuernos demoniacos y pequeños le sobresalían en la frente. Era más o menos de mi altura, con un cabello largo y canoso que llevaba recogido en una cola de caballo. Una cola aserrada le sobresalía por la parte de atrás del esmoquin, y tenía un par de alas negras parecidas a las de un murciélago replegadas con firmeza a la espalda.

—Hola, Mordecai —dije sin dejar de examinar su nuevo aspecto—. Joder, tío. Estás buenísimo.

—Guau —dijo Dónut mientras lo miraba de arriba abajo—. A ti no te echaría de la cama aunque comieses galletas en ella.

Hasta el típico graznido de Mongo sonó con cierto deje de sorpresa.

> Mordecai. Íncubo. Nivel 50.
> Maestro gremial de esta sede.
> Se trata de un PNJ no combatiente.
> Los íncubos, también conocidos como los Gigachad de la Ciudad Epigea, son la contrapartida masculina de las infames súcubos. Estas criaturas tranquilas, seductoras y que terminan por ser letales destacan por su buena apariencia, encanto irresistible y pies sensuales. Solo se encuentran en los pisos urbanos de la mazmorra. Les dan toda una nueva dimensión a los rollos de una noche.

—Princesa Dónut, Carl, pequeño Mongo, bienvenidos al tercer piso. Los pisos de entrenamiento han terminado. Ahora darán comienzo de verdad los juegos —dijo Mordecai, que hizo una leve reverencia. Hasta tenía la voz algo más grave. Nos hizo señas para que entrásemos.

Lo hicimos, y la puerta se cerró a nuestro paso.

—¿Pisos de entrenamiento? —pregunté—. Me cago en Dios. ¿A eso lo llamáis pisos de entrenamiento?

—Fiu. Menos mal —dijo Mordecai cuando se cerró la puerta. Se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata, para luego desabrocharse los tres primeros botones de la camisa. La chaqueta era rara, con unas hendiduras alargadas en la parte de atrás para meter las alas

—. Qué ganas tenía de que llegarais. Llevo tres horas esperándoos con esto puesto. Odio vestir de etiqueta.

—La entrevista se alargó más de lo que esperábamos —comenté —. Supongo que los espectadores no están viendo esto, ¿no?

—Qué va —aseguró Mordecai—. Os vieron entrar y os verán salir, pero no pueden ver lo que ocurre en el interior. Es como una de esas salas donde deliberan los jurados.

La habitación estaba exactamente igual que siempre, pero parecía más limpia incluso. Un par de camas que no estaba antes había aparecido como por arte de magia desde la última vez que habíamos estado aquí.

—Son para la transformación, en caso de que tenga lugar —explicó—. ¿Recuerdas lo que le ocurrió a Dónut cuando se comió esa galleta de mascota mejorada?

Tragué saliva al recordar el mejunje extraño y viscoso en el que se había transformado la gata.

—Bueno —dijo Mordecai—, ¿habéis decidido quién lo hará primero? Os sugiero que sea Princesa…

—Yo —dijo Dónut mientras saltaba sobre una de las camas—. Vamos a darnos vidilla.

—Muy bien. Carl, ponte cómodo —dijo Mordecai. Me senté en una de las sillas, momento en el que Mongo saltó sobre mi regazo y graznó con tono de preocupación.

—No le va a pasar nada a mamá —aseguró Dónut—. Quédate con el tío Carl unos minutos mientras yo hago unas cosas. Y pórtate bien.

El bebé velocirraptor se acomodó sobre mí. De repente, me sentí muy incómodo al darme cuenta de la cantidad de dientes que tenía cerca de la entrepierna. No tenía muy claro qué podía llegar a ocurrir si me mordía ahora. Sospechaba que no se teletransportaría al exterior, sino que se quedaría paralizado como les había ocurrido a Frank y a Maggie aquella vez. Con suerte, no llegaría a descubrirlo.

—Muy bien —continuó Mordecai. Agitó la mano e hizo aparecer una pantalla flotante frente a él, como si estuviésemos en el programa de Odette—. Tu especie actual es «gato». Aquí tienes una lista de todas las especies disponibles que puedes elegir. Al parecer,

son trescientas veinte. Están en orden alfabético y puedes hacer clic en cualquiera de ellas para repasar detalles muy específicos. Ten en cuenta también que la IA del sistema te recomienda particularmente tres de ellas. Tenemos una hora para echarles un vistazo y luego…

—Quiero ser gata. Siguiente.

Mordecai respiró hondo.

—Dónut, hay algunas opciones de la lista con las que prácticamente seguirás teniendo aspecto de…

—Gata. No pienso discutir. Siguiente.

Mordecai me miró. Yo me encogí de hombros. Dónut había dejado claro desde el principio que no iba a cambiar de especie. Eso sí, me alegraba que se hubiese olvidado de la idea de que yo también eligiese ser gato.

—Pues muy bien —dijo Mordecai—. Te aparecerá un mensaje emergente y tendrás que confirmar tu elección haciendo clic.

—Un momento —dije cuando me vino a la mente una sospecha espeluznante—. Elegir gata no va a cambiarla a como era antes de comerse la galleta, ¿no?

—Demasiado tarde —replicó Dónut. Brilló durante unos instantes —. Ya he hecho clic. —Se miró la pata—. Pues me siento igual.

—No —aseguró Mordecai. Miró fijamente a Dónut—. Pero es importante hacer preguntas de ese tipo antes de hacer clic en las cosas. Por suerte, ha elegido bien. No cambiará nada, pero ahora tendrá acceso a algunos beneficios de especie que no tenía antes.

—¿Beneficios? ¿Cuáles? —preguntó la gata.

—No lo sé, Princesa Dónut —respondió Mordecai, con tono desesperado—. No lo sé porque nunca llegamos a revisar la ficha de la especie gato en el menú. Los verás cuando hayamos terminado, pero eso no ocurrirá por el momento, ya que el cambio no tendrá lugar hasta el final del proceso.

—Vale, Dónut —dije—. Tenemos que tener mucho cuidado con la siguiente decisión. Veamos qué es lo que sugiere la IA, ¿te parece?

—Hagamos lo siguiente —respondió la gata—. Muéstrame una lista con todas las clases que tengan la palabra «princesa» o «reina» en el nombre.

—Venga. Seguimos —comentó Mordecai. Apareció una lista en la pantalla, aunque esta era mucho más corta que la anterior.

Mordecai se quedó en silencio mientras repasaba las opciones a toda velocidad.

—Muy bien, Princesa Dónut. Parece que puedes elegir entre treinta y cuatro clases. Es una lista muy corta. De hecho, es la más corta que he visto nunca. Diría que se debe a la combinación entre tu especie y tu puntuación de características. Tu Constitución base sigue siendo 2. —Hizo una pausa—. No, de hecho ahora tienes 4 gracias a la especie gato. —Volvió a repasar sus menús invisibles—. Ah, entiendo. Es una combinación de cuatro cosas. También tenéis el pase Desperado, que bloquea algunas clases de por sí. Y Dónut lleva puesta la tiara, lo que reduce las opciones aún más. Pero no pasa nada. Sigue habiendo opciones muy buenas en la lista.

—¿Cuál es buena? —preguntó Dónut mientras les echaba un vistazo—. Eeeh. Esta suena bien. Así… amenazadora pero misteriosa y divertida al mismo tiempo. Creo que elegiré esta.

—Un momento —dije mientras me ponía en pie al instante. Me coloqué al soñoliento Mongo bajo el brazo y me acerqué a la pantalla—. No elijas nada hasta que lo hayamos repasado detenidamente.

Dónut señaló una clase llamada NIGROBARDO.

Mordecai gruñó.

—Lo cierto es que no es una mala elección. Es una de las tres recomendadas, de hecho.

Miré la lista. Las únicas clases básicas disponibles para Dónut eran BARDO, LANZADOR DE CONJUROS Y BÁRBARO. Cada una de dichas clases tenía una lista de especializaciones debajo, como NIGROMANTE, MAGO DE VIENTO Y BRUJO. La subclase nigrobardo se encontraba debajo de BARDO Y NIGROMANTE. La mayoría de las opciones que le daban a Dónut estaban englobadas en lo que parecía llamarse CLASES DE LA TIERRA. En esa lista había varias opciones interesantes, como GATO SALVAJE BERSERKER, ANIMAL DE PRUEBAS DE LABORATORIO Y JAMMER DE ROLLER DERBY.

Miré la lista de las tres clases recomendadas por la IA. Eran:

Eminencia del rincón de artistas.
Nigrobardo.

y

Ex actriz infantil.

Agradecí en silencio a los dioses del juego que no hubiesen llamado «Reina del roller derby» o algo parecido a esa clase. Era muy probable que Dónut hubiese insistido en elegirla sin leer nada. Ya habíamos hablado varias veces de lo que hacer en este momento y teníamos un plan basado en los consejos de Odette, pero Dónut era muy propensa a improvisar de vez en cuando.

—Dónut —dije—, haz clic en las tres recomendaciones para que podamos ver la información.

—Te voy adelantando que no pienso elegir esta.

Dónut hizo clic en la primera.

Eminencia del rincón de artistas.
Aquel que elija esta clase, que depende del Carisma y de la Inteligencia, podría considerarse un mercader de la época actual. Gracias a un talento artístico superior que le sirve para entretener y atraer a frikis de su misma calaña, una eminencia del rincón de artistas viaja por el mundo vendiendo su mercancía que infringe las leyes de propiedad intelectual. No es particularmente amenazador físicamente, pero es muy difícil hacer daño a este intrépido vendedor. Los miembros de esta clase reciben los siguientes beneficios:
+5 de Destreza.
Acceso inmediato al conjuro de nivel 5 Escudo.
Un 25 % de descuento en todas las tiendas y un 15 % de dinero adicional al vender.
Un 10 % de intereses del dinero que lleve encima al descender al piso siguiente.
La habilidad Exploración a nivel 5.
Acceso a Esquiva mejorada, que permite subir la habilidad Esquiva hasta nivel 20.
La habilidad Esquiva a nivel 5. (Ya la tienes).
En el sexto piso se desbloquearán subclases adicionales.
Esta clase pertenece a la Tierra. Como incentivo por elegir una clase de la Tierra recibirás una caja de la Tierra de plata al elegirla.

Mordecai gruñó.

—El incentivo no es muy bueno comparado con el que suelen dar. Normalmente es una caja de oro y algunos puntos de característica.

—No me sorprende —murmuré. Centré la vista de inmediato en la habilidad Exploración. Odette había dicho que tenía que encontrar algo que nos diese esa habilidad. Pero también nos hacía falta otra cosa.

—No obstante —continuó Mordecai—, es una buena elección para ella. Si consigue subir Esquiva a más de nivel 15, será casi imposible darle con un ataque. Y tener un 25 % de descuento en las tiendas también está muy bien, ya que se le sumaría a la bonificación que tiene de por sí gracias a su Carisma. Podrá comprar la mayoría de los objetos a mitad de precio, lo que es muy útil. Pero lo más importante es que te da acceso a la habilidad Exploración, que te permite encontrar escaleras, tiendas y gremios con mucha más facilidad.

—Ya, pero no —dijo Dónut—. ¿Rincón de artistas? ¿En serio? ¿Esos no son los frikis a los que les gusta *Star Wars* y hacen dibujitos de gatos vestidos como los personajes de *El equipo A* y esas cosas?

Se estremeció.

—Es una buena opción —aseguré—. Veamos las otras dos.

Nigrobardo.

Esta clase poco habitual combina uno de los oficios más queridos con uno de los más infames. Los nigromantes se especializan en magia para levantar a los muertos. Los bardos tienen que elegir una habilidad de entretenimiento. Dependiendo de esta elección, ya sea cantar, tocar el kazoo o contar historias, el mazmorrero podrá usar dicha habilidad para entretener, proteger o encantar tanto a los vivos como a los muertos.

El nigrobardo recibe los siguientes beneficios:

Acceso inmediato a una habilidad de entretenimiento de nivel 5 a su elección.

Acceso a todos los clubes que requieran membresía, independientemente de las membresías que tenga en ese momento.

Habitaciones gratis en todas las estancias seguras.

Una penalización de 10 % de maná en todos los conjuros que no sean de bardo o de nigromante.

Acceso inmediato al conjuro de nivel 3 Expulsar muertos vivientes.

Acceso inmediato al conjuro de nivel 3 Mojabragas.
+5 de Constitución, Carisma e Inteligencia.
-2 de Fuerza.

—No, por Dios… —dije—. Mira, como elijas el kazoo te abandonaré aquí y ahora sin remordimientos.

—Podría tocar un instrumento —dijo Dónut, con un tono de voz cargado de asombro—. ¡Podría ser cantante!

—No te olvides de que tenemos que conservar a los espectadores —dije.

—Lo que no se dice en la descripción es que muchos de los conjuros de nigromante se lanzarán con el instrumento —explicó Mordecai—, por lo que no será necesario usar puntos de maná. Es una ventaja impresionante. Además, cada instrumento tiene una lista muy larga de beneficios adicionales. Es una muy buena elección si te decides por una clase de daño. Terminará haciendo muchísimo y tendrá una gran variedad de habilidades de protección y de apoyo.

—¡Mira, Carl! ¡También hay armónicas! —dijo Dónut. Abrió el submenú de habilidades de entretenimiento y soltó un grito ahogado —. Bongos. Tienen bongos, Carl.

—¿Armónicas? ¿Cómo vas a usar algo así? —pregunté—. Pero si ni siquiera tienes pulgares.

—No hacen falta pulgares para tocar la armónica, Carl. Podría ponerme una cosa de esas para colgármela del cuello.

Me imaginé por unos instantes a la pequeña Zev intentando estrangularme por haber permitido que Dónut eligiese un instrumento tan estúpido.

—Venga, por favor. Vamos a echarle un vistazo a la tercera opción.

Ex actriz infantil.

Esta subclase poco habitual es una versión diferente de la clase actriz de reparto. Solo la pueden elegir los mazmorreros que tengan el logro ¡Corten! y que hayan conseguido al menos un billón de visualizaciones.

Después de haber sido una superestrella mimada y de haber tenido problemas con las drogas, has conseguido resurgir de tus cenizas más fuerte que nunca. Estás listo para volver a ponerte frente a las cámaras. Si eliges esta clase, que depende del Carisma y de la Suerte, podría irte bien o todo lo

contrario. Llegarás a lo más alto o encontrarán tu cadáver en una cuneta dentro de una semana.

Esta clase única de la Tierra está basada en la subclase de bardo y pícaro llamada chico para todo, pero con algunas diferencias muy significativas.

Además de conseguir los beneficios siguientes, la característica más diferenciadora de esta clase polifacética es la habilidad Actriz de reparto nivel 3. Dicha habilidad solo sube de nivel al descender al siguiente piso.

Beneficios adicionales:

Inmunidad a todos los venenos y enfermedades.

La habilidad Cucaracha nivel 5.

+10 de Carisma.

+15 % de experiencia adicional a todas las habilidades de Carisma.

El beneficio Representante.

Esta clase pertenece a la Tierra. Como incentivo por elegir una clase de la Tierra recibirás una caja de la Tierra de plata al elegirla.

Vi cómo Dónut ponía los ojos como platos al leer esta clase.

—Pero ¿qué cojones hace la «habilidad Actriz de reparto? ¿Y la habilidad Cucaracha? —pregunté—. ¿Y qué es el logro ¡Corten!? No recuerdo ese logro.

—Me lo dieron por ser buena actriz —comentó Dónut—. Cuando engañamos a las chamatrices goblin.

—Vale, pero eso no explica lo que hace la habilidad. ¿Mordecai?

Mordecai se quedó un buen rato en silencio. Tenía los labios fruncidos en gesto de desagrado. Con la cara de íncubo que tenía ahora, su rostro se me antojó muy amenazador.

—¿Qué? —preguntó—. Ah, sí. Actriz de reparto. Es un poco complicado. Básicamente, en cada piso Dónut tendría que elegir una especialidad.

—¿Una especialidad? —pregunté.

—Es como si tuviese que elegir una clase diferente para cada piso. De ahora en adelante, los pisos de la mazmorra tendrán una temática, así que podría llegar a ser útil. Si llegáis a un piso lleno de monstruos de hielo, podría elegir una clase de fuego, por ejemplo. Pero también es una habilidad que se basa en la suerte, por lo que si la elige y luego escoge ser una maga de fuego, la IA del sistema tirará el dado y decidirá cuántos conjuros y habilidades de maga de

fuego le da. Y nada más salir del piso, perderá dichas habilidades y tendrá que empezar de cero. No obstante, cuanto más alto tenga el nivel de la habilidad Actriz de reparto, mejores habilidades conseguirá cada vez. Será muy débil en los primeros niveles, pero llegará a ser muy poderosa dependiendo de las clases que elija.

—Creo que no me gusta —dije—. Depende mucho de la suerte. ¿Y qué pasa con los conjuros que ya tiene, como Proyectil mágico?

—Esos no los pierde. Pero si elige una clase que tiene una penalización a esas habilidades o conjuros, estos se verán afectados. Por ejemplo, si elige la especialidad nigromante, el conjuro Proyectil mágico le costará un 10 % adicional mientras se encuentre en ese piso de la mazmorra. O si elige brujo, su Constitución se verá reducida en un punto mientras se encuentre en ese piso.

Me gustaba lo de hacerse inmune al veneno y a las enfermedades, eso sí.

—¿Y qué es la habilidad Cucaracha?

—Básicamente, te da una oportunidad de sobrevivir a un ataque letal. Con nivel 5, podrá resistir un golpe mortal en un combate, aunque luego se quedará al borde de la muerte. Con nivel 10, su salud se mantiene intacta al recibir ese primer ataque letal. El problema es que la única manera de entrenar dicha habilidad es usándola. O con pociones. O con un gremio de entrenamiento si encontráis uno, aunque esos pueden ser caros.

—Me gusta —dijo Dónut—. Si la escojo, podré elegir nigrobardo como especialidad en todos los pisos y decidirme por un instrumento diferente en cada uno de ellos. Eso sería maravilloso. ¡Lo mejor de ambos mundos!

—No necesariamente, Dónut —dije—. Si la IA saca una mala tirada de dados, puede que tengas que quedarte con habilidades y conjuros de poco nivel hasta que llegues al siguiente piso.

—Así es —convino Mordecai.

—Vamos a echarle un vistazo al resto —comenté—. Pero de las tres recomendadas, la que más me gusta es la del rincón de artistas.

—Estoy de acuerdo —dijo Mordecai—. Creo que el nigrobardo podría ser mejor, pero tienes razón, Carl. Es una elección… peligrosa teniendo en cuenta vuestras cifras de audiencia.

Pasamos un rato repasando el resto de las elecciones y mirando con detenimiento las habilidades. El gato salvaje berserker era básicamente un bárbaro, lo que terminaría por matar a Dónut rápidamente al tener muy pocos puntos de salud, y el animal de pruebas de laboratorio era un mago especializado en venenos. También provocaba que el mazmorrero empezase a brillar de una tonalidad verdusca. El brujo era una buena elección en lo que a habilidades se refería, pero te hacía perder un punto de Constitución, lo que volvería a Dónut demasiado enclenque. El resto de las clases usaban ataques cuerpo a cuerpo y no eran apropiadas.

Respiré hondo.

—Dónut, sé que no te gusta demasiado, pero creo de verdad que deberías elegir la eminencia del rincón de artistas. No es una clase perfecta, pero es la más equilibrada.

—Vale —dijo ella.

Miré a Mordecai para ver si se lo había tragado. Parecía algo escéptico.

—¿En serio? —pregunté a la gata.

Ella hizo algo parecido a un encogimiento de hombros.

—Tenemos que hacer lo que sea mejor para el equipo, ¿no? Si quieres que sea una friki, pues seré una friki.

DÓNUT: CARL, ¿ESTÁS SEGURO DE ESTO? SE VA A ENFADAR MUCHO.
CARL: Hazlo.

—Muy bien —comentó Mordecai—. El menú aparecerá dentro de nada y tendrás que desplazarlo hacia abajo para elegir la clase.

Dónut brilló durante unos instantes. Un momento después, volvió a brillar.

—Hecho. Ya soy una eminencia del rincón de artistas. Qué horror.

—¡Cagondiós, Dónut! —gritó Mordecai—. ¡Cagondiós, joder!

—Y… ¡corten! —dijo la gata, que agitó una de las patas.

—Eh, eh —exclamé. Mongo se agitó en mis brazos—. ¿Qué acaba de pasar?

—Mordecai, cielo, esa frase es de Carl. Deberías agenciarte otra. Carl, nuestro amigo aquí presente se ha enfadado porque he elegido

la clase ex actriz infantil. ¡Se ha tragado mi magnífica interpretación! ¿No es genial?

—Eso no es actuar —comenté—. Eso es mentir.

—No era mentira, técnicamente. Elegí la clase eminencia del rincón de artistas como especialidad para el tercer piso. Viene a ser lo mismo, por lo que no entiendo que se haya enfadado tanto. Me dijo que iba a recibir todos los beneficios excepto el 25 % de descuento. Y tampoco el conjuro Escudo. Ni la habilidad Exploración.

—Pero eso son todos los beneficios que merecen la pena, Dónut —suspiré—. Al menos ahora tienes más Carisma. Y también la habilidad Cucharacha.

—¡Y soy inmune a los venenos y las enfermedades!

—Sí —comentó Mordecai con indiferencia—. Y también tienes el beneficio Representante.

—Ah, sí —dije—. ¿Eso qué es?

Ya sabía muy bien qué daba el beneficio Representante. Odette nos lo había explicado en detalle.

—Pues yo —comentó Mordecai—. El representante soy yo. De ahora en adelante y durante el tiempo que paséis en este lugar olvidado de la mano de Dios, me teletransportaré de inmediato a cualquier estancia segura en la que os encontréis.

—¡Bien! —gritó Dónut.

—No, nada de bien —aseguró Mordecai—. Se suponía que después de ayudaros con esto me iban a trasladar a un gremio de magia. Me gusta gestionar el gremio de magia. Tengo una habitación mayor y acceso a pociones y a más conjuros. Ahora, cada vez que vayáis a dormir o paréis para comer o lavaros los dientes, me veré obligado a estar con vosotros…, lejos de mi habitación, de mi ropa y de mi comida. Dioses, y también he perdido mi permiso de túnel. Se acabó la televisión. Se acabo mi acceso al códice de información. Y como ya no puedo veros dar palos de ciego por la mazmorra, no sabré cuándo se acabará este suplicio y me sacarán de aquí. Además, si compráis un espacio personal… —Empezó a gruñir en voz muy baja.

—Eso no ha estado nada bien, Dónut —dije.

Dónut: TE DIJE QUE SE IBA A ENFADAR. NO ME GUSTA QUE LA GENTE SE ENFADE CONMIGO, CARL.
Carl: Sí que está enfadado, sí. Perdón.

—Si conseguís el beneficio Representante y no forma parte de una elección consensuada con él, será mejor que finjáis que se trata de un error —había dicho Odette—. No le preguntéis por él, porque una vez os diga lo que hace será demasiado tarde. No podrá decíroslo a menos que le preguntéis al respecto. Haced como que ha sido idea de Dónut, que parezca que Carl no ha tenido nada que ver. Puede que Mordecai le guarde algo de rencor, pero sigue considerando a la gata como a una niña. La perdonará. Ahora, si alguna vez descubre que ha sido a propósito, olvidaos de él.

—¿Y si el beneficio Representante viene ligado a una clase que no es demasiado buena? —había preguntado en ese momento—. Me gusta hablar con él, pero no creo que sea un sacrificio que merezca la pena si limita a Dónut.

—Hay muchas cosas que Mordecai no puede deciros y otras tantas con las que no puede ayudaros, a pesar de ser guía del juego. Una vez pase a ser representante, dichas limitaciones no existen. Perderá acceso al códice y todo lo que os diga tendrá que ser de memoria, pero Mordecai lleva muchísimo tiempo en la mazmorra y su cerebro es una de las mejores ventajas con las que puede llegar a contar un mazmorrero. Mientras quiera ayudaros, será ideal tenerlo como integrante de vuestro grupo. También podrá usar el chat. Es maestro alquimista. Conseguid ponerlo frente a una mesa de alquimia y os podrá preparar pociones. Es algo que os será muy útil.

Sí que nos iba a ser muy útil, sí. Es por eso por lo que habíamos decidido seguir los consejos de Odette. No me gustaba mentir ni engañar a Mordecai, ya que era lo más parecido a un amigo que iba a tener entre tanto extraterrestre. Además, sabía que si llegaba a descubrir lo que habíamos hecho, nuestros actos podían llegar a dañar irreparablemente nuestra confianza y nuestra amistad. Y lo cierto es que no confiaba del todo en Odette. Ahora le debíamos una y tenía en su poder información que podía utilizar para complicarnos

la vida. Pero al menos tenía claro que quería que sobreviviéramos el máximo tiempo posible.

Después de hablarlo con Dónut, habíamos llegado a la conclusión de que merecía la pena arriesgarse. Teníamos que elegir ese beneficio si formaba parte de alguna de las clases.

El rostro cincelado de Mordecai se arrugó en un mohín mientras fulminaba a Dónut con la mirada.

—Bueno, pues felicidades, mazmorrera. Ahora eres Princesa Dónut, gata y ex actriz infantil de nivel 13. Bienvenida al puñetero tercer piso.

Mordecai pasó a mirarme con rabia.

—Ahora tú —dijo.

2

Mordecai respiró hondo, y vi cómo empezaba a calmarse.

—Muy bien —dijo—. Echemos un vistazo a las especies que puedes elegir, Carl.

Me senté en la cama. Había dejado a Mongo, que seguía durmiendo, sobre la silla. Dónut estaba sentada junto al bebé velocirraptor y tenía una pata apoyada sobre su cabecita.

Vi hileras e hileras de texto en la pantalla.

—Pues tienes trescientas noventa y ocho especies donde elegir. Es una buena cantidad —dijo el íncubo.

Me centré en las tres recomendadas por la IA y me reí.

> Hobgoblin.
> Humano.

y

> Sasquatch.

—Anda. Qué raro —comentó Mordecai—. Nunca he visto que el sistema recomiende la especie que el mazmorrero tenía antes.

—Es porque a la IA le encantan los piececitos de Carl —explicó Dónut.

Mordecai arrugó el gesto. Abrió la boca como si fuese a decir algo, pero luego la cerró al momento.

Hice clic en la primera de las especies, el hobgoblin.

Apareció flotando frente a mí una miniatura giratoria en tres dimensiones de una criatura enorme. Básicamente, podía considerarse un goblin grande, con más músculos y con llagas infectadas en la cara. El estómago me dio un vuelco al ver a ese monstruo y, por primera vez, fui consciente de lo que significaba todo aquello.

«Solo tengo que confirmarlo y me convertiré en esa cosa. Para siempre. Joder».

—Qué asco —dijo Dónut—. Carl, no vas a elegir eso. Si cambias, deberías elegir lo mismo que él. —Señaló a Mordecai—. Un íncubo. O un Cambiado. ¡Sí, un Cambiado! Podrías transformarte en algo que case bien con la clase que tengo en cada momento. ¿Qué te parece? Lo veo.

—Ninguna de esas está en la lista —respondí. Además, tampoco me gustaba la idea de convertirme en un Cambiado. Al igual que con la habilidad Actriz de reparto de Dónut, Mordecai había dicho que la copia nunca era tan buena como el original. Tanta versatilidad tenía un precio.

Hobgoblin.

Esta especie limitada solo está disponible para los mazmorreros que hayan conseguido alcanzar el nivel 5 en la habilidad Manejo de explosivos cuando llegue el momento de elegir especie.

Un hobgoblin es el resultado al que se llega cuando una mujer trol emborracha lo suficiente a un goblin como para bajarle los pantalones. Los hobgoblins, que son grandes, musculosos e inteligentes, son expertos en la creación de trampas, el manejo de explosivos y el caos descontrolado. Por desgracia, estos tipos son tan feos que hasta las gorgonas sufren arcadas al mirarlos. Esta especie es perfecta para las clases relacionadas con la clase de guerrero y la de pícaro.

Reciben un +3 automático en todas las habilidades relacionadas con trampas y explosivos.

+5 % de velocidad a la hora de subir el nivel de habilidad en todas las habilidades relacionadas con trampas y explosivos.

Desbloquea la posibilidad de crear trampas y explosivos de alto nivel, lo que permite subir dichas habilidades hasta nivel 20.

Acceso sin restricciones a todos los talleres de zapadores hobgoblin.

-5 de Carisma. El máximo de Carisma pasa a ser 10.

+1 de Destreza.

+2 de Inteligencia.
Otorga la habilidad Regeneración. (Ya la tienes gracias a la camisa de piel de trol).

Era una buena especie. De hecho, era prácticamente perfecta para la configuración que tenía en mente. Pero me negaba a convertirme en esa cosa. Ni de broma. Ni pensarlo. Las bonificaciones eran geniales, pero iba a perder todos los espectadores. Eran feos de cojones, no feo en plan mono como era el caso de Mongo. Estos tipos eran difíciles de mirar de verdad.

Me dio curiosidad saber qué decía el sistema sobre los humanos.

Humano.
Ya eres humano. Voy a jugármela y a dar por hecho que no necesitas una descripción. Si eliges esta especie, seguirás tal y como estás. Lo único que cambiará será que conseguirás estos beneficios de especie:
+2 a todas las características básicas.
Flexibilidad. +2 % de velocidad a la hora de subir el nivel de las habilidades.
Elegir esta especie desbloquea varias clases exclusivas de la Tierra.

Me estremecí un poco al hacer clic en la última de las opciones. Un humanoide gigante y peludo con pies enorme empezó a girar frente a mí. Tenía un aspecto muy parecido a esa criatura que había visto en los anuncios de cecina. Era muy estereotípico: un pies grandes cubierto de pelo con colmillos y una frente demasiado amplia.

Sasquatch.
Esta especie limitada solo está disponible para los mazmorreros que hayan conseguido alcanzar el nivel 5 en la habilidad Despachurrar cuando llegue el momento de elegir especie.
Pies grandes. Yeti (en caso de que elijas una clase de hielo). Mono mofeta. La lista de apodos que tienen estas cosas es casi interminable, pero todos vienen a ser lo mismo. Son el resultado de coger un humano, cruzarlo con un gorila, hacerlos medio metro más altos, cubrirlos de pelo y luego ponerles un noventa y dos de talla de zapatos. La bestia resultante es un guerrero cuerpo a cuerpo y tanque monstruoso.
+3 a la habilidad Aporrear.
+3 a la habilidad Despachurrar.
-3 de Inteligencia.

-1 de Carisma.
+6 de Fuerza.
+6 de Constitución.
+2 de Destreza.
Acceso a Despachurrar mejorada.

Miré el pies grandes tridimensional con repulsión. Fijé la mirada en los pies brillantes y gigantescos de la criatura. No, no lo iba a elegir. No quería convertirme en un chiste ni en una puñetera parodia de una criatura de la Tierra. Recordé lo que había dicho aquel orco, que era la mascota de la IA. No. Imposible.

—¿Algún consejo? —pregunté a Mordecai.

—Sigue buscando —comentó—. Hay varias especies más disponibles que te darán acceso a clases exclusivas de la Tierra. Según he visto con las opciones de Dónut, parece que este año las clases de la Tierra van a ser las mejores.

Repasé todas las especies disponibles durante las dos horas siguientes. Había un gran abanico de posibilidades, desde unas criaturas bajitas, achaparradas y de piel púrpura llamadas enanos nocturnos hasta unas altas, esbeltas y con cuerpo de gacela llamadas elfos lyrx, pasando por unas monstruosidades de roca con lava en la parte central que se llamaban motores de carbón. Incluso había un gusano parásito del tamaño de un dedo llamado cazaintelecto. Me planteé si eran las mismas criaturas que lideraban la Corporación Valtay, pero me dio miedo preguntar. Podían agenciarse los cuerpos de cualquier criatura que matasen, aunque estos empezaban a pudrirse de inmediato. Mordecai me dijo que era una buena elección, pero era incapaz de imaginarme con esa forma.

La mayoría de las criaturas estaban bien equilibradas entre sí. Las características estaban repartidas de manera que, eligieras lo que eligieses, ibas a conseguir un aumento de unos 10 puntos. Si no era el caso, te bonificaba una habilidad o unas pocas capacidades, como visión nocturna, la posibilidad de volar distancias cortas o conjuros de especie. Las especies exclusivas, como el hobgoglin y el sasquatch, tenían una bonificación adicional que las hacía algo mejores.

Encontré una opción muy extraña oculta entre las demás. Un primigenio. Hice clic y no apareció imagen tridimensional alguna.

> Primigenio.
> Durante las primeras temporadas de *Planeta mazmorrero*, todos los participantes empezaban como primigenios. Los primigenios son como lienzos en blanco. Tendrás el mismo aspecto que antes y conseguirás habilidades relacionadas con tu especie actual. Hay algunas excepciones:
> -1 a todas las características básicas.
> Se desbloquean los niveles altos de todas las habilidades. Todas pueden subirse a nivel 20.
> Elegir esta especie también desbloquea varias clases exclusivas de la Tierra.

Me quedé un buen rato pensando si elegir esa especie era mejor o peor que quedarme siendo humano normal.

—¿Cuesta mucho subir las habilidades a más de 15? —pregunté a Mordecai.

—Subirlas hasta 10 u 11 es relativamente sencillo si las usas de forma habitual. Mira el Proyectil mágico de Dónut, por ejemplo. Solo estamos en el tercer piso y ya lo tiene a nivel 9. Pero a partir de ahí cuesta mucho subir de nivel, a menos que te dediques en serio a entrenarlas. Hay varias formas de subir los niveles de habilidad. Hay gremios, mejoras de equipamiento, pociones caras y conjuros poco fiables. Si consigues un patrocinador particularmente generoso, puede que también te consiga algo para subir de nivel una habilidad. No obstante, pueden subirse con dedicación y planeándolo muy bien. Siempre hay algunos mazmorreros que eligen esta especie en todas las temporadas, pero no suele merecer la pena. Son pocos los que consiguen subir hasta nivel 15 más de una o dos habilidades.

—¿Merece la pena subir una habilidad a más de 15?

—Sin duda —aseguró Mordecai—. Una Bola de fuego de nivel 15 es un conjuro muy poderoso que puede llegar a destrozarles la vida a la mayoría de los enemigos. Pero una Bola de fuego de nivel 16 es cuatro veces más potente. Una de nivel 20 puede convertir una montaña en un volcán activo. Si consigues entrenar tus habilidades de puñetazos hasta nivel 15, serás imparable. Pero te queda mucho para llegar hasta ahí. Si eliges esta especie en lugar de humano,

perderás la bonificación de diez puntos de característica adicionales, y también cinco puntos más. Sería como empezar con cinco niveles menos. Es como para pensárselo bien. Pero tampoco es un drama. Merece la pena si piensas bien tu configuración general y te centras en unas habilidades principales.

—Me gustaría preguntarte otra cosa —dije—. Ese tal Maestro le regaló a Maggie algo llamado poción de habilidad legendaria en el programa. ¿Esos objetos son muy comunes?

—No puedo… —Se quedó en silencio y miró a Dónut. Se le agrió la expresión, como si acabase de recordar que todo había cambiado en ese aspecto gracias al beneficio Representante—. No, no son nada comunes, y si encuentras alguna a la venta en algún sitio te costará muchos millones de monedas de oro. Si esa tal Maggie es lista, la venderá. Pero durante la Guerra de Facciones del noveno piso, cada uno de los clanes puede traer consigo un cofre de guerra lleno de suministros. Es una unidad de medida específica basada en el volumen. Cada clan suele llenar dichos cofres con pociones, anillos mágicos y otros objetos pequeños pero poderosos. Tendré que explicaros cómo funciona más adelante.

—Entonces… ¿ellos sí que tienen varias de esas pociones?

—El noveno piso se abrirá dentro de media hora. Y quince minutos después ya habrán usado la mayoría de esas pociones. Pero no todas. Te repito que es demasiada información como para explicarla ahora.

—¿Tú qué elegirías? —insistí—. ¿Humano o primigenio?

—Deberías elegir hobgoblin o motor de carbón, pero son especies que seguro te harán perder visualizaciones. La gente odia a los hobgoblins. A los entrevistadores no les gusta llevarlos a los programas.

Miré a Dónut, que se había quedado dormida. Estaba hecha un ovillo junto a Mongo.

—Pero ¿qué es un primigenio? —pregunté—. No dice nada en la descripción. ¿Es algo inventado para las mazmorras?

—Sí y no —respondió Mordecai—. Los primigenios son los progenitores, la primera especie conocida en conquistar el universo. Son como los hombres del saco del cosmos. Nadie sabe qué aspecto

tenían ni tiene más información de ellos, a excepción de que se extendieron por toda la galaxia y que un día desaparecieron sin dejar rastro. Hubo una gran guerra que llegó a todos los rincones de las galaxias. Se han encontrado restos de dichas batallas. No sabemos si llegaron a enfrentarse a otras especies que no fuesen ellos mismos. Cuando alguien encuentra algún resquicio abandonado de su civilización, la IA residente, si es que sigue cuerda, suele tomar la forma de la especie descubridora. Esa es la razón por la que al elegir dicha especie no cambias de aspecto. Se dice que regresarán algún día. Las madres usan a los primigenios para asustar a sus hijos. Y en algunos sistemas se les venera como si fuesen dioses.

Abrí el menú, bajé hasta el fondo del todo y elegí la especie PRIMIGENIO.

La lista de clases disponibles estaba formada por seiscientas cincuenta opciones.

—Tendrías más si no tuvieses ese tatuaje en el cuello —aseguró Mordecai.

—¿Por qué? ¿Qué tipo de clases se han quedado fuera de la lista por culpa del tatuaje?

—El club Desperado no permite… ¿Cómo se dice? Mojigatos. No quieren ese tipo de personas en el local. Así que nada de clérigos o paladines —explicó Mordecai—. Hay algunas clases de monje que tampoco tienen permitida la entrada, lo que es una pena, porque hubiesen sido una buena opción. No obstante, diría que las tres que te recomiendan son geniales.

Miré las recomendaciones de la IA. Las tres eran clases de la Tierra.

> Técnico de escuadrón de explosivos.
> Pugilista profesional.

y

> Anarquista moderado.

—Hum… —dije. Las fui abriendo una a una.

Técnico de escuadrón de explosivos.
Esta clase exclusiva solo está disponible para los mazmorreros que hayan conseguido el logro ¡Bum!
Las personas que deciden trabajar con explosivos están como una puñetera cabra. Se les da bien hacer saltar cosas por los aires. Y, aunque consiguen evitar que las bombas les estallen en las manos, los técnicos de escuadrón de explosivos tienden a perder amigos y extremidades por igual a un ritmo alarmante. Por suerte, esta clase tiene un beneficio que puede solucionar el 50 % de dicho problema.
Todas las trampas que usen explosivos quedarán marcadas automáticamente cuando te acerques a ellas.
La efectividad de las armaduras aumenta un 10 %.
+2 a todas las habilidades de explosivos.
+5 a la habilidad Cirujano de bombas.
+2 de Destreza.
+2 de Constitución.
-2 de Inteligencia. (Al fin y al cabo, hay que ser muy tonto para dedicarse a esto).
Otorga el beneficio Regeneración de extremidades.
Esta clase pertenece a la Tierra. Como incentivo por elegir una clase de la Tierra recibirás una caja de la Tierra de plata al elegirla.

Estaba bien. Muy bien, de hecho. Pero faltaba uno de los beneficios más importantes que necesitaba. La siguiente tenía el mismo problema.

Pugilista profesional.
Esta clase exclusiva solo está disponible para los mazmorreros que han conseguido llegar a nivel 5 de la habilidad Pugilismo.
Es una subclase de monje.
Hombres sudorosos y medio desnudos que se encaran dando vueltas alrededor el uno del otro en un ring hasta hacer papilla el rostro de su contrincante mientras el público ruge de emoción. A dichos espectadores les da igual quién se enfrente a quién mientras uno de ellos termine convertido en una montaña de carne sanguinolenta en la lona antes de que acabe la noche. Los pugilistas profesionales no lo hacen por la gloria ni por el honor. Lo hacen para llevar un plato caliente a su mesa. No es nada personal.
Los pugilistas profesionales reciben los beneficios siguientes:
+5 de Constitución.
+2 de Fuerza.
-2 de Inteligencia.

-2 de Carisma.
+3 a la habilidad Pugilismo.
+1 a la habilidad Combate sin armas.
+1 a la habilidad Puño de hierro.
+5 a la habilidad Noquear
+ (1 por piso de la mazmorra) de oro por cada enemigo que se elimine de un puñetazo.
Desbloquea los niveles altos de la habilidad Pugilismo. (Ya tienes este beneficio).
Esta clase pertenece a la Tierra. Como incentivo por elegir una clase de la Tierra recibirás una caja de la Tierra de plata al elegirla.

Ese +3 en Pugilismo era una bonificación muy buena, teniendo en cuenta que ya tenía la habilidad en 10 gracias a la poción de truco. Hubiese elegido esta clase sin pensar si pudiese abrirme paso por la mazmorra a puñetazos, pero ya sabía que algo así no era posible. Necesitaba algo más versátil.

Suspiré y abrí la descripción de la última de las clases recomendadas.

Anarquista moderado.
Esta clase exclusiva y poco habitual solo está disponible para los mazmorreros que tengan nivel 5 de la habilidad Manejo de explosivos y cuenten con al menos 500 mil millones de visualizaciones al llegar al tercer piso.
Cuando los oligarcas quieren confeccionar un movimiento social o, mejor aún, pararle los pies a uno necesitan armas cuanto más grandes mejor. Los revientamanifas. Los provocadores. Esta clase híbrida de monje y pícaro es una dinamo de crear trampas, fabricar bombas y de las redes sociales. El anarquista moderado es capaz de lanzar un coctel molotov por una ventana con una sonrisa en la cara para luego ponerse delante de las cámaras y suplicar que pare la violencia. El anarquista moderado, experto del cuerpo a cuerpo y del juego sucio, solo está en desventaja en lo que a técnicas de lucha más tradicionales se refiere.
+1 a la habilidad Cirujano de bombas.
+1 a la habilidad Ingeniero de trampas.
+1 a la habilidad Combate sin armas.
-25 % de daño cuando usa armas de filo.
+25 % de gasto de maná con los conjuros de daño.
+5 % de experiencia adicional a todas las habilidades de crear trampas y bombas.
+2 a la habilidad Ocultarse en las sombras.
+ conjuro Miedo.
+1 de Inteligencia.

+5 de Carisma.
+5 a la habilidad Encontrar trampa.
+5 a la habilidad Tiro por la culata.
+5 a la habilidad Plan de huida.
Acceso al club Desperado. (Ya lo tienes).
Acceso a la Agencia de Empleo de los Niños Malos.
Esta clase pertenece a la Tierra. Como incentivo por elegir una clase de la Tierra recibirás una caja de la Tierra de plata al elegirla.
Los anarquistas moderados deben elegir una subclase al llegar al sexto piso.

—La hostia. Creo que me quedo con esta —dije—. Tiene muchas ventajas relacionadas. Lo de «anarquista moderado» suena un poco a oxímoron, pero supongo que ahí está la gracia.

—Sí, todas las clases con un mínimo de visualizaciones suelen ser muy buenas. Lo hacen a propósito para darles algo de ventaja a los jugadores más populares. Esta te va como anillo al dedo, la verdad. Deja que le eche un vistazo a fondo mientras tu repasas las demás. Seguro que tiene truco por alguna parte.

Empecé a revisar el resto de las clases. Podía ocultar con un filtro las que no tenían ningún requisito especial, ya que en general no eran tan buenas.

No me dio tiempo a leer muchas, ya que poco después sentí un retumbar. Alcé la vista con gesto de sorpresa. El segundo piso acababa de derrumbarse.

Apareció la nueva cuenta atrás. Solo teníamos ocho días para completar el tercer piso.

¡Bienvenidos al tercer piso, mazmorreros! Quedáis poco más de 700.000. Tendréis ocho días enteros para completar este piso. Más tarde retransmitiremos un anuncio más largo, ya que sabemos que ahora la mayoría estaréis con vuestros guías. Tenemos muchas ganas de ver las especies y las clases que elegís. ¡Esta temporada contamos con algunas nuevas y muy emocionantes! ¡Buena suerte a todos!

—Ocho días —dijo Mordecai, que alzó la vista al techo. Negó con la cabeza—. Si siguen a este ritmo, el sexto piso solo estará abierto durante once o doce días. Las facciones se van a enfadar. Normalmente son unos treinta.

Seguí con lo mío. Había muchas clases que parecían muy buenas a simple vista. Algunas se asemejaban a la del escuadrón de explosivos, como APOYO DE LOS ANTIDISTURBIOS o COMANDANTE DE FUNDÍBULO. Y unas pocas de las que no eran de la Tierra también me parecieron interesantes, como la de PÍCARO TRAMPERO O EMBAUCADOR.

Dónut y Mongo seguían roncando al unísono y a todo volumen mientras Mordecai y yo comentábamos las ventajas y las desventajas de cada una de las clases.

—Una advertencia —dijo Mordecai—. Dónut no tuvo que preocuparse por esto, pero debes saber que algunas de las clases tienen un mínimo de puntuación de características. Por ejemplo, el anarquista moderado necesita un Carisma mínimo de 25. Tendrás 36 puntos para distribuir, pero elegirla te obligará a gastar 17 en Carisma directamente, independientemente de ese +5. Y luego tendrás que gastar 6 en Destreza base para llegar hasta 10, aunque eso es algo que te recomendaría igualmente.

—Madre mía —dije—. Eso no me gusta nada.

—Pero algunas de las habilidades que te dan con la clase son poco habituales. La de Tiro por la culata, por ejemplo —continuó Mordecai —. Te permite recoger las trampas y desarmarlas. Podrás usar los materiales para lo que quieras. Los mecanismos de activación de por sí son muy valiosos. Podrías ganarte la vida *farmeando* trampas.

Repasamos algunas de las demás habilidades. Cirujano de bombas, que aparecía en algunas de las clases posibles, me permitía coger un cartucho de dinamita y cortarlo en pedacitos para crear bombas más pequeñas y menos potentes. También servía para desmontar bombas de humo y usar las partes individuales para crear otras trampas. Ocultarse en las sombras no tenía mucho misterio, aunque tenía claro que si me acompañaban Dónut y Mongo no me iba a ser muy útil.

Muchas clases tenían la habilidad Exploración, como la de embaucador, pero poco después descubrí que anarquista moderado era la mejor de todas.

—¿Para qué sirve la habilidad Plan de huida?

Mordecai asintió y le echó un vistazo.

—Qué raro. Parece que se trata de una habilidad antigua, pero nunca la había visto hasta ahora. Está claro que uno no se va a dormir sin aprender algo nuevo. Sirve para ver mejor las puertas secretas, pero también tiene un beneficio oculto. —Gruñó—. Dale las gracias a tu gata por esto. Dice que da acceso al localizador de la mazmorra, pero no dice lo que es ni cómo acceder a él. Por suerte para ti, yo sí que sé cómo encontrarlo e interpretarlo. Pero antes no habría podido decírtelo.

—Explícate.

—En todos los grandes cruces de la mazmorra hay una leyenda del mapa oculta que los enemigos inteligentes que deambulan por el lugar pueden usar. Resume de manera muy general lo que hay en todas direcciones. Ya sabes, como esos carteles con forma de flecha que hay en los zoos. «Monos por aquí. Leones por allí». Pues lo mismo. También indica las salidas, los jefes de ciudad y más cosas. No es tan buena como la habilidad Exploración, que básicamente te marca todo en el mapa a mucha distancia a tu alrededor, pero en cierto sentido esta podría serte incluso más útil.

—Vale. ¿Y qué es esto de la Agencia de Empleo de los Niños Malos?

Se encogió de hombros.

—No tengo ni idea de lo que es eso. Parece un gremio que encarga misiones.

—¿Y lo de las subclases? Dice que tengo que elegir una en el sexto piso.

—Aún no podemos ver cuáles serán. No suele ser habitual que te obliguen a elegir una, pero sí que lo he visto otras veces. Lo más probable es que te exija especializarte aún más en una de las tres ramas de habilidades: bombas, trampas o cuerpo a cuerpo.

—Muy bien —dije un momento después—. ¿Cómo lo ves tú?

—Si tuvieses un grupo más equilibrado, te diría que eligieras la clase de pugilista profesional —explicó Mordecai—. Y si estuvieses en un grupo más grande, la de escuadrón de explosivos. Las tres son muy buenas. Podría decirse que la de anarquista moderado es la mejor objetivamente, pero al igual que la especie que has escogido, requiere mucho trabajo adicional. Vas a tener que *grindear* mucho y

centrarte en conseguir toda la experiencia posible. El poco tiempo que están dando por piso no hará sino complicar las cosas.

Sonreí.

—Por suerte ahora tenemos en el grupo alguien que puede explicarnos muchas cosas.

Mordecai entornó los ojos sin dejar de mirarme mientras yo desplazaba la lista de clases para elegir la de ANARQUISTA MODERADO.

Después me tocaba repartir los puntos de característica. Los de Dónut acabaron así:

> Fuerza: 20.
> Inteligencia: 23 + 5 (Tiara) + 1 (Talismán) = 29.
> Constitución: 4 + 2 (Cepillo) = 6.
> Destreza: 12 + 2 (Faldón) + 2 (Brazalete) +5 (Bonificación temporal de piso) = 21.
> Carisma: 70.

Había perdido tres de Fuerza, pero la Destreza le había subido en 4 puntos, la Constitución en 2 y el Carisma en 1 gracias a haber elegido gato como especie. Aún tenía una Constitución preocupantemente baja. Una de nuestras prioridades tenía que ser encontrar objetos que se la subieran.

Solo había ganado 4 puntos de característica en total por elegir gato como especie, pero había conseguido muchas habilidades nuevas. VISIÓN NOCTURNA, ATAQUE CORTANTE, REFLEJOS FELINOS y un beneficio llamado 9 VIDAS.

El beneficio 9 vidas era similar a la habilidad Cucaracha, pero algo peor. Reducía a la mitad el daño que recibía con los primeros nueve ataques del día. Era muy útil, sobre todo si teníamos en cuenta su baja Constitución. Pero el ataque de un monstruo superpoderoso seguiría partiéndola por la mitad por mucho daño reducido que recibiese.

Dónut despertó al fin.

—¿Me he perdido algo? ¿Te han salido orejas de elfo? —Me miró de arriba abajo—. Sigues siendo humano. Qué aburrido.

—Ya no soy humano. Ahora soy primigenio.

—¿Eso es como un cavernícola? —Fingió olisquearme—. Hueles a cavernícola, sí.

—Si te hubieses quedado despierta, sabrías lo que es.

Se encogió de hombros y se estiró. Mongó bostezó en voz muy alta y luego se estiró también. Emitió un ronroneo que sonó sospechosamente parecido al de un gato.

Me iba a tocar seguir siendo el tanque del grupo. Recibí los tres puntos de característica por nivel, lo que sumaba un total de 36, aunque más de la mitad ya estaban reservados debido a la puntuación mínima del anarquista moderado. Después de repartirlo todo, terminé con la siguiente puntuación:

Fuerza: 10 + 3 (anillo del dedo del pie) = 13 + 3 (cuando está activo el guantelete).
Inteligencia: 5.
Constitución: 10 + 4 (camisa) + 1 (anillo) + 2 (anillo) + 2 (bóxer) = 19.
Destreza: 10 + 1 (guantelete) = 11.
Carisma: 25.

Me había subido la Inteligencia hasta el mínimo necesario para leer el grimorio del conjuro Armadura de volutas, pero aún no lo había abierto. Seguía sin tener claro si quedármelo, dárselo a Dónut o venderlo. Quería ver qué valor tenía en caso de ponerlo a la venta. El conjuro Miedo gastaba tres puntos de maná al lanzarlo.

La configuración no terminaba de convencerme. Dónut aún era mucho más poderosa que yo. Por enésima vez, me pregunté si había sido un imbécil por tomar esta decisión. Me había visto obligado a gastar demasiados puntos en Carisma. Era una característica inútil en su mayor parte, sobre todo teniendo en cuenta que Dónut era insuperable en ese sentido. Me iba a tocar subir de nivel lo más rápido posible. Mi idea siempre había sido subir la Fuerza y la Constitución. De ahora en adelante, todos los puntos que consiguiese iban a ir directos a esas dos hasta conseguir una puntuación base de 20.

Dónut había terminado con unas habilidades que le permitían cambiarse los puntos a medida que avanzásemos por la mazmorra. En mi caso, tenía que planearlo muy bien y llevar a cabo un

entrenamiento muy riguroso. Pero si conseguía destacar (y sobrevivir), terminaría por hacerme muy fuerte. ¿Había sido un imbécil? Tenía muy claro que habría personas que pensasen eso de mí.

—Para que esto funcione vas a tener que hacer una única cosa —dijo Mordecai. Era como si me hubiese estado leyendo la mente.

—¿Entrenar? —pregunté.

—No. Conseguir dinero. Mucho dinero. Venga, vamos fuera. —Empezó a abotonarse de nuevo la camisa del esmoquin—. ¿Dónde he puesto la corbata? Ah, aquí está.

—Un momento. ¿Ahora puedes salir?

—Claro que puedo salir. Ahora soy tu representante. Además, tengo que presentaros a los dos. Forma parte del trato.

Se colocó bien la corbata y se sacudió la chaqueta por delante.

—A ver, técnicamente eres mi representante, no el de Carl —espetó Dónut. Mongo graznó.

Dónut estaba en lo cierto, pero ni Mordecai ni yo queríamos sacar el tema por el momento. Ignoró el comentario.

—No puedo luchar con vosotros, pero puedo salir de vez en cuando. Sobre todo en los pisos urbanos. Vamos. Os presentaré y también tengo que enseñaros algo. Primero Carl. Luego Dónut y Mongo.

Nos pusimos en fila delante de la puerta antes de que Mordecai la abriese con una floritura.

Antes de entrar en la habitación, nos encontrábamos en un pasillo largo y dorado de paredes muy altas, pero ahora se extendía ante nosotros un pueblo muy bullicioso lleno de criaturas de todo tipo. El humo y el azufre destacaban en el ambiente contaminado. Había muchísimas tiendas de estilo medieval por todas partes. El suelo parecía estar hecho de tablones de madera, con huecos demasiado grandes entre ellos en algunas partes. Un humo lánguido brotaba de dichos agujeros. En el techo falso de la parte superior, un sol rojo y resplandeciente proyectaba una luz de tonos escarlata por el lugar.

Mordecai echó un vistazo al pueblo. Ninguno de los transeúntes le prestó la más mínima atención. Me indicó con la mano que saliese al

exterior, y así lo hice. Mis pisadas resonaron en los tablones. La temperatura ahí fuera era mucho más alta que la del piso anterior.

—Me gustaría presentaros a Carl el mazmorrero, el primigenio anarquista moderado de nivel 13. Bienvenido al tercer piso, Carl.

3



—Esto se llama la Ciudad Epigea —dijo Mordecai mientras avanzábamos por la calle de madera. El minimapa estaba cubierto por los puntos blancos de los PNJ, y el de él había pasado a convertirse en una estrella amarilla. También había unos pocos puntos azules de otros mazmorreros desperdigados por ahí, pero no muchos—. El lugar por el que hayáis salido del segundo piso no afecta para nada al lugar donde habéis aparecido en este. Es del todo aleatorio, por lo que ahora os mezclaréis con mazmorreros de todo el mundo.

—Entonces ¿Brandon y los suyos podrían estar en cualquier parte? —pregunté—. ¿Cómo de grande es este lugar?

Dónut estaba sentada en mi hombro y llevaba a Mongo sentado sobre ella, como si fuésemos un puñetero trío de actores de vodevil. Ahora que me había aumentado la fuerza, casi ni notaba el peso. Muchos de los PNJ se detenían con la boca abierta para mirarnos al pasar. La mayoría de los que había en la zona eran enanos humanoides, pero también había una mezcla de humanos normales, orcos y criaturas parecidas a elfos caminando por ahí. Todos llevaban prendas de estilo medieval. Unos guardias enormes y con armadura, con el rostro oculto bajo los yelmos, también deambulaban por el lugar.

—Sí. Podrían estar en cualquier parte —respondió Mordecai—. Su ubicación dependerá del guía que les haya tocado. Podéis hablar con ellos, pero es muy probable que no sepan dónde se encuentran con

relación a vosotros. La guía que tienen se llama profesora Tiatha. No la conozco muy bien, pero puedo intentar averiguar por dónde andan si queréis.

—¿Esto es una ciudad gigante?

Asintió.

—Los pisos de la Ciudad Epigea son típicos de *Planeta mazmorrero*. Hay cientos de pequeñas aldeas rodeadas de extensiones de ciudad abandonada. Todo está conectado entre sí. Lo único que tenéis que saber es que estas zonas urbanas aparecen cada tres pisos. —Dio un pisotón en el suelo desvencijado—. La mayoría de estas cosas son puro artificio. Sigue estando bajo la superficie de vuestro planeta. Eso que veis ahí arriba, en realidad no es el cielo de un planeta distante. Y tampoco hay un volcán enorme bajo nuestros pies.

—¿Volcán? —pregunté al tiempo que bajaba la vista.

—Ya os hablaré del tema. Pensad en la ciudad como en un escenario hecho para los espectadores. Este y los pisos posteriores serán mucho más pequeños que los dos primeros, con la excepción del noveno piso. Diría que este podría tener la extensión del estado de Arizona. Unos trescientos mil kilómetros cuadrados. Y la mayoría de dicha extensión está cubierta por ruinas.

—¿Y estos PNJ? —pregunté.

Un par de enanas, que bien podrían ser adolescentes, se habían quedado extasiadas sin disimulo al ver a Mordecai. Dijeron algo para intentar llamar su atención, pero él les gruñó e hizo que se marchasen a la carrera entre risillas.

—Son muy reales, criaturas biológicas con vida parecidas a algunos de los enemigos. La mayoría han sido creadas por la Corporación Borant. Este es el único mundo que conocen y que conocerán jamás.

—Eso es muy retorcido, ¿eh? ¿Ellos saben lo que son?

—Sus mentes quedan alteradas cada vez que se regeneran. La próxima vez que se forme este piso en algún planeta distante, estos PNJ se despertarán como si fuese un día más, pero también habrán cambiado y tendrán recuerdos falsos. Los recuerdos incómodos, como el de un mazmorrero que se siente a explicarles que son poco

más que utilería de un concurso intergaláctico, habrán quedado eliminados. Imagina esos goblins de los que me hablaste, por ejemplo. Eran adictos a la meta y se peleaban por ella con las llamas. Esa historia no existía en la temporada anterior. Es algo que se añadió en este planeta y que solo ocurrirá en este. La próxima vez serán adictos al extracto de bayas solares o algo parecido. O serán fanáticos de algún dios en particular. O cualquier otra cosa.

—¿Qué cojones? —dije. En cierto sentido, podía decirse que eso era incluso peor que lo que nos estaban haciendo a mí y al resto de los humanos—. Pero están vivos, ¿no? ¿Cómo puede ser legal algo así?

—Son creaciones de los Borant, por lo que les pertenecen. No podrían alterar sus recuerdos si fuesen naturales, personas nacidas con un proceso biológico convencional. No pueden hacerlo a menos que renuncien a sus derechos por escrito.

—¿Y a la gente le parece bien?

—A la mayoría, sí. La galaxia en general tiene otras muchas cosas de las que preocuparse. Las normas al respecto son muy estrictas, casi tanto como las de las IA. Los enemigos y estos PNJ biológicos creados por encargo no tienen permitido existir fuera del programa controlado por el Sindicato. Usarlos para cualquier otra cosa que no sea este entretenimiento autorizado sí que es muy ilegal. Se considera un crimen de guerra, de hecho.

—¿Entonces no hay burdeles intergalácticos llenos de mujeres creadas genéticamente?

Mordecai hizo un mohín.

—No que sean legales, aunque sí que hay un lugar donde existen ese tipo de cosas bajo el amparo de la ley…

Señaló hacia el suelo.

—Pero has dicho que… —En ese momento me di cuenta de a qué se refería—. Ah. En los pisos inferiores, ¿no?

—Así es —aseguró Mordecai—. Este tercer piso no tiene casi turistas. La mayoría están en el decimoctavo. Es como un lugar de retiro de lujo para milmillonarios. La élite y los más ricos de la galaxia se congregan en ese piso para dar fiestas, apostar y saciar sus instintos más básicos.

—No entiendo nada —comenté—. Daba por hecho que el decimoctavo piso sería una especie de infierno en la Tierra lleno de dragones, gigantes de rayo y ese tipo de cosas. ¿Qué pasaría si un mazmorrero consiguiese bajar hasta ahí?

—Nadie lo ha hecho nunca —dijo Mordecai—. Así que no lo sé. Y pasa lo mismo con el decimoquinto. Borant y la IA del sistema tendrán cosas planeadas, pero nadie ha conseguido descender tanto, por lo que lo desconozco. Es algo que escapa a mi categoría salarial.

Mientras avanzábamos, pasamos junto a varias tiendas, sedes gremiales y posadas. Estas últimas aparecían como estancias seguras en el minimapa.

Mordecai pasó un buen rato explicándome las sedes gremiales de clase y de habilidades. Dónut y yo podíamos entrenar en las sedes gremiales de pícaro. La gata en particular también podría entrenar en las sedes gremiales de bardo; y en mi caso tendría acceso también a las de guerrero. A veces también nos encontraríamos con sedes especiales dedicadas a las especies. Ahora, me comentó que nunca había visto una para los primigenios, aunque era muy posible que existiesen. Los cuadrúpedos, en general, no tenían sedes.

Llegamos al final de la calle, donde se alzaba una pequeña valla. Un par de guardias con armadura estaban apostados en una verja no muy grande que me llegaba hasta la cintura. Los tipos estaban cubiertos de metal de los pies a la cabeza, por lo que no fui capaz de distinguir el tipo de criatura que eran, solo que eran corpulentos y muy altos. Cada uno llevaba una espada larga de acero. Examiné a uno de ellos.

> Guardia espadachín de la aldea. Nivel 75.
>
> A todo el mundo le gustan las personas fuertes y silenciosas. Para descubrir qué ocultan debajo del yelmo, tendrás que matarlo. Inténtalo si te atreves. No hay huevos.
>
> Los guardias de la aldea tienen la misión de proteger los centros poblacionales del tercer piso de las criaturas que deambulan por las ruinas de la Ciudad Epigea. Solo trabajan cuando es de día, por lo que no vayas a llorarles para que te ayuden cuando se haya puesto el sol.

El guardia no se había movido ni un centímetro. Estaba parado como una estatua.

—Da un poco de miedo, ¿no? —preguntó Dónut cuando nos detuvimos junto a la verja.

—Nada de hacer enfadar a los guardias —advirtió Mordecai—. No ataquéis a los PNJ. No intentéis robar en las tiendas. Tampoco os emborrachéis para luego desmayaros en mitad de la calle. Aquí no hay calabozos e impera la pena de muerte. Si hacéis enfadar a los guardias, no intentéis luchar contra ellos. Son lentos, pero hay muchos. Escapad en dirección a las ruinas. No os seguirán hasta ahí. Ahora, nunca podréis volver al pueblo donde os haya ocurrido.

Detrás de la verja había más edificios, pero estaban en ruinas y abandonados, hechos de ladrillos desmigajados y llenos de moho que habían empezado a descascarillarse. Una niebla se alzaba y ocultaba el horizonte, pero en las sombras de dicha niebla distinguí construcciones de todo tipo y tamaño.

—Muy bien —continuó Mordecai mientras señalaba lo que había detrás de la verja—. Las ruinas. Son iguales que la mazmorra, pero decoradas con un entorno lleno de edificios viejos y deteriorados, así como parques abandonados y llenos de malas hierbas. Hay toda una historia que cuenta el pasado de la ciudad. Está basada en un cuento infantil que no llegó a formar parte de la cultura de la Tierra. Básicamente, podría decirse que hay un volcán inactivo gigantesco y un mundo mágico que solo existe dentro de dicho volcán. Dicho mundo está conformado por seis estratos. El primero es en el que nos encontramos, la Ciudad Epigea, que es donde vive la mayoría de la gente. En el fondo del volcán vivía un monstruo que, un buen día, expulsó gases venenosos y mató o transformó al noventa por ciento de las personas de este lugar. Los descendientes de dichos supervivientes viven en los pueblos, y los monstruos resultantes hacen lo propio en las ruinas.

—Eso es muy macabro —comentó Dónut.

—Vale. Entonces ¿ahora mismo estamos sobre un volcán? Según la historia del juego, quiero decir —pregunté.

—Sí. Se supone que este piso ocupa la totalidad del cráter del volcán.

—¿Y cómo es el piso inferior? —pregunté.

—Para vosotros, el cuarto piso es uno de mazmorra normal y corriente. Igual que el quinto. Ahora, el sexto también forma parte de la historia de esta ciudad volcánica. Para los PNJ que hay aquí, sí que es el piso inferior. Se llama el Coto de Caza. Es otro piso urbano con pueblos similares, aunque esos pueblos son mucho más grandes y los residentes originales eran mucho más ricos. En el caso de ese piso, las ruinas son como una jungla llena de enredaderas. Y también es el primer nivel donde los turistas más intrépidos y perturbados pueden dar caza a los mazmorreros. No hay muchos que lo hagan porque es caro y peligroso. Los cazadores no están protegidos. Están en peligro constante por parte de las criaturas y de los mazmorreros, y todas las temporadas hay un buen puñado de imbéciles ricos que acaban muertos.

—¿Y lo de los dioses?

—Eso no tiene nada que ver. Y no aparecerán hasta el cuarto piso. Os lo explicaré en otro momento. Por ahora, será mejor que os pongáis en marcha.

—Vale —dije al tiempo que me giraba hacia la aldea—. Aquí hay tiendas. ¿Deberíamos ir a comprar? ¿Abrimos las cajas ya?

—Sí, sí, comprar —insistió Dónut—. Hay que ir de compras, sí.

—Aquí no —respondió Mordecai—. Este pueblo es muy pequeño. Las tiendas son caras. Os estafarán y no comprarán ninguno de vuestros objetos. Tenéis que llegar a un asentamiento mayor, y no tenemos mucho tiempo. —Señaló en dirección este—. ¿Veis ese camino ancho de allí? Seguidlo durante medio día y llegaréis hasta un pueblo mucho más grande. Allí encontraréis tiendas mejor surtidas.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

Mordecai apuntó con el dedo a una roca descolorida que había en el suelo al otro lado de la valla.

—Mira esa piedra de ahí y marca la ventana emergente que te aparecerá.

Hice lo que me acababa de decir.

—Madre mía —dije un momento después.

Había aparecido un cartel holográfico, que brotaba del suelo como si de un árbol se tratara. Tenía flechas con nombres y distancias en kilómetros. En dirección norte siguiendo el camino principal indicaba: ASENTAMIENTO DE TAMAÑO MEDIANO DE AVECELESTES. 34 KILÓMETROS. Había más carteles que indicaban la ubicación de estancias seguras, baños y, lo más importante, escaleras. Las escaleras más cercanas se encontraban a seis kilómetros.

—¿Hay estancias seguras en las ruinas? ¿No tenemos que depender de los pueblos? Y otra cosa, ¿los pueblos estos tienen nombre?

—Sí. Las estancias seguras y los baños estarán desperdigados por el lugar, tal y como lo estaban en los pisos superiores. Ahora, en las ruinas no habrá gremios de tutorial. Solo en los pueblos. Tampoco es que importe, porque también me teletransportaré a las estancias seguras. Y no, los pueblos no tienen nombre. El sistema los distingue entre minúsculos, pequeños, medianos, grandes y extragrandes. No es una clasificación muy trabajada. Este en el que nos encontramos es uno pequeño. Podéis ponerle nombre si conseguís matar al alcalde. Pero no os planteéis hacerlo siquiera, al menos en este piso. Es muy probable que acabéis muertos y no conseguiréis nada beneficioso si solo vais a estar aquí ocho días.

—Entendido —dije—. Pues supongo que tendremos que abrirnos paso luchando para llegar al otro pueblo.

Mordecai asintió.

—Aseguraos de revisar los carteles de vez en cuando para comprobar que vais en la dirección correcta. Todos los pueblos medianos de este piso tendrán un gremio de tutorial. Nos veremos por allí. Cuando lleguéis, nos iremos de compras juntos.

—¿Los monstruos serán mucho más fuertes en este piso?

—Sí, claro —aseguró Mordecai, que nos dedicó una sonrisilla pudorosa—. Debería hablaros de eso, sí. Me cuesta acordarme de todo ahora que no tengo mis listas. En este piso habrá diferencias entre el día y la noche. Siempre habrá monstruos en las ruinas, pero de noche serán más peligrosos. Los que os encontréis de día serán pan comido para vosotros, pero creo que tendríais que mantener a

Mongo al margen al principio. Y no salgáis de noche hasta que yo os diga que estáis listos. Los pueblos siempre serán seguros durante el día. Por la noche, lo único seguro serán las carreteras principales de los pueblos. Normalmente. Las callejuelas serán muy peligrosas. En algunos casos, hasta más peligrosas que las ruinas. —Batió las alas de íncubo unas pocas veces y se me quedó mirando—. Alejaos de las chicas con cuernos en la cabeza. Tienes mucho más Carisma que antes y seguro que se sienten atraídas por ti. Aparecerán de la nada y te rodearán. Practica los puñetazos y usa el nuevo conjuro Miedo en todos los enfrentamientos. Recuerda parar en una estancia segura para abrir las cajas y para que Dónut recoja su nuevo conjuro del Club de Grimorio por Piso de la Mazmorra.

—¡Me había olvidado! —exclamó la gata.

Mordecai se giró y empezó a caminar en dirección al pueblo. Iba en línea recta hacia un bar. Luego nos miró por encima del hombro y dijo:

—Otra cosa. No os paréis en la primera estancia segura que veáis. Esperad unas dos o cuatro horas antes de entrar en una. Y, Dónut, sigue practicando con Proyectil mágico. Ya casi lo has subido a nivel 10. Habladme por el chat si me necesitáis.

—De haber sabido que se iba a poner tan mandón, no habría cogido el beneficio Representante —murmuró la gata.

—Calla, Dónut —dije en voz muy baja mientras quitaba el pestillo a la verja que llevaba a las ruinas. Cuando la abrí, soltó un chirrido muy ruidoso. Los dos guardias no se movieron lo más mínimo. Salimos a las calles en ruinas y dejamos atrás la seguridad del pueblo.

4



Visualizaciones: 371,5 billones
Seguidores: 7,8 billones
Favoritos: 1,1 billón

Dónut se dispuso a entrenar a Mongo mientras recorríamos el sendero. Yo saqué una rama del inventario y se la tiré, momento que la gata aprovechó para decirle al bebé dinosaurio que se estuviese quieto hasta que le dio permiso para ir a cogerla. Cada vez se le daba mejor y ya casi había aprendido a seguir órdenes. El problema era que, cuando se emocionaba demasiado, las ignoraba por completo.

Dónut se detuvo en el primer baño que encontramos. Entró, y el pequeño dinosaurio se volvió completamente loco con la puerta. Empezó a atacarla y a arañarla mientras graznaba a todo lo que le daban los pulmones. Solo paró cuando Dónut volvió a salir.

—¡Tienes que aprender a ser más paciente, Mongo! —imprecó la gata—. Tienes que ser como mami.

—Claro. Paciente como tú, sí… —dije.

Me quedé maravillado con el techo cuando seguimos avanzando. Estaba mucho más alto de lo que había estado en los pasillos de los pisos superiores. Algunos de los edificios tenían hasta cuatro pisos de alto. En la neblinosa distancia, se distinguían algunos más altos incluso. No obstante, discerní a la perfección que el cielo no era más que una ilusión. Las luces se reflejaban en él de forma extraña, lo que dejaba al descubierto el engaño.

Zev: Hola, hola.
Dónut: ¡HOLA, ZEV!

ZEV: ¡Hola, Dónut! Os traigo buenas noticias. El programa de Odette ha sido otro exitazo. Pero lo mejor es que la mayoría de los espectadores están encantados con las clases y las especies que habéis elegido. Hay personas que se han mostrado un poco confundidas al ver que Dónut elegía eminencia del rincón de artistas para este piso, pero en general a todo el mundo le ha encantado su elección de ex actriz infantil. Hay quien ha dicho que no le gusta nada que vaya a truncar un poco el desarrollo de su personaje, pero la mayoría comenta que lo habéis compensado muy bien haciendo que las elecciones de Carl requieran un entrenamiento tan riguroso. Y que sepáis que, por el momento, las clases que habéis elegido son únicas. Nadie las ha elegido aún. Eso siempre ayuda. Sí que hay unos pocos primigenios por ahí, pero no demasiados. Gatos no hay, eso seguro, aunque algunos han elegido hombre o mujer gato como especie. De hecho, hay muchas chicas gata por ahí. Pero nada, que aún es pronto y la mayoría de los mazmorreros no han tomado una decisión.

Dónut parecía absolutamente escandalizada.

CARL: Pues está bien saberlo, Zev. Una pregunta. ¿Los espectadores ahora pueden ver a Mordecai?

ZEV: No. En general, no. Saben que tienes un representante y lo vieron cuando os presentó al llegar a este piso, eso sí. Pero de ahora en adelante será como ha sido siempre. Por cierto, he echado un vistazo y no hay mazmorreros famosos cerca. Yo evitaría añadir a los que están por aquí a vuestro grupo. Son demasiado aburridos.

DÓNUT: ¿YA SABES EN QUÉ PROGRAMA VAMOS A APARECER AHORA?

ZEV: A ver, este piso dura ocho días, por lo que aún estoy negociando con algunos programas. Todo parece indicar que será la cuarta noche, pero todavía no he firmado ninguna entrevista. Voy a tener que contratar a más gente para responder a todas las solicitudes de entrevistas.

CARL: Muy bien. Gracias, Zev.

ZEV: Chaíto. Ya hablaremos.

DÓNUT: ¡ADIÓS, ZEV!

—¿Cómo que una chica gata? —preguntó Dónut—. No me gusta nada. ¿Y eso de hombres y mujeres gato? No sé quiénes serán, pero me parecen unos indecisos.

—Cuidado —grité al tiempo que saltaba hacia atrás. Un cuchillo rebotó en mi pecho y repiqueteó al caer al suelo sin hacerle daño a

nadie. Alcé la vista a la criatura que lo había lanzado: un mono que llevaba un cráneo humano pintado a modo de máscara.

> Lémur excircense. Nivel 8.
> El Circo Ambulante de Grimaldi era una de las atracciones favoritas de la Ciudad Epigea antes de aquel aciago día tiempo ha. Cientos de años después, los descendientes salvajes y transformados de dicho circo siguen acechando entre las ruinas en busca de adultos y niños por igual a los que encandilar y entretener.
> Y por «encandilar y entretener» nos referimos a «devorar la carne de sus huesos y usar los restos como armadura».
> Los Increíbles Lémures Malabaristas de Grimaldi eran una de las atracciones principales del circo. Los niños de todo el reino reían y aplaudían al ver a esas criaturitas hacer malabarismos con todo tipo de objetos, desde pelotas a pinzas, e incluso cuchillos.
> Seguro que ya sabéis cómo va a acabar esto.

Esa cosa con forma de mono de pelaje rojo, que al parecer era un lémur, llevaba un cráneo humano pintado de rojo y negro a modo de máscara. Estaba asomado en la ventana del segundo piso de un edificio en ruinas, en el alféizar, con las piernecitas colgando. El punto rojo del minimapa no había aparecido hasta que no me había lanzado el cuchillo directamente a la cabeza. Por suerte, había empezado a descender hasta golpearme en el pecho y rebotar en mi chaqueta gracias a la resistencia a los ataques perforantes de la capa.

—Mierda —grité cuando aparecieron cuatro lémures más en la ventana. Dónut y yo nos dirigimos a toda prisa a una callejuela mientras nos llovían más cuchillos por todas partes. Dos de ellos se clavaron en los tablones de madera del suelo.

Mongo graznó de rabia, y Dónut gritó al dinosaurio para que no se quedase al descubierto en mitad de la calle.

Preparé una bomba de humo mientras examinaba el mapa para encontrar la mejor manera de atacarlos. No había ventanas en el edificio que diesen a la callejuela en la que nos encontrábamos, pero no me cabía duda de que iban a descubrir dónde estábamos en muy poco tiempo. Un rugido inquietante y gutural se apoderó del ambiente, seguido de otro en respuesta a varias manzanas de

distancia. Había mucho más de cinco. Dejé la bomba de humo y saqué una de mis jarras explosivas.

Aviso de administrador. Hay una pestaña disponible en tu interfaz. Misiones.

—¿Qué cojones? —dije.

Un repique musical similar al estruendo de una trompeta se extendió a nuestro alrededor. Solo duró un segundo. Unas chispas y unas serpentinas ilusorias bailotearon en los límites de mi visión.

Nueva misión. El espectáculo debe continuar.

Las palabras aparecieron girando frente a mí hasta quedar colocadas justo en medio, como si fuese el título de un capítulo especial de una serie de televisión. Las chispas caían desde la palabra «Misión».

Has descubierto los restos de un circo antiguo. Este circo ambulante resiste cientos de años después de que la nube tóxica devastara la Ciudad Epigea. Pero en lugar de risas, alegría y algodones de azúcar, lo que reparte es devastación y dolor. Pero mejor, porque a estas alturas su algodón de azúcar debe ser asqueroso. Descubre por qué el circo sigue existiendo y acaba con su reinado de terror.
Recompensa: Recibirás una caja de misión de oro.

—¿Qué carajo es esto? —pregunté—. ¿Una misión?

Mordecai había mencionado las misiones una o dos veces, pero nunca habíamos hablado de ellas en profundidad.

Carl: Mordecai, acabamos de encontrarnos una misión. ¿Deberíamos quedarnos aquí y hacerla?
Mordecai: Hacerle cosas a tu madre es lo que deberías.
Carl: ¿Qué?
Mordecai: Mamá lo quería más a él. Pero quién está muerto ahora, ¿eh? Me alegra que esa gata usara sus cenizas como baño.

—¿Qué le pasa a Mordecai? —preguntó Dónut.

Carl: ¿Estás borracho? Pero ¡si solo han pasado quince minutos!

Mordecai: ¿Sabías que los íncubos no toleran muy bien el...?
Carl: ¿Mordecai?

No respondió

—Joder. Me da que estamos solos por el momento —comenté. No podíamos quedarnos aquí. Señalé al otro lado de la calle, donde se apreciaba otra callejuela. Había una estancia segura a unas tres manzanas—. Prepárate para salir corriendo.

Brinqué para asomarme por una esquina. Mi plan era intentar lanzar la jarra explosiva por la ventana, pero ahora vi a varios lémures en el tejado del edificio, así que le di un poco más de fuerza al lanzamiento y apunté bien alto. Volví a retirarme a la callejuela y me agaché para protegerme mientras más cuchillos repiqueteaban contra el suelo. La jarra detonó, y noté cómo temblaba el edificio contra el que apoyaba la espalda. Oí gritos agudos y desesperados y sentí el calor que emanaba de la estructura.

Un lémur en llamas saltó desde las alturas y aterrizó frente a mí. Le di una patada y salió volando por los aires, mucho más de lo que esperaba, hasta chocar contra la pared de piedra de otro edificio. Detrás de nosotros, empezaron a caer desde el tejado más de esos lémures cubiertos de lenguas de fuego.

—Corre —grité.

Salimos de la callejuela a toda velocidad y cruzamos la calle. Aparecieron varios puntos rojos detrás de nosotros. El tejado del edificio al completo había quedado lleno de las equis que indicaban los cadáveres de los lémures.

—Cagondiós, Mongo —aullé mientras el pequeño dinosaurio se separaba de nosotros e iba directo hacia el lémur muerto al que le había dado la patada. Graznó, saltó con las patas por delante y cayó con maestría sobre el cadáver. El dinosaurio empezó a gruñir con júbilo mientras el pelo chamuscado del lémur flotaba a su alrededor. Me desvié un poco del camino para cogerlo.

El dino emplumado soltó un alarido de rabia cuando lo levanté del suelo. Un cuchillo rebotó en uno de los ladrillos, a escasos centímetros de mi cabeza. Me atreví a mirar por encima del hombro y me quedé plantado en el sitio.

Una jirafa. Una maldita jirafa corría por la calle hacia nosotros.

Aquel animal gigantesco estaba cubierto de lémures que se le aferraban al cuello como si fuese el tronco de un árbol. La jirafa estaba a una manzana de distancia. Torció el cuello y luego lo balanceó, lo que hizo que muchos de los lémures saliesen despedidos por los aires hacia nosotros. Uno de los pequeños monos voló demasiado alto y emitió un crujido al chocar contra el suelo de piedra. Cayó al suelo sin remedio y quedó hecho papilla sobre los tablones de madera.

Los lémures restantes gritaron por los aires, blandiendo sus cuchillos mientras otros nos lanzaban más de esas armas blancas desde las ventanas del edificio, que ahora estaba en llamas. Me agaché, pero la mayoría de los cuchillos repiquetearon al caer al suelo demasiado lejos de donde nos encontrábamos. Los lémures que habían salido volando de la jirafa aterrizaron al fin y sacaron más cuchillos de las bandoleras que llevaban al hombro. Brincaron de un lado a otro sin dejar de avanzar hacia nosotros, aullando con sonidos graves y guturales.

—¡Controla a tu puñetero pollo! —grité al tiempo que dejaba a Mongo en el suelo y sacaba una bomba de humo. La encendí y la tiré mientras salíamos de la callejuela y nos alejábamos. Cruzamos la calle amplia para luego meternos en otra callejuela mucho más estrecha que la anterior.

—¡Mongo, síguenos! —gritó Dónut mientras saltaba en mi hombro. Aterrizó mirando hacia atrás y disparó unos proyectiles mágicos. Mongo graznó y agitó los bracitos, pero se mantuvo corriendo a mi izquierda.

La calle siguiente, que era la última antes de llegar a la estancia segura, solo tenía un punto rojo en el centro. Saqué otra bomba de humo y la tiré hacia delante.

—Dispárale un proyectil mientras cruzamos.

El humo cubría por completo la calle que teníamos delante, pero empezó a soplar una brisa que lo desvió en la dirección equivocada. «Joder, estas cosas son una mierda». En el último momento, recordé que Mordecai me había aconsejado usar el conjuro Miedo lo máximo posible.

Entramos en la calle a toda prisa y lancé Miedo justo cuando Dónut soltó un proyectil mágico de máxima potencia. Me quedé sin aliento al ver a la criatura.

> Advertencia: Las criaturas que ya dan un miedo de cojones de por sí son inmunes a los efectos del conjuro Miedo.

Mi primera impresión fue que se trataba de Slenderman. Slenderman vestido de payaso. Mierda.

El proyectil mágico de Dónut voló bajo, pero me di cuenta de que lo había lanzado así a propósito. Le dio a la criatura en la pierna y esta se desplomó. La descripción apareció mientras caía.

> Terror el Payaso. Nivel 10.
> Si te has meado encima, no te preocupes. No serías el primero.
> El payaso zancudo, de más de tres metros de alto, siempre fue el preferido de los mocosos que visitaban el circo de tres carpas de Grimaldi. Ahora, devastado por el paso del tiempo y la maldición de la Ciudad Epigea, los afables payasos zancudos han pasado a transformarse en una monstruosidad alta y sanguinaria que solo quiere usar tus intestinos para darles forma de animales como si fuesen un globo.

El monstruo era humanoide, pero tenía la piel llena de manchas blancas como el hueso, no tenía nariz ni ojos y contaba con una boca gigantesca y roja llena de dientes afilados. Llevaba ropa de payaso ajada y cubierta de sangre sobre su cuerpo demacrado. Los brazos eran más largos de lo normal y casi le llegaban al suelo. Sostenía un gigantesco cuchillo de carnicero en cada mano y llevaba una peluca de pelo rojo y rizado coronada por un sombrerito con una flor.

Dónut le había disparado justo debajo de la rodilla, lo que hizo que cayese hacia atrás y que uno de sus zapatos rojos y enormes volase por los aires. La sangre manaba a borbotones de la herida. Le había dado en el lugar donde tendría que haber estado el zanco, pero al parecer las piernas del monstruo eran de verdad así de largas.

Apareció una barra de salud, pero el proyectil solo le había quitado un 20 %.

Después de echar un vistazo rápido al minimapa, vi que los lémures seguían a una manzana de distancia, por lo que corrí hacia el monstruo mientras Dónut lanzaba dos proyectiles más.

—¡Cuidado con los brazos! —grité mientras cerraba el puño. Dónut saltó de mi hombro.

—¡A los ojos! —gritó mientras derrapaba por el suelo.

Mongo y yo saltamos hacia la criatura. Yo aterricé en el pecho, mientras que el dinosaurio empezó a destrozarle el tobillo al payaso caído por encima del zapato.

El pecho se le hundió con un crujido cuando aterricé sobre él. Fue como caer sobre un palé de madera y que este se astillase por completo bajo mi peso. Apoyé una rodilla y eché el puño hacia atrás, preparado para golpear.

Otro proyectil impactó contra el brazo levantado del payaso, mientras yo le daba un puñetazo en la cara con todas mis fuerzas. El cuello crujió bajo mis nudillos, y una lengua bífida brotó entre los labios. El sombrerito salió volando, y se le cayó la peluca roja. Golpeé una y otra y otra vez hasta que le hundí la cara.

La marea de puntos rojos estaba cada vez más cerca. Iban a alcanzarnos dentro de unos quince segundos. Abrí el inventario del payaso para saquearlo.

> Carne de payaso.
> Entrada para la carpa grande.
> 35 de oro.

Lo cogí todo, así como dos cuchillos de carnicero tamaño extragrande, la peluca roja y el sombrerito. Mongo no se había separado del tobillo del payaso, rasgando la piel y gruñendo como un perro al que le hubiesen tirado un hueso. Me incliné para cogerlo y, en ese momento, me percaté de que había crecido bastante. Lo levanté del suelo de igual manera, pero la criatura graznó de rabia. Me separé un poco del cadáver del payaso y lo volví a dejar en el suelo.

—Dile que nos siga —comenté a Dónut mientras me giraba hacia la siguiente callejuela—. Rápido.

—¡Mongo, vamos! —dijo Dónut.

La callejuela giraba para convertirse en un pequeño laberinto lleno de puertas y paredes de piedra. La estancia segura parecía ser una taberna que se encontraba a unos cincuenta metros, en un callejón. Un cartel colgaba sobre la puerta y rezaba: MIMITOS EN LA BARRIGA DEL CARLINO. Un carlino con chistera y traje también se apreciaba en dicho cartel. Miré con preocupación la marabunta de puntos rojos que empezaba a cruzar la calle y luego abrí la puerta para correr al interior.

A diferencia de las estancias seguras de los dos pisos anteriores, esta parecía un bar sacado de una feria renacentista. Seguía teniendo las tres pantallas de televisión, eso sí, y la distribución era parecida a las estancias seguras con personal. Había un protector bopca detrás de la barra, que nos miró con curiosidad cuando entramos.

Lo primero en lo que me fijé fue en los dormitorios, que solo había cinco y que ahora costaban dinero. Diez de oro por noche, que no era prácticamente nada. Entre Dónut y yo ahora teníamos casi diez mil. La comida también costaba dinero, pero era igual de barata.

No le quité ojo de encima a los puntos rojos en el minimapa, para comprobar si se habían metido en la callejuela. De haberse enterado que estábamos aquí, hubiese sido un problema. No parecían haber visto hacia dónde nos dirigíamos.

Me acerqué a la barra para pedir algo de beber. Lo necesitaba de verdad.

Zum.

Mordecai se teletransportó en la estancia, de pie junto a la barra principal. Tenía los pantalones bajados hasta las rodillas y los ojos cerrados.

—Vamos, chicas —dijo con voz casi ininteligible—. Una a una. La abuelita primero. Hay mucho Mordecai para…

Se quedó en silencio, abrió un ojo y nos miró.

—Señor, debo pedirle que se la envaine inmediatamente —gritó el bopca—. ¡En este establecimiento hay familias!

Miré al gnomo. Se llamaba Gordo.

Mordecai se subió los pantalones rápidamente. Aún llevaba el esmoquin, a excepción de la corbata y de la chaqueta. La cola aserrada se le había quedado atascada con el cinturón y no fue capaz de subirse del todo los pantalones. Se la metió con torpeza debajo para luego abrochárselos. Luego se quedó en pie y tambaleándose. Olía el alcohol desde donde me encontraba.

Nos habíamos separado de él hacía unos veinte minutos. Veinte minutos.

—Se suponía que no ibais a entrar en una estancia segura hasta dentro de unas horas —comentó Mordecai—. Si queréis que todo salga bien, vais a tener que hacerle más caso a vuestro representante.

Mordecai se tambaleó de repente y extendió los brazos para mantener el equilibrio, como si se encontrase sobre una tabla de surf.

—¿Dónde han ido esas dos chicas y su abuela?

Después vomitó en el suelo, se sentó encima y se desmayó.

Gordo se inclinó sobre la barra e hizo un mohín.

—¿Este es vuestro representante?

—Sip —respondí.

Negó con la cabeza con gesto de tristeza en el rostro.

—Estáis muertísimos.

—Sip.

5

Mongo había subido hasta nivel 3 y prácticamente había doblado su tamaño. Iba a ser un monstruo muy brillante y colorido cuando terminase de crecer. Las plumas rosadas se habían vuelto más largas y gruesas a lo largo de sus bracitos, y ahora estaban mezcladas con una hilera de otras plumas de un rojo más oscuro. La cola también le había crecido, lo que le daba un aspecto más parecido al de un dinosaurio y menos al de un ave de corral. La piel alrededor de los ojos había adquirido una tonalidad azulada. El hocico se le había ensanchado y alargado también. Era muy probable que uno de sus mordisquitos en la nariz ya no fuese tan gracioso e hiciese mucho daño.

—Crecen tan rápido… —dijo Dónut con tristeza—. Ya no se me puede sentar en el lomo.

—Pronto serás tú quien se siente en su lomo —dije. Sabía que la versión real de estas cosas de la Tierra no era tan grande como la que había salido en las películas, pero tenía muy claro que el juego había decidido darle a Mongo un aspecto más cinemático que agradase al público.

Mientras Mordecai seguía roncando a pierna suelta sobre el charco de vómito, Dónut y yo nos dispusimos a abrir las cajas. Los dos teníamos una caja de la Tierra de plata. También habíamos conseguido algún que otro logro. Yo no tenía más cajas, pero Dónut había conseguido una caja de mascota de oro que no había abierto

por el momento. El logro más destacado era el que me habían dado por la primera misión.

> ¡Logro desbloqueado! ¡Elemental, querido mazmorrero!
> Creías que solo ibas a tener que machacar monstruos, ¿no?
> ¡Has conseguido una misión! ¡Puzles, intrigas, misterios! Si quieres sobrevivir en este mundo, vas a necesitar ser algo más que un bárbaro guapo capaz de blandir una espada. Algunas misiones requieren fuerza bruta, sí, pero a veces también hay que darle al coco.
> Recompensa: No queremos que te aburras. Esa es tu recompensa.

Eso había sido interesante. Si se trataba de algún tipo de misterio a resolver, me preguntaba si sería necesario hablar con gente. Si era el caso, el Carisma astronómico de Dónut sería muy valioso.

La gata abrió su caja de la Tierra y soltó un grito ahogado.

Había conseguido tres objetos. Dos eran cajas sin abrir que parecían de Amazon: una vela aromática y una torre para gatos tamaño grande con varios postes para rascar y plataformas alrededor de una hamaca para felinos. Era más grande y sofisticada que la que tenía en nuestro apartamento. Iba a tener que montarla yo. La vela tenía una etiqueta que rezaba «Brisa marina», pero no olía a nada parecido a mar.

El tercer objeto era una poción. Una POCIÓN DE AFICIÓN DE LA TIERRA. Leí la descripción.

> Poción de afición de la Tierra.
> Según el apartado 1256-C de la Ley de Protección de las Especies Planetarias Nativa, el Gobierno del Sindicato debe entregar esta recompensa en particular a todos los mazmorreros que hayan elegido una clase propia del planeta.
> Tomar la opción es opcional. No obstante, no se puede vender ni transferir a otros mazmorreros o entidades.
> Al beberla, conseguirás de manera inmediata una habilidad de nivel 3 relacionada con una afición única de la Tierra. Dicho beneficio es del todo aleatorio. Eso sí, no recibirás una habilidad que ya tengas.
> Dioses, odio cuando los abogados nos obligan a poner ese tipo de textos basura en las descripciones. ¿Tú no? Bueno, pues que podría salirte algo útil como *parkour* o *jiu-jitsu*, o puede que tengas una mala suerte del carajo y acabes con algo del tipo coleccionismo de sellos o experto en preparación de kombucha. No te hagas falsas esperanzas. El hecho de que

tu planeta estuviese lleno de tantos gilipollas aburridos con aficiones inanes y ridículas no juega a tu favor.

Me reí. ¿Por qué los obligarían a algo así? ¿Con qué propósito? ¿Era un intento burocrático de conservar la cultura de la Tierra? No tenía sentido, pero al mismo tiempo me recordó a algo propio de los militares.

En la caja de mascota de oro, Dónut recibió un collar negro y mágico para Mongo que servía para colocar un punto naranja en el mapa allá donde se encontrase. Gritó e intentó quitárselo, pero después de unas pocas reprimendas por parte de Dónut se relajó y dejó de arañarlo.

En un rincón oscuro de la estancia segura había un buzón, al que Dónut se acercó para recoger su grimorio. Lo sacó.

—La verdad es que suena muy emocionante —dijo la gata. Brilló al aprender el conjuro.

—Por Dios, Dónut —comenté—. Espero que hayas leído la descripción.

—Tranquilo, Carl. Mira.

Agitó la pata, y Mongo, que corría en círculos alrededor del cuerpo tumbado bocarriba de Mordecai, se dividió en tres de repente. Ahora había tres dinosaurios corriendo en círculos. Uno de ellos graznó con tono de preocupación, saltó sobre la barra y empezó a gruñir a los otros dos. Un instante después, los otros saltaron también sobre la barra. El primero gritó asustado y salió corriendo para esconderse detrás de Dónut. Los otros dos se miraron para luego bajarse y seguir corriendo alrededor de Mordecai como un par de tiburones.

—Por favor, dime que son ilusiones —dije. Los dos nuevos Mongo eran exactamente iguales a nivel físico, pero no se movían como si fuesen duplicados exactos. Cada uno parecía tener mente propia.

—¡Son reales! —respondió Dónut—. ¿No es genial? ¡Solo duran un minuto! Es un conjuro bastante caro. Cuesta 26 puntos.

Como acababa de decir, los dos dinosaurios dejaron de correr poco después. Se miraron y cayeron al suelo desmontados, dejando tras de sí una montaña de pequeños engranajes, servomecanismos y

partes eléctricas. Las piezas desaparecieron con una explosión de humo un instante después.

—Se llama Triplicado mecánico. Es una pasada, ¿verdad? Solo puedo lanzarlo con mascotas o secuaces, eso sí, así que jamás veremos a un Carl mecánico.

El Mongo real graznó con preocupación a los dos montículos de ceniza que habían quedado en el suelo.

—Es un buen conjuro. Será mejor que te pongas a practicar con él. Tienes una lista muy buena —dije al tiempo que les echaba un vistazo a sus conjuros.

Estos eran los que tenía por el momento:

Sanar. Nivel 1 (máx.).
Antorcha. Nivel 10.
Proyectil mágico. Nivel 9.
Saltacharcos. Nivel 3.
Segunda oportunidad. Nivel 5.
Sanar criatura. Nivel 1.
Triplicado mecánico. Nivel 1.

No me había dado cuenta de que el conjuro Antorcha le había subido hasta nivel 10. Lo encendía siempre que salíamos de una estancia segura y nos seguía a poca altura durante todo el día. Dónut se había dedicado a ajustar el brillo del conjuro sobre la marcha cuando intentábamos ser sigilosos, pero yo ni me había dado cuenta. La mayoría de los pasillos del segundo piso contaban con luz ambiental.

—¿Me montas el árbol? —preguntó la gata—. ¿Y me enciendes la vela? La señorita Beatrice siempre encendía velas.

—Un momento —dije. En ese momento, me vino un recuerdo de Dónut acercándose a una hilera de velas encendidas y Bea asustándose mucho. Siempre se asustaba mucho y creía que la gata iba a prenderse fuego, pero aun así no perdía la oportunidad de encender miles de velas por todo el apartamento.

Yo aún no había abierto mi caja de la Tierra, así que lo hice en ese momento. Al igual que la de Dónut, en la mía había dos objetos aleatorios y una poción de afición.

El primero de los objetos era un cactus pequeño en una maceta. Era enano, achaparrado y solo medía algo menos de diez centímetros de alto, cubierto de espinas amarillas. La maceta tenía una etiqueta con el precio colgando: 3,99 dólares. Era de una tienda Home Depot.

El segundo de los objetos era una colección de pequeños libros de bolsillo envuelta en plástico transparente.

—Vaya —dije al tiempo que les daba la vuelta a los libros. Eran libros de Louis L'Amour. Del Oeste. Mi padre tenía una estantería llena de ellos. De niño, siempre cogía alguno a escondidas y me lo leía en una sola noche, oculto bajo las sábanas con una linterna. La colección contaba con dieciocho libros que pertenecían a la misma saga. La saga de la familia Sackett. No los había leído. Los guardé en el inventario. Me di cuenta de que me temblaban las manos y no tenía muy clara la razón.

Miré el cactus y me planteé qué podía hacer con él y por qué me habían dado algo así. Los dos regalos de la gata sin duda habían sido deliberados. Una vela para recordarle su hogar y una torre para que estuviese más cómoda.

Suspiré y guardé la planta en mi inventario.

—Entonces ¿quieres una nueva afición? —pregunté. No tenía esperanza ninguna de que aquello fuese a traer nada bueno.

—Vale —dijo Dónut. El cuerpo entero de la gata brilló durante unos instantes. Hizo una mueca—. Escutelifilia —comentó un momento después, pronunciando la palabra muy despacio—. No… No sé ni qué significa eso. Tengo Escutelifilia. Suena obsceno. ¿Cómo puedo tener una habilidad y no saber qué es? No tiene sentido. Qué desperdicio.

Reí entre dientes.

—La verdad es que no sé qué decirte, Dónut. La IA nos advirtió que podía salirnos algo muy absurdo.

Coloqué la poción en la barra de acceso rápido e hice clic en ella. Sentí una oleada de calor recorriéndome el cuerpo.

> ¡Has conseguido una habilidad!
> Ahora tienes nivel 3 en la habilidad Cesta punta.

Y ya. No había más explicación.

—¿Cesta punta? —dije. ¿Eso era un arte marcial? Me miré las manos. No sentía nada diferente.

—¿Tú poción también ha sido un fiasco? —preguntó Dónut.

—Pues no lo sé —respondí—. Quizá.

Dónut tenía razón. Era estúpido y no tenía sentido si no sabíamos qué hacían las habilidades.

—Es tan útil como dominar el arte de romper cáscaras de nueces con los dedos de los pies —aseguró Dónut. Después se giró hacia el bopca—. Gordo, cielo. Tráeme unas nueces. Tenemos que experimentar.

Se rio.

—Claro. Ahora mismo, alteza —dijo la criatura antes de desaparecer en la trastienda.

El tipo era más servicial de lo que solían ser los bopca de las estancias seguras. El Carisma de Dónut había subido hasta 70. Mordecai había asegurado que, aunque parecía muchísimo, en los pisos inferiores íbamos a necesitar mucho más si queríamos seguir aprovechándonos de esa característica. Subiendo solo 3 puntos por nivel, íbamos a necesitar pociones, objetos y todo lo que pudiésemos encontrar para subir esa y las demás.

Como era uno de los pocos conjuros que funcionaba dentro de una estancia segura, le comenté a Dónut que lanzase el nuevo Triplicado mecánico una y otra vez. La gata regeneraba cada punto de maná en segundos. Mongo se acostumbró muy rápido a tener dos amigos mecánicos que salían de la nada. En ese momento, graznó con alegría cuando los vio aparecer para luego correr hacia ellos. Los otros dos empezaron a pegar saltitos de emoción, y los tres comenzaron a perseguirse volcando sillas y brincando sobre las mesas. Las descripciones emergentes sobre sus cabezas no indicaban cuál era el de verdad. No tardé en perderle la pista al verdadero Mongo, pero luego los falsos terminaron por desmontarse. El dinosaurio les dedicó una mirada triste para luego correr hacia Dónut y empezar a gritar sin dejar de saltar arriba y abajo, como para exigirle que los volviese a crear.

—Algo me dice que no estoy consiguiendo experiencia para el conjuro —terminó por decir la gata—. Ya tendría que haber subido un nivel al menos.

—Hum… A lo mejor no cuenta en las estancias seguras. —Miré a Mordecai, quien no había dejado de roncar—. Ojalá pudiésemos preguntarle a alguien —comenté en voz muy alta. No era la primera vez que intentaba despertarlo, pero había perdido el sentido por completo.

—¿No deberíamos moverlo para que no duerma sobre sus vómitos?

—Probablemente —comenté—. Pero no quiero volver a tocarlo. —La primera vez que había intentado despertarlo, la cola se había alzado en gesto ominoso, como una cobra—. Lo último que necesitamos es que se active un extraño conjuro de íncubo y perder a tu representante. Además, algo que me dice que no es la primera vez que le pasa.

No me apetecía montar la torre de Dónut, por lo que le dije que lo haría esa misma noche. En lugar de hacerlo, y mientras Dónut jugaba con Mongo y sus clones, pasé un buen rato trasteando con explosivos.

Lo ideal hubiese sido poder hacerlo en una mesa de zapador, lo que evitaría que se degradase la dinamita y sin duda me daría más opciones para trabajar con todo lo que llevaba en el inventario. Se me ocurrió una idea, pero la desestimé por el momento. Ahora contaba con la habilidad Cirujano de bombas y, aunque aún era nivel 1, me daba la impresión de que iba a serme muy útil. Ya era capaz de sentir la profundidad a la que estaba enterrado el detonador de los cartuchos de dinamita, de discernir cuánto les quedaba a dichos cartuchos para explotar antes siquiera de tener que consultar la descripción.

En lugar de ponerme con la dinamita, pasé a echarle un vistazo al alijo de bombas de humo goblin. Las bombas, que tenían el tamaño de una manzana, eran demasiado grandes para el tirachinas y tenían un diseño que no me permitía desmontarlas. Me pregunté si no hubiese sido mejor entrenar con una honda. Las dejé a un lado con frustración.

Tenía muchas sustancias químicas y una montaña de pólvora negra, pero mis conocimientos de química eran limitados y no contaba con la combinación correcta de objetos para crear lo que tenía en mente. Iba a necesitar una tienda que vendiese suministros de explosivos o, mejor aún, encontrar un pueblo de hobgoblins y saquear todo lo que tuviesen. Al parecer, tenían cosas de mejor calidad que los goblins.

Se suponía que teníamos que llegar a ese asentamiento mayor antes de que anocheciese, pero decidí que sería mejor quedarnos por la zona y explorar. No tenía muy claro cuándo iba a llegar la noche, pero sabía que quedaban unas pocas horas antes del siguiente episodio resumen.

El plan era salir ahí fuera y recorrer sigilosamente los límites del supuesto circo. Intentaríamos no llamar mucho la atención. Hasta que supiésemos exactamente a qué nos enfrentábamos, al menos.

—Vamos, Dónut —dije—. Vamos a cazar payasos.

Lo primero que vimos cuando salimos al exterior fueron las tres equis en el mapa. Eran mazmorreros que habían muerto relativamente cerca del lugar donde nos habíamos topado con los lémures.

—Ay, mierda —dije. Recordé lo que había dicho Zev de que no nos uniésemos a ningún otro mazmorrero que hubiese por la zona y me sentí culpable por no haber ido a buscarlos en aquel momento. Las muchas novedades que habíamos encontrado en este piso me habían agobiado tanto que ni me lo había planteado. Me sentí mal por ello.

Nos acercamos con cuidado a la zona a través de una callejuela muy estrecha. Mongo se detuvo para olisquear. Soltó un graznido grave.

—Silencio —susurré. Miré el minimapa, pero no vi ningún enemigo.

Mongo se había detenido y no dejaba de mirar hacia arriba. Seguí su mirada y lo vi al fin: un lémur con cara de calavera asomaba por el borde del tejado. No nos había visto.

Cuando lo vi, el punto rojo apareció en mi mapa. Esas criaturas tenían algún tipo de habilidad relacionada con el sigilo. Miraba la calle donde se encontraban los mazmorreros muertos y nos daba la espalda. Era una trampa. Solo veía un lémur, pero no me cabía duda de que había más.

—Atrás —dije—. Entremos en el edificio y pillémoslo por sorpresa.

Las estructuras que nos rodeaban no eran más que cascarones vacíos de antiguas casas. Ninguna tenía puertas o ventanas, solo los agujeros donde seguro estaban en el pasado. Desanduvimos nuestros pasos para mirar dentro por uno de esos huecos.

Nos agachamos junto a la entrada. Por suerte, Mongo se estaba portando bien y se quedó en silencio. El segundo piso y el tejado eran poco más que vigas de madera podrida, todas rodeadas por los ladrillos de piedra de las paredes. Vimos al lémur desde allí, sentado ocioso en el borde. No había escaleras ni forma fácil de subir hasta donde se encontraba.

—¿Quieres que me encargue de él? —preguntó Dónut.

—Tenemos que hacerlo con sigilo —comenté. Mi tirachinas serviría para poco más que incomodarlo, pero un proyectil mágico de Dónut seguro que hacía demasiado ruido.

—Quédate aquí en silencio y no le quites ojo de encima a mami, Mongo.

—Espera. Cagondiós, Dónut —susurré.

Pero, antes de que me diese tiempo a seguir protestando, Dónut saltó por los aires y aterrizó en una de las vigas del segundo piso. Se acercó al tejado caminando despacio.

«Vaya…», pensé. Había conseguido ser más silenciosa de lo que me imaginaba. Sobre todo teniendo en cuenta su…

Saltó en la viga central del techo y aterrizó justo detrás del lémur.

A pesar de la distancia, oí el leve tintineo del colgante cuando aterrizó en el tejado. El silencio del lugar hacía que fuese tan estruendoso como la puñetera campana de una iglesia. La armadura también hacía mucho ruido contra la viga.

Mongo llegó a la conclusión de que quería animar un poco la cosa, así que graznó con fuerza.

El lémur se giró levemente para mirar por encima del hombro, momento en el que Dónut saltó hacia él.

La gata se las apañó de alguna manera para no caer por el borde hasta la calle de debajo. Soltó un garrazo con fuerza a la criatura, que se desplomó y cayó por el interior del edificio rebotando en las vigas del segundo piso para luego caer al suelo con un gran crujido. Mongo se acercó a la carrera y saltó con fuerza sobre el lémur, que seguía con vida. Empezó a desgarrar brutalmente el vientre del monstruo, abriéndolo como le habían enseñado, graznando e introduciendo luego la cabeza en el cuerpo abierto del lémur.

«Joder…», pensé mientras me acercaba a la carrera.

Dónut bajó de un brinco y se sentó junto a su víctima con gesto triunfante.

—Vamos a tener que hacer algo con ese colgante si quieres ser sigilosa —dije—. Eres demasiado frágil como para hacer ese tipo de cosas sin tenerlas bien planeadas.

—Tengo que darle ejemplo a mi hijo, Carl.

—No es tu hijo, Dónut. Es una mascota. No podemos poner en peligro nuestras vidas por nuestras mascotas.

Me arrepentí de mis palabras nada más pronunciarlas. A Dónut le cambió la cara al momento, como si le acabase de dar un tortazo. De repente, me sentí como un capullo de campeonato.

Mongo arrancó la calavera pintada y dejó a la vista el cráneo del lémur.

—Qué asco —comentó Dónut horrorizada. El gesto afectado pareció desaparecer tan rápido como había llegado—. Carl, ¿has visto eso? ¡Es asqueroso!

—Sí, sí que lo es —dije, contento porque hubiese cambiado de tema.

La máscara de calavera humana cubría otra calavera con un par de ojos protuberantes e inyectados en sangre. Aquella cosa no tenía pelo ni piel en la cabeza. Daba más miedo sin la máscara que con ella.

Al saquearlo, el lémur soltó un cuero de lémur de baja calidad y una bandolera con seis cuchillos arrojadizos. Dónut los cogió todos.

Cada uno de los cuchillos tenía el tamaño de mi mano, con mangos cortos y pequeños.

—Dónut, deberías volver a subir ahí —dije—. Despacio y en silencio. Luego miras hacia la calle. Intenta ver si hay más lémures en los tejados y también encontrar la parte principal del circo.

—No hace falta —respondió la gata—. Ya he mirado. Hay un lémur al otro lado de la calle, pero está dormido. Probablemente podría acabar con él de un proyectil y nadie se daría cuenta. Y a unas calles de distancia, se ven las enormes carpas del circo. Creo que hay un parque. Se encuentra en la misma dirección que el lugar desde donde vino la jirafa. Vi al menos otras tres caminando por allí. No vi ninguno de esos payasos terroríficos. Menos mal. Y si escuchas bien se oye la música del circo.

Me quedé mirando a Dónut. Estaba aprendiendo y cada vez era más eficiente. Volví a sentirme mal por el comentario que había hecho sobre las mascotas. Pero también era verdad, ¿no? Dónut era diferente. Era más que una mascota.

La gata bajó la vista y miró con gesto cariñoso a Mongo, quien se había dado un buen banquete.

—Muy bien hecho —dijo Dónut—. ¡Ya casi tienes nivel 4!

El pequeño dinosaurio empezó a brincar arriba y abajo agitando los bracitos cubiertos de sangre y desperdigándola por todas partes.

—Genial —dije—. Vamos a matar al que viste al otro lado de la calle, examinaremos los cuerpos de esos mazmorreros que hay ahí fuera y luego nos dirigiremos hacia el circo. ¿Te parece bien, compañera?

Dónut se quedó muy quieta y luego asintió despacio.

—Vale —dijo—. Compañero.

6



Dónut se encargó del lémur dormido con un proyectil mágico. Aguardamos cinco minutos para ver si ocurría algo, pero solo nos recibió el silencio. Mientras esperábamos, oí el susurro distante de un órgano de vapor que emitía una música circense lenta e inquietante. Cuando estuve lo bastante seguro de que no había más guardias, nos dirigimos hacia los tres mazmorreros muertos.

Al acercarnos, me fijé en que había sangre suficiente como para que fuesen por lo menos cinco o seis. Tal y como había ocurrido con las larvas berrendas, las equis desaparecían si los cuerpos quedaban muy destrozados. Al parecer, allí había tenido lugar una batalla a gran escala, y sospechaba que esa gente también había conseguido matar a algunos lémures cuyos cadáveres se habían retirado de alguna manera. Como sospechaba, los cuerpos de los mazmorreros resultaron ser una trampa.

De los tres que fui capaz de examinar sin problema, dos eran humanos y uno era una criatura enorme y con forma de árbol. Era una especie que había visto en mi lista, pero no recordaba el nombre. Cuando examinabas el cadáver, no te decía a qué nueva especie pertenecía. Las tres eran mujeres.

> Cadáver de mazmorrera Grace Bautista 3. Nivel 8. Asesinada por lémur excircense.

Todas parecían asiáticas. Puede que filipinas. Y también tenían el mismo apellido, habían llegado hasta nivel 8 y las habían asesinado

los lémures. Grace, Nica y Lea. Ninguna tenía nada en el inventario, lo que indicaba que era probable que alguien de su grupo siguiese con vida.

—Esa, la señora árbol, lleva una tobillera —comentó la gata—. Y esta tiene dos anillos.

Como era de esperar, cuando examiné los cadáveres con más detenimiento me percaté de que los habían saqueado con prisas. No llevaban nada en el inventario y parecía que les habían quitado las armas y las armaduras, dejándolas con ropa normal…, menos a la mujer árbol, que estaba desnuda y solo llevaba puesta la tobillera. Lo que quiera que hubiese pasado en aquel lugar había sido muy rápido. Seguro que las mujeres eran hermanas o familia cercana, y las tres habían muerto al mismo tiempo. Negué con la cabeza. Este puñetero juego…

La criatura con forma de árbol era humanoide, pero tenía un cuerpo muy deforme. Se parecía más a un ent de *El señor de los anillos* que a Groot de *Los guardianes de la galaxia*. Pero ni siquiera esas comparaciones tenían mucho sentido. Sus rasgos faciales seguían siendo humanos, pero su cuerpo se había torcido y le había salido una joroba de la que brotaban dos extremidades más.

Tardé unos pocos minutos en quitarle la tobillera, razón por la que seguro los asaltantes la habían dejado allí. También le quité de los dedos los dos anillos a la segunda, la humana llamada Nica.

Ambos daban +2 a Fuerza. Como Dónut no los podía usar, les limpié la sangre y me los puse. Ahora llevaba puestos cuatro anillos, y mi Fuerza había vuelto a una cifra decente. No me gustaba saquear los cadáveres de mazmorreros, pero en ese momento me di cuenta de lo ventajoso que era encontrarte en una zona donde había otros. Y también entendía lo atrayente que podía llegar a ser ponerte a matar jugadores. Había mucho botín.

Examiné la tobillera. Daba la impresión de estar hecha de madera. Tenía tres pequeñas cuentas que repiqueteaban al moverla, parecidas a tegumentos. No hacían tanto ruido como el colgante de Dónut, pero cualquier cosa que hiciese el más mínimo sonido podía llegar a ser fatal.

Tobillera mágica del Roble Talado.

Otorga al portador +1 de Destreza, +3 de Constitución y añade +3 a la habilidad Toque doble. Y encima es una tobillera. Podría llegar a pensarse que sirven para resaltar la belleza de los pies, como los anillos para los dedos, pero son distracciones exageradas y tintineantes que lo único que consiguen es que llames más la atención.

—Veamos si te la puedes poner —dije. Sospechaba que sí. Ya llevaba un brazalete alrededor de una de las patas delanteras. Casi no se veía entre todo el pelo.

Dónut miró la pulsera con aversión.

—¿De madera? —preguntó—. ¿Qué estamos, en los setenta? Estas pulseras son para la gente que es modelo de pies, no para mí.

Me había quedado claro que la IA no quería que yo la llevase, pero no iba a decirlo en voz alta.

—Te mejorará la Constitución. La necesitas.

La gata suspiró y la guardó en el inventario.

—Me la pondré en una de las patas traseras para que nadie me la vea.

En un abrir y cerrar de ojos, le apareció en la pata trasera izquierda. Tenía una cuarta parte del tamaño previo y se ocultaba muy bien entre los mechones de pelo. La gata agitó la pata con asco varias veces. Por suerte, las pequeñas cuentas de madera casi no hacían ruido. Si manteníamos activa la ventaja del cepillo, la Constitución de Dónut era de 7. Seguía siendo más baja de lo que me hubiese gustado.

—Lee la descripción de la habilidad esa de Doble toque y dime lo que hace —comenté.

Hizo un gesto parecido a un encogimiento de hombros.

—Dice que si golpeo a un monstruo dos veces seguidas con el mismo ataque, hay una probabilidad de que el segundo haga daño crítico.

—Vale. Bien —dije—. Ahora vayámonos de aquí.

Cuanto más nos acercábamos a la entrada del circo, más se escuchaba la música del órgano de vapor. Y no cambiaba nunca. Era la típica melodía um-pa-pa um-pa-pa lenta e inquietante con ritmo de polka tocada a la mitad de la velocidad normal. Miré preocupado

hacia el sol, que se alzaba entre los tejados distantes. No había visto ninguna estancia segura desde que salimos de la anterior.

Nos ocultamos en el interior de un edificio que daba a las enormes carpas del circo. Habíamos matado a cinco guardias lémur de camino. Los que estaban dormidos eran difíciles de ver, pero también era mucho más fácil acabar con ellos si nos acercábamos sigilosamente. Dónut había matado a la mayoría, y en casi todos los casos permitió que Mongo fuese quien los rematara. El pequeño dinosaurio había llegado a nivel 4 y ya tenía el mismo tamaño que la gata. La criatura se estremecía con ira y energía siempre que nos acercábamos a un lémur, tanto que a veces era incapaz de contener la emoción. En una ocasión, soltó un pequeño graznido para luego cerrar con fuerza el hocico, como si supiese que lo que acababa de hacer estaba mal.

Nos topamos con un lémur durmiendo despatarrado en el suelo de uno de los edificios, tentación que fue demasiado para el dinosaurio. Mongo chilló para luego saltar sobre el vientre de la criatura, que se despertó y consiguió emitir un gruñido antes de que yo también saltase y le aplastase el cráneo con el pie. Una jirafa cubierta de lémures se nos acercó por la calle poco después, mientras seguíamos escondidos en el interior de la estructura. Pasó de largo sin pararse a mirar.

Ahora observábamos el circo a través del agujero de lo que antes había sido una ventana. Estaba formado por tres carpas gigantescas, varias carretas y muchas jaulas llenas de siluetas oscuras que no veíamos desde allí, así como una docena de carpas más pequeñas. Además de los lémures, las jirafas y los payasos zancudos, vimos otros tipos de criaturas, como un grupo de payasos bajitos y rechonchos y una especie de ogro grande que llevaba un tanga de leopardo. El ogro tenía un tentáculo que le sobresalía del cuello.

Una de las carpas estaba flanqueada por un cartel muy grande que rezaba: EL MUNDO DE LAS CRIATURAS EXTRAÑAS DE GRIMALDI. ENTRADA UNA MONEDA DE ORO. NO SE PERMITE EL PASO A NIÑOS NI A LAS PERSONAS IMPRESIONABLES. Una hilera de ilustraciones de unos tres metros de alto se alzaba a ambos lados del cartel y mostraba las criaturas

extrañas y el resto de las atracciones que había en el interior de la carpa. Una de esas cosas era esa especie de ogro, quien tenía escritas encima las palabras EL CIUDADANO MÁS FUERTE DE LA CIUDAD EPIGEA.

El resto de las ilustraciones era una mezcla desgastada de personajes y atracciones, como LA MUJER MÁS RÁPIDA DE LA CIUDAD EPIGEA O GARTH, EL TROGLODITA DE DOS CABEZAS O PEQUEÑÍN, EL INCREÍBLE GNOLL ESCUPEFUEGO.

En los carteles había algo que llamaba la atención. La última de aquellas ilustraciones enormes mostraba la imagen de una mujer élfica con cuernos cubierta de tatuajes desde los pies a la cabeza. El cartel rezaba: ZARINA SIGNET Y SU MAJESTUOSO PELOTÓN DE BATALLA. Pero alguien había pintado un círculo enorme alrededor del cartel para luego tachar la imagen. «Se busca. Traidora», habían escrito. Mientras mirábamos, uno de los payasos rechonchos pasó cerca empujando una carretilla que parecía estar llena de pieles de animales. Se paró frente al cartel, se bajó los pantalones y orinó en la ilustración.

—Está claro que esa señora no les cae nada bien —comentó Dónut.

—No. Está claro que no —dije.

Nos quedamos mirándolos un rato más. Los payasos y los lémures estaban enfrascados en su trabajo, pero ¿qué era lo que estaban haciendo exactamente? El circo al completo estaba rodeado por unas almenas desgastadas de un metro y medio hechas de roca, madera y hueso. Los payasos empezaron a cubrirlas con las pieles de los animales. Un par de payasos zancudos empujaban una carreta por la calle y luego se pusieron a montar lo que parecían defensas de trinchera propias de una guerra. Sacaron unas estructuras de madera parecidas a gatos para vehículos que estaban conectadas entre sí por alambre de púas.

—Se están preparando para una batalla —dije.

MORDECAI: Se está haciendo tarde. ¿Aún no habéis llegado al pueblo?

CARL: Hola, Mordecai. ¿Cómo va esa cabeza?

MORDECAI: Yo no... Un momento. ¿A qué te refieres?

Carl: ¿Dónde estás?
Mordecai: En mi habitación. ¿Estáis cerca del pueblo o no?

Hum. Seguro que se había teletransportado a su base cuando salimos de la estancia segura.

Carl: ¿Recuerdas algo de lo que has hecho hoy?
Dónut: ESTABAS BORRACHO Y TE APROVECHASTE DE LA ABUELA DE ALGUIEN.

Mordecai se quedó un rato en silencio.

Mordecai: ¿Dónde estáis ahora?

Empecé a explicarle todo lo que había ocurrido. No hizo preguntas y esperó a que terminase. Tampoco es que hubiese mucho que contar.

Mordecai: Vale. Salid de ahí por patas y volved a la estancia segura. Eso es demasiado para vosotros. Volved ahora mismo. Pronto anochecerá. Cuando lleguéis, os explicaré por qué habéis sido unos auténticos imbéciles.
Carl: Quizá no hubiésemos sido tan imbéciles si no te hubieses desmayado sobre un charco de tus vómitos. Estábamos a punto de volver. Nos vemos allí.
Mordecai: Anochece muy rápido. Daos prisa.

Mongo gruñó.
—Silencio —susurré.
En el exterior, apareció una gran cantidad de lémures y payasos zancudos. Venían de todas direcciones e iban hacia el circo. Me di cuenta de que eran los guardias. Volvían a la base antes de que se hiciese de noche.
Tuvimos que quedarnos ocultos contra la pared interior del edificio, porque de lo contrario nos hubiesen visto los enemigos al pasar. Nos agachamos mientras el pum, pum, pum, pum de una jirafa repiqueteó en los tablones de madera del suelo. Dónut saltó sobre mi hombro y echó un vistazo por el agujero de la ventana, mientras que Mongo se acurrucó en mi regazo. Empecé a indicarle

que no hiciese ruido mientras le acariciaba la piel áspera y medio cubierta de plumas de la cabecita.

—No dejan de venir —dijo Dónut—. No tendríamos que estar aquí, Carl. Está oscureciendo.

—Muy bien —dije—. Si están volviendo a la base, es muy probable que no nos sigan. Esperemos un minuto y salgamos corriendo.

Dónut asintió.

Esperamos a que la fila de lémures y payasos empezase a escasear. Me dio la impresión de que habíamos visto unos miles. El sol no se había puesto del todo en aquel horizonte artificial. En el exterior, los payasos zancudos habían terminado de montar la valla de alambre de púas y empezaban a colocarse detrás de los muros. Otro grupo de monstruos que no había visto antes estaba reunido alrededor de un caldero, como si fuesen brujas que removiesen una sopa mágica. Eran altos, delgados y con brazos esqueléticos, túnicas de tela y máscaras ajadas. Parecían verdugos muertos vivientes, con la única diferencia de que la tela brillaba de tonos púrpura y amarillos. En aquel lado había cuatro calderos burbujeantes y siseantes alrededor de los que se congregaban cuatro de esas siluetas con túnicas coloridas.

Un grupo de los payasos rechonchos empujó las jaulas de animales grandes y pintadas de rojo y amarillo cerca de las murallas, con las puertas dando hacia el exterior. Se oyeron rugidos y un estruendo agitó los rediles gigantescos. No sabía qué era lo que había ahí dentro, pero suponía que los habían colocado en ese lugar para lanzarlos contra los supuestos atacantes. Vi tentáculos y garras que sobresalían de una de las jaulas. Me recordó al jefe Krakaren al que nos habíamos enfrentado en el piso superior, aunque los tentáculos de ahora no se parecían tanto a los de un pulpo. Eran más bien como… gusanos, o algo así. Verlos me dio muchísimo asco.

—Paso de esto. Nos vamos —dije—. Venga.

Cuando salimos a la calle quedaban un par de lémures y un payaso. Dónut los atacó con tres proyectiles mágicos al momento mientras yo corría hacia ellos. Le di una patada al primer lémur y lo lancé contra el payaso, que se tambaleaba hacia atrás. La criatura simiesca, que estaba en llamas y no paraba de chillar, rebotó contra

la cabeza del malherido payaso y este cayó al fin al suelo. Mientras Dónut y Mongo se encargaban rápidamente del tercer lémur, yo salté hacia el payaso como había hecho antes, aplastándole el pecho y machacándole la cara hasta hundírsela en el cráneo. Noté la Fuerza adicional que me habían dado los anillos con cada puñetazo.

Más Fuerza. Necesitaba más Fuerza para matar a estas cosas de un único golpe.

Saqueé una segunda entrada para la carpa grande del circo y un pedazo de carne de payaso.

Vi un grupo de diez lémures a una calle de distancia. Aullaban sin dejar de señalarnos, pero no hicieron amago de perseguirnos.

—Corred —dije. Nos dimos la vuelta y nos precipitamos a toda velocidad por la calle principal ignorando las callejuelas. La estancia segura estaba solo a cuatro manzanas.

—¡¿Has visto?! —gritó Dónut sin dejar de correr. Un sonido sibilante se apoderó del ambiente mientras la gata hablaba entre jadeos—. ¡Mi proyectil mágico ahora les prende fuego! He subido el conjuro a nivel…

Pum. La mitad de la calle donde nos encontrábamos explotó y nos lanzó por los aires hacia delante. Caí al suelo y rodé hasta que terminé por detenerme. Me pitaban los oídos. Las rocas y los escombros no dejaban de caer sobre nosotros. Mongo graznó dolorido. Su cuerpo brilló un instante después, cuando Dónut le lanzó el conjuro Sanar criatura. La gata se acercó corriendo al dinosaurio ensangrentado para protegerlo con preocupación.

—¿Qué cojones ha sido eso? —grité mientras me ponía en pie—. ¡Tenemos que irnos!

Un cometa púrpura y amarillo se alzó sobre el circo. Silbó para luego rebotar contra el techo de la mazmorra y dirigirse hacia nosotros. Me percaté al instante de que el obús de colores vivos era un proyectil de mortero. Lo habían disparado desde los calderos. Joder. Nos estaban disparando proyectiles de mortero mágicos.

—Mierda —grité—. ¡Allí!

Señalé una entrada cercana y los tres nos resguardamos en el interior. Abracé a Dónut y a Mongo mientras restallaba otra explosión aún más estruendosa. Mi barra de salud cayó en picado

mientras la oscuridad se apoderó del ambiente a nuestro alrededor. Me bebí una poción de salud para contrarrestar el descenso imparable de la barra. El suelo se resquebrajó y volvimos a caer.

«Mierda. El suelo está hecho de madera —pensé—. Se ha roto y estamos cayendo».

Chocamos contra el suelo de un piso inferior mientras roca y madera llovían a nuestro alrededor, y yo empecé a rodar hasta parar. Durante unos instantes no conseguí oír nada. Mongo y Dónut se agitaban desesperados debajo de mí para salir.

Me eché a un lado para liberarlos. No dejaban de caer polvo y escombros, y yo no podía dejar de toser. Tenía la barra de salud a la mitad, por lo que usé el hechizo Sanar para recuperarla. Nos encontrábamos en una oscuridad nebulosa, y Mongo soltó un chillido de terror.

La luz iluminó la estancia cuando Dónut lanzó el conjuro Antorcha.

Esperamos al siguiente proyectil del mortero, pero nunca llegó. Era probable que hubiesen dado por hecho que habían acabado con nosotros. Después de que los escombros se asentasen a nuestro alrededor, seguí oyendo la tonadilla lejana e inquietante del órgano de vapor.

—Eso ha sido muy molesto —dijo Dónut. Empezó a sacudir el polvo de las plumas de Mongo.

Habíamos caído en lo que parecía ser una especie de sótano. Eché un vistazo alrededor. Encima, una luz tenue brillaba en el lugar donde nos encontrábamos antes, a unos cuatro metros. Miré intranquilo hacia el suelo, pero no lo vi. Todo era rocas y madera a nuestro alrededor. La estancia se había construido por debajo del nivel principal de la Ciudad Epigea. No sabía si era algo normal. El humo flotaba denso a través de un agujero entre los restos.

El lugar no era muy grande. Parecía tener más o menos el doble que la habitación de Mordecai, con paredes hechas de piedra rugosa. Antes había una escalera que llevaba hasta arriba, pero se había derrumbado. También había restos podridos de barriles alineados en una de las paredes. La única salida era por el agujero a través del que habíamos caído.

—¿Puedes usar Saltacharcos para sacarnos de aquí? —pregunté. También podía crear una escalerilla, pero tardaría unos buenos minutos en hacerlo y casi no nos quedaba tiempo.

—No lo sé —respondió Dónut. Se echó hacia atrás y miró hacia arriba—. El agujero es demasiado pequeño y necesito línea de visión hasta el lugar donde queremos aparecer. Desde aquí lo único que veo es el cielo. Si hiciese el agujero más grande, supongo que sí que funcionaría.

Atravesó el agujero de un salto, y Mongo graznó. Después empezó a brincar con rabia intentando saltar tan alto como lo acababa de hacer Dónut.

—No tardará nada —le dije—. Tranquilo, pequeñín.

Mongo chilló de rabia y volvió a saltar, a una altura sorprendente. Alcanzó casi los tres metros y estuvo a punto de llegar a la salida.

—Guau. Eso ha sido brutal —comenté.

Él se limitó a graznar con tono triste y a mirar el agujero.

Un instante después, un pedazo enorme de techo cayó al interior antes de que Dónut volviese a dejarse caer donde nos encontrábamos. Tenía el pelaje erizado. Mongo empezó a chillar y a brincar a su alrededor, como si llevase horas ausente.

La gata ignoró a la mascota.

—Está ahí fuera. En la calle —comentó sin aliento—. Ahí de pie, como si nos estuviese esperando. Solo hay una salida del edificio y la está bloqueando. ¡Sabe que estamos aquí!

—¿De quién hablas? —pregunté.

—De la elfa del cartel. ¡Zarina Signet!

—Oh, mierda. ¿Te ha visto? ¿El punto del minimapa era rojo? ¿Qué nivel tiene? Yo no he visto nada en el mío.

Dónut se quedó en silencio.

—Me miró a los ojos, pero ¡no se movió! ¡El punto es blanco! Pero da mucho miedo. No tuve tiempo de examinarla. ¡Me asusté! Está brillando. Está del todo desnuda a excepción de un tanga fantástico que le encantaría a la señorita Beatrice. Pero está cubierta de tatuajes que se mueven y se retuercen como si estuviesen en una pecera. No me gustan los tatuajes, Carl.

Suspiré y alcé la vista al agujero. Empezaba a calmarme un poco. Si el punto era blanco, no estábamos en peligro inmediato.

—Tú también tienes un tatuaje —dije con tono ausente—. ¿Recuerdas? Y ahora yo tengo dos. Y sabes que Bea también tenía uno. Ese horrible en la parte baja de la espalda.

—El tatuaje de la señorita Beatrice es una obra maestra y una excepción a la norma —comentó Dónut—. Y a nosotros nos tatuaron en contra de nuestra voluntad.

El tatuaje de Bea era una gata persa descolorida por encima del culo, rodeada por unas volutas de nubes extrañas e inconsistentes. La gata que se había usado como modelo era la Princesa Rechonchona, la fallecida abuela de Dónut y la gata de la infancia de Bea. El tatuaje era horrible y el animal parecía un ewok fumado. Nunca había llegado a comprender por qué se había hecho un tatuaje en un lugar donde los únicos que iban a verlo serían aquellos que fuesen a darle por detrás. Había cometido el error de hacerle ese comentario de broma en una ocasión. Y también la comparación con el ewok. Sí, craso error.

—El punto es blanco, lo que significa que podemos hablar con ella —dije—. Vamos a preguntarle qué cojones está pasando y luego nos pondremos de camino a la estancia segura. ¿Podrías teletransportarnos ahí arriba?

—Muy bien —dijo la gata, con voz intranquila.

Agarré a Mongo. Lo último que necesitábamos era que el monstruito la atacara.

—¡Teletranspórtanos, Dónut!

Diez segundos después, estábamos agazapados en la entrada del edificio, ahora en ruinas. La oscuridad se había apoderado por completo del lugar. El corazón empezó a latirme desbocado cuando recordé la advertencia de Mordecai.

La luz brillaba en la lejanía, y conseguí abrirme paso entre los escombros de la entrada derruida a duras penas para salir. En la distancia, a una manzana y media, el circo estaba iluminado como un complejo vacacional. Las tres carpas brillaban y había varias hogueras encendidas por el lugar. Unos focos apuntaban al cielo y no dejaban de moverse.

Cerca de nosotros había una fila de payasos, lémures y jirafas. Nos estaban viendo claramente. ¿Por qué no disparaban los morteros?

Contemplé la criatura élfica casi desnuda que estaba en pie en la calle, ahora a oscuras. Mediría casi un metro setenta y me recordó a Lexis, la productora asociada del programa de Odette. Era una criatura humanoide demasiado esbelta, con orejas largas y puntiagudas de elfo, unos cuernos cortos que le sobresalían de la frente y colmillos afilados. Tenía un aura aterradora y malévola.

La piel emitía una leve luminiscencia, y gracias a dicho brillo conseguí verle los tatuajes. Le iban desde los dedos de los pies hasta la cara, cubierta al completo de tatuajes de trazo grueso de la vieja escuela que representaban a varios monstruos. La mayoría de dichas criaturas eran de temática asiática o náutica, también onis japoneses, pequeños dragones chinos y todo tipo de monstruosidades como tiburones y pulpos. Como había dicho Dónut, los tatuajes estaban vivos. Se movían por su cuerpo, retorciéndose entre sí y formándole ondículas en la piel.

> Zarina Signet. Seminayade y semi-alta elfa invocadora. Nivel 60.
>
> Esta es una criatura élite.
>
> El rey alto elfo Finian, líder del sector Liana del Coto de Caza, era un cabronazo tan promiscuo que se dice que se acostó con mujeres de más de cinco mil especies diferentes durante su reinado. La mayoría de los académicos coinciden en que tiene que tratarse de una exageración, teniendo en cuenta el labio leporino del rey Finian y su obsesión con hacer calceta. No obstante, al menos uno de esos encuentros sexuales tuvo que tener lugar, ya que el resultado fue esta combinación única de seminayade y semi-alta elfa. Teniendo en cuenta la tendencia de la Confederación de Náyades de ahogar a todos los forasteros y la predisposición de los altos elfos por dar caza y asesinar a todos los niños mestizos del fallecido rey, es muy probable que Signet haya tenido una vida muy complicada. Puede que esa sea la razón por la que escapó para unirse al circo.
>
> AVISO: Es un PNJ de clase feérica. Las criaturas de esta clase te infligen un 20 % más de daño debido a tu pase goblin.

Cuando terminó la descripción, apareció una nueva notificación.

¡Logro desbloqueado! Encontrar a un élite.

A veces son PNJ y otras son monstruos, pero casi siempre son unos cabrones de cuidado. Los élites son entidades poderosas y únicas. Podrían considerarse la clase heroica, sin ser jefes ni divinidades, de *Planeta mazmorrero*. Si te topas con uno de estos ególatras, querrán follarte o matarte. Hagan lo que hagan, siempre van a aprovecharse de ti. Suelen pensar que son los protagonistas del programa. Ten cuidado. Si ves a un élite, es posible que haya más cerca.

Recompensa: A partir de ahora, los élites aparecerán en tu mapa como un punto blanco o rojo con una cruz negra encima.

Tragué saliva. Sin duda, la mujer tenía un aspecto aterrador, pero me sentí atraído por ella. Fue una sensación repentina y sobrecogedora. Me horroricé al comprobar que me estaba excitando. Me imaginé atrayéndola hacia mis brazos, besándola en la boca. Di un paso hacia ella.

«Es un conjuro —pensé—. ¿Qué era lo que había dicho Mordecai? "Alejaos de las chicas con cuernos en la cabeza"».

Carl: Creo que un PNJ con cuernos me está cautivando mágicamente. ¿Qué hago?

Mordecai: No es el conjuro Encanto porque, si lo fuese, no me estarías preguntando por él. ¿También le ha pasado a Dónut?

Dónut: TIENE UNA ERECCIÓN, MORDECAI. ES MUY INDECENTE. MONGO ESTÁ CONSTERNADO.

Mordecai: Muy bien, Carl. Es muy probable que tenga más de 100 puntos de Carisma, lo que le da varias ventajas pasivas. Una de ellas se llama Perrito faldero, que puede hacer que los hombres se vuelvan locos de pasión. Al principio el efecto es muy débil, pero empeora cuanto más tiempo estés en su presencia. Solo hay una manera infalible de acabar con él. Tienes que romperte un dedo. Hazlo rápido. Anulará el efecto. Ah, y asegúrate de que no te lo arrancas.

«Mierda. —Seguía sosteniendo a Mongo y no podía soltarlo. Me agarré el meñique izquierdo con la otra mano y lo retorcí hasta que noté estallar el hueso. Sentí un dolor cegador. Grité—. Joder. Acabo de hacerlo».

Miré con cara de tonto el dedo roto. Pero funcionó. Sentía cómo los efectos se desvanecían. Fue como si me hubiesen tirado un cubo de agua fría sobre la cabeza. Me quedé quieto y jadeante.

La mujer bajó la vista y me miró el dedo con gesto burlón.

—Vaya, vaya —dijo—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vi a alguien usar ese truco.

Tenía una voz seductora. No casaba con su rostro. Me bebí una poción de sanación.

Dónut: HA FUNCIONADO. ERES UN GENIO, MORDECAI.

Mordecai: Dioses, Dónut. ¿De verdad tienes que escribirlo todo en mayúsculas? Bueno, pues que sepáis que ese truco funciona con la mayoría de los conjuros de Encanto. Pero tenéis que hacerlo vosotros mismos. El problema es que si el encanto llega a afectaros del todo en algún momento, no sabréis que ese es el caso y no veréis necesario romperos el dedo. Eso que tenéis delante es una súcubo. Alejaos de ella y volved a la base.

Dónut: NO ES UNA SÚCUBO. AHÍ DICE QUE ES UNA SEMINÁYADE Y SEMIELFA. TAMBIÉN DICE QUE ES ÉLITE.

Mordecai: Me cago en la puta. Salid de ahí por patas, joder. No os involucréis en nada si no os lo digo yo.

—Perdón por haberte molestado —dije mientras Dónut y Mordecai seguían hablando por el chat—. Tenemos que irnos ya.

Signet dio un paso incierto e incluso tímido en mi dirección. En el menú, me preparé para hacer clic en el conjuro Caparazón protector si se daba el caso. No iba a tener efecto alguno en ella si el punto seguía blanco, por lo que tenía que sincronizar bien la activación en caso de necesitarla.

—He venido a ver si estabais bien. Vi cómo mi antigua familia os atacaba. Pueden llegar a ser muy… inhospitalarios… con los desconocidos hoy en día.

Vi un dragón marino moverse entre sus pechos pequeños. El tatuaje negro hizo una pausa para mirarme y siseó en voz baja antes de perderse en dirección a su espalda. En los brazos de Signet, los monstruos bailotearon entre sí. Me pareció ver un ogro gigante de tres cabezas que sostenía una espada curvada mientras la afilaba en una piedra.

Me percaté de que Mongo se había quedado inerte en mis brazos. Bajé la vista y vi que el pequeño dinosaurio miraba a la mujer con sus ojitos muy abiertos. Ella extendió el brazo y le dio unas palmaditas en la cabeza, lo que provocó que el dinosaurio soltase un

graznido de felicidad. Me di cuenta de que era lo que había pasado con las laminak y los goblins, pero en esta ocasión éramos nosotros los que sufríamos los efectos de tener un Carisma demasiado alto.

—No te preocupes —dijo Dónut al tiempo que me saltaba sobre el hombro—. Gracias por preguntar, pero de verdad que tenemos que irnos.

La mujer extendió el brazo para acariciar también a Dónut, pero la gata se apartó y soltó un gruñido. Mongo miró a una y luego a la otra, confundido. Sentí cómo el pequeño dinosaurio se ponía tenso entre mis brazos ahora que se había roto el efecto. También soltó un gruñidito. «Buen chico», pensé.

—No queremos formar parte de esta disputilla tan excéntrica, cielo —dijo Dónut—. Carl y yo no queremos tener nada que ver contigo ni con los bichos raros de tus amigos del circo. Nos vamos.

—Me temo que es demasiado tarde para eso —aseguró Signet mientras daba un paso atrás y abría los brazos. Los tatuajes de su cuerpo empezaron a agitarse cada vez más rápido, hasta convertirse en un borrón. Cabeceó en dirección al circo, y yo giré la cabeza a regañadientes.

A la distancia que nos encontrábamos, apenas distinguía lo que esa mujer quería que viésemos. Oí vítores que parecían venir de la hilera de payasos y animales de circo. Un momento después, me asusté al comprobar que al fin me había dado cuenta de qué era lo que había cambiado.

Las jaulas de las bestias estaban todas abiertas. Eché un vistazo al minimapa, momento en el que los puntos rojos empezaron a aparecer uno a uno. Frente a nosotros, detrás y por los lados.

Estábamos rodeados, y se acercaban a toda velocidad.

7

—¿Cómo decías que te llamabas? —me preguntó Signet. No había cambiado esa pose de Jesucristo con los brazos abiertos.

—Pues Carl —dije, mientras buscaba en el mapa a la desesperada una forma de escapar. No había lugar donde escondernos. Me arrepentí de haberle dicho a Dónut que usase el conjuro Saltacharcos. Tenía un tiempo de recarga de cinco horas y ahora nos hubiese venido muy bien.

—Carl. Un nombre muy intenso. Pues necesito que te portes bien, sir Carl. Pareces un tipo corpulento —continuó Signet—. Tienes que mantener a esos leones de moho lejos de mí mientras yo organizo mi pelotón de batalla. En circunstancias normales, lo habría hecho antes de que empezase el enfrentamiento, pero vuestra presencia me ha distraído. Lo justo es que me ayudéis. Además, si escapáis acabarán con vosotros.

—Carl, esto no me gusta —susurró Dónut mientras yo dejaba a Mongo en el suelo—. Creo que estamos en apuros de verdad.

—Prepárate —dije. Cerré el puño y me encaré contra el punto rojo más cercano. Estaba justo allí, a unos escasos cinco metros, al otro lado de la calle, cerca del edificio con el sótano del que habíamos escapado. No lo veía bien. Miré cómo se acercaba a nosotros. La criatura… atravesó el edificio.

No, no lo atravesó. Volaba sobre él. Estaba en el tejado. Alcé la vista y reprimí un grito.

León de moho. Nivel 15.

¡Verde, vil y te va a comer sin ser sutil!

Los leones bailongos de madame Kiki eran una parte integral del Circo Ambulante de Grimaldi. La multitud rugía con placer cuando la diminuta domadora de leones se colocaba en mitad de la pista, chasqueaba el látigo y una docena de leones macho se ponían en pie sobre las patas traseras para empezar a dar vueltas como bailarinas. ¡Una imagen impresionante!

El día del gran cataclismo, los leones amables y domados fueron los primeros en transformarse. Las esporas de Escolopendra no tardaron en asentarse en sus cuerpos para convertirlos en las criaturas demoniacas que veis hoy en día. Después sufrieron más transformaciones debido al tallo.

Al igual que todas las primeras víctimas del cataclismo, la rabia se ha apoderado de estas criaturas. No se detendrán ante nada hasta que tus vísceras cubran por completo los tablones de la Ciudad Epigea.

—Eso ha sido innecesario y asqueroso —murmuró Dónut mientras yo miraba boquiabierto el león de las alturas.

El monstruo era un león macho de tamaño normal, con melena y todo. La mitad de su cuerpo estaba cubierto de un hongo verde, grumoso y reluciente que palpitaba como si le estuviese consumiendo la carne. El moho le cubría las patas y el pecho, y unos zarcillos se extendían hasta alcanzar la cara de la criatura, como si un par de manos le estuviesen acariciando desde detrás. El ojo derecho del león brillaba como una esmeralda. De su melena brotaban varios tentáculos. Docenas de gusanos con tamaño de dedos, largos y de color rosado y verde, ondeaban alrededor de su cara, lo que le daba a la criatura el aspecto de una medusa asquerosísima.

La bestia rugió. Detrás de mí, oí otro rugido en respuesta. Después, un tercero. Al parecer los leones nos habían rodeado y todos se encontraban en los tejados de los edificios. Iban a saltar en cualquier momento.

—Me cago en Dios. Señorita, ¿cuánto va a tardar con eso? —grité a Signet. Estábamos rodeados por seis leones.

Los ojos de la seminayade empezaron a brillar. Los tatuajes se agitaron más y más rápido por su piel. No respondió.

Llevaba un día entero intentando organizar en mi mente respuestas a este tipo de situaciones. Teníamos que estar

preparados para todo tipo de contingencias, formas de responder a amenazas concretas. Si Dónut y yo entrenábamos podríamos estar a la altura y saber cómo responder en cada momento. Tuve suerte de que una de las contingencias que más tenía pensadas era, precisamente, muy similar a la situación en la que nos encontrábamos ahora: estar rodeados por monstruos muy poderosos. El problema era que aún no le había explicado el plan a la gata.

Eché un vistazo alrededor en busca de la pared con aspecto más resistente. Allí. Justo detrás de Signet.

—Vale, Dónut —dije mientras rodeaba a la seminayade y me colocaba detrás de ella. Tuve que calcular las distancias mentalmente—. Guarda la magia hasta que te lo diga. ¿Ya te puedes tomar otra poción?

—Sí —respondió con tono cargado de miedo. Mongo estaba bajo mis pies—. ¿Qué vas a hacer?

—Tengo un plan. Cuando te lo diga, lanza el conjuro Niebla de confusión, ¿vale? Tengo lis… ¡Joder! ¡Ya, lánzalo!

Los seis leones saltaron al mismo tiempo y sus rugidos aterradores resonaron por la calle a oscuras.

Hice clic con todas mis fuerzas en el conjuro Caparazón protector.

Hacía un rato había tirado una bomba de humo goblin, pero había resultado no ser nada efectiva debido al viento. La Niebla de confusión no tenía ese problema. Los leones rebotaron contra mi caparazón como luciérnagas contra un matamoscas eléctrico. Cada uno de ellos salió despedido en una dirección diferente, momento en el que aullaron de rabia mientras las volutas onduladas de la niebla se extendían a nuestro alrededor.

Tal y como esperaba, Signet no se había visto afectada por mi escudo. Estaba dentro del área de efecto del conjuro, pero el caparazón mágico solo iba a durar veinte segundos. La niebla, que solo era translúcida para los buenos, iba a durar unos dos minutos y medio gracias a la puntuación alta de Inteligencia que tenía Dónut.

Uno de los leones volvió a saltar contra el caparazón y chocó contra la robusta pared del edificio. Había calculado la distancia a la perfección: la criatura se había quedado atrapada entre la pared y la

cúpula que formaba el conjuro. El caparazón la presionaba contra el muro mientras agitaba las patas descontrolada para aferrarse con las garras a cualquier parte, pero no tenía nada que hacer. Se quedó allí flotando a unos centímetros del suelo, encajada. Estaba de lado, con la espalda hacia la pared y el vientre hacia nosotros, inclinada hacia abajo. No dejaba de aullar y agitarse, ciega y confusa, incapaz de moverse. Iba a tardar escasos segundos en darse cuenta de que podría zafarse si giraba sobre sí misma. Tenía que actuar rápido.

El cuerpo de la criatura brillaba al entrar en contacto con el escudo. Apareció la barra de daño y empezó a bajar despacio. Detrás de mí, otro león rugió de dolor cuando uno de sus amigos lo atacó instintivamente. Me abalancé hacia delante, eché el brazo hacia atrás y le di un puñetazo al león atrapado en el pecho cubierto de moho justo cuando empezaba a girar sobre sí mismo.

Aulló dolorido e intentó darme con las garras, pero no consiguió atravesar el caparazón con ellas (que estaban a escasos centímetros de mi cara). Le di otro puñetazo. Y otro. Sentí que algo empezaba a ceder. El siguiente golpe se hundió en su cuerpo más de lo que esperaba.

Mongo graznó y salió volando por los aires para acabar aferrado al vientre desprotegido del león, que empezó a rasgar mientras yo retiraba mi guantelete cubierto de sangre antes de volver a dar un puñetazo. La mano entera se me quedó enterrada en la cavidad torácica de la criatura, momento en el que abrí el puño, agarré algo y tiré.

Caí de culo cuando el cuerpo al completo del león se derrumbó en el suelo y rodó hacia mí. ¿Ya habían pasado los veinte segundos? El moho verde se volvió negro de repente y los gusanos con forma de tentáculos quedaron lánguidos y se entremezclaron con la melena y el pelaje sucio de la criatura.

Estaba muerto.

Mongo gritó de alegría. El dinosaurio creció allí mismo. Desperdicié un segundo muy valioso mirando con cara de bobo el corazón cubierto de moho del león que tenía en la mano.

«Joder. Le acabo de arrancar el puto corazón. Le acabo de arrancar el puto corazón a un león».

—¡Segunda oportunidad! —grité mientras me ponía en pie a duras penas y guardaba el órgano en el inventario.

El conjuro de Dónut solo costaba 10 de sus 29 puntos de maná.

El caparazón protector se desvaneció en el momento en el que el león reanimado empezaba a moverse. Tenía la mirada perdida y las entrañas le colgaban de la herida que le había abierto Mongo. Signet seguía sin moverse ni hacer nada.

> Secuaz muerto viviente de la mazmorrera Princesa Dónut. León de moho. Nivel 5.

Los zombis tenían una tercera parte del poder que tenía la criatura cuando estaba viva, pero no eran ciegos.

—¡Mata! —gritó Dónut mientras señalaba al león más cercano. El zombi gruñó, brincó y aterrizó en el lomo de un león que ya tenía la salud a la mitad. Murió un segundo después, cuando el muerto viviente abrió la garganta de su confundido amigo.

Grité instrucciones a Dónut al tiempo que cerraba el puño. Los cuatro leones restantes no tardarían en darse cuenta de que estábamos desprotegidos.

Dónut levantó al segundo león de entre los muertos y se bebió una poción de maná. Después gastó 26 puntos en lanzar Triplicado mecánico en el zombi de la criatura con la garganta destrozada.

—¡Matad a los demás! —gritó la gata. Dos de los leones saltaron hacia delante para atacar. Un instante después, los otros dos hicieron lo propio y se unieron a la refriega. Los dos autómatas se hicieron pedazos antes que el último de los leones hubiese muerto. Los dos zombis también quedaron destrozados al enfrentarse a ese último león, cuya barra de salud estaba prácticamente vacía. La criatura gruñó y echó un vistazo alrededor justo cuando la niebla empezó a disiparse.

Mongo graznó y cargó hacia él.

Dónut lanzó un proyectil mágico al león antes de que este le diese un garrazo al dinosaurio. Murió al instante. Mongo, ajeno a que la gata le acababa de salvar la vida, brincó y aterrizó sobre el lomo de la criatura para luego empezar a desgarrarla. Había subido a nivel 6. Ahora era varios centímetros más alto que Dónut, más o menos del

tamaño de un pavo. También le había crecido la cola y varias plumas largas le brotaban de la parte de atrás.

Dónut y yo habíamos subido a nivel 14. Apareció una notificación para indicarme que no podía repartir los puntos de característica hasta que no me encontrase en una estancia segura.

—Vaya. No me esperaba algo así —dijo Signet.

Me giré para mirar a la mujer. No había hecho absolutamente nada. Los tatuajes habían dejado de retorcerse por su cuerpo, aunque seguían moviéndose despacio como antes. Ya no le brillaban los ojos. Esperaba que dichos tatuajes se convirtiesen en monstruos de verdad. La descripción decía que era una invocadora y ella había asegurado que estaba «organizando su pelotón de batalla».

—¿Qué está pasando? —pregunté—. ¿No te ha funcionado el conjuro?

—No, no ha funcionado —respondió. Tenía gesto amargo en el rostro—. Mis conjuros usan magia de sangre. Requieren un sacrificio para funcionar. Elijo el sacrificio, lanzo el conjuro y mis amiguitos adquieren forma con la sangre.

Señalé los seis leones muertos.

—Pues ahí tenías bastante sangre.

En el otro extremo de la calle, un grupo de criaturas circenses gritó de rabia al percatarse de que habían muerto todos los leones. Teníamos que salir de allí. Los morteros podían empezar a disparar de nuevo en cualquier momento.

—No puedo usarlos —comentó ella. Mientras los miraba, uno de los leones tuvo un espasmo. Me eché hacia atrás y cerré el puño. Dónut aulló y me saltó sobre el hombro. Un hilillo verde de moho rezumó de la criatura y cayó al suelo. La viscosidad empezó a arrastrarse en dirección al circo.

La gata disparó un proyectil mágico al suelo. El moho se retorció antes de morir.

—No os molestéis —aseguró Signet—. El moho no es peligroso, al menos directamente, y no acabaréis con él por mucho que lo intentéis. Creedme. Podéis incinerar los cadáveres, pero siempre se os escapará algo. Con que una espora microscópica regrese al tallo, mañana este león volverá a aparecer y estará listo para volver a

atacar. —Suspiró—. Alejémonos una manzana antes de que los acróbatas empiecen a dispararnos. Se ha cancelado el ataque de esta noche. Qué decepción. Mis chicos tenían muchas ganas.

Nos alejamos del circo mientras los payasos no dejaban de abuchear. Dispararon unos pocos proyectiles de mortero a pesar de que estábamos claramente lejos de su alcance.

—¿Solo puedes invocar una vez por noche? —pregunté.

Signet me dedicó una sonrisa asimétrica. Su rostro macabro tenía un aspecto absolutamente siniestro.

—Así es, Carl.

> Dónut: CARL, NO ME GUSTA LA SEÑORA ESTA AUNQUE SU PUNTO SEA BLANCO. TENEMOS QUE DESHACERNOS DE ELLA.
>
> Carl: Lo haremos. Está aún más loca de lo que crees. Déjame hablar. Prepárate para correr por si acaso, pero no creo que sea necesario. Me gustaría sonsacarle algo de información. No creo que sea peligrosa, al menos por ahora y mientras no la provoquemos.

—Bueno —dije, intentando que mi tono de voz sonase natural—, ¿quién de nosotros se suponía que era el sacrificio, la gata o yo?

—Tú, claro —dijo Signet, que no parecía sorprendida porque hubiese descubierto sus intenciones—. Cuando uno de esos leones te arrancase la piel a tiras, toda tu sangre hubiese salido volando hacia mí para animar a mi pelotón. Nunca hemos usado sangre de primigenio, pero siento su poder. El problema es que no recibiste ni un rasguño.

—Un momento… ¿Toda mi sangre hubiese volado hacia ti aunque solo me hubiesen hecho un rasguño?

Ya me había dado cuenta de cuál era la verdadera razón por la que no había funcionado su conjuro. En realidad, no quería que la protegiéramos. Solo quería encantarme para luego obligarme a morir defendiéndola. No había lanzado el conjuro cuando los tatuajes habían empezado a revolotear por su cuerpo. Ya lo había lanzado antes y únicamente estaba esperando a que yo derramase algo de sangre. Este PNJ estaba loco y era muy peligroso, pero también me

había quedado claro que era una parte muy importante de la misión, por lo que tenía que hacerla hablar.

—Un corte no serviría. Tiene que ser uno mortal. Algo que a veces es un incordio, no lo voy a negar.

—¿Qué tipo de criatura sueles usar? —pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—Siempre consigo algo. Cuanto más grande, mejor. No tengo permitido desangrar al sacrificio yo misma, de lo contrario te hubiese matado sin pensar. Tengo que capturar algo, luego capturar a otra criatura, juntarlas para que se peleen, adivinar cuál de ellas va a perder y luego lanzar el conjuro sobre el perdedor antes de que este reciba la primera herida. Cuando muere, aparece mi pelotón de batalla. La fuerza que tiene el pelotón depende por completo de la calidad de la sangre.

DÓNUT: VA A INTENTAR CAPTURARNOS, CARL. TENEMOS QUE SALIR DE AQUÍ.

Dónut tenía razón. Era estúpido seguir acompañándola. Me quedé quieto en la calle. Solo estábamos a dos manzanas de la estancia segura. Pero, antes de marcharnos, tenía que hacerle una última pregunta. La más importante.

—¿Por qué los atacas? —pregunté.

Señaló un edificio alto y blanco.

—Mi casa está allí. Me mudé porque estaba cerca del tallo y el circo no puede cambiarse de lugar. Tengo algún que otro tentempié. Si venís a tomaros una copa, os contaré la triste historia de Signet la Bastarda y Grimaldi, el hombre al que amaba.

—¿Hay bastardas mujeres? —preguntó Dónut, que habló por primera vez en todo este tiempo.

—Sí —respondió Signet—. Aprendí muy pronto que el término se usa indistintamente para hombres y mujeres.

—Tenemos que irnos —interrumpí—. Pero me gustaría mucho hablar contigo al respecto en otro momento. Solo si me prometes que no vas a sacrificarnos.

La mujer sonrió.

—Después de ver lo bien que lucháis, no tenéis por qué preocuparos por eso. Si me prometéis ayudarme con mi ataque, os contaré toda la historia.

—Pues volveremos mañana por la noche —aseguré—. Pero, si no te importa, prefiero que nos veamos cuando ya hayas invocado a tu pelotón.

Sonrió cuando lo dije. Dio un golpecito con el pie en el suelo.

—Nos encontraremos justo aquí mañana por la noche, una hora después de que se haya puesto el sol.

—¿De qué sirve que me tengáis a mí como representante si sois unos imbéciles suicidas que ignoran mis consejos? —gritó con rabia Mordecai cuando llegamos a la estancia segura del Mimitos en la barriga del carlino.

Solo habíamos tenido que evitar a un enemigo de camino a la posada. Era algo parecido a una araña, pero cuyo cuerpo era un globo ocular del tamaño de una pelota de playa. Había tejido una telaraña de un lado a otro de la calle, por lo que tuvimos que dar un rodeo.

El episodio resumen estaba a punto de empezar cuando llegamos. Nos acercamos a la estancia y envié un mensaje rápido a Mordecai para avisar de que íbamos a entrar, por educación. De haber sabido que iba a ponerse así no lo hubiese avisado.

—Recibimos la misión pocos minutos después de salir ahí fuera —respondí—. Te pregunté si era importante o si teníamos que ignorarla. ¿Y sabes qué? Que no me respondiste porque estabas borracho como una cuba.

Mordecai respiró hondo.

—Perdón. Llevaba mucho tiempo sin tener la posibilidad de beber en la Ciudad Epigea y quería aprovechar el momento. No tuve en cuenta la debilidad del íncubo, que es el alcohol. Pero de haber estado sobrio, os habría dicho que las misiones van muy bien para conseguir experiencia y botín, pero solo si tenéis más del nivel necesario y podéis hacerlas sin despeinaros. Como solo tenemos ocho días, vais más retrasados de lo que deberíais, por lo que os

habría dicho que pasarais de ella e hicieseis lo que os había comentado desde el primer momento.

—Y es muy probable que te hubiésemos hecho caso si hubieses estado en condiciones para decírnoslo —espeté.

—Además —continuó Mordecai—, cuando recuperé el sentido os dije que os mantuvieseis alejados de esa maldita criatura élite, pero ¿me hicisteis caso? No. Me habéis hecho tan poco caso que hasta tenéis una cita con ella mañana por la noche. Una cita en la que, si acudís, terminará por sorberos toda la sangre de vuestro cuerpo para acabar alimentando a sus secuaces.

—No me gusta esa señora —insistió Dónut mientras masticaba un filete de atún recién asado. Mongo devoraba lo que parecía carne de hamburguesa cruda en el suelo junto a ella. El dinosaurio alzó la vista y graznó para apostillar que estaba de acuerdo con su dueña.

—Es élite —repitió Mordecai—. No confiéis nunca en un élite.

—Pero ¿qué son los élites exactamente? ¿En qué se diferencian del resto de los PNJ? ¿Solo lo son porque son más fuertes?

Mordecai suspiró.

—Venga… Los élites. Hay miles de ellos desperdigados por los niveles urbanos de la mazmorra. A diferencia de los enemigos y de los PNJ de la mazmorra, pueden viajar libremente entre los pisos urbanos. Además del mazmorreo, este lugar también tiene una narrativa guionizada independiente. Imaginaos una telenovela o un serial radiofónico. Todas esas historias se activan cuando se abre el tercer piso. Cada temporada cuenta con varias tramas que se van desarrollando al mismo tiempo. Es como septiembre, la fecha en la que empiezan la mayor parte de las temporadas nuevas de las series de televisión. También hay historias que se han desarrollado a lo largo de varias temporadas, pero eso solo pasa en el noveno piso. Es demasiado complicado para explicarlo todo ahora.

—Un momento —dije—. Entonces… ¿son como actores?

Mordecai negó con la cabeza.

—¿Recuerdas lo que hablamos antes sobre que Borant se apropia y altera las mentes de algunas criaturas y PNJ? Los élites no son criaturas naturales. Se diseñan, se imprimen y luego se les

introducen los recuerdos que necesiten tener para actuar de una manera determinada. Para ellos, esta es su vida real.

—Pero eso es lo que ocurre también con las criaturas normales.

Mordecai negó con la cabeza otra vez, con más brusquedad en esta ocasión.

—No. Las criaturas normales son autónomas. Una vez se sueltan en la mazmorra, no hay control alguno sobre lo que hacen. Pero con los élites es diferente. Esto que os voy a contar es muy importante, así que prestad atención. La misión del circo con esa tal Signet es una trama, un guion creado para los espectadores por un grupo de guionistas. Seguirá su curso os inmiscuyáis o no. Tendrá su propio espacio en pantalla, así como un equipo de personas que trabajan en ello desde hace mucho tiempo y que lo defenderán con uñas y dientes. Algunas de esas tramas y guiones se vuelven muy populares, independientemente de todo lo demás. Los élites no son controlados directamente por la IA ni por los guionistas, pero sí que los manipulan e intentan influenciarlos. Si a los guionistas no les gusta cómo se desarrolla una trama, harán cambios sobre la marcha introduciendo nuevas instrucciones en las mentes de los élites. Hay normas controladas por la IA para conseguir que la mazmorra sea un espacio «justo» para los mazmorreros, pero dichas normas son mucho más flexibles en el caso de los élites. Si hay que tomar una decisión entre salvarle la vida a un mazmorrero o estropear una trama que lleva desarrollándose desde hace semanas, ¿qué crees que va a ocurrir? Lo he visto muchas veces. Un mazmorrero que se cree la gran cosa se topa con un élite y, en lugar de intentar completar la misión, decide ponerse en plan asesino y acabar con el PNJ. Siempre pasa algo. Algo malo. La mayoría de los elites están protegidos por el trasunto de armadura impenetrable que es la trama que tienen detrás. Y, en esas historias, tú no eres más que un figurante. Un camisa roja de *Star Trek*. Un actor invitado. Hay misiones que no tienen nada que ver con los élites, pero siempre aconsejaré mantenerse al margen de aquellas en las que sí los hay. Sobre todo cuando la trama es nueva, porque hay todo un equipo de guionistas y productores que no quieren que su valiosísima serie se cancele después del primer día. Y si con ella consiguen participar en

la muerte de un mazmorrero muy popular, mejor que mejor. Eso haría que su trama tuviese más espectadores.

—Entonces, cuando hablamos con esa tal Signet, ¿era como si estuviésemos en otro programa dentro de este? —preguntó Dónut.

Mordecai miró a la gata.

—¿Eso es lo único que has sacado en claro de todo lo que he dicho?

—Un momento —interrumpí. Una de las cosas que había dicho Signet hizo que se me ocurriese algo—. Pero este piso solo dura ocho días. ¿Qué ocurrirá cuando se derrumbe?

—Los élites importantes bajarán al sexto piso, y la historia continuará allí. Mientras los mazmorreros hacéis el tonto por el cuarto y el quinto piso, las tramas de los élites seguirán desarrollándose. Hasta que vosotros lleguéis allí para ponerlas patas arriba. Ver cómo los mazmorreros echan por tierra el trabajo duro de los productores forma parte de la diversión para los espectadores. Es como coger a Jason de *Viernes 13* y meterlo en uno de los últimos episodios de una temporada de *Jane the Virgin* solo para ver qué ocurre. Pero, como he dicho, los productores y los guionistas no van a permitiros hacerlo tan pronto. Se defenderán.

—Pero solo lo harán si vamos en contra del guion que tenían pensado —dije—. Si apoyamos la narrativa, puede que incluso lleguen a hacer todo lo contrario. Puede que nos sean de ayuda.

Mordecai resopló.

—También podéis sentaros en este bar y rendiros al onanismo durante siete días. Puede que os lo paséis bien, pero también debéis tener claro que si hacéis algo así no saldréis con vida. En resumen, que os olvidéis de la misión y vayáis a la ciudad.

La pantalla de televisión central se encendió de repente, y empezó a sonar la música del episodio resumen.

—¡Programa especial! ¡Vais a ver a vuestros mazmorreros favoritos elegir especie! —anunció el presentador entre gritos.

Me recliné en el asiento y pensé en todo lo que había ocurrido aquel día mientras veíamos una versión resumida de la sangrienta primera parte del programa. Algunos grupos de mazmorreros luchaban contra un jefe de ciudad con aspecto de demonio con

pinzas de cangrejo. El jefe los destrozó en escasos segundos y mató a unos cuarenta mazmorreros con una celeridad aterradora. El demonio soltó unas carcajadas de alegría mientras acababa con ellos.

La primera mazmorrera que apareció eligiendo especie fue Hekla de las Hijas de Brunilda, la mujer de Islandia que había reunido un grupo enorme de mazmorreras. Entró sola en la estancia segura.

—¿Dónde está el resto de su grupo? —pregunté.

—Formaron el grupo cuando ya estaban dentro de la mazmorra, por lo que tienen guías de juego diferentes y no pueden evitar separarse.

—Buf… Eso es horrible. —Le di unas palmaditas a Dónut en la cabeza. Estaba a punto de decir que me parecería fatal que me separasen de la gata, pero llegué a la conclusión de que era mejor no comentar nada en voz alta.

Hekla salió del gremio de tutorial, y en la pantalla apareció un modelo 3D giratorio de su nuevo personaje. Había elegido amazona como nueva especie. Parecía prácticamente igual, pero era unos treinta centímetros más alta y mucho más ancha. La mujer rubia y atractiva ya estaba muy en forma antes, pero ahora parecía culturista profesional. No aparecieron las características, pero tenía claro que le habría aumentado mucho la Fuerza y la Destreza.

Un párrafo de texto deslizante apareció en ese momento, mucho más rápido de lo que podía llegar a leerlo. En él se explicaba su nueva clase. Había elegido una de la Tierra, la elección más obvia. Doncella escudera.

—No me ha dado tiempo a leerlo —me quejé.

—Eso es porque lo estás viendo en una pantalla plana —comentó Mordecai—. Si usases una pantalla de visualización normal, podrías seleccionar el texto y abrirlo aparte. Más tarde podrás comprar una de esas pantallas para tu base privada, pero te advierto que tienen un precio prohibitivo.

Los siguientes grupos estaban formados por mazmorreros que no reconocí. Eligieron especies y clases extrañas, como un hombre que se convirtió en una babosa gigante y una mujer que se transformó

en una réplica de la divinidad hinduista Kali, con cuatro brazos y piel azul. Esa misma mujer eligió una clase llamada atacante de kabaddi.

—Hay grupos que aún no han terminado de elegir —comentó el presentador—, pero parece que un ochenta por ciento de los mazmorerros han tomado la decisión de seguir siendo humanos.

—Son muchos más de los que pensaba —dije—. Me sorprende.

—A mí no —aseguró Dónut—. Los humanos sois unos arrogantes.

—Tú tampoco has cambiado —repliqué.

—Claro que no, Carl. ¿Por qué iba a querer dejar de ser una gata?

—Es un porcentaje habitual —explicó Mordecai—. A veces es incluso más alto.

—¿En serio? —pregunté.

Él asintió.

—Cuando se hacen encuestas a los ciudadanos del Sindicato, la gran mayoría dice que cambiaría de especie en caso de verse en una situación así. Pero la realidad es que cuando a la gente se le da de verdad la posibilidad real y permanente de cambiar, la mayoría opta por quedarse tal y como está. Les da miedo. Pocos dan el salto de fe aunque tengan una opción objetivamente mejor. Y ese algo mejor conlleva un cambio significativo, hay que tener en cuenta también la curva de aprendizaje. A veces es mejor quedarse tal y como estás. Créeme, puede llegar a ser devastador para la mente crecer o encoger sesenta centímetros de repente. O perder extremidades. O, peor aún, que te aparezcan extremidades nuevas.

—¡Somos nosotros! —gritó Dónut cuando aparecimos en pantalla. Yo fui el primero—. Mira, Mongo. El tío Carl está en la tele. —Señaló la pantalla. Mongo miró la pantalla y empezó a brincar de un lado a otro agitando los bracitos.

Retransmitieron una introducción de los primigenios. En ella, aparecía un humano de hace muchas temporadas que había elegido la misma especie. Aparecía volando por los aires con unas alas de ángel blancas y algo ralas, con una espada enorme hecha de rayos mientras cargaba hacia un demonio de forma humanoide del tamaño de un puñetero estadio de fútbol americano que se encontraba de rodillas dentro de un lago de fuego.

—Pero ¿qué cojones es eso? —dije mientras veía lo que estaba pasando en la pantalla. Desapareció antes de que diese comienzo la batalla de verdad. El párrafo que explicaba lo que era un anarquista moderado apareció y desapareció.

—Sí, hijo, sí. Eso es un guardián divino, uno de los bégimos del duodécimo piso. Un jefe de país. Protege una puerta de fuego, entrada al decimotercer piso.

—Madre mía —dije.

—Sí… —convino Mordecai.

—¿Ese es el tipo que consiguió llegar al decimotercer piso?

—No —respondió Mordecai—. Pero era un mazmorrero famoso. Antes de mi época. Murió un minuto después de lo que acabas de ver. La próxima vez que veas a tu amiga Odette deberías preguntarle.

—Chis… —dijo Dónut—. ¡Hablad después de que aparezca yo!

Mientras comentaban el proceso de selección de Dónut, no me pude quitar de la cabeza la imagen de aquel monstruo del tamaño de Godzilla. Era un kaiju, literalmente. Sí, era un jefe de país, que en la lista solo estaba por debajo de los jefes de piso, pero aquello solo era el duodécimo piso. Era el piso al que Dónut y yo teníamos que llegar si queríamos conseguir algo de libertad. Después de ese, aún quedaban seis pisos más. ¿Qué tipo de jefes encontraríamos por debajo? Pensé en el elemental de furia. Esos eran enemigos normales del decimotercer piso. Me parecía imposible aumentar nuestro poder hasta ese punto en tan poco tiempo.

El programa terminó con la transformación de Lucia Mar. Los dos rottweilers, que no eran criaturas con consciencia, no tuvieron la posibilidad de cambiar, por lo que siguieron siendo perros.

Lucia había elegido una de las especies más raras y retorcidas que había visto hasta el momento.

—Pero ¿qué cojones, niña? —dije sin dejar de mirar la pantalla, espantado por su elección—. ¿Por qué?

Se llamaba ladjablès.

Había pasado de ser una niña callejera a una mujer del todo adulta. La imagen tridimensional rotó y comprobé que su rostro había pasado de ser uno de gran belleza a una monstruosidad con

aspecto de calavera. El presentador explicó que tendría que pasar medio día como una mujer guapa y el otro medio como señora Skeletor. Mientras estaba en forma de mujer, su capacidad mágica tendría el doble de poder. Los conjuros le costarían la mitad, pero su Fuerza también se vería reducida a la mitad. Y cuando tuviese esa cara del Día de los Muertos de su puta madre, sería todo lo contrario. Los conjuros le costarían más, pero sería el doble de fuerte.

Ahora también cojeaba al caminar. Se había acabado para ella lo de correr por las paredes. La pierna derecha, y solo esa, había pasado de ser una extremidad de forma humana a una pata de cabra peluda con pezuña hendida y todo.

Cuando salió de la sede gremial arrastrando la nueva pata, incluso sus dos perros parecieron asustados al ver la transformación.

—Da la impresión de oler muy mal —comentó Dónut.

—Elegir esa especie ha sido una muy mala idea —dije yo.

—Quizá —convino Mordecai—. Pero diría que ahora es una de las mazmorreras más poderosas de esta temporada. Es muy probable que esa elección de especie le proporcione muchas ventajas, tanto como para que le merezca la pena.

Y luego había que tener en cuenta la clase que había elegido. Igual que con los mazmorreros anteriores, no veía los detalles. Solo el nombre.

Era una clase triple: clérigo, lanzador de conjuros y guerrero. Se llamaba general inquisidor negro.

—Guau —exclamé—. Y yo que pensaba que esa niña ya era una cabrona que daba un miedo de cojones.

Terminó el programa y, un momento después, llegó el anuncio.

> ¡Bienvenidos de nuevo, mazmorreros, al tercer piso!
>
> Aún quedan algunos rezagados eligiendo clase y especie, pero no pasa nada. La gran mayoría de vosotros ya está ahí fuera y acaba de empezar a descubrir las maravillas de la Ciudad Epigea. Os damos la bienvenida a una de las grandes tradiciones de *Planeta mazmorrero*.
>
> Todos habéis elegido cosas asombrosas y únicas. Entre los poco menos de setecientos mil mazmorreros que habéis elegido ya, hay unas cuarenta mil clases diferentes. Increíble,

¿verdad? Es todo un récord y estamos muy orgullosos de que haya tanta diversidad.

Tengo que contaros alguna que otra cosa sobre el tercer piso. Se han eliminado las penalizaciones de los baños, pero nos gustaría recordar a los mazmorreros que los usen. En los pueblos, los encontraréis en los bares y en algunas tiendas. En las ruinas, son tan habituales como lo eran en los pisos superiores. Por favor, no nos obliguéis a arrepentirnos de nuestra decisión.

Hemos empezado a notar mucho interés por el programa de patrocinadores. Y, aunque no empezará oficialmente hasta el cuarto piso, los posibles patrocinadores tienen ahora la posibilidad de hacer ofertas anticipadas. Por lo tanto, ¡recordad ser lo más entretenidos posible!

Finalmente, muchos estaréis descubriendo las nuevas habilidades y conjuros y querréis ponerlos a prueba. Es justo lo que queremos, pero sirva esto como aviso general: evitad cualquier intento de violencia contra un PNJ no combatiente. Es una práctica que no va contra las normas técnicamente, pero a la Corporación Borant le gustaría mantener a la ciudadanía lo más segura posible. Por ello hemos ajustado el contador de experiencia para que matar ciudadanos no os dé ni un solo punto. Por si esto fuera poco, hemos aumentado un poco las características de los guardias de la ciudad.

Eso es todo por el momento. ¡Salid ahí fuera y matad, matad, matad!

—¿A qué ha venido esa advertencia sobre los PNJ? —pregunté.

—A saber —respondió Mordecai.

Pasamos algo de tiempo hablando sobre todo lo que nos había pasado aquel día y algunas de las cosas que había dicho Signet. Había mencionado que Grimaldi se había convertido en algo llamado «talludo», lo que se tradujo en una conversación soporífera sobre plantas, parásitos y control mental. Mordecai contaba con los dedos mientras nos daba a Dónut y a mí una larga lista de maneras de acabar con cada monstruo de tipo planta. Al parecer, era algo que le interesaba mucho.

—Ahora, id a alquilar una habitación y dormid un poco —terminó por decir mientras nos devolvía la montaña de pociones. Se había puesto a enseñarnos cómo combinarlas para que tuviesen efectos más potentes y funcionasen más rápido—. Os quiero despiertos bien temprano. Mañana va a ser un gran día.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Dónut.

—Ya veréis. Será increíble —insistió Mordecai—. Un día que pasará a los anales de la historia. La primera vez que haréis exactamente lo que yo os diga.

8



TIEMPO PARA EL DERRUMBE DEL PISO: 6 DÍAS Y 23 HORAS

Visualizaciones: 998,3 billones
Seguidores: 16,5 billones
Favoritos: 3 billones

Desperté y me encontré con un mensaje muy largo de Brandon flotando en mi campo de visión. Lo ignoré por el momento mientras me desperezaba. Como era habitual, Dónut había insistido en que compartiésemos habitación. Pero, en lugar de dormir en mi cuello, lo había hecho en la torre para gatos que le acababa de montar y que casi no cabía en la habitación. Había tardado casi una hora entera en hacerlo, con el panfleto de instrucciones y la llave Allen. Se me antojó del todo irreal y ridículo hacer algo tan mundano en un lugar como aquel en el que me encontraba. Por suerte, la torre no pesaba mucho y podíamos guardarla en el inventario para luego sacarla todas las noches. Mientras Dónut dormía en la plataforma superior, Mongo se acurrucó en la inferior. También le encendí esa vela barata que le habían dado. Llenó el ambiente de la pequeña habitación alquilada del aroma del hogar.

Me quedé mirando un rato a la gata y supe exactamente qué era lo que estaba haciendo. No estaba dormida en realidad. Se había limitado a cerrar los ojos y a fingir que estaba en casa, en su lugar favorito. Poco después, apagué la vela y me dormí. Al despertar, Dónut se había colocado en su lugar de siempre junto a mi cuello, y Mongo había saltado sobre mis piernas provocando que se hundiese un poco la cama.

También le habíamos alquilado una habitación a Mordecai, aunque cuando salí a desayunar lo vi desmayado junto a una mesa redonda con un vaso aún lleno de algo que olía a hidromiel. Gordo el bopca también se había desmayado en la mesa y no dejaba de roncar, con tanta fuerza que parecía una motosierra.

—¡Gordo, despierta! ¡Despierta ahora mismo! —gritó Dónut cuando entramos en la habitación principal—. Necesito mi desayuno. ¡Y tienes que cepillarme!

—Relajadita, fiera —dijo Gordo al tiempo que se incorporaba. Se limpió las babas de la cara. Después negó con la cabeza y murmuró algo—. Primero me refrescaré un poco y luego te alimentaré. No te preocupes. Y lo de cepillarte puedes hacerlo tú misma, princesa.

—Puedo, pero no lo hago nunca —dijo Dónut, que parecía consternada. Alzó la vista para mirarme, expectante—. Haz algo, Carl.

—¿Mordecai te ha enseñado el truco de romperte un dedo? —pregunté a Gordo mientras acercaba una silla junto a la íncubo, que no se había despertado aún.

—¿Romperme un dedo? No. Me ha preparado una poción —dijo Gordo. El gnomo bajito se puso en pie y empezó a limpiarse—. Le dije que no me sentía del todo yo desde que habíais llegado, por lo que se ofreció a mezclarme un brebaje con algunas de las cosas que tengo por el bar, algo que según él me iba a permitir recuperar mi dignidad. —Fulminó con la mirada a Dónut—. No está nada bien aprovecharse de mi amabilidad de esa manera.

—¡Esto es indignante! —gritó la gata mientras Gordo se perdía en la trastienda—. Mordecai, quiero hablar contigo ahora mismo. ¡Despierta!

—¿Dónde estoy? —preguntó él mientras se sentaba. Miró de un lado a otro con desesperación, pero se tranquilizó al verme—. Ah.

El íncubo olía a suelo de bar de moteros. Me puse en pie para cambiarme de asiento y dejar de olerlo, pero él me agarró por el brazo y no me dejó hacerlo.

—¿Siempre bebes tanto? —pregunté—. ¿Por qué nos enteramos ahora?

—Eres mi representante, Mordecai —dijo Dónut—. ¿Por qué estás haciendo que mis ayudantes se vuelvan en mi contra? ¿Quién me va a cepillar ahora?

Mordecai: Escuchad los dos. No digáis nada de esto en voz alta. Tuve que prepararle una poción para que se desmayase y poder así entrar en las cocinas y encontrar el boletín.
Carl: ¿Boletín?
Mordecai: Sí. Los bopcas y los comerciantes no tienen acceso a la conexión, por lo que reciben boletines físicos que se les entregan después de cada episodio resumen. Cuando se desmayó, entré en la trastienda para leer el informe. También le robé algunos objetos para preparar pociones. Yo no tengo inventario como vosotros, así que coged esto.

Sacó varios objetos de los bolsillos y me los dio por debajo de la mesa. Me los guardé en el inventario sin mirar. La mayoría eran hierbas.

Carl: Joder, Mordecai. ¿Esto no es hacer trampas?
Mordecai: Los representantes solo tienen una norma. No podemos enfrentarnos directamente con las criaturas. Todo lo demás está permitido.
Dónut: ERES UN ESPÍA. SABÍA QUE NO IBAS A TRAICIONARME.
Carl: Bueno... ¿Has descubierto algo?
Mordecai: Sí. El informe es regional y comentaba que podía haber una gran batalla en esta zona por la tarde o por la noche. Si se han tomado la molestia de avisar a los bopcas al respecto, es que es muy importante. Lo más seguro es que tenga algo que ver con vuestra amiga élite. Así que tenéis que desayunar rapidito y salir pitando al pueblo para nunca volver a este lugar. Nada de holgazanear.
Carl: Vale.

—No os olvidéis de asignaros los puntos de característica —dijo Mordecai mientras Gordo volvía con lo que parecían cuencos llenos de gachas de avena grumosa. Soltó dos sobre la mesa.

—Ya lo hice anoche —expliqué a Mordecai—. Me puse los 3 puntos en Fuerza.

El cepillo mágico de Dónut apareció sobre la mesa frente a mí.

—Vas a tener que hacerlo tú —dijo la gata.

Suspiré y lo cogí, a pesar de que aún tenía que hacerme la pedicura. Mientras la cepillaba, abrí el mensaje de Brandon.

> Brandon: Carl. ¿Qué tal va todo, amigo? Nos hemos alegrado mucho al veros a los dos en el episodio resumen de esta noche. Solo quería que supieras que nosotros aún no hemos elegido. Va muy lento. Ninguno de los ancianos puede elegir ser humano, porque se quedarían tal y como están, y eso nos ha retrasado mucho. Los que tienen problemas cognitivos tendrán que elegir especies muy raras para tener alguna posibilidad. Ya te diré cómo sale todo. Yo he seguido siendo humano. Chris e Imani no. La mayoría de los ancianos siguen teniendo nivel 1, pero no creerías las cajas de botín que recibieron por llegar hasta el tercer piso sin matar a ninguna criatura ni recibir daño. Todos han conseguido cajas de pacifista legendarias y muchísimas más. Ahora tienen una cantidad absurda de equipo mágico. Algunos de esos cabrones pronto serán más poderosos que Imani. Sea como fuere, la profesora Tiatha dice que es muy probable que estemos muy lejos de donde estás tú. Solo quería volver a darte las gracias por tu ayuda. Espero que volvamos a vernos.

Le envíe una respuesta rápida para pedirle que se cuidara. También me planteé comentarle algo de lo de Agatha, pero al final no lo hice. No quería involucrarme en eso y temía que escribirlo fuese un grave error. También le pregunté si sabía qué era la nueva ventaja de Dónut, Escutelifilia, o si tenía idea de lo que era el Cesta punta.

Luego le di un consejo, el mismo que Odette nos había dado a nosotros. Si no habían terminado y alguien podía elegir la ventaja Representante, tenía que convencerlo para que la cogiese. A pesar del alcoholismo rampante de Mordecai, me había quedado muy claro que aumentaba en gran medida nuestras posibilidades de sobrevivir.

Media hora después, Dónut, Mongo y yo salimos en dirección a las ruinas de la Ciudad Epigea. El sol artificial acababa de salir y proyectaba sombras largas por las calles con suelo de madera. Unas volutas de humo remolonas se alzaban por zonas aleatorias a lo largo de toda la ciudad. Todo olía a azufre y a otra cosa, algo acre, como un motor fueraborda que quemase demasiado combustible. Hacía más frío por la mañana, aunque seguía haciendo más calor

que en el piso anterior. Respiré hondo aquel aire cargado de humo. Mongo graznó varias veces, y Dónut se me subió al hombro.

Abrí el primer localizador de mazmorra con el que nos topamos para asegurarme de que no nos habíamos perdido y luego enfilamos en dirección al asentamiento aveceleste. Nos encontrábamos a treinta kilómetros.

—Mirad, la sangre ha desaparecido —dijo Dónut cuando pasamos por el lugar donde habíamos acabado con el lémur el día anterior. Mongo había despedazo a la criatura y lo había manchado todo de sangre.

—¿Recuerdas lo que dijo Mordecai? En todos los pisos hay criaturas limpiadoras, como las ratas y las larvas berrendas. Aún no hemos visto las de este. Puede que solo salgan por la noche.

—¿De verdad vamos a hacer caso de todo lo que nos diga Mordecai? —preguntó Dónut.

—Hoy sí —respondí—. Puede que tenga algún que otro problema, pero sabe lo que hace. Ayer tenía razón, y yo estaba equivocado. No tendríamos que haber agitado ese avispero, sobre todo ahora que sabemos lo que son los élites en realidad. Tenemos que alejarnos lo máximo posible de esa comemierda mientras…

¡Te han aturdido!
¡Te han paralizado!
¡Te han dejado inconsciente!
«¿Por qué has tenido que morirte? No eres tan pequeño como los ratones.
»No te pegué muy fuerte».

Me sentí como si me hubiese atropellado un camión. Gruñí. Aparecieron una cantidad cada vez mayor de mensajes desesperados de Mordecai en mi línea de visión. Los cerré mentalmente. Me incorporé y eché un vistazo a mi alrededor, asustado. Estaba en una estancia oscura. Me habían soltado sobre un sillón viejo y raído que olía a moho. Aún llevaba encima todo el equipo. Tenía la barra de salud al completo.

«¿Dónut? ¿Dónde estaba Dónut?».

El miedo hizo que se me constriñera el pecho.

«No. No quiero estar solo».

—¿Dónut? —grité—. ¿Dónde estás?

No hubo respuesta.

CARL: ¿Dónut? Joder. Responde, por favor.

Tampoco hubo respuesta. Abrí el minimapa, pero no la vi por ninguna parte. No veía nada, de hecho. Por lo menos seguía en el menú de grupo, lo que significaba que estaba viva. Me tranquilicé solo un poco y la volví a llamar, con más fuerza en esta ocasión.

Me pareció oír algo. Un chillido. Venía de lejos y sabía que estaba en otra habitación. Cuando lo oí, un punto naranja apareció en el mapa. Mongo. Mongo seguía con vida.

«Cálmate. Respira hondo y piensa bien las cosas».

¿Qué había pasado? Intenté recordar. Íbamos caminando y hablando. Casi habíamos llegado al camino principal. No había visto nada. Mongo no nos había advertido del ataque. Me habían aturdido, para luego paralizarme antes de quedar inconsciente.

La IA parecía haber creído que estaba a punto de morir. Me había leído una cita de *De ratones y hombres*. De niño había tenido que leer ese puñetero libro tres veces en la escuela debido a que nos mudamos muchas veces. De adulto, tenía una copia siempre a mano en mi catre. Lo leía una y otra vez. Era uno de mis libros favoritos, no solo porque me gustase la historia, sino porque me resultaba muy familiar, era como un buen plato de comida casera. La verdad es que me había sorprendido que la IA citase la novela, pero sinceramente es que me resultó hasta tranquilizador oír esas frases.

CARL: Mordecai, me acabo de despertar. No sé qué ha pasado. Tampoco sé dónde está Dónut. Ni dónde estoy yo.

MORDECAI: Oh, gracias a los dioses. ¿Estás atado? ¿En una celda? ¿En una telaraña?

CARL: Estoy en un sillón. No estoy atado y aún tengo todas mis cosas. Está oscuro, eso sí. No veo nada.

MORDECAI: Muy bien. Veo que Dónut está viva, aunque no sé dónde se encuentra. Si te acabas de despertar, es posible que ella también lo haga pronto. La verás en el mapa cuando ocurra mientras no esté muy lejos. Quédate unos minutos

investigando por ahí y consigue toda la información que puedas. Luego cuéntame lo que has visto.

La cuenta atrás del piso se había reducido significativamente. Hice cuentas y llegué a la conclusión de que había estado inconsciente durante quince horas. Joder. Menuda mierda. Aunque saliese con vida de lo que quiera que estuviese pasando, había perdido quince putas horas. Era un duro revés teniendo en cuenta lo valioso que era tiempo.

Miré las notificaciones para ver si veía alguna pista. Había recibido tres logros. Uno por quedar aturdido, otro por quedar paralizado y el tercero:

¡Logro desbloqueado! ¡Lázaro!
Has sido objetivo y has sobrevivido a un conjuro ofensivo de más de nivel 15. El hecho de que no hayas quedado convertido en una masa de carne temblorosa en el suelo de la mazmorra demuestra la suerte que tienes. O eso o te estás tirando al productor.
Recompensa: ¡Has recibido una caja de cabronazo con suerte de platino!

No sabía cuál había sido el conjuro, pero en el momento en el que leí el logro me quedó claro quién lo había lanzado.

—Signet —dije—. ¿Estás ahí?

—Has herido mis sentimientos —dijo ella, susurrándome al oído. Sentía el calor de una mano por la parte superior del muslo, entre el bóxer y las rodilleras.

—Joder —dije al tiempo que pegaba un brinco del susto. La mano fuerte y firme no me dejaba moverme. ¿Llevaba todo el rato junto a mí? Se me puso la piel de gallina.

—Me llamaste comemierda —continuó. Prácticamente, había empezado a morderme la oreja. Notaba su aliento cálido en el cuello. Intenté no estremecerme. Tenía nivel 60. Si quería matarme, no podía hacer nada para evitarlo—. Os ibais a marchar. Me habíais prometido que volveríais.

—¿Dónde está Dónut? —pregunté.

—Está a salvo. No te preocupes. Hasta salvé a ese pequeño dinosaurio suyo. Tu amiga sigue durmiendo y así se va a quedar.

—Quiero verla —insistí.

—Claro, claro —dijo Signet—. La veremos de camino a la salida.

—No voy a ir a ninguna parte sin Dónut —dije.

—Harás lo que yo te diga —aseguró Signet—. Esta mañana os he seguido a vuestra mascota y a ti. Quería ver si cumplíais con vuestra promesa. Me mentiste, Carl. Estuve tentada de acabar con vosotros en ese momento, pero puedo llegar a ser compasiva. Está en mi naturaleza. Mi madre era una náyade y me enseñó que siempre hay que tener en cuenta la piedad, incluso cuando te traicionan.

—Tu madre parecía una mujer muy inteligente —dije—. Pero creo que voy a coger a mi gata y me voy a ir de aquí.

No había separado la mano de mi pierna en esa habitación oscura. Sentí cómo la palma de la mano se le agitaba de forma antinatural, como si algo se moviese justo por debajo de su piel.

—Como te acabo de decir, tu gata está dormida. Mi madre me enseñó más cosas, aparte de cómo ser piadosa. Me enseñó su magia. Magia heredada, que es la más potente. El conjuro se llama Nenúfar. Un nombre muy bonito, ¿verdad? Fue princesa. Mi madre, quiero decir. Antes de que la confederación le usurpará la corona. Yo sería zarina de no haber sido mestiza. Se lo dije a Grimaldi en una ocasión. Después de eso me cambió el nombre a Zarina Signet.

«Mierda. Esta tía está loca».

—¿Y qué hace el conjuro Nenúfar?

—Te duerme, claro —explicó—. Y no despiertas hasta que cancelo el efecto. Si muero, ella también morirá.

El miedo se apoderó de mí en aquel momento.

—¿Qué quieres que haga?

La mujer sonrió.

—Cumplir con tu promesa. Nada más.

—Prometí que te ayudaríamos a asaltar el circo. Pero no puedo hacerlo sin Dónut.

—Pues vas a tener que intentarlo. Ese es mi trato. La manera de demostrar lo piadosa que soy. Y tú manera de recuperar tu vida.

«Mierda».

El piso inferior del edificio de Signet estaba vacío y tres de las cuatro paredes estaban rotas. En el exterior, el sol había recorrido el cielo prácticamente en su totalidad. Se hundía ahora detrás de los edificios distantes. Dónut se encontraba dormida en mitad de la estancia, colocada en una silla tapizada y llena de humedad. Era lo único que había en el lugar, a excepción de una jaula grande donde se encontraba Mongo, que brincaba de un lado a otro y chillaba al ver cómo yo me acercaba.

—¡Dónut! —grité al tiempo que corrí hacia la gata. Apoyé una rodilla en el suelo y le acaricié el pelaje. Recordé cómo se lo había cepillado hacía muy poco. Me costaba mucho verla así.

«Es tan pequeña, tan vulnerable».

Tenía el mensaje INCONSCIENTE flotando sobre el cuerpo.

Extendí el brazo y abrí la jaula de Mongo. El dinosaurio saltó a la silla y apoyó la cabeza en la gata con gesto inquisitivo, pero Dónut no se despertó. La criatura soltó un graznido de preocupación.

Signet estaba cerca, con las manos entrelazadas frente a ella. Los pequeños pechos desnudos habrían sido una distracción en cualquier otro momento, a pesar de su rostro cadavérico. Los tatuajes se arremolinaban por su cuerpo, centrándose en mí por mucho que me moviese, como si me mirasen directamente.

—No podemos dejar a Dónut aquí —dije mientras echaba un vistazo por la estancia. Estábamos prácticamente en el exterior. Cualquier criatura que pasase por allí podía llegar a encontrarla. Me preocupaban las criaturas limpiadoras, fueran lo que fuesen.

—Pues ahí se va a quedar —insistió Signet.

—No, joder —dije. Extendí los brazos para coger a la gata, pero justo cuando la levanté apareció su barra de salud, que empezó a reducirse drásticamente.

—Carl, yo la dejaría quietecita en su sitio. Los nenúfares mueren cuando se los mueve.

Volví a dejar al instante su cuerpo inerte sobre la silla. La barra dejó de reducirse y, un momento después, empezó a recuperarse poco a poco.

—Vamos, Carl. Ya casi ha llegado la hora de mi invocación. Tenemos muchas cosas que preparar antes del ataque.

—Solo un momento —dije—. Cuidado, Mongo.

Empecé a sacar los restos que me quedaban en el inventario de la fortaleza improvisada. Tenía varias piezas de madera y de metal. Erigí un refugio apresurado, horrible y cutre alrededor de la gata, parecido a una pirámide. Lo hice todo lo rápido que pude.

—Carl —insistió Signet—. Se acabó.

—Dios, eres peor que Bea, ¿eh? —comenté mientras colocaba la última de las piezas. Aquel obstáculo no iba a proteger a Dónut de un enemigo, pero era mejor que nada. Mongo saltó sobre la caótica pirámide. Miró a través del agujero aserrado de la parte superior y luego giró la cabeza hacia mí.

Le acaricié la cabeza por un lado. Seguía siendo pequeño, pero con nivel 6 ya era mayor que Dónut.

—No sé si me entiendes, pero tienes que quedarte aquí. Para protegerla. Es lo más importante que has hecho jamás. Yo tengo que irme, pero volveré. ¿Vale?

Mongo graznó, miró a la gata a través del agujero en lo alto de aquella montaña de basura y luego volvió a graznar.

Me giré y seguí a Signet al exterior. Mientras, empecé a escribirle a Mordecai todo lo que estaba pasando.

Tenía un plan. Uno improvisado que se me había ocurrido sobre la marcha, pero no podía hacerlo solo. Le pregunté qué le parecía y me dijo que estaba loco como una cabra. Me lo tomé como una buena señal.

> **Carl: Zev, ¿estás ahí?**
> **Zev: Hola, Carl. Todo el universo os está viendo y os apoya.**
> **Carl: Eso es lo que esperaba. Necesito tu ayuda.**
> **Zev: Sabes que no puedo interferir.**
> **Carl: No. No me refiero a ese tipo de ayuda.**

Le expliqué lo que quería que hiciese, y ella me dijo que era imposible. No obstante, le pedí por favor que lo intentase.

—Siento haber tenido que llegar a esto, Carl —aseguró Signet mientras caminábamos—. Me sorprendiste mucho ayer al sobrevivir.

Hoy no cometeré el mismo error.

—¿Por qué lo haces, Signet? ¿Por qué atacas el circo todos los días?

—De toda la compañía, yo fui la única que sobrevivió al ataque sin que esa nube tóxica me transformase. Y Grimaldi fue quien se llevó la peor parte.

—¿Grimaldi? Ese es el dueño del circo, ¿no? Anoche dijiste que lo querías.

—Y lo quiero. Es el amor de mi vida. Me salvó cuando era una niña. Me aceptó cuando nadie más lo hizo. Me protegió de los altos elfos, me sacó del Coto de Caza y me dio una vida. Pero lo más importante para mí es que también me dio una familia. Cuando me hice adulta, me enamoré de él y empezó a ser para mí algo más que un padre. Íbamos a compartir nuestras vidas.

—¿Y qué ocurrió?

—Tienes que comprender lo horrible que fue el cataclismo. El veneno de la nube de Escolopendra era un ataque de nueve fases. Te atacaba de nueve formas diferentes. Los que tuvieron suerte, murieron sin más. El resto se transformó de distintas maneras.

Era la segunda vez que oía ese nombre. Escolopendra. Se me antojó que se refería al monstruo que había en el fondo del volcán. Guardé esa información para más tarde. Ella siguió hablando.

—Grimaldi era mucho más que el propietario. También era el maestro de ceremonias. El cataclismo estalló cuando estábamos a punto de terminar una función. Él estaba en el centro de la pista, y los demás estaban por allí desperdigados y saludando al público con reverencia. —Signet respiró hondo—. Él se transformó en el tallo. Todos los demás que se encontraban dentro de la carpa, independientemente de su transformación, quedaron infectados al momento con parásitos cubiertos de moho que los pusieron a las órdenes de Grimaldi. Los lémures, los payasos…, prácticamente todos. Están bajo sus órdenes. Y, si mueren, las esporas regresan al tallo y renacen al día siguiente.

—¿Y esa es la razón por la que atacas el circo todos los días? ¿Por qué sobreviviste tú y no los demás?

No respondió a mi pregunta.

—Anoche lancé el conjuro porque esperaba que murieses. Hoy voy a depositar toda mi fe en ti. Tendrás que ser quien derrote al sacrificio. He capturado a Heather muchas veces, pero siempre para matar al sacrificio. Nunca he usado su sangre para invocar a mi pelotón. Confío en que esta noche puedas matarla. Su sangre no será tan poderosa como la tuya, pero aun así será la más potente que he usado jamás.

Doblamos una esquina y nos detuvimos. En mitad del camino, tumbado e inconsciente, había… algo. Era una criatura que parecía afectada por el mismo conjuro Nenúfar que Dónut.

—¿Esa es Heather? —pregunté, mientras se me revolvía el estómago.

—Sí.

—¿Y quieres que la mate para arrebatarle la sangre e invocar a tus cosas?

—Te repito que sí.

Di un paso al frente.

—Muy bien. Lanza el conjuro antes de que se despierte. Aprovecharé para matarla ya.

—No. La cosa no va así, Carl. No puedo influenciar de ninguna manera el enfrentamiento. De lo contrario, el conjuro no funcionará.

—Es lo más absurdo que he oído nunca.

—Si pudiese hacerlo así, te habría matado yo misma anoche.

Tragué saliva. Miré a «Heather».

Esa… cosa, a la que Signet se refería en femenino, parecía haber sido un oso negro en el pasado. Llevaba un gorrito de payaso rosado y ajado, así como una gola de payaso plisada alrededor del cuello. Ambas prendas parecían formar parte de su cuerpo. Al igual que los lémures, no tenía piel alguna en la cara. Lo único que tenía sobre el cuello era un cráneo sin piel y un par de globos oculares rojos y redondos.

El horror no acababa ahí. Las dos patas delanteras se habían transformado en lombrices blancas, como si las garras hubiesen quedado reemplazadas por algo parecido a fregonas. Eran diferentes de los gusanos que conformaban la melena de los leones. A pesar

de estar dormida, esas cosas se retorcían de un lado a otro. Sentí cómo la rabia se apoderaba de mí.

Pero lo más absurdo de todo eran las dos patas traseras de la osa, que tenían unidas a ellas un par de patines. También llevaba un tutú rosa.

Signet dio un paso atrás.

—Muy bien, Carl. Va a despertar y, en ese momento, lanzaré el conjuro de invocación. Luego tendrás que matarla.

> Aviso de administrador. Las batallas contra jefes que forman parte de producciones secundarias o de una misión pueden presentarse de manera diferente. Seguirás recibiendo recompensas proporcionales al rango del jefe. Si sobrevives, claro.

—Mierda —dije.

9



En esta ocasión, no se oyó la típica tonadilla ni el anuncio grandilocuente que parecía sonar a través de un altavoz. El sistema estaba tratando a la criatura como un enemigo normal. Pero me había quedado claro que no era un monstruo cualquiera.

> ¡Heather la Osa!
> ¡Jefe de barrio nivel 19!
> Heather la Osa Patinadora, que lleva actuando desde que era una osezna, fue una de las atracciones más duraderas del Circo Ambulante de Grimaldi. Solo quedaban unas pocas semanas para que se jubilara, pero llegó el cataclismo. Ahora, la osa vieja y cansada se ha transformado en una monstruosidad que casi no tiene nada que ver con su forma anterior. Pasa los días cazando para el circo, buscando criaturas jugosas y mazmorreros incautos. Se dedica a encontrar y a incapacitar víctimas usando su velocidad y su fuerza arrolladoras. Después arrastra a su presa hasta el circo para alimentar a los payasos.
> En algún lugar de las más profundas profundidades de su cuerpo hay una leve chispa de la Heather del pasado. La querida osa tiene algún que otro momento de lucidez mientras persigue a sus aterrorizadas presas. En esos momentos escasos, piensa: «Bien. De todas maneras, siempre os he odiado, cabrones».

A diferencia de la mayoría de los enfrentamientos contra jefes, no me dio la impresión de estar encerrado en la zona. Pero no podía salir corriendo, ¿no? Eché un vistazo a mi alrededor, asustado. Detrás de mí había un cruce muy grande, con un edificio de dos

pisos en cada esquina. Todo estaba muy oscuro a estas alturas como para llegar a distinguir qué había en el interior.

Carl: Mordecai, voy a luchar contra un jefe. Una osa negra de nivel 19 con gusanos en lugar de garras y patines en las patas. ¿Algún consejo?

Mordecai: ¿Patines? ¿Eso son los zapatitos con ruedas? ¿Lo dices en serio?

Carl: ¡Claro que lo digo en serio, joder!

Mordecai: ¿Macho o hembra?

Carl: Es una osa.

Mordecai: Joder. Vale. ¿Y si usas el Caparazón protector? ¿Ya se ha recargado?

Carl: Sí. Hace unos quince minutos.

Mordecai: Los osos negros son los más pequeños, pero son más rápidos y más fuertes de lo que parecen. Las osas son mucho más listas que los osos. No sé qué harán esas garras con gusanos, pero no dejes que te abrace. Usa el caparazón.

Heather rugió y se alzó sobre las patas traseras mientras extendía hacia delante las dos delanteras.

—Me cago en todo —dije al tiempo que me echaba hacia atrás. Había visto muchos osos negros en mi vida, pero normalmente no eran tan grandes. Muchos tenían el tamaño de un perro de buen tamaño. Heather era una excepción. Era enorme. Con los patines podía llegar a medir casi dos metros y medio. Tenía el sombrero de payaso rosa torcido sobre la cabeza de calavera, y en ese momento vi que la base estaba fusionada directamente al hueso, como si fuese un puñetero osicornio.

Las garras de gusanos empezaron a moverse; muchísimos apéndices pequeños que se retorcían de un lado a otro.

… Y que empezaron a crecer y a crecer. Los gusanos blancos como el hueso parecían brillar en la luz tenue mientras se extendían por el suelo, como espaguetis que brotaran directamente de las patas de la osa. Mientras caían, vi que debajo de todos se distinguían lo que parecían las garras de verdad del animal.

«La hostia —pensé—. Esto es asqueroso de cojones».

Pero ¿dónde estaba Signet? Busqué a la élite y capté un movimiento. La vi a través de un agujero que había en el edificio del

cruce. Estaba en el segundo piso, con los brazos alzados como ayer. Los extraños tatuajes se le movían por todo el cuerpo como antes.

Sentí el movimiento antes de verlo. Había tardado un escaso segundo en mirar por encima del hombro, pero la osa ya había recortado a la mitad la distancia que nos separaba. Cruzó los listones de madera del suelo con los patines, deslizándose hacia mí. Las ruedas bien engrasadas emitían un chirrido al desplazarse por la madera. La criatura echó una pata hacia atrás mientras yo intentaba apartarme, al tiempo que sacaba dos bombas de humo del inventario y las tiraba a mis pies. Saqué dos más antes de empezar a correr. El otro día había aprendido la lección: estas bombas no se pueden usar de una en una.

Demasiado lento. Heather me atacó cuando se encontraba a tres metros de distancia. Los gusanos salieron disparados hacia mí como un látigo, antes siquiera de darme cuenta de lo que estaba pasando. Decenas de esas cosas salieron despedidas en mi dirección, me golpearon y me envolvieron tres veces como si yo fuese un puñetero trompo y ellos la cuerda. Los extremos fríos y húmedos de los gusanos me rozaron la piel expuesta de los muslos, y sentí cómo empezaban a abrirse paso por el interior de mi cuerpo.

«Necesito pantalones. Necesito pantalones, me cago en Dios».

Era como si me estuviesen atravesando la pierna con un cuchillo.

«Sí, sí. Carne fresca. Carne de primigenio. Carne deliciosa.

»Es fuerte. Vamos a probar un poco. Alimentará bien a nuestros payasos.

»Los payasos tienen hambre, primigenio. Están famélicos. Y ahora van a disfrutar de tu sabor».

Activé a la desesperada el Caparazón protector, momento en el que el humo empezó a brotar de las bombas. Los gusanos que tenía alrededor quedaron cercenados por la mitad y se separaron de la osa. Habían muerto. Las mitades que habían intentado atravesarme la piel quedaron colgando flácidas antes de caer. La osa, que estaba a punto de llegar hasta mí, salió volando hacia atrás, cayó al suelo y empezó a rodar. La había conseguido alejar unos quince metros.

«¿Qué cojones ha sido eso?».

Los gusanos habían entrado en mi cuerpo y se habían puesto a comunicarse mentalmente conmigo. Las palabras brotaban una tras otra, casi ininteligibles a causa de la velocidad. No sabía si era tan solo una voz o miles de ellas. Tampoco si era femenina o masculina. Era como si alguien hubiese clavado sus sucios dedos en mi cerebro para luego empezar a tirar de él.

«No puede ser, joder. Esto es horrible».

No podía permitirlo. Haría todo lo posible para que no se repitiese. En ese momento, entré en acción.

Corrí hacia la osa caída dejando atrás la protección del escudo. Saqué tornillos, tuercas y mancuernas del inventario sin dejar de correr, desperdigándolo todo por el suelo.

Estaba demasiado cerca como para lanzar una jarra explosiva o un cartucho de dinamita. En lugar de eso, cogí una jarra normal de aguardiente y se la tiré a la osa con toda la fuerza que fui capaz. El recipiente se rompió en la cabeza de la criatura. Lo había tirado con más fuerza de la que esperaba. Guau. No esperaba tanta vehemencia a la hora de lanzar la jarra, ni siquiera teniendo en cuenta mi Fuerza mejorada. Me deslicé hasta detenerme.

Una barra de salud apareció al fin mientras Heather gritaba de rabia. La osa, que seguía tirada en el suelo bocarriba y zarandeándose, quedó bañada en aguardiente. El olor intenso se apoderó de todo el cruce. El charco se iluminó en mi interfaz con solo mirarlo, y las palabras LÍQUIDO INFLAMABLE aparecieron flotando sobre él. «Eso es nuevo», pensé mientras sacaba una antorcha, la encendía y se la tiraba a la osa.

No esperé a comprobar qué pasaba a continuación. Me di la vuelta y empecé a correr hacia el penacho de humo que seguía acumulándose. Igual que la última vez, había formado un cono de humo insultantemente ligero a pesar de que había lanzado varias bombas. La brisa había empezado a disiparlo lejos de la osa, pero era lo bastante denso como para ocultarme en el interior.

Fruuuus.

Sentí el calor del aguardiente al prenderse fuego. Corrí hacia el humo y me di la vuelta a tiempo para ver cómo la osa se ponía en

pie, con el cuerpo encendido como una pira. Las llamas rojas y azules se agitaban en la brisa nocturna. El humo que brotaba de ella ocultó parte de la barra de salud. Había bajado, pero muy poco. Ni siquiera estaba roja aún.

La osa en llamas aulló y empezó a patinar hacia mí. Plic. Plic. Plic.

Una cosa os voy a decir: si nunca habéis visto una osa con patines y rostro de calavera patinando a toda velocidad hacia vosotros, es que no habéis vivido.

Se tropezó con una mancuerna y cayó al suelo. Cuando volvió a levantarse, la mitad del pelaje quedó pegado al suelo, lo que dejó al descubierto una caja torácica expuesta llena de gusanos que más bien parecían una maraña de fideos de ramen. Los gusanos salieron despedidos por todas partes para evitar las llamas.

«Qué puto asco, joder».

Lo había guardado para un momento desesperado, pero ya era hora de sacarlo. El rasca que había conseguido en la caja de cabronazo con suerte. Bola de fuego o natillas. Tenía un cincuenta por ciento de probabilidades de lanzar una bola de fuego de nivel 15 que era muy probable que matase a la criatura al instante. Lo otro que podía ocurrir era dejarla cubierta de natillas de fresa que terminarían por sanarla.

Sostuve el cartón frente a mí con torpeza con la mano izquierda mientras rascaba con la otra uno de los cinco puntos, bajo el que dejé al descubierto una especie de círculo que no dejaba de cambiar. El pequeño icono empezó a pasar de una bola de fuego a un mejunje rosado a toda velocidad. La jefa patinadora se había convertido en poco más que un esqueleto. Solo le quedaban en llamas el sombrero y los patines. Habían desaparecido los globos oculares enormes incluso. Una maraña de gusanos cubría el esqueleto, como si estuviese envuelto en hilo.

La barra de salud solo había bajado hasta la mitad.

Ocultarme en el humo no parecía haber servido para nada. Volvió a extender la pata hacia mí.

El icono cambiante del cartón terminó por detenerse.

Natillas. ¡Qué rico!

Dijo una voz en alto, grave e intensa, parecida a la de ese puñetero *Candy Crush*. Me vino a la mente de repente y sin sentido la imagen de Bea jugando en el móvil con el volumen al máximo mientras yo intentaba ver la televisión.

—¡Qué puta mierda! —grité al tiempo que saltaba hacia atrás. Una bola de natillas del tamaño de una pelota de playa salió despedida hacia delante y chocó contra la osa, que se tambaleó y, otra vez, cayó bocarriba.

La criatura esquelética rugió de dolor mientras las natillas le hervían contra el cuerpo. El pelaje y la piel de la criatura empezaron a extenderse por su cuerpo de una manera errática e irregular propia de una película en *stop motion*. La osa se afanó para volver a ponerse en pie. Esa maldita criatura era como un terminator. La barra de salud empezó a recuperarse.

Pero algo había cambiado. Los patines se le habían caído de las patas al levantarse. Y también había perdido el gorro. Los añadidos desaparecieron en una nube de ceniza. La piel del cráneo empezó a recuperarse, y ahora estaba a cuatro patas, como si fuese una osa normal. El pelaje negro y raído tenía un brillo plateado que resultaba muy evidente por la parte del hocico.

Al sanarla, había matado a los gusanos. La osa soltó un aullido triste y cargado de miedo. Se sentó y se dejó caer dolorida hasta el suelo. Las pocas natillas que le quedaban encima terminaron de hervir hasta desaparecer. La criatura me miró, sin ganas de luchar. Era Heather, la Heather de verdad, libre de los parásitos que la estaban controlando. Me contempló con esos ojos que se le acababan de formar.

«Acaba lo que has empezado —me decían—. No tendría que haber vivido tanto tiempo».

Soltó un quejido breve y lastimero para luego cerrar los ojos.

Me acerqué a la osa, sin quitarle ojo de encima a las garras por si aquello era una trampa. La criatura suspiró con pesadumbre cuando me acerqué. La barra de salud, que se le había recuperado por completo, había empezado a bajar sin hacer nada. Sin los gusanos, el moho o la magia infernal que la estaba manteniendo con vida, su cuerpo empezaba a deteriorarse muy rápido. Heather, la osa

anciana, no era contra lo que acababa de luchar en realidad. Ella no era más que un cuerpo que algo había usado para enfrentarse a mí.

Me dieron ganas de dejarla morir sin hacer nada, pero me duraron un instante. Cerré el puño y le reventé la cabeza con dos puñetazos rápidos. Después, me puse sobre ella y la rematé aplastándole el cráneo con el pie descalzo. El hueso cedió con mucha facilidad.

La palabra ¡VENCEDOR! apareció en mi interfaz. Fue lo único que me indicó que había vencido el enfrentamiento contra el jefe. Me dieron unos pocos logros, que se guardaron al momento en la carpeta. Subí hasta nivel 15, casi 16. Dónut se iba a enfadar conmigo.

El cuerpo de la osa se estremeció. Una línea roja brotó del cadáver y atravesó hasta las llamas. La sangre flotó por los aires, en dirección hacia el cuerpo ahora reluciente de Signet.

MORDECAI: Felicidades. Acabas de vencer a un jefe en solitario por primera vez.

Una nube repiqueteante de humo rodeó el edificio donde Signet había lanzado el conjuro. Mordecai dijo que sabía exactamente qué conjuro era y que tardaría unos diez minutos en completarse. Mientras, llegué a la conclusión de que era mejor quedarme bien lejos y no interponerme.

CARL: No te voy a mentir. Me ha sorprendido. Por un momento, tuve muy claro que quería que muriese y que me había vuelto a lanzar a mí el conjuro de sacrificio.

MORDECAI: Es muy probable que lo haya hecho. Como te comenté, el sistema deja que los élites manipulen la realidad a su antojo. Esa es la razón por la que es recomendable mantenerse alejado de ellos. ¿Sabes algo de Zev?

CARL: No. ¿Dónut está bien?

MORDECAI: Sí. Me llegó un aviso de que su salud estaba al 20 %, pero nada más. Su estado sigue igual.

CARL: ¿Tienes información para mí?

MORDECAI: Visité a mi viejo amigo Eklund. Es el único guía del juego que conozco en esta ciudad. Por desgracia, se las da de listo. No he conseguido que busque la cura a la maldición Nenúfar, pero ahora voy de camino al alquimista de la ciudad para ver si sabe algo. Por suerte, conseguí que Eklund me dijese el nombre de la misión.

CARL: ¿Y bien?

MORDECAI: Pues que tu corazonada iba bien encaminada. Se llama *La venganza de la hija*.

CARL: Oh, gracias a Dios. Bien. Genial, Mordecai. Sigue buscando.

Saqueé los restos del cadáver sin sangre de la osa. Al igual que con el resto de los jefes de barrio, conseguí una mejora para el mapa. La cogí y, en ese momento, una infinidad de puntos aparecieron en el minimapa. Estaba lo bastante lejos como para no ver a Mongo ni a Dónut, pero sí el circo al completo a unas pocas calles de distancia. Como antes, cientos de puntos rojos rodeaban los bordes de la estructura, a la espera. Por si eso fuera poco, había otros muchos puntos rojos desperdigados por el mapa, algunos moviéndose y otros muy quietos. Eran las criaturas nocturnas que deambulaban por las ruinas, y tenía que mantenerme bien alejado de ellas.

Un grupo de puntos blancos rodeaba a Signet. Mientras miraba, apareció otro. Y luego otro.

Sentí una punzada de preocupación. Eran muchos, como unos treinta al menos, pero no me parecían suficientes como para tratarse de todos los que había en el circo.

El humo se despejó, momento en el que apareció Signet seguida de sus secuaces invocados.

—Guau —dije al verla. Di un paso atrás y estuve a punto de tropezarme con los restos desperdigados de la osa muerta. No sabía si sorprenderme, reír o llorar. «Estoy bien jodido».

El más pequeño de los monstruos, algo parecido a una cabeza flotante, medía unos tres metros de alto. El mayor de todos, una serpiente marina que no dejaba de retorcerse, tenía el tamaño de un edificio de tres plantas. El ogro de tres cabezas era el segundo más grande de aquel surtido tan diverso y blandía un sable gigantesco. Siguió a Signet mientras esta se acercaba a mí. El ogro se cruzó de brazos y el sable empezó a ondear con el viento.

Las demás criaturas se quedaron entre el cruce y las calles que nos rodeaban. Un tiburón martillo flotaba por los aires sobre mí.

—¿De verdad que estas cosas pueden luchar? —pregunté cuando Signet llegó a mi lado.

Los tatuajes habían desaparecido de su cuerpo. La piel blanca relucía, y su desnudez se me hizo mucho más evidente ahora que solo iba ataviada con el tanga. Distinguí un brillo azulado en su piel, como si estuviese cubierta de unas escamas muy finas, demasiado pequeñas para verlas a simple vista. Sin el batir constante de la tinta, se veía mejor su rostro. Seguía teniendo un aspecto extraño, pero Signet no era tan repugnante como antes. Ahora veía bien la criatura marina mestiza que era en realidad. Pero solo tuve unos breves instantes para pensar en su aspecto, porque mi atención se vio obligada a centrarse en el «ejército» que se alzaba detrás de ella.

Todos los monstruos de los tatuajes eran enormes y aterradores, pero no tenían el aspecto que esperaba. Ni de lejos. Seguían siendo… tatuajes. Dibujos. Eran gigantescos, pero apenas se los podía considerar tridimensionales. Parecían poco más que láminas de poliestireno recortadas, un recorte en papel hecho con tijeras de un monstruo de proporciones exageradas que luego ondeaba al viento.

Todos tenían un contorno rojo oscuro, con una sustancia blanca y translúcida entre las líneas, como si estuviesen hechos de papel encerado o de papel cebolla. La parte de atrás estaba del todo vacía. Me dio la sensación de que podía atravesarlos de un puñetazo con facilidad. Si los miraba de cualquier otra posición que no fuese de frente, me percataba de su verdadera naturaleza, de que en realidad eran poco más que un ejército de papel. Los monstruos se movían, parpadeaban y rugían, pero todo quedaba confinado en el plano donde los habían dibujado.

Examiné el ogro de tres cabezas:

> Elemental de sangre y tinta. Secuaz invocado de Zarina Signet. Nivel 50.
>
> Estos elementales de vida corta, creados con una mezcla de magia de sangre de un sacrificio y la imaginación de un artista, tienen una fuerza y unas habilidades muy variadas. Su potencial depende de demasiados factores como para listarlos aquí. Como los humanos, básicamente. Por si quieres saberlo, hay muchas posibilidades de que este al que estás mirando en estos momentos huela peor aún de lo que parece.

—Claro que saben luchar —aseguró Signet—. ¿Crees que Grimaldi prepararía una defensa como esa todas las noches para algo que no fuese una auténtica amenaza? Tenemos que darnos prisa. La sangre de Heather era muy poderosa, sí. He invocado a mi pelotón al completo, pero he reducido su longevidad para hacerlos más fuertes. Tenemos poco tiempo.

«¿Cómo va a luchar el papel?», me dieron ganas de preguntarle, pero Signet empezó a avanzar antes de que me diese tiempo a volver a abrir la boca. Mientras se alejaba, vi que tenía un último tatuaje en uno de los omóplatos. Era una especie de pez, que desapareció un momento después, como una criatura marina que se hundiese bajo las olas.

Los monstruos pasaron junto a mí, a la carrera y volando en dirección al circo. Las gigantescas serpientes marinas flotaban de lado, por lo que siempre encaraban la carpa. Yo no dejaba de mirar aquel zoo con la boca abierta. El ogro de tres cabezas se dio la vuelta y dobló todo su cuerpo de papel para fulminarme con la mirada.

—Síguenos o acabarás espruch —dijo la cabeza del medio, con una voz grave y retumbante.

—¡Sabes hablar! —exclamé.

—Yo también puedo hacer espruch —dijo.

Lo seguí. Llegué hasta donde se encontraba Signet, quien avanzaba hacia el circo como si fuese lo único que le importase en la vida.

—Francamente, no sé qué es lo que quieres que haga —dije—. Nunca he participado en nada parecido a esto. Tengo una armadura horrible y solo sé dar puñetazos.

—Eres mucho más que eso. Creo que, esta noche, has conseguido liberar a Heather. Llevaba dos siglos encerrada en ese bucle, pero tú la has liberado. Era una osa vieja y gruñona, y le dije a Grimaldi más de una vez que iba a terminar yéndosele la pinza y acabaría mordiendo a un espectador si no la jubilábamos pronto. Pero era mi familia. Y tú la has liberado. Gracias.

—Ya. Y gracias a ti por avisar —comenté—. Era un enfrentamiento de uno contra uno. En una batalla campal no creo que pueda

ponerme a hacer truquitos.

—Limítate a no morir —dijo ella—. Solemos atravesar las primeras defensas con facilidad y ahora somos más fuertes que nunca. Lo único con lo que voy a necesitar tu ayuda es con las últimas defensas.

—Pero ¡si hay miles! —dije.

Envié un mensaje a Mordecai para contárselo todo. Le dije que no creía que esos elementales fuesen una amenaza en realidad.

> Mordecai: No te preocupes por eso. Si son tan grandes y numerosos como has dicho, significa que su conjuro tiene más de nivel 15. Van a dar un buen espectáculo.
>
> Carl: Ahora que lo dices, ¿qué conjuro es ese?
>
> Mordecai: Merodeador de tinta. Dibujas algo en papel, lanzas el sacrificio de sangre y anima los dibujos. Algunas clases pueden tatuarse los monstruos en su piel. Al hacerlo así, es su propia sangre la que le da fuerzas a las criaturas y las mantiene con vida. Pueden salir de su cuerpo cuando lanza el conjuro de sacrificio. Adquieren una apariencia bidimensional, pero se rumorea que algunos sacrificios han llegado a conseguir que los secuaces se conviertan en una versión completa y real de los monstruos que representan. Teniendo en cuenta que es su conjuro más poderoso, no creo que los productores le permitan poner toda la carne en el asador ahora que la historia no ha hecho más que comenzar.

Un grito distante resonó en la noche, seguido del golpe seco de un mortero mágico. El proyectil voló hacia el cielo nocturno, rebotó en el techo de la mazmorra y luego cayó a una calle de distancia. Empezaron a caer más proyectiles de mortero, e intenté quedarme lo más cerca posible de la señorita Armadura de Personaje Principal de la Trama.

La cabeza flotante y varios de los dragones revolotearon a nuestro alrededor antes de avanzar. Uno de los elementales, un pulpo, recibió el impacto directo de uno de los proyectiles y estalló en llamas. No sabía si Signet era quien controlaba esas cosas. De ser así, no daba señal alguna de hacerlo. Unas sombras oscuras llenaron el cielo. Me percaté de que eran lémures al ver los puntos en el minimapa. Los estaban lanzando las jirafas de artillería. También oí el rugido característico de los leones de moho. Se movían rápido,

acercándose por una de las calles mientras algunos monstruos de papel se dirigían hacia allí para interceptarlos.

Solo estábamos a una manzana del circo. La música inquietante del órgano de vapor llenó por completo el ambiente, mezclándose con el rugido de los lémures y de los payasos. Vi más lémures volando por los aires, en esta ocasión directos hacia nosotros.

El ogro dio un brinco hacia delante por encima de mí y de Signet. Cuando aterrizó, lo único que conseguí ver fue la espalda de ese elemental bidimensional. Blandió el sable de papel frente a él contra una hilera de lémures.

Muchos de esos monstruos con cabeza de calavera gritaron al salir volando por el impacto, pero un momento después oí el zap, zap, zap de cuchillos clavándose en el ogro gigante. A pesar de tener apariencia de papel, los cuchillos se clavaron en el elemental como si estuviese hecho de madera contrachapada. No hizo amago alguno de sentir daño. Volvió a agitar el arma. «Agitar» en el sentido de que su brazo de papel se dobló sobre sí mismo para luego trazar un arco contra las criaturas.

Había algo que no entendía sobre los ataques del ogro. Lo hacía y fallaba sin lugar a dudas, pero entonces muchos de los lémures salían volando. Tenía una especie de ataque de área que no veía bien desde donde me encontraba detrás.

No obstante, sí que vi el ataque eléctrico de la anguila. Un par de criaturas parecidas a anguilas descendieron sobre los atacantes y dispararon rayos por la boca para convertir en equis a los puntos rojos de los leones de moho.

Junto a mí, Signet disparó un rayo amarillo por los aires desde la palma de su mano. Trazó un arco sobre el hombro del ogro e impactó contra algo en la distancia. Docenas de voces gritaron de dolor. Detrás, todo un edificio explotó cuando recibió el impacto de un proyectil de los morteros, que acababan de continuar con los disparos.

—Por Dios —dije al tiempo que me agachaba—. ¿Y decías que haces esto todos los días?

Ella disparó dos más de esos rayos amarillos que trazaban arcos por el cielo.

—Es lo que hay que hacer por la familia —respondió.

Mordecai: Ya tengo la receta. Extracto de bolsosapo mezclado con una poción de sanación normal. Tendría que haberme dado cuenta antes. Niega todos los efectos de los conjuros de dormir y las maldiciones de las náyades. Qué fácil.

Carl: ¿Tienes ese ingrediente?

Mordecai: No hay en este pueblo. Pero es bastante común. Se puede comprar en el mercado alquímico de cualquier pueblo mediano o grande.

Mierda. Eso no iba a servirnos de nada ahora.

Carl: Vale. Pues habrá que seguir con el plan B.

Me tiré al suelo cuando oí explotar otro edificio. Nos encontrábamos a unos escasos cincuenta metros del piquete, y los payasos habían empezado a tirarnos rocas. La mayor de las serpientes descendió y lanzó un aliento de agua que desperdigó a cientos de payasos y lémures en todas direcciones. Me acurruqué junto a un muro cuando dispararon más proyectiles de mortero que volaron sobre nuestras cabezas. Un tiburón giró por los aires sobre mí, aullando mientras las llamas empezaban a consumirlo.

Carl: Zev, ¿has hablado con ellos?

Zev: Le he enviado un mensaje al productor, pero no quiere hablar conmigo. Está esperando a ver cómo se desarrolla la acción, creo. Mi jefe me obligó a desviar tu solicitud a través de la IA imparcial del Sindicato, quien ha asegurado que solo permitirán algo así en circunstancias muy particulares. Ni yo ni ellos podemos ayudarte de ninguna manera. Pero, te lo creas o no, esta es la primera vez que ha ocurrido algo así. De hecho…

Carl: Déjalo para luego, Zev. No te vayas muy lejos. Voy a necesitarte dentro de poco.

A pesar de mis reservas anteriores, los payasos y las criaturas circenses no estaban a la altura de los monstruos de los tatuajes. Los defensores no tardaron en huir en dirección a la gigantesca carpa triple. El ogro elemental lanzó un tajo con el sable y derrumbó el muro defensivo. Cientos de lémures, payasos y acróbatas quedaron muertos en el suelo. Pasó demasiado rápido. El mapa entero quedó cubierto de equis.

Aún quedaban muchísimos monstruos, pero se encontraban en el interior de la carpa principal. El ejército de papel ondeó en dirección al circo, atravesó las vallas de alambre de púas sin problema alguno y cruzó los pabellones enormes que rodeaban el lugar. Todas las carpas secundarias, incluyendo la de monstruosidades, no tardaron en caer. Me percaté de que los elementales se limitaban a empujarlas para tirarlas al suelo, como si tuviesen mucho cuidado de no rasgar la tela. La única que quedaba era la grande, y solo habían derrotado a unos pocos elementales de papel. El tatuaje de un pulpo regresó a la piel de Signet, así como unos pocos tiburones. Empezaron a agitarse por su cuerpo, malhumorados.

La música venía de un artilugio enorme y tamaño carruaje que había justo por fuera de la carpa grande. El vapor brotaba de aquel instrumento entre zumbidos y estertores. Los tubos largos de latón siseaban aquella tonadilla en cámara lenta. El ogro se acercó para destrozar la máquina, pero Signet levantó una mano.

—Esta música hace que me duela la cabeza —gruñó el monstruo, que seguía teniendo los cuchillos clavados.

—Lo sé —dijo Signet—. Nos pasa siempre.

Se acercó y giró un dial en la máquina, que rechinó una vez antes de que se detuviese la música y todo quedase sumido en el silencio. Signet acarició la madera chamuscada del artilugio con cariño.

Después señaló a la serpiente marina gigante de las alturas, que flotó por el cielo sobre la carpa iluminada. Los focos del circo seguían encendidos y no dejaban de moverse de un lado a otro, lo que intensificaba la naturaleza irreal de la imagen. El monstruo, que era casi tan grande como la carpa principal, se dobló sobre sí mismo para luego disparar un chorro de agua azul. Me estremecí al verlo, pero el agua desapareció antes siquiera de llegar a rozar la colorida carpa. Todo lo que me rodeaba quedó cubierto por una fina capa de agua nebulizada. Me empapé de pies a cabeza.

Signet bajó la mirada.

—Mierda —dijo—. Mierda. Mierda. Mierda. Esperaba que, gracias al poder de la sangre de Heather, pudiésemos eliminar la protección esta vez.

—¿Por qué no ha funcionado? —pregunté. Algo aulló en la noche desde la distancia.

—Aquí es donde suele terminar el enfrentamiento —explicó Signet al tiempo que señalaba la carpa—. El exterior está protegido mágicamente. Magia antigua. A mí me han desterrado, por lo que no puedo entrar. Mis criaturas tampoco. El exterior es impenetrable, pero no es el caso del interior. Si rompemos las lonas, el conjuro se cancelará y podremos acabar de una vez con todo. —Señaló las montañas de cadáveres apilados—. Algunos de esos payasos llevan encima entradas para la carpa de circo. Encuentra una, sácala y podrás cruzar. Las entradas son mágicas. Te permiten pasar a la carpa mientras no entres en una de las tres pistas. Tienes que entrar ahí y derrumbar las lonas. Hay tres postes. Rómpelos uno a uno.

Miré la tela con gesto dubitativo.

—Pero… los tres postes estarán en mitad de las pistas, ¿no?

—Así es —respondió ella.

—¿Y el tallo ese? —pregunté.

—También está en la pista. En la central.

La misión estaba diseñada para que la completase un grupo de tres mazmorreros, no un jugador en solitario. No podía hacerlo de ninguna manera. No entrando ahí y enfrentándome a las criaturas directamente.

Saqué una de las entradas que tenía en el inventario. Ya la había examinado, pero volví a mirarla.

> Entrada para la carpa grande del circo.
>
> ¡Es tu día de suerte! Esta entrada concede a un adulto la posibilidad de entrar en el espectáculo de la carpa principal del Circo Ambulante de Grimaldi.
>
> El portador puede pasar, pero solo a las zonas para los espectadores. Grimaldi se reserva el derecho a rescindir la entrada a borrachos y a aquellos con intenciones violentas.
>
> ¡Pasaréis un buen rato a cambio de vuestro dinero! ¡Garantizado!

Algo me decía que yo no iba a pasar un buen rato.

10

Sostuve la entrada con fuerza en las manos mientras me acercaba a la carpa principal. A tan poca distancia de ella, vi los estragos del tiempo en la tela y en el resto del circo. La moqueta roja que tenía bajo los pies estaba deshilachada y manchada de sangre. Los laterales de la tienda estaban muy manchados y llenos de agujeros. Unos pocos años más y Signet no iba a necesitar un ejército mágico para derrumbar el lugar.

—Tienes que darte prisa —dijo Signet—. Solo quedan treinta minutos antes de que desaparezca mi pelotón de batalla.

—Tienes que prometerme que si muero liberarás a Dónut.

—Así será —aseguró la mujer.

La entrada tenía la forma de la cara gigante de un payaso, y tuve que atravesar la boca. El tiempo había descolorido las pupilas del payaso, por lo que tenía los ojos del todo blancos.

«Odio los payasos —pensé—. Los odio con toda mi alma. Quienquiera que haya inventado estas cosas se merece que le rompan la cara».

Continué a través de un túnel corto y curvado. Volvió a resonar la música desde las profundidades de la carpa. La canción era más movida y alegre, más parecida a la típica música circense. El minimapa se había convertido en un mar de puntos rojos, y ya tenía uno muy cerca, al doblar la siguiente esquina.

«Joder. Joder. Joder», no dejaba de pensar mientras avanzaba muy poco a poco. Seguía con la entrada entre las manos, extendidas

frente a mí.

Doblé la esquina y me encontré cara a cara con uno de los payasos rechonchos. La criatura era más baja que yo, pero casi el triple de ancha. Llevaba un traje rosa y azul muy sucio, con un volante blanco pero también mugriento alrededor del cuello. El traje le caía sobre el cuerpo deforme y chabacano. A diferencia de los payasos zancudos, que tenían bocas parecidas a las de un tiburón, esta cosa tenía un rostro mucho más humano, pero con dientes afilados. El maquillaje rojo, blanco y azul parecía demasiado denso, como el glaseado de un pastel. El estómago del payaso emitió un rugido que hizo que se le agitase la barriga entera, como si la carne estuviese viva.

Los payasos zancudos llevaban cuchillos de carnicero, pero estos tipos blandían sus uñas largas y amarillas como si fuesen las garras de un tejón.

> Sudado el Payaso. Nivel 9.
>
> El circo era la ruta de escape perfecta para el joven rollizo que terminó por convertirse en Sudado el Payaso, quien tenía un rostro que ni su madre consiguió querer. Sudado, que es un experto de las acrobacias y cuenta con una ética laboral impecable, se convirtió en un añadido perfecto para la familia de Grimaldi.
>
> A los niños les encantan los payasos rechonchos. Son alegres. Son felices. Te hacen reír. Los clones resucitados de Sudado siguen contando con todos estos atributos, excepto quizá con lo de hacerte reír. Son felices y alegres, sí..., mientras te devoran.

El payaso me siseó, pero alcé la entrada frente a mí como un escudo. La criatura gorda y enorme se inclinó hacia delante y la olisqueó, como si le estuviesen enseñando una golosina a un perro. Volvió a sisear, y me llegó olor a carne cruda del interior de su boca. Luego se apartó y me permitió pasar.

Y así fue como entré a la carpa principal de Grimaldi.

Uno de mis primeros recuerdos de niño era haber ido al circo con mi madre en mi cuarto cumpleaños. Había dejado a mi padre por un tiempo para escapar a casa de mis abuelos, que estaba en medio de la nada en Texas, y me había arrastrado con ella.

Esa fue la época en la que me llevó al circo. No a uno de los grandes y ambulantes como el de los hermanos Ringling, sino a uno pequeño de pueblo. Cualquiera que haya vivido en el sudoeste de Estados Unidos sabe de qué estoy hablando. A pesar de mi corta edad, me había dado cuenta de que lo que veía era una versión barata de un circo de verdad.

Tenía payasos, acróbatas y otras atracciones extrañas, como tipos en motos dentro de una pelota enorme o mujeres que hacían malabares con motosierras. También tenían animales. Recuerdo camellos y caniches bailarines. También un payaso que iba por ahí con un monito en el hombro. No tenían elefantes ni jirafas, pero la atracción principal era un tigre viejo y malhumorado que se sentaba en mitad de la pista mientras una mujer en leotardos agitaba palos con fuego a su alrededor.

Tengo la mayoría de esos recuerdos gracias a unas fotos que había visto años más tarde. Las había encontrado dentro de una caja de zapatos más de una década después, oculta debajo de la cama de mis padres. Había sido después de otro de mis cumpleaños, el primero que había pasado solo en este mundo. La caja era de mi madre. Estaba llena de fotografías, entradas y un globo desinflado. Eran objetos de aquella época únicamente, de los momentos que habíamos pasado solos cuando se había escapado.

Pero había algo de mis recuerdos dispersos del circo que no iba a olvidar jamás. El olor.

No se parecía a nada que hubiese experimentado hasta entonces. Era el aroma de los cacahuetes y del algodón de azúcar, del maíz asado, del heno y del almizcle animal, de los juguetes de plástico barato… todo entremezclado. Pero era más que eso. Mi mente de cuatro años no se había dado cuenta en aquel momento, pero también flotaba por el ambiente el aroma de la felicidad, de la alegría, de ser un niño y de no tener miedo. A lo largo de los años, había olido cosas parecidas en lugares como las ferias locales o las de carnaval, o cuando visitaba un lugar con ganado. Pero este era un aroma diferente y extrañamente específico que se me había quedado grabado de forma indeleble cuando tenía cuatro años, un olor que recordaba a veces y que se me antojaba como el camino

que podría haber tomado mi vida en caso de que mi padre no nos hubiese encontrado para obligarnos a volver. Era el olor que había estado persiguiendo toda mi vida adulta.

Es algo que siempre me había resultado curioso. Asociamos olores con recuerdos y, cuando se activa ese recuerdo, nos transportamos a aquella época, independientemente de las circunstancias en las que nos encontremos. Eso era justo lo que me había pasado allí, al entrar en el circo más retorcido de la historia del universo. Estaba rodeado por un caos demente y desorganizado, por basura, por un «Pero… ¿qué coño?» detrás de otro, pero el olor había venido de repente para golpearme como un puñetero bate de béisbol y recordarme la celebración de mi cuarto cumpleaños, cuando estaba con mi madre y había visitado el circo, cuando me había reído, aplaudido y cuando el perrito caliente se me había caído sobre las gradas sucias, antes de cogerlo y comérmelo aunque supiese a tierra. Mi madre había llorado, yo había llorado y, hasta ese momento en el que el olor había entrado por mis fosas nasales por segunda vez en toda mi vida, siempre había pensado que las lágrimas se debían al perrito.

Y me enfadó. Me enfadó muchísimo. Tenía muy pocos recuerdos de mi madre. Poquísimos. Eran probablemente una de las pocas cosas que este lugar de los cojones no me podía arrebatar, pero era exactamente lo que acababa de ocurrir, algo tan violento e inesperado, tan definitivo que olvidé por completo el estúpido plan o la necesidad de mantenerme con vida.

Lo único que quería era destrozarlo todo.

Pero seguro que no os apetece que os dé la tabarra con todo esto, ¿verdad? No es importante. Y menos ahora que han pasado unas semanas desde la destrucción de la Tierra. Menos ahora que estaba allí, como un idiota, viendo cómo una payasa con un monociclo pedaleaba mientras se comía con avidez lo que parecía una pierna de goblin. Ahora que los coloridos y demoniacos acróbatas, que unos momentos antes habían estado disparando proyectiles de mortero mágicos a monstruos del tamaño de edificios, revoloteaban de un lado a otro por encima de mí. Ahora que los lémures hacían malabares. Ahora que los payasos cantaban.

Pensé en Dónut, desmayada y en peligro, protegida únicamente por Mongo. Respiré hondo e intenté calmarme.

«No podréis conmigo. No podréis conmigo».

Actuaban como si la batalla del exterior no hubiese tenido lugar. Seguía rodeado por las versiones retorcidas y transformadas de los trabajadores del circo, pero cada uno de ellos representaba frenéticamente una parodia de su función original, mientras se chocaban los unos contra los otros. Mientras los contemplaba, dos de los acróbatas tuvieron un encontronazo en mitad de un salto y cayeron al suelo con un crujido nada halagüeño. Nadie los ayudó.

Tenía frente a mí un cartel de madera desgastado: una figura con un bocadillo de tebeo sobre ella. Era un enano que llevaba el faldón rojo y negro y la chistera de un director de circo. El cartel rezaba: ¡SOY EL DIRECTOR GRIMALDI! ¡BIENVENIDOS A MI CIRCO! TODAS VUESTRAS PREOCUPACIONES Y MIEDOS QUEDARÁN FUERA AL ENTRAR EN ESTA CARPA. SOLO OS PEDIMOS QUE OS SENTÉIS, OS RELAJÉIS Y DISFRUTÉIS DE LA FUNCIÓN. NOS ENCARGAREMOS DE ALIVIAROS VUESTRA CARGA, AUNQUE SEA POR UN BREVE ESPACIO DE TIEMPO.

Volví a mirar a los trabajadores. ¿Qué cojones estaba pasando allí? ¿Se habían olvidado de todo? ¿Estaban afectados por un conjuro? Además, ninguno me miraba siquiera, aunque aparecían como puntos rojos en el minimapa. Era como si fuese invisible.

Negué con la cabeza. Este juego de los cojones. No había soltado la entrada y no me atrevía a hacerlo. Me habían dejado en paz, pero tenía miedo de que fuesen a por mí si me deshacía de ella.

Y luego lo vi. El tallo. Era tan enorme que mi mente no se había percatado de su presencia. Había pensado que formaba parte de la carpa o del espectáculo, como si fuese utilería para la función. A pesar de haber tenido una conversación muy larga con Mordecai sobre esa cosa, esperaba, pues…, un tallo. Un tío con muchas ramitas brotándole del cuerpo o algo así, en todas direcciones y puede que alrededor del poste central de la pista.

Pero aquello parecía más bien un arbusto o un matojo grande de cojones. Nada que ver con un tallo. Ocupaba la totalidad de la pista central y llegaba hasta el techo de la carpa, cubriendo por completo

el poste. Era de una tonalidad verde clara, de aspecto menos peligroso del que esperaba. Por el suelo se extendían una infinidad de raíces parecidas a serpientes. Al no haber podido internarse en las profundidades de la Ciudad Epigea, las raíces se extendían en todas direcciones y llegaban a todos los rincones de la carpa.

Abrí la boca sorprendido, momento en el que me dieron un logro, uno de los especiales que no podía minimizar. Cuando lo leí, sentí la sangre bullir en la cara.

> ¡Logro desbloqueado! ¡No puedes ir en contra de la burocracia de una ciudad!
> Pero puedes morir intentándolo si quieres.
> ¡Has descubierto un jefe de ciudad!
> Así es. ¡Permíteme que lo repita para los tontos que están al fondo!
> UN.
> PUTO.
> JEFE.
> DE CIUDAD.
> Vaya. Está claro que has decidido morir con clase.
> Para que lo sepas, en la temporada de *Planeta mazmorrero* actual, nadie se ha enfrentado a un jefe de ciudad y ha sobrevivido. Y por una buena razón. Solo un imbécil de campeonato se dispondría voluntariamente a enfrentarse a uno de los monstruos más poderosos de cada piso.
> Recompensa: Es probable que mucha gente vaya a ver cómo mueres. Es un premio mejor que el que muchos conseguimos en toda nuestra vida.

Aparecieron algunos logros adicionales, pero los oculté al momento. Un jefe de ciudad. Hostia puta. Al igual que con el oso, no parecía encontrarme encerrado en la carpa. Di un paso atrás y miré por encima del hombro. Sudado el Payaso estaba apostado en el mismo lugar, con los brazos cruzados y bloqueándome la salida. Pero podía salir. Podía salir fácilmente de aquel lugar ahora mismo.

«No. Puedes hacerlo. Tienes un plan».

Tragué saliva y examiné esa cosa gigante con forma de planta que había en el centro de la pista.

> Director de circo Grimaldi. Tallo pestilente.
> Es un élite.
> ¡Jefe de ciudad de nivel 85!

Antes del cataclismo, si le preguntabas a cualquier niño de la Ciudad Epigea qué era lo que más le gustaba hacer, muchos de ellos respondían con alegría que ir al Circo Ambulante de Grimaldi. Los niños soñaban con salir a la calle y ver los carros del circo repiqueteando por la madera, con ver las carpas alzándose en el parque local. Una velada nocturna en el circo era como un día de vacaciones. Un momento muy divertido para ellos.

Para Redstone Grimaldi no había nada más importante que su familia. Los quería con todo su corazón. Cuando llegó el cataclismo y la nube tóxica flotó sobre el circo, se encontraba en el centro de la pista. Sigue ahí hasta el día de hoy.

Grimaldi, que ha pasado de ser un enano normal y corriente a convertirse en un tallo pestilente gigantesco, usa sus poderes para mantener a salvo a su familia. Da igual las veces que mueran o cuántos mazmorreros devoren los payasos, siempre los trae de vuelta con sus recuerdos intactos. Bueno, casi intactos. Es muy posible que muy en el fondo Grimaldi sepa que lo que está haciendo no es lo más ético del mundo, pero la familia es lo que tiene. Hay que protegerla a toda costa.

Además, ya sabéis lo que se dice.

El espectáculo debe continuar.

Nada cambió al terminar la descripción. Nadie se movió para atacar. El tallo se quedó inerte. Vi la mayor de las raíces, que serpenteaba por las gradas vacías. Me dirigí hacia ella, pasando junto a payasos, lémures y demás criaturas extrañas. Dejé atrás al ogro forzudo con un apéndice que le sobresalía del cuello. Me asusté al ver que el semblante del ogro de una cabeza se parecía mucho al de la cabeza central del monstruo del tatuaje de tres cabezas. Tenía la misma cicatriz aserrada en un lado de la cara.

Esa criatura también era un élite. Se llamaba Apollon el Fuerte y se encontraba detrás de un puesto con un cartel desgastado que rezaba HELADOS. ¡UN PLACER FRESCO DE OTRO MUNDO! ¡NO HACE FALTA MASTICARLO! ¡ENTRA COMO UN BUEN SUEÑO INVERNAL!

—¿Un cono? —preguntó el ogro mientras me acercaba. Sostenía en las manos lo que parecía ser un cono de helado petrificado. Lo hundió en un cubo que colgaba del puesto y, cuando lo sacó, estaba lleno de gusanos blancos como el hueso que no dejaban de agitarse, parecidos a los que infestaban el cuerpo de Heather la Osa.

—No, gracias —dije, al tiempo que tragaba saliva con fuerza para no vomitar.

La criatura me miró al pasar con un gesto de confusión en el rostro. En el mapa, el punto era rojo y con una equis. El extraño apéndice que le sobresalía del cuello, una rama de enredadera muy gruesa, se retorció con movimientos extraños. Seguí mi camino hacia las gradas con decisión.

CARL: Es un élite y un jefe de ciudad. ¡No me dijiste que podían ser ambas cosas! Joder. Un jefe de ciudad. ¿Crees que tengo posibilidades?

MORDECAI: Vaya. Pero yo tenía razón, ¿no? ¿Es un tallo pestilente?

CARL: Sí. Es grande de cojones. ¡Y tan alto como la carpa!

MORDECAI: Deberías tener posibilidades, sí. El núcleo será del mismo tamaño... Creo.

CARL: ¿Crees? ¡Cagondiós, Mordecai!

—Hay diferentes tipos de monstruos tallo de control mental colectivo, pero la combinación de esporas y gusanos parasitarios significa que tiene que tratarse de algo llamado tallo pestilente —había dicho Mordecai anoche, tras el episodio resumen y antes de irnos a dormir. Signet había mencionado «el tallo» unas cuantas veces, por lo que le había preguntado a Mordecai si sabía lo que era —. Es un ejemplo muy claro de un guion nada trabajado. Pasa lo mismo que en las series de televisión de la Tierra. En las policiacas, el matrimonio del policía siempre va mal. También hay una trama con un asesino en serie. También hay un teniente cabrón. Pues esto de los tallos del tercer piso también es… ¿Cómo se dice? Un tópico. Eso. Pues los tallos pestilentes son tópicos en este tipo de narrativa. Es por la historia del volcán. La chica descubre que su abuela se ha convertido en una de esas cosas.

Llegados a ese punto, ya habíamos decidido pasar de largo, ya que Dónut y yo seríamos unos imbéciles si terminábamos participando en la misión del circo. Pero Mordecai había insistido en seguir con la clase magistral sobre monstruos planta de mente colmena, que eran muy comunes tanto en la mazmorra como en el universo.

—Todas las temporadas —había continuado—, los mazmorreros mueren debido a cientos de esas cosas, sobre todo en el sexto piso.

Pero las plantas son fáciles de matar. Muy fáciles mientras sepas qué hacer. El problema es que lo que hay que hacer cambia en cada caso. Mira ese tallo pestilente, por ejemplo. Es una planta que infecta a otras criaturas. Se llama tallo y se parece a una planta, vale, pero en realidad es un híbrido de hongo mezclado con un tipo de planta que no tenéis en la Tierra. Tampoco quiero pasarme horas hablando del tema, pero que sepas que excreta esas esporas de moho que infectan a unos gusanos parasitarios que, a su vez, infectan a las criaturas. Lo que ocurre después depende de muchos factores, según la criatura y del tipo de gusanos. Es fascinante porque hay miles de millones de combinaciones diferentes. Y esos tallos también son reales. No se han creado expresamente para la mazmorra. Bueno, como iba diciendo, una vez los gusanos infectan a las criaturas, se crea esta relación trisimbiótica…, o triparasitaria, depende de cómo quieras verlo.

—Pero ¿cómo se mata a una de esas cosas? —había preguntado yo. Me había empezado a doler la cabeza por culpa de la conversación. Dónut ya había perdido el interés y empezado a correr por el restaurante de un lado a otro con Mongo.

—En el caso del tallo pestilente, tengo buenas y malas noticias. Las buenas son que es una de las más fáciles de matar. Las malas es que no se trata de algo instantáneo. Al tallo le encanta la humedad y la sangre. Si dejas caer unas gotas de sangre en uno de sus apéndices, la consumirá al momento. Pero —Mordecai se inclinó hacia delante, con ojos relucientes como si fuese el tema más interesante del mundo— si esa sangre pertenece a algo que ha sido envenenado, anula el enlace simbiótico. Tarda unos quince o veinte minutos en funcionar, por desgracia. Pero el tallo pasa de estar bien a convertirse en compost de un momento a otro. No siente nada ni sabe que ha sido envenenado. Y muere.

—¿Y se lleva consigo al resto de las criaturas?

—Depende. Algunas se vuelven locas al instante. Otras caen fulminantemente muertas. Otras no se dan cuenta del cambio.

—Entonces ¿hay que envenenarse, dejar caer unas gotas de sangre sobre esa cosa y se acabó?

—Así es. No se dará cuenta, pero hay que tener cuidado, ya que si sospecha algo podría salvarse.

—¿Cómo? ¿Hay cura?

—Sí. Si luego te tomas un antídoto y dejas caer sobre la planta la misma cantidad de sangre, también se curará. No basta con dejar caer el antídoto sobre ella. Tiene que ser mezclado con la misma sangre. Así que ten cuidado. Si se entera de que te has envenenado, intentará enviar a sus monstruos para acabar contigo.

Si la información de Mordecai era correcta y seguía siendo válida, podía matar a Grimaldi ahora mismo en las gradas. Aun así, estaba nervioso. Mordecai me había advertido varias veces de que las reglas no se aplicaban de igual manera para los élites.

Me senté en las gradas frías y ruinosas que había junto al tallo. Intenté pasar desapercibido, pero tenía que actuar rápido. Si los productores habían estado viendo nuestra conversación de anoche, era muy posible que ya hubiesen deducido lo que estaba a punto de hacer. Todas las criaturas de la pista siguieron ignorando mi presencia. Respiré hondo. «Muy bien. Allá vamos». Me quité la capa de nictofúnebre y me la coloqué sobre los muslos, como haría cualquiera que se sentase a ver un espectáculo. Mi Constitución se redujo en 4 puntos al hacerlo y también perdí la resistencia a los venenos.

Envenenarme era muy fácil. Tenía muchas pociones. Saqué una de salud y la sostuve en la mano. Bebí otra haciendo clic en la lista de acceso rápido y luego me bebí manualmente la que sostenía antes de que el contador de recarga de pociones llegase a cero. Lo había hecho en una ocasión cuando habían herido a Dónut en el enfrentamiento con el Ciclado.

¡Estás envenenado!

Uf. Me sentí como si un puñetero caballo me hubiese dado una coz en el vientre. Me costó muchísimo no gritar e inclinarme hacia delante. Era algo que no había sentido la última vez. Mi salud empezó a bajar muy rápido. Llevaba uno de los cuchillos arrojadizos de los lémures en el cinturón, por lo que pasé la palma de la mano

por el filo y me hice un corte muy profundo y largo. Después cerré la mano con fuerza y dejé que la sangre se derramase sobre el tallo.

Luego lancé el conjuro Sanar, aunque no me libró del envenenamiento. Esperé unos segundos más para que se recargase el uso de pociones y me tomé uno de los pocos antídotos que llevaba encima. Me los habían dado al principio, en una caja de aventurero de plata.

Me quedé sentado para recuperar el aliento. Me volví a poner la capa sobre los hombros y eché un vistazo alrededor para ver si algo había cambiado. Nada. Bajé la mirada y vi que la sangre casi había desaparecido. Solo quedaban unas pocas gotas que habían caído a los lados de la raíz gruesa.

No tenía ni idea de si lo que acababa de hacer había funcionado o no.

11



Esperé unos instantes para ver si había algún tipo de señal que indicase que el jefe de ciudad estaba envenenado. Pero nada. Había llegado la hora de la siguiente parte del plan.

CARL: Zev, lo he conseguido. Pero el plan ha cambiado. Quiero que les envíes un mensaje ahora mismo y les repitas exactamente lo que te voy a decir.

ZEV: Dioses, Carl. La red está como loca. Hay muy pocas personas que entiendan lo que acabas de hacer, pero los rumores han empezado a difundirse. Tu audiencia está subiendo como la espuma. Es increíble ver estas dos tramas desarrollándose al mismo tiempo.

CARL: Zev, ¿me quieres hacer caso? Esto es importante.

ZEV: Sí, sí. Lo siento. Dime.

CARL: Mensaje para los productores del programa *La venganza de la hija*. Acabo de envenenar a Grimaldi. Es un élite, pero sospecho que lo dejaréis morir. Sé que todo esto forma parte de vuestro plan y que esta es la historia de Signet y no la suya. Solo hace falta leer el título del programa. También sé que esto no es más que el primer acto, la presentación de la historia y el origen del personaje. El objetivo es hacerla bajar al Coto de Caza y acabar con los altos elfos. Y puede que también con las náyades.

También sospecho que, desde el momento que muera el señor Grimaldi aquí presente, se desatará un infierno. Y, cuando eso ocurra, tengo todas las papeletas para morir. También forma parte de vuestro plan, ¿verdad? Estoy viendo los tres postes de la carpa y me imagino lo que tendréis preparado. Al poste central no creo que le pase nada, pero el tercero parece estar hecho con la madera de un polo. Un pequeño roce y quedará reducido a astillas. De hecho, es probable que se rompa solo cuando muera Grimaldi.

Ahora, no necesitáis que se rompan los tres postes, ¿verdad? Uno será suficiente para llevar a cabo el plan que habéis pensado vosotros y los guionistas. Y supongo que dicho plan será que haya una rasgadura en la tela de la carpa por la que se pueda meter Signet, ¿no es así? Después de mi muerte, quiero decir, que sé que es lo único que queréis de mí. Daréis a vuestros espectadores un espectáculo para recordar. Si yo sobrevivo, pues será algo fantástico. Si muero, pues lo mismo pero más trágico. Pase lo que pase, las visualizaciones de vuestro programa se dispararán.

Pero tengo una oferta que haceros. Si queréis que la audiencia siga subiendo, os sugiero que me escuchéis con atención.

Os propongo una cosa. Sé que no podéis ayudarme de ninguna manera, que va contra las normas, y lo último que quiero es despertar la ira de la IA del sistema. Pero me gustaría formar parte de vuestro programa. Como actor de cabecera. Si Dónut y yo sobrevivimos a lo que quiera que termine pasando esta noche y llegamos al sexto piso, firmaré un contrato exclusivo con vosotros para completar allí solo misiones élite que estén relacionadas con *La venganza de la hija*.

Mirad las visualizaciones que tenéis ahora mismo. Me han dicho que los programas nuevos como el vuestro rara vez tienen tanto éxito. La mayoría fracasa al principio. Es muy probable que os hayáis esforzado mucho para colocar este circo aquí con la esperanza de que Dónut y yo nos topásemos con él. Ahora, imaginad cuál sería vuestra audiencia si siguiésemos participando en esta trama.

Tenéis treinta segundos después de que termine este mensaje para aceptar mi proposición. Si no lo hacéis, volveré a cortarme la mano y derramaré sobre Grimaldi mi sangre limpia. Y ya sabéis lo que eso significa. Y, después de quitarle el veneno al tallo, voy a quedarme aquí sentado el resto de la noche y disfrutar del espectáculo. Sin hacer nada, aunque puede que empiece a contar en voz alta mis teorías sobre por dónde va vuestra trama. Signet no entrará. Vuestra estrella invitada resultará ser un fiasco. Y, después de todo lo que habéis montado para esto, los espectadores quedarán muy decepcionados. Será como aquel programa especial de televisión de Geraldo River, el de la cámara secreta de Al Capone. Bueno, es posible que no sepáis a qué me refiero. Traducción: nadie verá este programa de mierda nunca más.

Pero si accedéis, tengo un plan. Un plan buenísimo del que la gente no dejará de hablar. Ahora, para ponerme con él antes quiero que aceptéis el trato.

Zev: Esto no es lo que habíamos hablado.

Carl: Envíalo ahora mismo. Rápido. Antes de que se muera.

Zev: Ya lo han oído. Mi jefe los ha conectado a la conversación. Estamos esperando a que respondan.

Nada había cambiado en la pista. En la parte baja de las gradas, Apollon el forzudo vendedor de helados alzó la vista hacia mí. Nuestras miradas se encontraron.

Zev: Muy bien. Ya han dejado de oírnos. Dicen que trato hecho. Cito: «Veamos qué es lo que tienes para nosotros, mazmorrero estúpido. Si consigues sacarnos de esta, estaremos encantados de trabajar contigo de ahora en adelante».

Carl: Eres nuestra agente, Zev. Quiero que esto se haga oficial. Por escrito. O como quiera que lo hagáis vosotros.

Zev: No te preocupes por eso. Es oficial y tengo un poder que me permite firmar por vosotros.

Carl: Eso no me gusta nada, pero vale. Que sepas que ahora se van a enfadar mucho. Si te preguntan, diles que sé perfectamente lo que estoy haciendo.

Zev: Pero ¿lo sabes?

Carl: No tengo ni puta idea. Improvisaré sobre la marcha y a ver qué pasa.

En ese momento, volví a cortarme la mano y dejé caer sangre sobre la raíz para curar al monstruoso jefe. Nada cambió. No tenía ni idea de si había funcionado o no, pero tampoco es que lo fuese a descubrir pronto. Me puse en pie y bajé por las gradas en dirección al forzudo.

Mientras descendía por las escaleras, abrí el inventario y busqué el grimorio de Armadura de volutas. Lo había estado guardando porque al parecer era muy valioso y quería venderlo. Dónut me había pedido que se lo diese por lo menos una vez al día, y yo había estado a punto de ceder en más de una ocasión. Era un conjuro de protección mágica que le hubiese resultado muy útil. Pero, al mismo tiempo, se suponía que yo era el tanque del grupo. También necesitaba protección. Quería esperar a ver qué conjuros estaban disponibles en la tienda de magia antes de decidir qué hacer con el grimorio.

Pero ahora eso era un lujo que ya no podía permitirme. Volví a leer la descripción del grimorio.

Armadura de volutas.
Coste: 5 puntos de maná.
Objetivo: Solo a uno mismo.

Duración: 5 minutos + 1 minuto por nivel de conjuro. Necesita 5 minutos para recargarse.

Rodea tu cuerpo con zarcillos de luz. No sirve de nada contra ataques físicos, pero anula el 75 % del daño de los ataques mágicos. Proporciona inmunidad temporal a los efectos del control mental. A medida que sube de nivel, mejorarán la efectividad y la duración. También hace que te rodeen unas volutas y te da un aspecto etéreo, a lo druida. Es un gran conjuro si quieres llamar la atención o quieres follarte a alguien vegano.

Activé el grimorio y luego añadí el conjuro a la lista de acceso rápido. Debido al conjuro de sanación que había lanzado antes, tuve que tomarme una poción de regeneración de maná para que mis puntos volviesen a subir a 5. Mi maná se regeneraba más rápido que antes, pero seguía siendo insultantemente lento.

Me acerqué a Apollon.

—Hola, colega —saludé—. ¿Te queda alguno de esos conos de helado?

—Sí —respondió el ogro. La criatura grande y musculosa se movía despacio, con prudencia. Me pregunté cómo de fuerte sería en realidad. Esperaba no llegar a descubrirlo. Sacó un amasijo de gusanos con un cono y me lo tendió—. Invita Grimaldi.

Miré los gusanos, que no dejaban de retorcerse en el cono de roca, y me lancé el conjuro Armadura de volutas. Apareció un contador de seis minutos, y unas luces chisporroteantes me cubrieron y empezaron a girar a mi alrededor como si de un enjambre de cometas se tratara. Abrí la boca.

Tal y como decía el cartel, no me hizo falta masticar. Los gusanos se me deslizaron por los labios y me entraron en la boca para luego caer por mi garganta.

Miré a los ojos al ogro, quien no había dejado de contemplarme. Hasta él parecía sorprendido por lo que yo acababa de hacer.

¡Te ha infestado un parásito!

—Delicioso —conseguí articular mientras intentaba no vomitar.

«No te preocupes. Ahora eres uno de los nuestros.

»Sí, cielito. No te daremos de comer a los payasos. No alimentamos a los payasos con la familia.

»Uno de los nuestros, Carl. Uno de los nuestros. Glu, glu. Glu, glu.

»Vemos tus recuerdos.

»Somos tú. Eres nosotros».

Las palabras resonaron en mi mente mientras me tambaleaba en dirección a la salida. Los sentí en las entrañas, retorciéndose, expandiéndose, creciendo. Sudado el Payaso se apartó para dejarme pasar.

«No, Carl. Tenemos muchos planes para ti, y ahí fuera no estarás seguro. Papá Grimaldi no puede regenerarte como a los demás. Ella nos matará. Te matará. Eres especial. No. ¿Por qué no te paras?».

Algo cambió en mi interior. Los gusanos se envararon y se quedaron más rígidos.

«Carl».

Era otra voz. No era esa mezcla de voces de los parásitos, sino una diferente. Grimaldi.

«Carl. No».

—¿Me oyes? —dije en un grito ahogado. Al hablar, sentí cómo la plaga seguía entrándome por la garganta, como si siguiese tragando una cuerda que no hubiese llegado al extremo. Me dieron arcadas. Noté cómo los gusanos crecían y crecían dentro de mi boca.

«Carl, te oigo. Nuestras mentes son una. Sé lo que estás haciendo. Vuelve. Vuelve, por favor».

Me percaté del tirón mental que intentó obligarme a parar, pero gracias a la Armadura de volutas y su capacidad para anular los efectos del control mental, aún tenía la autonomía suficiente sobre mi cuerpo. Aunque solo iba a durar cinco minutos.

A pesar de la protección del conjuro, sentí algo raro en la mente, como si se hubiese desconectado del resto del cuerpo, como si estuviese en una habitación con una luz cada vez más tenue.

«Esto es lo que sientes al volverte loco —pensé—. Al perder el control».

«No —respondió Grimaldi—. No, hijo. Esto no tiene nada que ver con eso».

Corrí hacia la oscuridad de la noche. Signet estaba en pie en la salida. Se había puesto a limpiar una mancha en el enorme órgano de vapor. Todos los tatuajes le habían regresado al cuerpo. ¿Tanto tiempo había pasado yo ahí dentro?

—¡Carl! —exclamó sorprendida—. Creía que… —Me miró de arriba abajo y entornó los ojos. Los focos relucientes no habían dejado de moverse sobre mí. Alzó las manos, que empezaron a brillarle de una tonalidad amarillenta.

—Un momento —dije.

—¿Esto es lo que me envías, Redstone? —dijo Signet, alzando la voz. Lo dijo con una extraña mezcla de rabia—. Ni siquiera es de la familia.

—Un momento —repetí—. No soy Grimaldi. Pero puede oírte. Me ha infectado, pero este conjuro evita que me controle por completo.

Signet bajó las manos.

—No has tirado los postes —dijo ella al fin.

—No —respondí—. Eso no iba a funcionar.

—Voy a tener que matarte, Carl. No podría mantener la infección a raya durante mucho tiempo.

—Escucha. Tengo unos pocos minutos. ¿Cuándo fue la última vez que hablasteis? Porque me ha quedado muy claro que te encanta este puñetero circo. Por eso lo atacas todas las noches. Intentas liberarlos de lo que quiera que sea esto. Y tú, Grimaldi, sé que tienes la cabeza hecha un lío. Si estás pasando por lo mismo que yo ahora, me compadezco por todo lo que habrás tenido que sufrir desde que te ocurrió esto. Por alguna razón, Signet fue la única de tu familia que escapó. Y sé que fue cosa tuya. La protegiste, ¿verdad? Porque la quieres. Y ahora, cientos de años después, no sois más que unos imbéciles que intentáis mataros a pesar de que queréis lo mismo. Queréis proteger a vuestra familia.

Los gusanos de mi garganta brotaron entre mis labios. Fue una sensación parecida a un vómito.

—Ella le hace daño a la familia. Le ha dado la espalda —grazné.

«Me cago en la mierda». La infección me había obligado físicamente a pronunciar esas palabras. Sentí cómo la sangre empezaba a derramárseme por la comisura de los labios. La

sensación de la garganta era parecida a haber tragado hojillas de afeitar.

—No vuelvas a hacer eso —conseguí pronunciar—. Joder. Limítate a pensar y yo lo diré en voz alta.

—Mis hermanos y hermanas están sufriendo —dijo Signet—. Los payasos se han transformado en esas cosas. Matan a los que solían entretener. Y tú lo permites, Redstone. Eres amable. Los proteges porque son familia. Pero ellos no quieren hacer esto. Preferirían que todo acabase, y lo sabes.

—Por favor —dije—. Por favor, Grimaldi. Escúchala. Mira, si de verdad tienes acceso a mis recuerdos, sabrás la razón por la que estoy aquí. Me metí en esa puñetera carpa del circo porque intentaba proteger a mi familia. Cuando maté a esa osa y la liberé de esto, lo vi en su mirada. Estaba agradecida. Y lo sabes. Cada vez que uno de esos payasos se come a alguien, su alma se pudre un poco más. Este mundo no es más que muerte y desesperanza, y estoy empezando a hundirme, tío. Signet dice que antes eras amable. Pues tanto yo como todos los que estamos aquí necesitamos un poco de esa amabilidad ahora mismo. Algo me dice que esta Ciudad Epigea ya era un lugar bastante desolador antes del cataclismo. Y tú te convertiste en la alegría que la gente necesitaba. Pero ahora los estás matando. Y lo peor de todo es que también estás matando a aquellos que más intentabas proteger. Signet no debería estar aquí. Tiene cosas importantes que hacer en el Coto de Caza y la estás reteniendo. Eres su familia, y no te va a abandonar hasta que solucione las cosas aquí. Está en tu mano.

Pasaron unos instantes. Quedaba menos de un minuto para que se terminase el efecto del conjuro. Preparé la poción de sanación doble, la que Mordecai había mezclado anoche. Me había asegurado que me curaría de una plaga parasitaria.

«Vamos, cabrones», pensé. Tenía muy claro que los productores de este drama ridículo sabrían identificar el anzuelo que acababa de tirarles. Con suerte, tendrían control suficiente de Grimaldi como para obligarlo a morderlo.

«No, no, no», pensé al sentir que los gusanos volvían a brotar entre mis labios.

—He anulado tu destierro, amor mío —gruñí.

Pulsé con rabia el icono de la poción en la barra de acceso rápido y luego caí de rodillas. Empecé a vomitar en el suelo una marea interminable de gusanos muertos o moribundos.

Signet empezó a caminar hacia la entrada.

—Espera —grité sin dejar de toser—. Espera. Tienes que liberar a Dónut.

—Tu amiga se despertará cuando amanezca. No te preocupes. —Hizo una pausa—. Gracias, Carl. No sé si nuestros caminos volverán a cruzarse.

Se dio la vuelta y entró en la carpa.

Cuando se abrió la tela y franqueó la boca del payaso gigante, lo olí por última vez. Era el aroma del circo, un atisbo de aquella fragancia. Duró muy poco y supe que jamás volvería a sentirlo. Hoy había perdido algo de mi ser, pero sabía que también habría recuperado otra cosa si la trama del circo terminaba con un final medianamente bueno.

De repente, recordé otra cosa de aquel día en el circo con mi madre. Uno de los objetos que me había llevado a casa del espectáculo eran un par de pequeños retoños de árboles con las raíces dentro de sendas redes. Era algo que se hacía siempre en el circo. Repartían árboles para los niños. Mi madre y yo los habíamos plantado en el patio trasero de mi abuelo. Años después, mucho después de que mis abuelos hubiesen muerto, había buscado la casa en internet y encontrado imágenes por satélite del patio. Los árboles seguían allí. Se habían vuelto enormes.

«Lo único que hace falta es una semillita —había comentado mi madre aquel día mientras plantábamos los árboles—. Unas pequeñas semillas por aquí y por allí para hacer crecer un bosque».

La historia de Signet acababa de empezar, pero sabía que mi papel en este capítulo en particular de *La venganza de la hija* había llegado a su fin. Fuera lo que fuera lo que estuviese pasando ahí dentro, era algo que ya no me concernía.

Me sentí algo decepcionado por haber perdido la oportunidad de acabar yo solo con un jefe de ciudad, pero también estaba seguro

de que no hubiese sobrevivido a algo así. Además, lo que había hecho era muchísimo más productivo.

Había plantado las semillas. Las raíces ya habían empezado a afianzarse en la tierra.

«No podréis conmigo. Que os den a todos».

Misión completada. El espectáculo debe continuar.

Me dieron media docena de logros que fueron a parar directamente a mi bandeja de entrada. Pasé de nivel 15 a nivel 18. Volví a sentir náuseas y seguí vomitando marañas de gusanos muertos en el suelo.

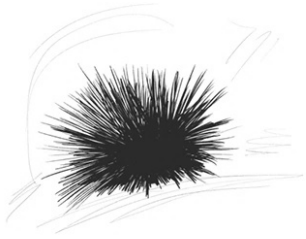
Llevaba un rato dándole vueltas a algo que me había dicho Zev y, ahora que mi mente empezaba a despejarse al fin, me hizo dar un brinco y envararme.

«Es increíble ver estas dos tramas desarrollándose al mismo tiempo».

¿Dos? ¿Cuál era la otra?

Mordecai: Carl, la salud de Dónut acaba de bajar del 20 %. Vamos. Tienes que ir ya.

12



Empecé a correr por la ciudad abandonada.

Me encontraba a poco más de dos kilómetros del viejo edificio donde vivía Signet. El mapa del barrio que me permitía ver a todas las criaturas de la zona terminaba justo una calle antes de llegar a él. Evité a todos los monstruos desperdigados por el lugar. No había muchos, pero algunos parecían grandes y rápidos.

> Mordecai: La habilidad Cucaracha de Dónut se acaba de activar. Le ha bajado la salud a cero, pero sigue con vida. Ahora tiene un 5 %.

Corrí por la calle, girando y dirigiéndome directo hacia la entrada del edificio. Había muchos puntos en aquella parte del mapa. Como Dónut estaba inconsciente, no vi el suyo, pero me sentí aliviado al comprobar que el naranja de Mongo seguía en el centro de la estancia. Estaba rodeado por unos diez puntos rojos y una cantidad impensable de equis.

Mientras me acercaba aparecieron dos monstruos más que venían de una esquina lejana, rodando en dirección al edificio abierto. Eran achaparrados, negros, cubiertos de pinchos y me llegaban hasta la rodilla. Se movían como plantas rodadoras. Se oyó un rugido muy intenso en el interior del edificio, grave y estruendoso. Poco después, dos de esos monstruos redondos salieron volando por la puerta de la estructura y rebotaron por la calle. Cerré el puño y me

interné en la caótica oscuridad del interior. No veía un carajo. Saqué una antorcha con la mano izquierda, la encendí y la tiré al interior.

—¡Mongo, estoy aquí!

Mi cerebro tardó varios segundos en procesar la escena que veían mis ojos.

Mongo había vuelto a doblar su tamaño. Era él quien había rugido. Pero el problema era que su salud estaba muy baja y roja. Mantenía el tipo frente a la montaña de basura que yo había levantado para proteger a Dónut, graznando con rabia. La mitad de las defensas habían desaparecido, desperdigadas por la estancia, y la silla sobre la que se encontraba la gata había quedado expuesta en la habitación llena de monstruos. Mongo se alzaba desafiante frente al agujero, como un portero que protegiese la meta.

Tanto Dónut como Mongo se habían convertido en alfileteros. Ambos estaban cubiertos por unas púas grandes y negras. Mientras los miraba consternado, uno de los enemigos negros y rodantes se abalanzó hacia Mongo, quien saltó dolorido por los aires y lo atacó con las patas traseras. La criatura salió despedida hacia atrás dejando tras de sí un rastro de sangre. Mongo cayó al suelo, pero se tambaleó y se precipitó de lado, entre gritos. Tenía más de esas púas en las patas. Eran negras, lisas y medirían unos cuarenta centímetros de largo. Algunas habían atravesado por completo las patas de la mascota y brotaban por la parte superior.

Examiné las propiedades de los enemigos mientras corría hacia Dónut:

> Erizo callejero. Nivel 8.
>
> Estas cositas pequeñitas solo salen por la noche. Hace mucho mucho tiempo, algunos de los ciudadanos más ricos de la Ciudad Epigea las cuidaban como mascotas. A los más privilegiados les gustaba bromear y decir que tenían un sirviente y empleado de limpieza encadenado en sus casas al que solo dejaban salir por las noches para alimentarse. Las pequeñas criaturas sin consciencia eran capaces de limpiar una casa entera en cuestión de minutos. Cuando tuvo lugar el cataclismo, los erizos callejeros se transformaron en lo que ves hoy en día. Más grandes, más mortíferos y con muchas más púas. Y después de limpiar los restos de los cadáveres de sus antiguos propietarios, se dirigieron hacia las ruinas y

empezaron a hacer las veces de criaturas limpiadoras de la Ciudad Epigea.

Estas cosas, que son las Roomba de las ruinas, solo tienen un propósito: eliminar los cadáveres y cualquier otra basura que hayan dejado atrás los desconsiderados mazmorreros. No te harán nada si tú no les haces nada a ellos. Pero será mejor que no te interpongas en su camino.

Pueden ser muy obstinados en lo que a tirar la basura se refiere.

Joder. Esos pequeños cabrones estaban aquí por mi culpa. No estaban atacando a Mongo y a Dónut porque fuesen criaturas agresivas, sino por las defensas que yo había colocado alrededor de la gata. Estaban intentando recoger los pedazos de madera y metal que había apilado. Y como Mongo les había plantado cara, ellos habían atacado en respuesta. Y la pobre Dónut había quedado ensartada en púas debido a ello.

Leí el pergamino de Sanar, uno de los que me habían salido en la caja de superviviente, centrándome en Dónut. La gata empezó a brillar. Las púas salieron de su cuerpo y cayeron al suelo como si fuesen agujas de pino. Después intenté usar otro pergamino en Mongo, pero no funcionó. Mierda. Tampoco me dejaba usar una poción con la mascota.

—Aguanta, colega —dije. Empecé a guardar los pedazos de madera y de metal en el inventario. Y cuando se acercó uno de los erizos callejeros le tiré encima uno de los restos. Empezó a hacer ruidos y dejó de acercarse a nosotros. Se lanzó sobre lo que le acababa de tirar y se puso a devorarlo. Seguí recogiendo mientras aparecían más y más monstruos que daban buena cuenta de los cadáveres de sus compañeros.

Después de guardar en el inventario el último pedazo de la defensa improvisada, empecé a recoger las púas que había en el suelo para guardarlas también entre mis pertenencias. Después, los monstruos pequeños y redondos perdieron por completo el interés y se dirigieron hacia la calle.

Dónut seguía dormida en la silla, pero ahora había recuperado la barra de salud. Mongo estaba tumbado en el suelo y gimoteaba.

Tenía la barra muy baja y una gran cantidad de púas le sobresalían del cuerpo por todas partes. No me atreví a sacarle ninguna.

Carl: Rápido, ¿cómo puedo curar a Mongo? El pergamino y la poción no funcionan.

Mordecai: Saca una poción de sanación. Deberías tener canela en rama en el inventario. Y también algo de cardo. Mete una rama de canela entera en la poción. Espera cinco segundos y añade el cardo. Después, vuelve a ponerle el corcho y agítala. Luego, haz que Mongo se la trague e intenta que no te muerda.

Hice justo lo que me había dicho. La canela y el cardo formaban parte de las cosas que había robado de las cocinas del Mimitos en la barriga del carlino.

Se ha añadido una nueva receta a tu menú de creación.

Me saltaron un par de logros. Luego, otro más cuando abrí la boca llena de dientes afilados del dinosaurio y vertí la poción ahora marrón en la boca de la mascota. Las agujas cayeron al suelo. Mongo gruñó y negó con la cabeza. Se incorporó y le dio un empujoncito a Dónut, para luego ponerse a chillar tan alto que empezaron a dolerme los oídos. Después se puso brincar de un lado a otro a mi alrededor, agitando los bracitos y dándome cabezazos de alegría, como si se acabase de dar cuenta de que yo había vuelto.

—Lo has conseguido, Mongo —dije mientras le daba unas palmaditas que hicieron que se pusiese a ronronear—. Has salvado a Dónut.

Mongo había subido de nivel 6 a nivel 10. Antes era del tamaño de un pavo, pero ahora me llegaba por la cintura. Unas plumas coloridas cubrían el cuerpo de la criatura. Era muy probable que Dónut ya pudiese usarlo de montura.

Aún no podíamos mover a la gata del lugar en el que se encontraba, por lo que me senté, me apoyé en la silla y me puse cómodo. Quedaban algunas horas para el amanecer, que era cuando había dicho Signet que despertaría Dónut. Esperaba que me hubiese dicho la verdad. A pesar de ser ya demasiado grande y sobresalir por ambos lados, Mongo se hizo un ovillo en mi regazo.

Empecé a pensar en mi madre, en mi padre y en Bea. En los pocos amigos que tenía, como Billy Maloney y Sam. En mis compañeros de trabajo en el varadero. Todos habían desaparecido de mi vida. Lo único que me quedaba en este mundo era lo que estaba ahora a mi lado.

Mongo no tardó en ponerse a roncar. Sentí la calidez de Dónut en la nuca. Respiraba despacio, ajena a todo lo que había pasado esta noche.

«Esta… —pensé—. Esta es mi familia».

Justo antes del amanecer, una luz brillante se alzó por los cielos desde el circo. El mundo retumbó. Esa parte del mapa estaba demasiado lejos como para que apareciese en mi pantalla, por lo que no vi qué era lo que había cambiado.

Signet nunca regresó, pero me había dicho la verdad y Dónut despertó al amanecer.

—¿Dónde estamos? —preguntó la gata mientras se estiraba y echaba un vistazo a su alrededor. Le brillaron los ojos, lo que indicaba que se había puesto a revisar los menús—. ¿Qué le has hecho a Mongo? ¿Cómo has completado la misión del circo?

Mongo la hizo rodar sobre sí misma de un empujón y empezó a brincar a su alrededor mientras graznaba de alegría.

A pesar de no haber hecho nada, Dónut también había subido a nivel 15. Gracias a mí, el sistema le había granjeado experiencia suficiente para conseguirlo. Sospechaba que la mayor parte de ella era la que me habían dado por completar la misión, ya que ella había participado bastante al principio. También le dieron una caja de botín.

—Vamos —dije—. Salgamos de aquí.

—Estoy muy confundida —dijo la gata mientras se dejaba caer al suelo desde la silla—. ¿He hecho algo? No recuerdo haber hecho nada. Pero sí que tuve un sueño muy raro. Ferdinand vino a visitarme y corrí hacia él, pero se convirtió en un erizo y no dejaba de clavarme las púas. Fue muy desagradable.

Empecé a reír y no pude parar.

Le conté a Dónut lo ocurrido la noche anterior mientras avanzábamos rápido pero con cautela hacia el asentamiento de los avecelestes. Se quedó en silencio mientras lo hacía, lo que me resultó extraño. Parecía un poco afectada todavía.

Cuando pasamos junto al circo, no me sorprendió ver que las carpas habían desaparecido. Las equis de todos los cadáveres también, por desgracia. Me arrepentí de no haber saqueado las monedas de los muertos. No había acabado con el jefe de ciudad, pero tenía la esperanza de volver y recoger su botín. Pero no había soltado nada. Quizá eso significaba que no había muerto en realidad.

Entre todos los restos que habían quedado por allí, vi que había aparecido algo que no había visto antes. Una escalera al cuarto piso, justo en medio del parque. Estaba oculta antes, al parecer. Normalmente, las escaleras aparecían en el mapa aunque no se pudiese acceder a ellas como había ocurrido en el caso de la Pelota Porcina. Esta no había estado antes allí. Le pregunté a Mordecai al respecto y me dijo que, de ahora en adelante, muchas de las escaleras solo se volverían visibles para nosotros después de completar ciertas misiones. Era muy probable que esta hubiese estado allí todo el tiempo, justo debajo de Grimaldi.

Me pregunté si acaso Signet habría bajado por ellas. En su caso, aparecería directamente en el sexto piso. No sabía cómo se habría desarrollado su historia, pero ahora continuaría en el sexto piso sin la interferencia de los mazmorreros hasta que llegásemos ahí abajo. Si es que conseguíamos hacerlo.

—¿Por qué no mataste al jefe y ya está? —preguntó Dónut—. Hubieras completado la misión de igual manera. ¡Imagina toda la experiencia que hubieses conseguido!

—Era una trampa. De haber acabado con el jefe, los dos estaríamos muertos a estas alturas.

—Pues si hubiese estado allí, habríamos hecho las cosas diferente.

CARL: Y otra cosa que no quiero decir en voz alta. Lo que ha pasado nos beneficia. Ahora tenemos otro grupo de personas que cuida de nosotros. Ese estudio de producción tiene mucho

interés en que sigamos con vida. No creo que nos ayuden demasiado, pero cuantos más aliados tengamos, mejor.

DÓNUT: Hasta que lleguemos al sexto piso y hayan escrito una trama diseñada para matarnos. O peor, hasta que se den cuenta de que hay más personas hablando de ti que de Signet e intenten matarnos antes de llegar a bajar tanto. Somos actores invitados, Carl. Que una serie tenga actores invitados más interesantes que el personaje principal es muy peligroso. Esa es la razón por la que mataron a Barb en *Stranger Things*.

CARL: Eso... Eso no tiene sentido. Bueno, lo de Barb sí. Sé que esto de televisión se te da mejor a ti. Cuando lleguemos, tendremos que pensar en todas las posibilidades.

DÓNUT: ADIVINAR LO QUE VA A PASAR EN LAS SERIES ES MI SUPERPODER.

Cuando lo dijo, me di cuenta de que no había escrito el mensaje largo e inmediatamente anterior en mayúsculas. Decidí no decir nada al respecto. Me daba la impresión de que Dónut había empezado a madurar. Poco a poco. Muy poco a poco.

Pero había algo más, algo a lo que llevaba un tiempo dándole vueltas. Dónut hacía muchos comentarios impulsivos y tomaba decisiones temerarias, pero casi siempre eran buenas decisiones aunque no lo pareciesen en el momento. Y, aunque sabía que el hecho de que tuviese más Inteligencia que yo no la hacía más lista, llevaba un tiempo sospechando que la versión de sí misma que quería que apareciese en las pantallas era una farsa para ocultar su verdadera naturaleza astuta a todo el mundo. El problema era que ahora siempre nos estaban viendo.

Por muy atrevida y extrovertida que fuese, todo esto seguía siendo una novedad para ella, tanto el lugar como el hecho de pensar y ser racional. Aún no se había acostumbrado a ser quien era. La adulta en la que iba a convertirse estaría por ahí en algún lado y parecía estar empezando a brotar, pero Odette tenía razón con lo que había dicho sobre ella. Seguía siendo una niña y tenía muchas actitudes y creencias propias de una niña. Tendría que pasar mucho tiempo antes de que llegase a madurar del todo. No obstante, tenía claro que si lo hacía llegaría a ser una persona muy inteligente.

Al mismo tiempo, parecía creer que el ingenio y la eficiencia eran cosas que tenía que ocultar o, peor aún, reprimir. Una parte de ello seguro que se debía a que, al fin y al cabo, todos necesitábamos ser populares para sobrevivir. Pero empezaba a preocuparme de verdad por cómo podía llegar a evolucionar y no tenía ni idea de cómo hablar con ella del tema sin sonar como un imbécil.

Recordé a la madre de Bea. Había ocurrido durante la última cena de Acción de Gracias, cuando habíamos ido a pasar el fin de semana en casa de sus padres. Yo me había quedado dormido en el sofá, pero me desperté y oí a Bea y a su madre hablando entre susurros mientras bebían vodka y los cubitos tintineaban en los vasos. Habíamos llevado a Dónut, y ella se había quedado dormida en mi cuello, como siempre. Tenían como diez gatos persa más por toda la casa, y Dónut siempre se asustaba al verlos, por lo que pasaba todo el rato conmigo o con Bea cuando íbamos de visita. Me desperté porque tenía que ir al baño, pero Dónut hizo un ruido y me quedé muy quieto porque no quería despertarla a ella. Por eso me había quedado en el sofá oyendo la conversación de Bea y su madre.

La madre de Bea había dicho:

—Tienes que hacer que crean que eres más tonta de lo que eres en realidad. Esa la única manera de encontrar a un buen hombre. No puedes controlar a los que son más listos que tú. Y tampoco querrás que los tontos sepan que son más tontos. Una vez un hombre se da cuenta de que es más tonto que su pareja, empieza a hacer cosas malas. Tienes suerte de haber encontrado a Carl. Pero ojalá fuese doctor o abogado.

Que la madre de Bea creyese que era tonto no era nada nuevo para mí, por lo que no me sorprendió. Lo cierto es que no me importaba demasiado su opinión.

Bea había suspirado.

—Sí —dijo—. No es nada complicado, eso seguro. No cuesta mucho hacerlo feliz y es muy directo. No se pelea conmigo ni aunque yo quiera hacerlo. No es doctor, pero gana bastante dinero y no se lo gasta en nada. Además, lo quiero, mamá. Sé que la he cagado mucho, pero lo quiero. De verdad.

Esa actitud, el hecho de tener que llevar una máscara incluso con nuestra familia, era algo que nunca había entendido. Era algo que pensaba mucha gente, hombres y mujeres, y no me entraba en la cabeza. Y ahora tenía miedo de que Dónut hubiese heredado dicha actitud directamente de Bea y de su madre.

Unos minutos después, Bea y mi suegra habían empezado a hablar de otra cosa, algo relacionado con Dónut. Y me alegraba mucho que la gata no lo hubiese oído en aquel momento.

Eso me recordó otra cosa de la que quería hablar. Le envié un mensaje a Zev para preguntarle si tenía tiempo para una charla.

Zev: Hola a los dos. Está claro que sabéis muy bien cómo convertiros en toda una sensación. Acaban de responderme y os puedo confirmar que tenéis una aparición en un programa pasado mañana. Se llama *Zona de peligro con Ripper Wonton*. Es una mesa redonda. Una mesa redonda de verdad. Habrá otros mazmorreros y algunas celebridades intergalácticas. Puede que también un político. En el programa se repasarán algunos de los temas más candentes del día.

Dónut: OOOH. ESO SUENA MARAVILLOSO.

Zev: También hay una sección en la que puede participar el público. La gente llama y hace preguntas. No se censuran nada, así que estad preparados para cualquier cosa.

Carl: Qué ganas. Por cierto, Zev. Tengo una pregunta. La razón por la que te he escrito es por saber si me podrías decir qué compañía de producción es la que se encarga de *La venganza de la hija*. ¿Es una kua-tin?

Zev: No. Nadie de nuestro sistema tiene permitido gestionar una trama cuando nosotros somos los encargados de la mazmorra. Lo hacen grupos privados, igual que los programas de entrevistas. Además, tampoco es que nuestras tramas sean muy famosas. Me temo que los matices de una buena narrativa es algo que no va con un kua-tin promedio.

Carl: Vale. Entonces ¿quién lleva la trama con la que acabamos de firmar un contrato?

Zev: Es una empresa llamada Furor y Entretenimiento S. A. Es de uno de los sistemas centrales, que tienden a estar más integrados. El caballero con el que he estado hablando era un sac.

Carl: ¿Qué cojones es un sac?

Zev: Es una especie. Son muy comunes. Como no los conoces, me temo que no te puedo decir nada más. No es importante, igualmente. Buena suerte hoy. Os avisaré cuando llegue la hora de la entrevista.

Dónut: ¡ADIÓS, ZEV!

Nos enfrentamos a varias criaturas que nos encontramos por el camino, la mayoría con niveles entre 9 y 11. Nos sirvió para practicar con nuestros conjuros, que lanzamos una y otra vez para intentar que subiesen de nivel. Mordecai nos explicó que no servía lanzarlos sin ton ni son y que el sistema era capaz de distinguir cuándo estábamos practicando y cuándo los usábamos de verdad en un combate.

Dónut consiguió que su Triplicado mecánico subiese a nivel 3, lo que alegró mucho a Mongo.

Yo practiqué con el conjuro Miedo en todos y cada uno de los enemigos con los que nos encontramos. Todas las criaturas del circo eran inmunes, pero ese no era el caso del resto de los enemigos de la Ciudad Epigea. El problema era que el conjuro hacía que empezasen a huir y, si no los matábamos, no conseguíamos experiencia.

Para resolver el problema, a Dónut y a mí se nos ocurrió lo que podríamos considerar la primera estrategia de nuestro «manual». Le dimos un nombre a cada una de las jugadas y, tan pronto como se lo poníamos, usarla nos permitía seguir una serie de patrones predeterminados. Estaba muy bien saber adaptar y no ser muy rígido a la hora de luchar, pero los leones de moho me habían enseñado que tener una serie de patrones que seguir en situaciones determinadas podía llegar a resultarnos beneficioso. Los dos podíamos decidir que era el momento de usar una jugada y, cuando lo hacíamos, el otro tenía que seguirla sin cuestionarlo. De esa manera, podíamos trabajar juntos y saber en todo momento qué era lo que iba a hacer el otro. La primera a la que le puse nombre se llamó Pánico. Yo lanzaba el conjuro Miedo y luego Dónut tiraba un Proyectil mágico a la criatura afectada. Fácil. No era nada complicado y era una reacción lógica que bien podía ocurrir en cualquier momento. Di por hecho que sería una muy adecuada para empezar. Poco a poco fuimos creando jugadas con patrones más complicados, incluyendo algunas en las que contamos con Mongo.

Practicamos Pánico a menudo, hasta que conseguí que mi conjuro Miedo subiese hasta nivel 3. El conjuro era simple. Si lo lanzaba bien, la criatura huía o se quedaba muy quieta. Además, la Destreza se le reducía cada vez más por cada nivel de conjuro. A nivel 5, funcionaría con grupos de enemigos, por lo que necesitaba seguir usándolo siempre que pudiese.

Y hablando de Mongo… El pequeñín ya no lo era tanto. Ahora que había llegado a nivel 10, empezaba a dar un miedo de cojones. Me alegré de que formase parte de nuestro grupo, y más aún de que Dónut se hubiese esforzado tanto por enseñarle a obedecer órdenes. Aún tenía cierta tendencia a graznar al ver monstruos, pero se le daba mucho mejor no convertirse en un pollo berserker de la muerte hasta que le dábamos permiso para hacerlo. El tiempo que había pasado protegiendo a Dónut había hecho que su vínculo se estrechase aún más.

Tenía un ataque en salto que era una pasada. Ahora era capaz de saltar una distancia de seis metros sin coger carrerilla. Volaba por los aires, con las patas por delante, y era capaz de destripar a un enemigo antes de que la criatura se diese cuenta de lo que estaba pasando siquiera. Sabía que la especie de Mongo cazaba en manada, y la idea de enfrentarme a un grupo de criaturas como él me resultaba aterradora. No sabía en qué piso vivían estas cosas normalmente, pero esperaba no tener que enfrentarme a ellas jamás.

Aún quedaba mucho tiempo para el anochecer cuando llegamos al asentamiento de tamaño medio.

Desde la distancia, el pueblo se parecía mucho al anterior. Pero cuanto más nos acercábamos, más diferencias empecé a notar. El lugar era cuatro veces más grande como poco. Y los edificios eran mucho más altos.

Y luego había que tener en cuenta a los PNJ. Algo más de la mitad de ellos eran avecelestes. Humanoides con cabeza de águila que volaban. Eran el mismo tipo de criatura que había sido Mordecai antes de convertirse en un cambiaformas. Había visto la fotografía

de su hermano en su apartamento, y también algunos de la misma especie entre el público del programa de Odette. Pero esta era la primera vez que tenía la oportunidad de verlos cara a cara.

Eran más bajitos de lo que esperaba. El varón promedio medía algo menos de un metro setenta, por lo que estaba por debajo del humano medio. Pero lo más curioso es que no tenían brazos propiamente dichos, sino alas con pequeños metacarpos que brotaban de la articulación central. Al parecer, usaban las grandes garras a modo de manos. Las águilas iban de un lado a otro, volando justo por debajo del techo y haciendo las típicas cosas que hacían las águilas humanoides de un mundo del tipo medieval.

El resto de los PNJ, entre los que había humanos y orcos, también deambulaban por el lugar. Los guardias del pueblo eran las mismas armaduras andantes. Abrí el mapa, busqué el gremio de tutorial más cercano y me dirigí hacia allí.

Vi a varios mazmorreros mientras caminábamos. La mayoría se quedaban muy quietos al vernos. Algunos incluso nos saludaron con la mano o a viva voz. Dónut disfrutó de la atención. Yo tenía nivel 18 y ella nivel 15. La mayoría de estos tipos estaban entre nivel 10 y nivel 12 y no tenían estrellas junto al nombre. Me pregunté cómo habían conseguido sobrevivir y llegar hasta el tercer piso. Dónut quería parar y hablar con ellos, y yo también, pero teníamos muchas cosas que hacer.

—¡Mira, mira! —dijo la gata antes de entrar en el gremio de tutorial. La puerta de Mordecai se encontraba en un pequeño edificio anodino que estaba a una calle de distancia de un mercado muy animado. Los jugadores entraban y salían del lugar, aunque sabía que al franquear la puerta se transportaban a una instancia diferente del gremio.

Seguí con la mirada el lugar que Dónut señalaba con la pata. Era una torre que se alzaba en una calle por la que aún no nos habíamos aventurado. En la parte superior de la torre se encontraba el símbolo de un cuchillo que me resultaba muy familiar. Era un cartel enorme y de estilo *art déco* que no casaba nada con el ambiente primitivo del pueblo. Debajo del cuchillo del cartel

giratorio, unas letras mayúsculas y estrechas rezaban: CLUB DESPERADO. Y debajo de ellas, en letras más pequeñas se leía: TAN DIVERTIDO QUE DUELE. Y luego: ZONA EXCLUSIVA PARA MIEMBROS Y BAR PÚBLICO.

—Siempre he querido ir de bares —comentó Dónut. Miró a Mongo —. ¿Quieres bailar con mami, pequeñín?

El dinosaurio, que ya no era tan pequeño, graznó.

—Algo me dice que no van a dejar entrar a Mongo —dije mientras empujaba la puerta del gremio de tutorial.

Hice una pausa antes de entrar. Pasé un momento mirando los alrededores, maravillado por las vistas y los sonidos de aquel pueblo gigantesco. Todo estaba pasando muy rápido. Una sensación repentina e inexplicable me recorrió todo el cuerpo. Deseé que se acabase todo. «No cuesta mucho hacerlo feliz», le había dicho Bea a su madre. Era cierto. Me pregunté hasta qué nivel tendríamos que llegar antes de que nos permitiesen asentarnos en un lugar como en el que nos encontrábamos ahora.

—¿Qué clase de discoteca no te deja entrar con tus hijos? —gruñó la gata, ajena a lo que se me había pasado por la cabeza en esos momentos—. Se van a enterar.

13

TIEMPO PARA EL DERRUMBE DEL PISO: 5 DÍAS Y 10 HORAS
Visualizaciones: 1,4 mil billones
Seguidores: 30 billones
Favoritos: 6,2 billones

Lo primero que hice cuando llegué a la habitación de Mordecai fue derrumbarme en una de esas sillas propias de un aula. Llevaba despierto toda la noche y necesitaba dormir. Mongo, que estaba igual de agotado, se acercó a la chimenea y se sentó delante. Me percaté de que aún no se había acostumbrado a su nuevo tamaño, y tardó unos momentos en ponerse cómodo. Terminó por recostarse de lado, como un perro.

Mordecai volvió a su habitación un minuto después de que llegásemos nosotros. Emitió un pop estruendoso al aparecer, y la bebida que llevaba en la mano se le derramó en el suelo. El íncubo soltó un improperio ante la teletransportación repentina e inesperada. Me había olvidado de avisarlo. Ups. Estaba bebiendo, pero no iba tan borracho como la última vez.

—Gracias a los dioses —dijo Mordecai, que soltó la bebida—. ¿Estáis en el asentamiento de tamaño medio? Estaba empezando a hartarme ese pueblo tan pequeño. Solo tienen tres bares y ya me han echado de dos.

—Entonces ¿cuando salgas ahí fuera ahora estarás en el pueblo de los avecelestes? —pregunté.

—Así es —aseguró Mordecai—. Como ahora soy representante, saldré por el último lugar por el que haya entrado Dónut. Si fuese un guía normal, podría aparecer donde quisiese. —Suspiró con tono

melancólico—. Hay un pueblo solo para guías al que los cabrones como vosotros no pueden entrar. Tenía muchas ganas de ir ahí. No olvidéis que llevo décadas en este planeta y durante la fase de preparación no veo a mis compañeros, por lo que cuando se activa la mazmorra es cuando puedo ver a algunos de mis amigos.

Sentí una punzada de culpabilidad por obligar a Dónut a haber escogido el beneficio Representante, pero luego recordé que era muy probable que estuviésemos muertos de no haber sido así.

—¿Por qué no estás borrachísimo? —preguntó Dónut. Había saltado en la estantería de Mordecai y se había puesto a olisquear la bebida. La botella tenía «Bar El gorgojo del algodón y la sopa de pescado» escrito en ella. La gata arrugó la nariz—. Creía que los de tu especie no podían beber.

Mordecai se encogió de hombros.

—Tuve que crear una poción que anulase los efectos del alcohol en los demonios. Es bastante simple. Después la diluí un 42 % y conseguí que el alcohol funcionase como debía. Casi. —Arrugó la frente—. Creo que la próxima vez la diluiré un poco más.

—Sí que sabes de pociones, ¿no? —pregunté.

—Sí. Me centré mucho en la magia de fuego, pero también pasé mucho tiempo estudiando alquimia. En mi mundo era micólogo y estudiaba los hongos. Era algo que me interesaba mucho, y son cosas que están muy relacionadas. El sexto piso, aunque se considera uno urbano, está lleno de vegetación. Odette me obligó a pasar mucho tiempo estudiando al respecto cuando llegamos a él.

—Ah —dije. Dónut me miró con intensidad después de lo que acababa de decir Mordecai. Al igual que yo, la gata se había dado cuenta del verdadero significado de esa última frase. Ninguno dijimos nada.

—Tengo muchísimos logros y cajas que abrir —comenté—. Y también 12 puntos de característica para asignar.

—Haz lo de los puntos al final —explicó Mordecai—. Después de ver si te sale algo de equipamiento. Se está haciendo demasiado tarde para ir de compras, pero tendremos que hacerlo por la mañana.

—Lo primero que voy a hacer mañana es comprarme unos pantalones —aseguré—. Quizá no pueda llevar zapatos, pero si vamos a ir a un piso que es una jungla, tendré que cubrirme las piernas.

—Además, también queremos ir a esa discoteca —comentó Dónut —. ¿Solo abre por la noche?

—El club Desperado siempre está abierto —respondió Mordecai—. No estará muy animado en este piso. En el sexto y en el noveno es donde se pone más interesante. Ya hablaremos del tema mañana. No vayáis esta noche. Carl necesita descansar. Por ahora, abrid las cajas y luego encontrad un lugar con habitaciones que alquilar. No podéis dormir aquí y seguro que queréis ver el episodio resumen. Os perdisteis el de anoche.

—¿Salimos en él? —preguntó Dónut.

—Sí que salisteis. Y estoy seguro de que esta noche también después de lo que acabáis de hacer.

—¿Hubo anuncio? —pregunté—. No recuerdo haberlo oído.

Mordecai asintió.

—Lo enviaron cuando estabais moribundos en la guarida de ese élite. No os perdisteis mucho. Corrigieron bastantes errores, pero no creo que tengáis que preocuparos por ninguno. Dijeron algo de un conjuro llamado Gólem que no funciona bien, por lo que si lo encontráis, no lo uséis. Ah, y también anunciaron algo que llamaron puja colectiva para los patrocinios, pero no lo explicaron muy bien.

Mordecai había dicho que el número de logros que íbamos a recibir disminuiría cuando llegásemos a este piso, pero yo tenía más de veinte y la mayoría los había recibido al mismo tiempo. Muchos estaban relacionados con enfrentarme solo a un jefe y con completar la misión. Algunos de los más interesantes eran:

> ¡Logro desbloqueado! ¡Mil billones!
>
> ¡Eres uno de los primeros diez mazmorreros en haber conseguido mil billones de visualizaciones! Eso solo puede significar una cosa: o eres uno de los mejores que hay en la mazmorra o eres tan desastroso que la gente disfruta viéndote fracasar.
>
> Recompensa: ¡Has recibido una caja de aficionado de oro!

Aviso de administrador: Acabas de recibir tu primera caja de aficionado. Las cajas de aficionado contienen objetos que son resultado de una votación entre aquellos que te siguen. Una vez recibes una caja, no podrás abrirla durante las treinta horas siguientes, en las que se llevará a cabo la votación para determinar su contenido.

Dónut también había recibido el mismo logro. Empezó a brincar de un lado a otro al verlo. Mordecai le dijo que no pusiese tantas esperanzas en la caja, y yo seguí revisando mis logros.

¡Logro desbloqueado! ¡Cagón, que eres un cagón!
Activaste el enfrentamiento contra un jefe y, de alguna manera, no moristeis ninguno de los dos. Eres toda una decepción de persona. Qué desastre.
Recompensa: Los cagones como tú no merecen recompensas.

¡Logro desbloqueado! ¡Misión posible!
No solo has aceptado una misión, sino que encima la has completado sin morir. Nos gusta cuando haces lo que se te ordena. Significa que eres un buen habitante de la mazmorra y no has traicionado a los tuyos.
Recompensa: Además de la caja de misión de oro que has recibido por completarla, las misiones nuevas aparecerán «a veces» en el mapa. «A veces» con comillas, ¿vale?

El siguiente era más interesante aún:

¡Logro desbloqueado! ¡Hadji!
Has completado una misión, pero ¡lo has conseguido de una manera poco habitual que ha hecho que desbloquees este logro! Y al igual que pasa con los niños callejeros de Calcuta a los que explotan laboralmente, si ves a uno seguro que hay más en los alrededores. Este es uno de los logros poco habituales que pueden recibirse más de una vez.
Recompensa: ¡Tu caja de misión de oro se ha mejorado a una caja de misión de platino!

—Hay otro nivel después de ese —comentó Mordecai cuando le describí el logro Hadji—. No sé cómo se llamará esta temporada, pero te mejora la recompensa dos veces seguidas.

Dónut también había recibido el mismo logro. La vi abrir las cajas. Recibió los objetos típicos de las cajas de nivel más bajo, así como algunos aleatorios como lacitos coloridos y colgantes para el collar que no eran tan buenos con el suyo de mariposa. El sistema le había

asegurado que solo podía llevar uno puesto. Tampoco podía ponerse los lacitos a menos que se quitase la corona, algo que no podíamos permitirle hacer.

Abrió la caja de misión de platino y en el interior había cinco mil de oro y dos objetos. Una poción de habilidad y un par de «forros para colmillos».

—Ambos objetos son muy buenos —dijo el íncubo sin dejar de asentir—. Esos forros para los dientes no casan muy bien con el estilo de lucha de Dónut, eso sí. Deberías venderlos o plantearte dárselos a Mongo. No podrás darle la mayoría del equipamiento a las mascotas, pero hay algunas cosas que sí. Esta en particular es una de esas. Los forros de dientes salen de dos en dos, y tu dinosaurio puede llevar hasta seis. Es único de su especie.

El hocico de Mongo era prácticamente igual que el pico de un pollo demasiado grande. Cuando lo abrió, el interior estaba rodeado por una hilera de dientes afilados y desgarradores.

La poción de habilidad le subía a nivel 3 una llamada Oído aguzado, que no le mejoraba la audición. Servía para aumentar sobremanera la información que aparecía en su minimapa sobre las criaturas que aún no había identificado. O sea, que si veía un punto rojo en el mapa, ahora podía saber el tamaño de la criatura y de qué tipo era. Con precisión «casi» exacta.

Dónut se la bebió de inmediato. Después sacó los forros de dientes metálicos del inventario y los inspeccionó. Parecían un par de dientes de vampiro sueltos.

> Forros de colmillos mágicos del tizheruk expectorante.
> ¡Es un objeto Efímero!
> Una curiosidad: no queda ni un solo dentista de tu planeta en la mazmorra. Algunos consiguieron llegar al primer piso, pero todos esos cabrones están criando malvas a estas alturas. Quedan unos pocos higienistas dentales, pero yo no confiaría en esos tontolabas. Lo que quiero decirte con todo esto es que los forros te los vas a tener que poner tú. Asegúrate de que no están al revés. Siempre puedes quitártelos, pero recuerda es que es un objeto Efímero. Eso significa que desaparecerá cuando lo hagas, así que piénsatelo bien.
> Convierte dos de tus incisivos en absolutas máquinas mortíferas de romper y desgarrar que impresionarían hasta al gótico más gótico.

Aumenta el daño cuerpo a cuerpo de mordedura en un 50 %.
Cada ataque de mordedura tiene un 25 % de posibilidades de infligir Veneno de nivel 5.
Cada ataque de mordedura tiene un 10 % de posibilidades de infligir Parálisis de nivel 5.

—Se los voy a dar a Mongo sin pensármelo desde que se despierte. Pero vas a tener que ponérselos tú, Carl.

—¿Seguro que es buena idea? —pregunté. Miré intranquilo al dinosaurio, que seguía durmiendo. Llevaba varios días sin mordernos ni a Dónut ni a mí, pero lo había intentado. Tanto la gata como yo éramos inmunes al veneno, pero no a la parálisis, tal y como habíamos descubierto por las malas cuando Signet nos había capturado.

Mongo pegó un mordisco al aire mientras dormía. Sonó como un hacha que partiese un tronco por la mitad.

Suspiré y pasé a abrir mis cajas. Tenía algunas más que la gata, lo que no le gustó ni lo más mínimo. Sabía que le molestaba mucho que tuviese 3 niveles más que ella, pero no había dicho nada en voz alta. De hecho, a mí me habían dado una caja de cabronazo con suerte por haber sobrevivido al ataque de Signet y a ella no. A Dónut le habían dado el mismo logro Lázaro, pero el mensaje de su recompensa rezaba: «Tienes suerte de estar viva. Esa es tu recompensa». Desconocíamos la razón. Mordecai sospechaba que era porque la salud de Dónut había llegado a cero mientras Mongo la defendía y se había salvado gracias a la habilidad Cucaracha. Pero para mí no tenía sentido.

—Ese tipo de cosas son bastante habituales —comentó el íncubo —. Será mejor que te acostumbres.

Empecé a recolectar las recompensas. Recibí varios cartuchos de dinamita goblin y bombas de humo. También una caja entera de dinamita hobgoblin junto con tres de pegotes de pus hobgoblin, que servían para detonar explosivos a distancia; todo eso en la caja de jefe de bronce que me habían dado por el enfrentamiento contra Heather. Era la primera vez que veía la dinamita hobgoblin. Los cartuchos eran blancos en lugar de rojos. Eran más potentes y también más estables.

También había recibido muchos cachivaches descritos como «suministros para trampas» sin más. Lo guardé todo en el inventario. Mordecai me había advertido que no tocase nada de eso hasta que no tuviese preparada la mesa de zapador.

—No sé mucho sobre crear trampas, pero sí que sé que es casi tan peligroso como manipular explosivos —aseguró.

Esperaba que en la caja de cabronazo con suerte me saliese otro rasca y gana, pero en lugar de eso recibí una ficha de casino.

—Madre mía —dijo Mordecai, que me la quitó antes de que la guardase en el inventario. La sostuvo a la luz—. Nunca había visto una de estas.

Siguió mirándola boquiabierto mientras yo pasaba a abrir la caja de misión de platino.

Además de las cinco mil monedas de oro, recibí un pergamino. Era un pergamino de Mejora. Leí la descripción de inmediato. Cuando lo cogí, apareció una cuenta atrás de veinte minutos sobre él.

> ¡Pergamino de Mejora!
> Aviso: este objeto no durará mucho en el inventario.
> Puede que no sea tan bueno como conseguir algo nuevo, pero a veces simplemente es más adecuado mejorar algo con lo que ya te sientes cómodo. Es como comprarle unas tetas nuevas a tu novia.
> Una vez hayas leído este pergamino, un objeto al azar de los que tengas equipados recibirá una mejora. Dicha mejora puede ser pequeña. O también muy grande. Ten en cuenta que este objeto no durará mucho en tu inventario, así que tendrás que hacerlo ahora o callar para siempre.

—Odio estos objetos que tienen cuenta atrás —aseguré.

Mordecai no había dejado de mirar la ficha de casino.

—Lo hacen porque podrías guardarlos para los niveles inferiores, lo que los convertiría en objetos más valiosos de lo que pretenden.

—¿Y si me lo quito todo y solo me dejo un objeto equipado? —pregunté—. Si quisiese mejorar un anillo, ¿podría quitármelo todo y dejarme puesto solo eso?

—Sí, pero yo no lo haría —aseguró Mordecai—. He visto a personas intentarlo varias veces y, cuando lo hacen, la mejora nunca ha sido gran cosa.

—Vale. Pues vamos a ver —dije. Coloqué el pergamino en la lista de acceso rápido e hice clic.

El Bóxer de niño mágico empezó a brillar. Leí la descripción y vi que se había añadido una parte con el nuevo beneficio.

Miré al techo.

—Me cago en tu madre —dije—. Bien jugado, comemierda.

Mordecai estalló en carcajadas.

—Es muy probable que ahora sea tu objeto más preciado.

La mejora era una pasada, la verdad. Pero venía con una contrapartida horrible.

> Bóxer de niño grande mágico.
> Este objeto se ha mejorado una vez.
> Vale, ya habías leído la descripción de este objeto. Que si El increíble Hulk, que si no sé qué, bla, bla, bla. Lo que quieres saber ahora es lo de la mejora, ¿no? Estos son los beneficios originales que te daban estos gallumbos:
> +2 a Constitución.
> El portador puede lanzar un Caparazón protector de nivel 15 una vez cada 30 horas.
> Son brutales, la verdad. Pero podemos mejorarlo. Estos son los beneficios adicionales:
> +5 a Destreza.
> +5 a Inteligencia.
> +3 más (que suma un total de +5) a Constitución.
> El beneficio A lo comando.

La descripción del beneficio era:

> A lo comando.
> ¡Sin más bandera que sus huevos!
> Este beneficio se suele reservar para las clases de monje y para aquellos que están demasiado borrachos como para atinar a vestirse. Los beneficiarios reciben una bonificación adicional del 100 % al daño de todos los ataques que se originen por debajo de la cintura. Además, todas las habilidades que se originan por debajo de la cintura suben de nivel un 20 % más rápido. Tal y como insinúa el nombre, este beneficio solo te permite llevar una única prenda o armadura para cubrirte la entrepierna y, como ya llevas puestos estos, parece que no te compensa lo de ponerte pantalones, la verdad.

Mordecai no había dejado de reírse.

—No tendrías que haber dicho que querías pantalones.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó Dónut. Mordecai se lo explicó, lo que hizo que ella también estallase en carcajadas. Se empezaron a reír tan fuerte que despertaron a Mongo y este empezó a brincar de un lado a otro emocionado.

—¡Exquisito! ¡Sublime! —dijo la gata—. No te preocupes, Carl. A lo mejor en la siguiente caja te salen unas chaparreras de cuero. No te anularían los beneficios y encima harían que tus pies destacasen aún más. —Miró al techo—. ¿Te imaginas lo sexy que estaría Carl con unas chaparreras?

—Cagondiós, Dónut —dije.

Respiré hondo y esperé a que ambos terminasen de descojonarse. Me apeteció un cigarrillo por primera vez en muchos días. Intenté cambiar de tema.

—Estos beneficios son mucho mejores que los que nos dieron en el piso anterior.

—Sí —comentó Mordecai, que se había calmado al fin. Me devolvió la ficha de casino—. Terminarás por ver objetos que te suben las características porcentualmente, en lugar de número por número. Por eso es muy importante subirlas ahora. Y también encontraréis modificadores al daño de las armas que serán mucho más altos. En los pisos inferiores la cosa se desmadra un poco.

> MORDECAI: No quiero arriesgarme a decir esto en voz alta, pero tal y como acabáis de ver también empezaréis a establecer una marca personal que cambiará el tipo de equipamiento que os dan. Les gusta mucho que recibáis nuevos objetos y os aseguro que tendréis muchas cosas nuevas, pero no quieren que vuestro aspecto cambie por completo de la noche a la mañana. Normalmente, este tipo de pergaminos solo aparece en pisos más bajos, pero os lo han dado porque ya os habéis forjado un nombre. A partir de ahora os empezarán a salir mucho más. Este era muy bueno, pero la mayoría no lo serán tanto.

—¿Y esta cosa qué es? —pregunté mientras examinaba la ficha de casino. Era negra con manchas rosadas, y púrpura con manchas también rosadas por los extremos. El centro estaba adornado con el logo familiar de una daga. Sabía que no era el caso, pero daba la impresión de pesar casi siete kilos.

Ficha de casino de 100.000 monedas de oro.

Es una ficha de cortesía y no se puede vender ni intercambiar. No puedes canjearla por monedas de oro directamente. Solo se puede usar en la mesa de la Ruleta del derrochador o en la Ruleta de la fortuna del club Desperado.

Buena suerte.

—¿Ruletas?

A Bea le encantaban las ruletas. Yo jugaba a veces al blackjack, pero era de esas personas que se enfadaba demasiado después de perder unos pocos dólares. Y si ganaba, me retiraba al momento. No llevaba muy bien lo de apostar.

—No es una de las ruletas en las que estás pensando. Id a dormir. Mañana por la noche os llevaré a los dos al club y os mostraré cómo funciona ese lugar.

—¿Tú puedes entrar? —preguntó Dónut.

—No te preocupes por eso —respondió Mordecai con una sonrisa —. Ya me conocen.

14



Abrí el mapa de la ciudad cuando salimos del gremio de tutorial de Mordecai. Busqué el bar más pequeño que fui capaz de encontrar. Encontré uno a pocas manzanas que no parecía estar cerca de ninguno de los caminos principales, por lo que nos dirigimos hacia allí. Cuando llegamos a la mazmorra, había estado muy desesperado por encontrar a otras personas, pero ahora solo quería dormir. Me costaba mucho lidiar con la manera en la que otros mazmorreros nos señalaban y soltaban gritos ahogados al vernos. Era algo que no me apetecía nada esta noche.

Mongo no dejaba de dar dentelladas al aire. Ponerle el forro para los colmillos había sido más fácil de lo que esperaba. Había creído que iba a ser complicado, por la manera en la que lo describía el sistema, pero los forros se habían adecuado al tamaño al momento y se habían ajustado como si fuesen piezas de Lego. Él me había dejado hacerlo pacientemente, entre gimoteos propios de un perro al que le cortan las uñas. Solo habíamos tardado cinco segundos. Ahora, unos zarcillos de electricidad explotaban en su boca cada vez que daba una dentellada. Al principio lo había asustado tanto que se había orinado encima, lo que había provocado que Mordecai empezase a agitar los brazos, a gritar y a soltar improperios. Pero cuando Mongo se dio cuenta de que los mordiscos eléctricos no le hacían daño, empezó a morder la nada una y otra vez, gruñendo de emoción cada vez que veía las chispitas.

Aún no había anochecido del todo y avanzábamos por el centro de la calle. Los avecelestes seguían sobrevolándonos, y la mayoría de los edificios del lugar tenían al menos dos pisos, con grandes ventanales para que las criaturas voladoras entraran y salieran sin problema. De hecho, algunos edificios parecían tener un primer piso completamente vacío, ya que los negocios y los restaurantes se encontraban en los pisos más altos, adaptados para ese pueblo de águilas.

La mayoría de las tiendas estaban cerradas a estas horas, con las cortinas pasadas, por lo que no pudimos ver los escaparates siquiera. Antes de marcharnos, Mordecai nos había repetido que nos mantuviésemos alejados de los callejones oscuros. Los guardias seguían patrullando, pero sabía que no tardarían en desaparecer. Por la noche, la ciudad se convertía en una batalla campal. Yo solo quería encontrar un lugar para dormir antes de que ocurriese; tenía un límite diario de drama y violencia que podía llegar a soportar.

El bar se llamaba El narval tuerto, pero en el logo aparecía un humano calvo y gordo desabrochándose los pantalones con una sonrisa lasciva en el gesto.

—Carl, este lugar parece muy asqueroso —dijo Dónut. La mayoría de los edificios de la calle en la que nos encontrábamos estaban en distintas fases de abandono. No había águila alguna por el lugar. Muchos eran orcos, ogros y humanos—. Antes hemos pasado por uno que se llama El schnitzel caliente, y la verdad es que parecía mucho más acogedor. Tenía flores en la puerta y todo.

—Este sitio nos valdrá —dije tan pronto como abrí la puerta y eché un vistazo alrededor. El local estaba casi vacío. Había un PNJ orco bebiendo en un rincón, y la disposición era muy parecida a la del bar anterior. Contaba con una barra y tres televisiones grandes encima. Olía a cerveza y a aceite. Vi la cuenta de jugadores en una de las pantallas y suspiré.

649.433.

Eran diez mil personas menos desde la última vez que había mirado, pero al mismo tiempo el número había empezado a bajar

mucho más despacio que antes. «La mayoría de las personas que llegan hasta aquí ya saben de qué va todo esto».

El lugar solo tenía cuatro habitaciones disponibles, y costaban 20 monedas de oro cada una, lo que era mucho más que el sitio donde nos habíamos quedado la otra vez. Teníamos mucho dinero, por lo que tampoco es que pudiese afirmar que nos estuviesen estafando. Me sorprendí al descubrir que el propietario no era un bopca, sino un humano. Era un tipo grande, calvo y de nivel 30 llamado Fitz. De hecho, era la viva imagen del logo que habíamos visto en el cartel del exterior, aunque la versión en la vida real era el doble de gorda.

—Majestad —dijo Fitz cuando nos acercamos a la barra—. Es un placer. Un verdadero placer. Nunca habíamos tenido a nadie de la realeza en el Narval. Ni una vez. ¿Vais a cenar o alquilaréis una habitación?

—Ah, sí. Hola, Fitz —dijo Dónut, que se subió a la barra. Se frotó la pata en la madera y luego me miró con gesto amargo—. Necesitaremos dos habitaciones. Una para Carl y para mí. Y otra para… —Mordecai apareció en la habitación justo a tiempo. El íncubo no dijo nada y se acercó de inmediato a la barra. Se apoyó y empezó a mirar fijamente una hilera de botellas—. Y una para este caballero. ¿Qué pescado fresco tienes hoy?

Mientras Dónut y el humano hablaban sobre la cena, yo me senté en una mesa. Vi a Mordecai esperando para pedir una bebida. No podíamos separarnos de él, y él no podía separarse de nosotros. La verdad es que no había pensado en todas las consecuencias del beneficio Representante. Algo me decía que íbamos a hartarnos muy rápido.

Me había puesto 10 de mis puntos de característica en Fuerza y 2 en Constitución. Sin el guantelete, ahora tenía una Fuerza de 30. Era más fuerte que seis humanos normales, algo que podía llegar a afectarte mentalmente. Agarré el borde de la mesa de madera maciza. Era muy sólido, como lo sería cualquier pedazo de madera envejecido. Apreté y noté lo que podía llegar a hacerle. Podía arrancar un pedazo del borde si quería. Me había vuelto muy poderoso. Esto era una locura.

—Y no le des a esta cosita ninguna de tus pociones —dijo Dónut cuando se sentó en la mesa. Mongo empezó a corretear por la estancia y a olisquear al orco, que era una orca en realidad y que ignoró al dinosaurio. Gruñó indignado y volvió con nosotros.

El episodio resumen empezó justo cuando nos trajeron la comida. Dónut había pedido una especie de fletán, Mordecai un cuenco de sopa, Mongo un plato lleno de carne cruda y yo una hamburguesa que tenía un sabor sospechosamente parecido a una del Burger King.

No hubo nada interesante en el episodio, aunque ahora se centraba más bien en unos pocos mazmorreros que no había visto antes. Uno era un tipo con cabeza de caimán y lo que parecía una escopeta con cargador de la marca Mossberg. No parecía quedarse nunca sin munición, y empecé a preguntarme cuál sería su historia.

—A mí lo que más me preocupa es cómo se va a quitar y a poner la camiseta con ese cabezón —comentó Dónut.

También apareció la señora de las cabras de la que nos había hablado Mordecai hacía un rato. Había entrado a la mazmorra con quince cabras y había conseguido mantenerlas vivas durante bastante tiempo. Ahora parecía que solo le quedaban unas cinco. Seguía siendo humana, y estaba claro que había elegido una clase mágica. Tres de las cabras fornidas de color blanco y marrón no cambiaron. En mi adolescencia, antes de alistarme en el ejército, había tenido que ponerme a trabajar en cualquier cosa y me había pasado un verano trabajando en una pequeña granja en la que había varios tipos de cabras, algunas como esas que veía ahora. Eran cabras boer. Recordé que se criaban por su carne y no por su leche. Los machos eran pesados, mucho más de lo que parecían. Habíamos tenido que levantar a uno entre tres personas.

Las otras dos cabras de la mujer sí que habían cambiado.

—Parece que ha conseguido dos de esas galletas de mascota mejoradas —dije. Recordé la descripción, que decía que comerse la galleta podía llegar a tener resultados muy variados.

—Tres, en realidad —aseguró Mordecai—. En el episodio de ayer mostraron los resultados. La tercera no fue nada buena, ni para ella ni para algunas de sus cabras.

Una de las cabras iba ataviada con una armadura y caminaba sobre dos patas a su lado. Parecía que había sufrido una transformación similar a la de Dónut, aunque no estaba seguro de si hablaba o no. Blandía un hacha de doble filo y a veces gritaba sin razón aparente.

La última de las cabras se había transformado en una monstruosidad satánica que parecía sacada de una de mis peores pesadillas.

—Caramba —dijo la gata—. ¿Yo podría haber acabado así?

Mordecai gruñó.

—Es un familiar engendro infernal. Es muy probable que a Carl le fuese mucho mejor si te hubieses transformado en algo así.

Me reí y Dónut emitió un ruido propio de un gato indignado.

La criatura tenía el tamaño de un caballo, con pechos y negra, un monstruo cabra que se parecía a esas ilustraciones de las portadas de los discos de heavy metal de los ochenta, de esos que si reproducías al revés había frases que te conminaban a asesinar a tu abuela. El rostro seguía siendo el de un macho cabrío boer con cuernos. Aún caminaba a cuatro patas, pero era enorme y por la parte delantera le colgaban seis pechos parecidos a los de una mujer humana. La criatura era del todo negra a excepción de los ojos, que brillaban rojos. De ella manaba constantemente una especie de vapor.

Vimos como el engendro infernal cargaba hacia un grupo de criaturas con cabeza de hiena y las pisoteaba hasta matarlas.

—Los engendros infernales son de las mascotas más poderosas del juego —explicó Mordecai. Bajó la vista a Mongo—. Sin ofender. Pero si esa mujer se las apaña para mantenerla con vida, va a subirla mucho de nivel, ya que la ha conseguido muy pronto. Terminarán por crecerle alas y alcanzará el tamaño de un puñetero dragón.

—Madre mía —dije—. ¿Es muy tarde para conseguir otra de esas galletas y dársela a Dónut?

Mordecai se rio.

Miré absorto cómo en el programa emitían un montaje de unos quince segundos en los que Mongo defendía a Dónut. El dinosaurio

había matado a muchísimos de los erizos callejeros.

—Buen chico. ¡Mira, Mongo! ¡Sales por la tele! —exclamó Dónut. La mascota empezó a brincar de un lado a otro. Había dejado de graznar. Ahora rugía. El entusiasmo que mostraba era el mismo, pero ya no surtía el mismo efecto. Que un dinosaurio del tamaño de un gatito saltase a tu alrededor era adorable, pero que lo hiciese uno del tamaño de un mastín cambiaba un poco las cosas.

Aparecí yo, pero solo unos pocos segundos. El programa no llegó a explicar cómo había escapado.

—No te preocupes por eso, chico —comentó Mordecai—. Con las visualizaciones que tienes, está claro que todo el mundo sabe lo ocurrido. La escena es propiedad de los productores de *La venganza de la hija*, razón por la que no mostrarán mucho.

—Me pasé todo el tiempo dormida y casi no salgo —comentó Dónut con voz triste.

—Hay veces que hasta los personajes secundarios necesitamos protagonizar un capítulo —dije, lo que pareció calmarla.

Dónut seguía teniendo muchos más seguidores que yo, pero durante los últimos días se había reducido mucho la distancia que separaba nuestra cifra de visualizaciones. No tenía muy claro quién de los dos había llegado antes a los mil billones. Y tampoco sabía si ella se había dado cuenta. Esperaba que no.

El anuncio no fue demasiado emocionante. Más de lo mismo. En este piso parecía haber los mismos errores que en el primero cuando había abierto la mazmorra.

—Pues esperad a llegar a los pisos temáticos —aseguró Mordecai —. Es el equivalente de abrir un parque de atracciones lleno de montañas rusas sin haber probado ni una sola de ellas. En la temporada anterior de Borant, el cuarto piso al completo se encontraba dentro de una criatura viva invisible, por lo que los mazmorreros recorrían sus intestinos y esas cosas. El piso se mantuvo abierto durante veinte días, y la criatura que habían creado expresamente para ello terminó con una infección bacteriana que se extendió por todo su cuerpo a gran velocidad y afectó a toda la mazmorra. Las paredes empezaron a derrumbarse y a ponerlo todo perdido de sangre, algo que no estaba preparado. No gustó

demasiado a los espectadores, por lo que es muy probable que no lo repitan en esta ocasión.

La orca que había estado bebiendo sola en un rincón se acercó a nuestra mesa. Era una anciana que no dejaba de tambalearse. Me recordó al instante a una versión musculosa y con cara de orco de Agatha. Llevaba una camisa de estilo medieval manchada de sangre, lo que le daba aspecto de carnicera que había olvidado ponerse el delantal al trabajar. No tenía el mismo tono de piel que el Maestro. La descripción emergente indicaba simplemente que se trataba de una orca PNJ de nivel 5. Se llamaba GumGum.

—Veo que sois aventureros —comentó GumGum, que se inclinó hacia nosotros—. Necesito vuestra ayuda.

—No. Lárgate —espetó Mordecai—. Esta noche no.

—No tienes por qué ser tan maleducado —dijo la mujer, que dio la vuelta. Se tambaleó de vuelta a la mesa.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunté.

—Era una misión —respondió el íncubo—. Este tipo de bares siempre están llenos de personas que dan misiones de mierda. Y no vamos a hacer más misiones en este piso. Si miras el minimapa, es probable que tenga una estrellita sobre su icono.

—No la tiene —dije—. Solo veo un punto blanco.

—Bueno, pues no todas las misiones aparecen en el mapa. Ahora tenemos que ir a dormir.

—Vale —dije, sin dejar de mirar cómo la mujer volvía a sentarse. La orca miró al suelo y se cubrió la cara con las manos para luego empezar a llorar.

Lo normal sería pensar que esperé a que Mordecai se fuese a la cama para luego salir a hurtadillas de mi habitación, acercarme a GumGum la orca y preguntarle por qué necesitaba ayuda.

Y fue lo que pasó. Más o menos.

Cuando fuimos a dormir, no podía dejar de pensar en ella. Sabía que era estúpido, sobre todo después de que Mordecai nos hubiese dicho que la ignorásemos, pero no podía quitarme de la cabeza la

imagen de la mujer llorando. Le comenté a Dónut que tenía que ir al baño y volví a salir.

Mordecai estaba sentado en la barra, bebiendo y hablando con Fitz el camarero. GumGum se había marchado.

—Ya se ha ido —dijo Mordecai cuando salí del baño, tras fingir que lo había usado—. Mira, chico. Voy a darte un consejo y quiero que se te grabe a fuego en esa cabezota que tienes. No puedes salvarlos a todos. La gente que organiza esto sabe quién eres y no van a dejar de ponerte trampas. Preocúpate por ti mismo. Si de verdad quieres ayudar a los demás, lo mejor que puedes hacer es hacerte lo más fuerte que puedas y descender lo máximo posible.

No respondí y volví a la habitación. Dónut me miró desde lo alto de su torre para gatos.

—¿Has cogido la misión? —preguntó.

—Joder. ¿Tan predecible soy? —pregunté en respuesta.

—A veces sí —respondió. Y nos fuimos a dormir.

Lo primero que hicimos al día siguiente fue empezar a recorrer algunas de las tiendas de la ciudad. Al fin.

—Este es el plan para hoy —comentó Mordecai—. Vais de compras y luego os pasáis el día *grindeando*. Encontráis un jefe de barrio, acabáis con él y volvéis antes de que anochezca. Luego, si no estáis muy cansados, iremos al club. Ni se os ocurra entrar en el club Desperado sin un guardaespaldas.

—¡Yuju! —exclamó Dónut—. ¡Hoy va a ser un día para enmarcar! ¡De compras y a la disco! Y encima mañana tenemos otra entrevista.

—Cada cosa a su tiempo, Dónut —dije mientras abría la puerta de la tienda.

El lugar se llamaba El bazar de Lucky. Una campanilla tintineó cuando empujé la puerta. Se levantó una polvareda que me hizo estornudar.

Entrando en la tienda.

Las paredes estaban cubiertas por estanterías vacías en su mayor parte. Había un aveceleste detrás del mostrador. El nombre de la

criatura de nivel 30 era Danzante del Filo. Chasqueó el pico al vernos y parpadeó.

—Vale —dijo Mordecai—. Esto es un bazar, el tipo de tienda más común que vais a encontrar. Las tiendas más especializadas, como las de armas y las de pociones, solo están en los asentamientos, normalmente. Pero los bazares empezarán a aparecer de manera aleatoria desperdigados por toda la mazmorra. Carl, tienes buen Carisma y conseguirás buenos precios, pero no eres Dónut. Deja que sea ella la que negocie siempre. Te conseguirá las mejores ofertas y venderá los objetos más caros.

—Es que ir de tiendas se me da de lujo —comentó la gata, que franqueó la puerta contoneándose. Echó un vistazo a su alrededor con desdén—. Este lugar no es que tenga un surtido muy exquisito, ¿verdad?

—Pero si es la primera vez en toda tu vida que entras a una tienda —dije. Cogí un objeto familiar que vi en una estantería. Era un coco. Apareció un mensaje emergente, pero tenía una forma diferente a la habitual.

> Coco.
> 21 de oro.
> Es comida. Creo. Los humanos lo usan para cosas. Ni idea, la verdad.

—Esto es importante —dijo Mordecai—. Como podéis ver, la descripción de los objetos en las tiendas no la escribe la IA. Son los comerciantes quienes son responsables de hacerlo. Las normas estipulan que no pueden mentir, por lo que no pueden vender algo que diga que es una poción de salud cuando en realidad es veneno. Pero sí que tienen permitido exagerar. Y lo harán. Por suerte para ti, Dónut, siempre podrás sonsacarle al comerciante una descripción más rigurosa mientras tu Carisma sea más alto que su nivel. Deberías practicar tu capacidad para el regateo y la negociación siempre que entres a una tienda. Una vez lo hayas entrenado suficiente, verás un aviso en la mayoría de los objetos si la descripción está exagerada.

—Me ofendes, demonio —dijo Danzante del Filo. El águila fulminó con la mirada a Mordecai—. Si conocieses a los avecelestes, sabrías que nunca engañamos a un cliente.

Mordecai rio.

—Los mercaderes avecelestes siempre intentan engañar a todo el que no tiene alas —explicó Mordecai—. Mi pueblo puede llegar a ser bastante xenófobo. Y se harán los indignados cuando se lo echéis en cara.

Danzante del Filo empezó a decir algo, pero luego cerró el pico de repente cuando Dónut saltó sobre el mostrador.

—Eres guapo —dijo la gata—. Creo que nunca había visto un pájaro tan atractivo como tú.

El águila se envaró en su puesto.

—Gracias, majestad. ¿Puedo ayudarte con algo?

Empezamos a vender un buen puñado de cosas no mágicas que guardábamos en el inventario. Estos tipos no tenían dinero ilimitado como los mercaderes en la mayoría de los juegos. Tuvimos que pasar por cinco bazares diferentes para librarnos de gran parte de lo que llevábamos encima. Mordecai nos dijo que nos quedásemos las jarras de aguardiente, pero vendimos directamente las armas que nos sobraban y los objetos normales que nos habían salido. Dónut era una maestra de la negociación. A los propietarios de los bares los trataba como a sirvientes, pero con los comerciantes era amable y empalagosa, y a ellos les encantaba.

—¿Es lo mejor que puedes ofrecernos, cielito? —le había preguntado a otro aveceleste. Este se llamaba Garra Dura. Puso gesto pensativo mientras se planteaba comprar una montaña de lanzas que había saqueado a los rufianes presurosos con cara de mapache del primer piso.

Cuando Dónut había usado su habilidad de Actriz de reparto para elegir la clase eminencia del rincón de artistas que iba a usar en este piso, había adquirido una gran cantidad de habilidades y beneficios, como un descuento enorme a la hora de comprar objetos. Por desgracia, en su caso y debido a la manera en la que funcionaba la habilidad Actriz de reparto, no había conseguido ese descuento

adicional. Sí que recibió el 15 % a la hora de vender objetos, que aprovechó lo máximo posible. Estaba en su salsa.

—Puedo darte un cinco más por todo —comentó Garra Dura.

—¡Eres el mejor! —exclamó Dónut, momento en el que el águila se pavoneó.

—Estoy empezando a pensar que tenías todo esto planeado cuando elegiste esa clase —susurré mientras salíamos de la tienda.

—Claro que sí —aseguró Dónut—. Sabía que lo íbamos a vender todo en este piso, por eso la elegí. La señorita Beatriz hacía bien al llamarme Princesa Ricachona.

—Yo diría que el nombre era Princesa Derrochona. Lo hacía porque nos gastábamos más dinero en ti que en el alquiler.

—Bueno, pero diría que has recuperado con creces la inversión, ¿no, Carl?

—Tenéis que plantearos estas tiendas como si fuesen tiendas de conveniencia —explicó Mordecai, que nos interrumpió. Habíamos conseguido acumular unas cincuenta mil monedas de oro, que al parecer era mucho dinero—. Son lo que son. Tenéis que comprar aquí como último recurso. Están bien para vender cosas porque aceptan casi de todo, pero incluso con vuestros descuentos, pagaréis el triple por las cosas básicas. Si queréis pociones, tenéis que ir a una tienda de pociones. Si queréis conjuros, a una de conjuros. Si las encontráis, claro. Algunos gremios también venden cosas.

Este pueblo en particular no tenía una tienda de conjuros. Había muchísimos lugares, pero la mayoría no nos servían de nada. Necesitábamos equipo mágico y objetos para aumentar la Constitución de Dónut, pero aquí no íbamos a encontrar nada de eso. Había varias tiendas de pociones, eso sí, y Mordecai me obligó a comprar suministros alquímicos por valor de diez mil de oro.

También compramos una cosa más. Gastamos quince mil en un transportín de mascotas mágico para Mongo. Ni a Dónut ni a Mongo les entusiasmaba la idea, pero Mordecai aseguró que la mascota no estaba descansando bien por las noches. Al parecer, el dinosaurio se veía en la obligación de protegernos mientras dormíamos a pesar de estar en una estancia segura, lo que afectaba negativamente a sus características. El transportín le iba a permitir descansar. Mordecai

también añadió que no se permitían mascotas en el club Desperado. Tenían una sala de «juegos para familiares», pero allí la seguridad no estaba garantizada. Dónut había terminado por ceder.

La verdad era que el dispositivo no estaba nada mal. Era una caja cuadrada y marrón del tamaño de un cubo de Rubik. Tenía un símbolo grabado por fuera en uno de los costados, parecido a una boca de riego. Cuando Dónut lo sacaba del inventario, podía activarlo, momento en el que Mongo se veía absorbido al interior. Mientras estaba en el interior del cubo, dormía y recuperaba las fuerzas. Y podía sacarse con solo pulsar un botón.

—Más adelante conseguiréis una montura que funcionará más o menos igual —dijo Mordecai—. Cuando los mercaderes os venden monturas, suele venir incluido un transportín rudimentario.

—¿Cuál es la diferencia entre una montura y una mascota? —pregunté.

—Algunas mascotas pueden ser ambas cosas, pero las monturas normales suelen tener pocos puntos de vida y nada de personalidad —explicó el íncubo—. Podéis tener todas las monturas que queráis, aunque son bastante caras. Y también debéis alimentarlas. Las monturas no suben de nivel ni se hacen más fuertes.

Después de ir de compras, Mordecai nos llevó hasta uno de los extremos del pueblo.

—Nada de misiones y nada de élites. Limitaos a matar criaturas. Cuando encontréis a un jefe, aseguraos de que es de barrio y no uno más fuerte. Seguiremos en contacto. Volved antes de que anochezca.

—Pan comido —aseguró Dónut.

Entiendo que suene sorprendente, pero puedo asegurar que las horas siguientes transcurrieron sin grandes incidentes. Encontramos un grupo de esas criaturas que parecían un cruce entre calamares voladores y paraguas. Contaban con un ataque psiónico, pero no nos vimos afectados debido a nuestra puntuación de Carisma. Se llamaban abrasamentes y eran versiones mejoradas de los horrores mentales a los que nos habíamos enfrentado brevemente en el

segundo piso. Se movían despacio y eran fáciles de matar. Unos pocos soltaron sacos de tinta, algo que pareció emocionar mucho a Mordecai.

Yo alternaba puñetazos y patadas a la hora de atacar. Puñetazos en su mayoría, con estas cosas. Mongo los destrozaba con facilidad, y tuvimos que contenerlo porque había empezado a arrebatarnos la mayor parte de la experiencia.

Dónut alternó entre Proyectil mágico, Segunda oportunidad y Triplicado mecánico. Yo también lancé Miedo, pero el conjuro no era muy efectivo contra ellos.

Conseguí subir el nivel de Puño de hierro hasta 10 con la bonificación del guantelete. A nivel 10, la habilidad añadía algo llamado efecto Diana. Básicamente, si conseguía darle un buen golpe a la criatura, había un 10 % de probabilidades de aturdirla durante varios segundos.

El enfrentamiento contra el jefe de barrio estuvo a punto de torcerse, pero gracias a la nueva habilidad Oído aguzado de Dónut sabíamos que nos estaba esperando al doblar la esquina. El monstruo se llamaba Dosificador y era una especie de manta raya gigante. Se camufló en uno de los laterales de un edificio e intentó caer sobre nosotros al pasar. Pero estábamos preparados, y Dónut la atacó con dos abrasamentes reanimados. Una vez se separó de la pared, hicimos que un Mongo mecánico corriese hacia ella con un cartucho de dinamita en cada manita. El combate duró menos de un minuto.

El Mongo real gritó consternado al ver el ataque suicida, pero Dónut consiguió mantener a la mascota bajo control. Añadimos la táctica a nuestra lista. La llamamos «Dinobum». Mientras llevase encima un buen suministro de cartuchos, iba a convertirse en un ataque muy efectivo contra jefes.

Al terminar el combate, Dónut subió a nivel 16. Yo seguía con 18, pero a punto de 19. Mongo subió a 11. También nos mejoraron varias habilidades a todos.

Cuando pusimos rumbo al pueblo de nuevo, vi el punto blanco de un PNJ rodeado por un grupo grande de equis a una manzana de distancia. Estaba justo por fuera de la ciudad, al otro lado de la

muralla. El punto desapareció en el interior del pueblo y luego apareció fuera otra vez. Había otra equis junto al PNJ. Al otro lado de la valla, y dentro de los límites de la ciudad, se encontraba una pareja de guardias. No sabía qué era lo que estaba pasando, pero si los guardias no se movían no podía tratarse de algo ilegal.

—Vamos a ver qué ocurre —comenté.

—Esto no me da buena espina —aseguró Dónut. Mongo gruñó para indicar que estaba de acuerdo. Avanzamos por la calle y enfilamos hacia el PNJ.

—Oh, Carl —dijo la gata mientras nos acercábamos—. ¿Sabías que era ella?

—No —comenté—. Pero el sistema sí que sabía que íbamos a tomar este camino.

Era GumGum la orca. Miré cómo la mujer grande tiraba sin esfuerzo alguno un cadáver a una pila de ellos que había en mitad del camino. Era una mezcla de humanas, orcas, elfas y enanas. Habría unas quince, unas encima de otras.

Intenté examinar a una de las PNJ muertas, pero el sistema por suerte las agrupó.

> Montaña de prostitutas muertas.
> Qué situación tan incómoda, ¿verdad?

Todos los cadáveres parecían ser de mujeres. Y todos llevaban ropa provocativa. Estaban retorcidos y en posturas extrañas, como si la causa de la muerte hubiese sido que las había agarrado un gigante para escurrirlas como un trapo. Una de ellas, una enana, no parecía tener cabeza. De la pila rezumaba un menjunje del color del barro.

—Bueno… —dije mientras daba un paso al frente. GumGum se asustó y se dio la vuelta al momento para mirarme—. Esto es algo que no se ve todos los días, la verdad.

—Aventurero —saludó la mujer. Se limpió las manos en la camisa. Al hacerlo, le quedó una mancha marrón en la tela—. Esperaba verte hoy cuando volvieses. Vi que tu grupo había salido por la mañana.

—¿Y se te ocurrió saludarnos con una montaña de prostitutas en estado de putrefacción? —inquirió Dónut—. No sé de dónde eres,

pero nosotros somos criaturas refinadas que hemos dejado de usar los cadáveres como excusa para romper el hielo con los demás. La próxima vez, invita a Carl a un batido. Le gustan los batidos.

—Estas son las mujeres que he encontrado hoy —explicó GumGum—. Algo las está matando y no sabemos qué es. Tampoco tenemos ni idea de quiénes son ellas. No son de este pueblo. Las encontramos en las callejuelas, desperdigadas por ahí todas las mañanas. La mayoría no tienen sangre en el cuerpo. —Se limpió las manos en el pantalón—. Pero está claro que algo les queda. Las apilamos por fuera para que los erizos callejeros se encarguen de ellas. El problema es que las encontramos todos los días. A veces solo son una o dos, pero otras son muchas, como anoche. —GumGum respiró hondo, y me di cuenta de que estaba reprimiendo las lágrimas—. No está bien. A los avecelestes les da igual mientras retiremos los cuerpos. Los guardias no trabajan por la noche. Pero son personas y acaban de morir. Y no sé por qué. ¿Podríais ayudarme?

—Oh, oh —dijo Dónut un momento antes de que nos llegase la notificación.

> Nueva misión. Las trabajadoras sexuales caídas del cielo.
> Prostitutas. Acompañantes. Trabajadoras de la calle. Señoritas de la noche.
> Da igual cómo las llames, porque las tipas están criando malvas. Están requetemuertas. Y todas las mañanas aparecen más desperdigadas por el pueblo. Nadie sabe quiénes son ni de dónde vienen. Descubre qué está pasando.
> Recompensa: Recibirás una caja de misión de plata.

—¿De plata? —dijo la gata—. En la última misión era de oro.

—En la última había una pareja de élites y un jefe de ciudad. Esta tiene que ser más fácil —dije. Me incliné hacia delante y examiné uno de los cadáveres. Era humana. Tenía heridas muy llamativas en los hombros. Casi no las había visto, porque le habían retorcido el cuerpo entero y tenía la pelvis girada hacia la dirección contraria. La orca que se encontraba junto a ella tenía las mismas heridas. Todos los cuerpos pálidos parecían brillar a luz tenue del día.

—Pues Mordecai se va a enfadar —aseguró Dónut.

—Veremos lo que podemos hacer —le dije a GumGum antes de girarnos y enfilar hacia el pueblo. Después de cruzar las puertas, recordé lo que Mordecai me había dicho la noche anterior. «No puedes salvarlos a todos».

—No te preocupes —le dije a Dónut cuando GumGum no podía oírnos—. Hoy nos ha ido bien. No voy a dejar que una misión lo estropee todo.

—Eso es justo lo que dijiste la última vez —replicó la gata.

15



ENTRANDO EN EL CLUB DESPERADO

La primera de las estancias del llamativo y estridente club Desperado estaba abierta a todo el mundo. Y llena de gente.

El exterior del edificio parecía sacado directamente de la Nueva York de 1920. Era cuadrado, con columnas de hormigón y un punto de apoyo semicircular adornado con una especie de rayos de sol triangulares, todo parecido al estilo arquitectónico de la parte superior del Empire State. El club ocupaba una calle entera y se alzaba seis pisos sobre el suelo. El logo de neón brillante no dejaba de girar sobre él.

—Este lugar parece demasiado grande para un pueblo de este tamaño —dije mientras entrábamos en la sala principal tras pasar junto a un segurata aburrido que era un monstruo de piedra.

—Hay dos clubes principales en la Ciudad Epigea —explicó Mordecai—. El club Desperado y el club Vencedor. Lo normal es que si puedes entrar en uno no puedas entrar en el otro. Conseguir entrar en este es más fácil. El club Vencedor parece más un club de campo en el que unos ancianos se sientan en sillas de cuero, fuman pipas y sueltan algún que otro chiste racista. Este lugar es más bien una mezcla de Las Vegas, el Mardi Gras y las discotecas de los años setenta.

—Pues suena mucho mejor que el otro —comentó Dónut. Se me había subido al hombro y no dejaba de mover el cuello arriba y abajo, lo que me confirmó que estaba muy emocionada.

—Sí, créeme que lo es —aseguró Mordecai.

—Me gustaría probar una de las bebidas preferidas de la señorita Beatrice. Creo que era Sex on the Beach o té helado Long Island. O aquel… ¿Cómo se llamaba, Carl? Siempre decía que era su kriptonita.

—El Dirty Shirley.

—Ese. Quiero probar ese.

—Los gatos no beben cócteles.

—Los gatos tampoco disparan rayos láser por los ojos, Carl, pero así estamos. Mami necesita una noche libre.

Seguimos a Mordecai por el bar atestado de gente, varios PNJ y también mazmorreros. Me dio la impresión de que éramos objeto de todas las miradas. Los mazmorreros no dejaban de fijarse en nosotros, y los PNJ hacían lo propio con Mordecai.

—A Mongo le encantaría este lugar —comentó Dónut con tono melancólico, posada en mi hombro. El dinosaurio había rugido con rabia cuando la gata lo había metido en el transportín.

—Es muy probable, sí —convino. Miré a uno de los seguratas fornidos y con piel de roca que había en un rincón—. Pero nunca lo sabremos.

—La primera estancia es exclusiva de este pueblo —explicó Mordecai—. Cualquiera que se encuentre en este lugar puede entrar en ella. No se necesita pase alguno. Los mazmorreros que aún no lo tengan, pueden estar aquí y aceptar misiones para conseguir el tatuaje.

Nos acercamos a una puerta roja y reciente que había en el fondo. La franqueamos y llegamos a un pequeño vestíbulo que llevaba a otra puerta. Frente a esta segunda puerta y sentado en una silla había un monstruo con cara de lagarto. Era una criatura de la misma especie que el mazmorrero que habíamos visto en el episodio resumen, el de la escopeta recortada.

Clarabelle. Cocodriliana. Nivel 40.
Empleada del club Desperado.
Se trata de un PNJ no combatiente.
Los cocodrilianos son una especie inteligente, de piel dura y semiacuática. No suelen ser el lápiz más afilado del estuche, pero sin duda son más listos que sus primos más pequeños, los trogloditas. Normalmente, trabajan como mano de obra o

como sicarios para organizaciones legales o no tan legales de todo el universo.

—Hola, Mordecai —dijo Clarabelle—. Ya sabes que no me engañas con tus disfraces.

—Si no tengo control sobre ello, no se le puede llamar disfraz —respondió él con indiferencia. Después, esbozó una gran sonrisa. Se inclinó hacia delante y le dio un beso en ambas mejillas a la segurata—. ¿Cómo va el ambiente?

—Pues bastante muerto, pero al menos hay más gente que ayer por la noche. —La mujer nos miró a Dónut y a mí de arriba abajo—. Os he visto en el episodio resumen. ¿Dónde está vuestra mascota?

—¿Mongo? —preguntó Dónut—. ¿Conoces a Mongo? ¡Le hubiese encantado saber que tiene una fan! Está en el transportín. ¿Quieres que lo saque?

—No. No lo dejes salir. Me alegro de que tengáis un transportín. La sala de mascotas suele estar fuera de servicio. No queremos otro incidente como el de anoche. Veo que tenéis un pase. El bar y la pista de baile están abiertos. El casino aún no está listo, pero es muy probable que encontréis la manera de echar una partida de cartas si buscáis bien. Lo abriremos dentro de unos días.

—Gracias, Clarabelle —dijo Mordecai, que le dio unas palmaditas en el hombro. Después le tiró una moneda de oro. Cruzamos la puerta.

—Madre mía —exclamé un momento después al echar un vistazo por la estancia. Tuve que gritar para que me oyesen—. ¿Y eso lo considera «muerto»?

Habría unas doscientas personas de todas las formas y tamaños en la primera habitación. Un dubstep retumbante atronaba en la discoteca y unas luces estroboscópicas brillaban por todas partes. El suelo no dejaba de temblar y un humo brotaba en los rincones.

Mordecai trazó un círculo en el aire con un dedo y dibujo una aureola a su alrededor. Una burbuja translúcida le cubrió la cabeza, lo que hizo que se pareciese a Zev con su escafandra de traje espacial. Me indicó que hiciese lo mismo. Tracé un círculo con el

dedo alrededor de mi cabeza y algo la cubrió. Dónut repitió el gesto con la pata.

La práctica totalidad del retumbar de la música desapareció al formarse la burbuja. Aún se oía, pero ahora era poco más que ruido de fondo. Empecé a oír otra cosa. Eché un vistazo alrededor y vi que eran pocas las personas de la discoteca que tenían burbujas en las cabezas, pero distinguía sus conversaciones como si estuviésemos en una cafetería no muy ajetreada.

—Hay varios tipos de burbujas de privacidad —explicó Mordecai—. Este es el más básico. Puedes hablar con cualquiera que se encuentre en la habitación sin tener que gritar. La mayoría de las discotecas os darán acceso a este conjuro o a uno similar.

—Qué raro —comenté. Clavé el dedo en la burbuja y estalló. Volví a oír la música atronadora y me asusté, por lo que volví a crear una al momento.

—Esta es la estancia principal del club Desperado —dijo Mordecai —. Encontraréis varias estancias que llevarán a zonas diferentes. La mayoría de ellas estarán indicadas con carteles de neón flotantes con ese estilo propio de un bar clandestino de los años 20 del siglo pasado. Veréis que todo recuerda a ese retrofuturismo tipo *Blade Runner*. De las doscientas personas que se encuentran en la pista de baile ahora mismo, gran parte son PNJ. También he visto a algunos mazmorreros desconcertados deambulando por aquí. Y me ha aparecido en el mapa el típico punto blanco con una cruz, lo que significa que hay algún que otro élite por la pista de baile.

—Este lugar se encuentra en otro plano de existencia fuera de la discoteca. Podría decirse que es lo mismo que mi sede gremial. Cuando entráis en la zona para miembros, accedéis a la misma estancia que todos los que entren en el club, independientemente del lugar del piso donde se encuentren. Por lo que estos mazmorreros que veis por aquí vienen de todos los rincones de la Ciudad Epigea. Pero cuando os marchéis, saldréis por donde habéis entrado. No se puede usar el club como una ubicación de viaje rápido. Normalmente.

Nos acercamos a un reservado. Los cuatro PNJ elfos que había sentados se levantaron de un brinco. Rompieron sus burbujas y se

dirigieron hacia la pista de baile, lo que nos dejó la mesa libre.

—Gran parte de estos PNJ son bots —siguió explicando el íncubo —. Siempre va a dar la impresión de que el club está lleno de gente, pero no es más que una ilusión. Si la criatura que veis es joven, fuerte o está semidesnuda y es atractiva, es muy probable que se trate de un bot. No llegan ni a PNJ normales. Podéis bailar con ellos. Incluso follároslos si tenéis dinero. Pero su conversación es muy rudimentaria y no existen fuera del club. Cuando un PNJ o un mazmorrero de verdad entra por esa puerta, uno de los bots desaparece, y viceversa.

—Curioso —dije mientras no dejaba de mirar alrededor. Conté unos diez mazmorreros y tres élites. Cada uno de esos élites estaba hablando con algún mazmorrero, lo que hizo que se me erizara el vello de la nuca.

Dónut saltó para subirse a la mesa.

—¿Cómo has entrado? —preguntó—. ¿También tienes un tatuaje?

Mordecai asintió.

—Tenía un pase en mis tiempos. Ya me conocen por aquí.

Una mujer PNJ de piel azul con una burbuja de privacidad se colocó junto a la mesa. No tenía nombre flotando sobre la cabeza, sino la palabra CAMARERA.

—¿Os apetece beber algo?

—Yo quiero un Dirty Shirley —respondió Dónut—. Y tendrás que servírmelo en un cuenco.

—Será un placer, majestad —dijo la camarera.

—¿Tenéis alcohol de la Tierra? —pregunté.

—Por supuesto, cielito. ¿Qué te traigo?

—Una botella de bourbon.

La mujer arqueó una ceja.

—Eso puede costar entre 10 y 1.000 monedas de oro. No va incluido en tus cupones de bebida.

—Pues tráeme una de 50.

La camarera asintió, momento en el que me fijé en el humo que cubría la habitación enorme en la que nos encontrábamos. Las luces

lo iluminaban. No olía bien, pero sentí cómo el pecho se me constreñía con una sensación muy familiar.

—¿Tenéis cigarrillos?

—Ni te lo plantees —replicó la gata al momento—. No tienes permitido fumar.

La camarera negó con la cabeza.

—Lo siento, cielito. No tenemos tabaco de la Tierra. Lo que sí tenemos son palitos luminosos. ¿Quieres que te llame a un boticario?

No tenía ni idea de lo que era un palito luminoso, pero sabía que una nueva adicción era lo último que necesitaba.

—No, olvídalo —dije con un suspiro.

—Espera. ¿Quién es el boticario que está de turno? —preguntó Mordecai—. ¿Quint?

—Quint está trabajando, sí.

—Dile que venga —comentó el íncubo—. Y a mí me traes una jarra de Hidromiel de la Emperatriz.

—Perfecto —dijo justo antes de marcharse.

—¿Qué narices es un boticario? —pregunté—. ¿Y un palito luminoso?

—Ah. Pues es un camello —explicó Mordecai—. Y te recomiendo que no te acerques siquiera a los palitos luminosos. Son alucinógenos y muy adictivos. Adictivos a nivel mágico. No te los recomiendo.

—¿Y entonces por qué le has dicho que avise a un boticario?

—Es un viejo amigo —aseguró Mordecai.

—¿Estamos seguros aquí dentro? —pregunté mientras esperábamos.

—Este lugar no es una estancia segura, aunque la seguridad es muy buena en el interior. Pero solo aquí. En el club hay muchos recovecos y no hay seguratas en ningún otro sitio. Excepto en el casino.

Alcé la vista a los carteles de neón que llevaban a otras zonas. Había tres apagados, pero se podían leer igualmente. Uno rezaba CASINO, otro EL COTO DE CAZA y el tercero GREMIOS A GOGÓ. En los

iluminados se leía ZORRAS, DESFILE FÁLICO, TRABAJOS, LA RUTA DE LA SEDA Y BAÑOS.

Había una novena puerta, pero esa no tenía cartel. Un monstruo de roca protegía la entrada. Vi salir a una camarera y me di cuenta de que daba a la parte trasera.

Como había visto primero los carteles de Zorras y Desfile Fálico creí que eran los baños, pero luego vi el cartel de los servicios.

—¿Y esos sitios qué son? —pregunté.

—En Zorras hay un club de estriptis y un burdel. Desfile Fálico es lo mismo, pero para la gente que prefiere hombres. No entres ahí, y menos aún en este piso. Acabarás apuñalado. Además, los espectadores suelen burlarse de los mazmorreros que entran en esos sitios.

Me vino a la cabeza de inmediato la nueva misión de las prostitutas. Mordecai había negado con la cabeza cuando le conté que la teníamos y luego nos dijo que la ignorásemos. La misión desaparecería cuando abandonásemos el piso.

—En Trabajos conseguiréis misiones —continuó el íncubo—. Estas suelen ser asesinatos de PNJ o trabajos relacionados con robos. La Ruta de la Seda es un mercado e iremos dentro de poco. En Gremios a gogó hay varias sedes gremiales de dudosa legalidad, como el gremio de explosivos. Hay algunos gremios disponibles en este piso, pero los más especializados no lo estarán hasta más tarde, por lo que esa sección aún no está abierta.

—Un momento. ¿El club Desperado estará disponible en los pisos inferiores, en el cuarto y en el quinto? ¿Y esas escaleras llevan de verdad al Coto de Caza?

—Sí y sí —respondió Mordecai—. Pero el club será mucho más difícil de encontrar en esos pisos. Cuando entréis, volveréis a aparecer en esta habitación, igual que os ocurre con mi sede gremial. Las escaleras al Coto de Caza se abren una vez lleguéis al sexto piso. Solo podréis usarlas cuando hayáis llegado a él. El Coto de Caza es un nivel mucho mayor que este. Y algo muy interesante les ocurre a los mazmorreros que llegan hasta allí. Os lo explicaré en otra ocasión.

Vi cómo un grupo de humanos mazmorreros seguían a un élite de algo más de dos metros y con cabeza de elefante y entraban en Zorras. Me dieron ganas de levantarme y decirles que no lo siguieran hasta ahí, pero justo en ese momento volvió la camarera seguida del boticario.

La mujer dejó las bebidas frente a nosotros. Para mí, un vaso y una botella a la que sospechosamente le faltaba la etiqueta. Para Dónut, un cuenco lleno de vodka rojo y brillante con tres guindas. Los olisqueó y torció el gesto.

No le presté mucha atención a las bebidas, ya que me quedé mirando al camello pequeño y flotante llamado Quint.

La parte superior de su cuerpo era la de una zarigüeya con dientes afilados y ojos pequeños y redondos. La parte inferior de la criatura era un remolino imparable, como si se encontrase dentro de un tornado en miniatura. Giraba y giraba por el suelo y sentí el viento del pequeño ciclón en las piernas. A diferencia de la camarera, este tipo sí que tenía descripción.

> Quint. Semidjinn y semicascarrabias de la basura. Nivel 75.
> Boticario del club Desperado.
> Se trata de un PNJ no combatiente.
> Los semidjinn son comunes en el Coto de Caza y otros niveles de ambientación boscosa de *Planeta mazmorrero*. Nadie sabe a ciencia cierta por qué hay tantos mestizos de djinn por el mundo, pero una teoría sugiere que un improperio en el momento menos adecuado es la causa de esta explosión demográfica. Los rumores parecen indicar que una persona que estaba en posesión de la lámpara de un djinn y de sus tres deseos exclamó: «¡Que le den a este bosque!», «¡Que le den a este piso!» y «¡Que os den a todos!» o algo parecido, palabras que el djinn esclavizado se tomó al pie de la letra. El resultado fue que la mazmorra quedó llena de criaturas que eran mitad djinn y mitad cualquier especie que se encontrase en el bosque. Muy pocas de ellas son inteligentes. Y menos aún están cuerdas. Son unos cabroncetes muy peligrosos.
> Se dice que si matas a muchos de ellos su papaíto irá a por ti.

—He perdido la cuenta de los años que han pasado, viejo amigo —saludó Quint, que miró a Mordecai de arriba abajo. Tenía un voz sorprendentemente grave y cavernosa, como si fuese un niño callejero británico esforzándose por imitar a Batman—. Creía que te

habían liberado hace varias temporadas. Me puse muy triste porque creí que no habíamos podido despedirnos.

—Hola, Quint —dijo Mordecai—. Ahora estoy de representante. Esta es Princesa Dónut, mi protegida. El tipo este es Carl, que está en el grupo de Dónut.

—Encantado de conoceros a ambos —dijo Quint—. Mordecai era uno de mis mejores clientes en los viejos tiempos. Conque representante, ¿eh? Qué suerte. Te envidio. Será genial ser inmortal. —Se quedó en silencio y miró hacia arriba—. Que te calles. No les estoy diciendo nada que no sepan ya.

—Quint también era mazmorrero, como yo —explicó Mordecai—. Y eligió voluntariamente esta especie. En realidad, es originario de… un mundo de los orcos, ¿verdad? No me acuerdo bien. Espera, no digas nada. No quiero que tengas problemas con la IA.

El camello negó con su cabeza de comadreja.

—Ser representante tiene que ser una pasada de trabajo, la verdad. Sin tener a una IA que te controla en todo momento. —Volvió a mirar hacia arriba—. Porque a esa niñera de mierda se le da muy bien ser una zorra cuando quiere. —Me señaló el pecho con una de sus garras—. Será mejor que ni os molestéis en intentar llegar a un acuerdo en el décimo piso, ¿me habéis oído? Si pudiese volver a elegir, habría bajado al undécimo. Ahora, ten en cuenta una cosa, guapa —le dijo a Dónut—. Tienes al representante más sabio que hay en toda la mazmorra. Te aconsejo que hagas caso a sus comentarios, ¿vale?

Dónut miró a Quint con ojos entornados.

—¿Cómo decías que te llamabas? ¿Y por qué flotas? —Me miró—. Carl, ¿qué es esto? ¿Un oso hormiguero parlanchín?

«Joder».

—¿Solo le has dado dos sorbos al cóctel y ya estás borracha? —pregunté mientras abría su ficha.

—No me ha gustado. Me comí las guindas. El vodka sabe fatal. —Extendió una pata para mojársela un poco y se la lamió—. Me niego a beber este mejunje que parece bilis —dijo antes de inclinarse para darle un sorbo.

—No te preocupes. Quint tiene una poción que le quitará la borrachera al momento —comentó Mordecai—. ¿Verdad, Quint?

—Claro que sí, colega —dijo la criatura—. ¿Necesitáis otra cosa? Tengo prácticamente lo mismo. Mi mercancía es más cara que la de esos cretinos de la Ruta de la Seda, pero es de más calidad.

—Te puedo asegurar que es mejor, sí —convino Mordecai—. Pero Dónut tiene Carisma 76 y también ha elegido una clase de mercader, lo que significa que podrá comprarla por una cuarta parte de tu precio. —Mordecai, que no perdía oportunidad para enseñar cosas, se giró hacia mí—. Las bonificaciones de Carisma no funcionan con los semigenios.

—Djinn. Nada de genio, colega —lo corrigió Quint—. Ya sabes que no me gusta.

—Te ofrezco un trato —dijo el íncubo—. ¿Sigues teniendo el kit de iniciación? ¿Te hace un trueque?

Los ojos de la comadreja empequeñecieron aún más.

—Claro que sí, pero no esperaba que alguien pudiese llegar a permitirse poder hacerlo hasta llegar al quinto o al sexto piso. ¿Qué tienes para intercambiar tan pronto?

Mordecai me envió un mensaje privado. Un momento después, dos botellas del aguardiente de Beneficios Ya aparecieron sobre la mesa. Las había usado bastante en los enfrentamientos, pero tenía un alijo aparte que podía vender. Me quedaban veintitrés botellas, sin incluir las dos que acababa de dejar sobre la mesa. También tenía diez jarras explosivas en el inventario.

—No puede ser —dijo Quint mientras las olisqueaba—. Esa puta de Krakaren dijo que esta temporada no iba a preparar más de esto.

—Pues lo estaban preparando —aseguró Mordecai—. Y Carl y Dónut son la razón por la que se interrumpió el suministro. Se quedaron con todas las botellas que quedaban.

Técnicamente, no era verdad. Había al menos un mazmorrero más que se había hecho con el aguardiente. Aún no había recibido más regalías después de aquellas primeras monedas, pero haberlo hecho al menos una vez solo podía significar que alguien había conseguido botellas que había transformado en jarras explosivas.

—Que sean cuatro y hay trato —dijo Quint.

—Te daremos tres, y tú nos darás esa poción que hace que el mundo deje de dar vueltas —comentó Dónut con voz soñolienta. No me había dado cuenta de que la gata estaba atenta a la conversación—. Caramba, Carl. Creo que voy a vomitar. No me avisaste de que podía pasar esto.

Volvió a beber y luego empezó a gruñir sin dejar de mirar el cuenco.

—Trato hecho —dijo Quint.

—Un momento. ¿Qué cojones estamos comprando? —pregunté.

—Un kit de iniciación —explicó el camello—. Es un maletín que contiene todo lo que necesitáis para empezar vuestro propio emporio farmacéutico. Podéis convertiros en los próximos peces gordos de la mazmorra. Pero no vendáis nada en mi territorio, ¿eh?

Hizo una pistola con los dedos y fingió dispararme.

—Confiad en mí —dijo Mordecai—. No estoy comprando todo esto por las risas. Quiero que tengáis un buen surtido.

—¿Necesitáis una mesa? —preguntó Quint cuando terminamos la transacción. Tenía un inventario de mercader que se parecía mucho al mío. El maletín en realidad era un cofre grande. Había tenido que quitar la botella que había pedido en el bar de la mesa para que cupiese. Estaba hasta arriba de productos químicos y hierbas. Mordecai lo abrió y empezó a rebuscar en el interior.

—¿Una mesa de alquimia? —pregunté—. No. Ya tenemos una.

—Pues servíos. ¿Necesitáis algo más? Se dice por ahí que buscas tabaco de la Tierra. No tengo ahora mismo, pero podría conseguirte.

—Oye —dije a la comadreja mientras Mordecai seguía rebuscando en el cofre—. ¿Qué pasó anoche por aquí? La segurata de la puerta dijo que había tenido lugar un incidente con una mascota o algo así.

—Ah, sí —respondió Quint—. Fue una locura. Entró una mujer, una mazmorrera como tú. No recuerdo cómo se llamaba su especie. Era algo que no había visto antes. De aspecto humano y muy atractiva, pero con una pata de cabra. Pues también tenía dos mascotas que eran perros. Los llevó a la sala de mascotas y las cosas se salieron de madre. Los monstruos mataron a dos empleados y a otra mascota, para luego escaparse a la pista de baile y empezar a morder y a gruñir. Los seguratas se dispusieron a actuar, pero su

propietaria lanzó un conjuro que paralizó toda la estancia. Nunca había visto algo parecido. Una mazmorrera del tercer piso lanzando un conjuro tan poderoso. Bueno, pues que se quedaron todos paralizados y la mujer robó unas botellas de tequila de detrás de la barra mientras sus perros se dedicaban a morder a unos bailarines. Después sacó una maza del inventario y le destrozó la sesera a un gnoll élite que había estado hablando con ella. Por suerte, no mató a ninguno de los seguratas. Tendrías que haber visto este lugar poco después. La sala de mascotas no va a abrir hasta dentro de una semana. La mujer escapó, pero no volverá a entrar por aquí. Le han retirado el pase, gracias a los dioses.

—Madre mía —dije—. Esa tiene que ser Lucia Mar.

—Esos perros no me gustan nada —dijo Dónut arrastrando las palabras—. Rottweilers de mierda. Son casi peores que los cocker spaniels. Se creen unos listillos.

«Cagondiós, Dónut».

—No digas esas cosas en voz alta —advertí.

—No encuentro raíz de brin —dijo Mordecai, que no había sacado la cabeza del cofre.

—Ya… Es difícil de conseguir —aseguró Quint—. Pero te he puesto dos viales de savia de bujold. Es más estable, la verdad.

Mordecai gruñó y cerró el cofre. Asintió, momento en el que yo saqué una tercera botella de aguardiente. Desparecieron al momento, y yo cogí el maletín. También apareció sobre la mesa una poción antialcohol Pelo del perro y tres palitos de regaliz.

—A eso invita la casa —dijo la criatura con una sonrisa en el gesto, refiriéndose al regaliz—. No es tabaco de la Tierra, pero quizá te apetezca probarlo.

> Palito luminoso.
> Es como una golosina, pero para tu mente. Si te lo comes, tu Inteligencia aumentará temporalmente en 5 puntos. Si te lo fumas, hay un 15 % de probabilidades de que tu Inteligencia aumente en 1 punto de forma permanente.
> Puede que tenga uno o dos efectos secundarios. O tres.

Guardé los palitos en el inventario antes de que Mordecai pudiese decir nada. No tenía intención de usarlos, pero uno nunca sabía

cuándo podían llegar a ser útiles. Dónut cogió la poción, se la tomó y volvió a estar sobria al instante. Miró con gesto pensativo el cuenco con su bebida alcohólica, que seguía medio lleno, pero lo coloqué fuera de su alcance.

Me dio la impresión de que estaba a punto de objetar, pero luego se enderezó.

—Carl, Carl, acabo de recibir una notificación. ¡Dice que ya puedo abrir la caja de aficionado!

—Vale. Lo haremos cuando hayamos terminado aquí —le aseguró. Un momento después recibí la misma notificación.

Mordecai y Quint seguían hablando, pero me di cuenta de que al íncubo no le apetecía mucho la conversación. Tenía claro cuál había sido la verdadera razón para venir a este lugar. Estaba reuniendo una reserva de suministros para la creación de pociones para cuando llegásemos al cuarto piso, donde podríamos dejarlo con la mesa de alquimia.

Dejé el vaso a un lado y empecé a beber directamente de la botella de bourbon barato mientras Dónut se estallaba la burbuja y se dirigía hacia la pista de baile. Los bots PNJ rieron y aplaudieron cuando la pequeña gata empezó a brincar por el lugar. Un PNJ ogro enorme se puso a saltar a su alrededor, momento que ella aprovechó para saltar sobre su hombro antes de pasarse varios minutos dando vueltas y vueltas por el lugar, riendo descontrolados.

Mordecai y yo los miramos durante un rato sin decir nada.

—¿Por qué te enfadaste tanto cuando Dónut te eligió como representante? —pregunté a Mordecai—. ¿Tan horribles somos?

No dijo nada en un primer momento. Bajó la vista a la bebida.

—No es por vosotros —respondió al fin—. Es complicado. Cuando deje de ser vuestro representante, seré libre. Tendré un salario y podría viajar libremente por el universo.

Me sentí aliviado. No me había dado cuenta hasta ahora, pero se me ocurrió que quizá habíamos saboteado sin querer sus esfuerzos por alcanzar la libertad.

—Pero eso es justo lo que dijiste que iba a pasar de igual manera, ¿no? —pregunté.

—Lo sé —continuó Mordecai. Alzó la vista y me dedicó una sonrisa triste—. Como he dicho, es complicado y no tiene nada que ver con vosotros.

—Ese tío dijo que ahora eras inmortal. ¿Es cierto?

—Más o menos —respondió el íncubo—. ¿Sabes esa armadura ridícula que trae Zev cuando nos visita? Es porque en los tres primeros pisos no hay equipo de seguridad. Nadie sabe por qué. Es muy probable que sea por el presupuesto. Pero, a partir del cuarto, se activa la seguridad del sistema. No para vosotros, claro, sino para los empleados. Y para los turistas. Además de para unos pocos PNJ, como los representantes.

—Entonces… ¿es como si estuvieras en una estancia segura siempre?

—No —respondió Mordecai—. En las estancias seguras te protegen de los ataques y aquellos que lo intentan reciben un castigo. Evitan que salgas herido. La protección del sistema es diferente. Es mejor y peor al mismo tiempo. Peor porque te pueden hacer daño, sigues sintiendo dolor y la posibilidad de morir está ahí. Y también mejor porque cuando mueres y la protección del sistema está activa, no despareces en realidad. Te expulsan del juego. Tu cuerpo se transfiere fuera de la mazmorra. Antes, como maestro gremial, no me hubiesen ofrecido seguridad alguna. El contrato es así. Y tampoco estoy protegido ahora hasta que salgamos de este piso. Pero a partir del cuarto, los representantes tenemos un paquete de protección. Es el mismo que tendrán los turistas que acudan a la Guerra de Facciones en el noveno piso. Pueden matarme, pero no moriré en realidad. Solo me expulsarán del juego. Por eso tampoco podría decirse que para Dónut y para ti sea inmortal.

—Pero ¿por qué se protege a los representantes y no a los maestros gremiales? No tiene sentido —aseguré—. Tendría que ser al revés.

Mordecai se encogió de hombros.

—Al principio, los representantes tenían permitido luchar junto a sus tutelados. Y, cuando morían, volvían a estar disponibles de nuevo en el piso siguiente. Pero eso solo duró una temporada o dos.

Ahora, si muero como representante, podría decirse que la temporada se acabará para mí. Y mientras Dónut llegue al cuarto piso, también habré cumplido con mis otras obligaciones. Tendré libertad para marcharme. El sistema tampoco protege a los demás PNJ, como a los maestros gremiales o los mercaderes. Como te he dicho, es por el presupuesto. Somos muchos. Son muchos. Creo que también protegen a algunos jefes, ya que a veces tendréis que enfrentaros a versiones más difíciles más adelante. Pero a nadie más.

«Joder».

—Entonces… ¿Podrías dejarte atropellar por un buldócer asesino en el cuarto piso y ahí acabaría todo para ti?

—Así es —respondió—. Pero no te preocupes. Nos dan incentivos para no hacerlo. Cuanto más tiempo sobreviva Dónut, más dinero conseguiré. Está escrito en las normas. El salario que voy a recibir como maestro gremial es muy bajo, pero el que me dan por ser representante es mucho mayor. Cuanto mejor lo hagáis, más dinero cobraré cuando sea libre. En los pisos posteriores al noveno la cantidad se vuelve obscena.

Suspiró y miró a Dónut. La tiara púrpura de la gata relucía con las luces estroboscópicas de la pista de baile.

Yo le seguí dando vueltas a mi primera pregunta. ¿Por qué estaba enfadado porque lo hubiésemos elegido como representante? ¿Y por qué Odette sabía que se iba a molestar? Me faltaba información, información importante, pero sabía que no iba a sonsacarle nada más. Al menos por el momento.

—Vayamos a dar una vuelta por la Ruta de la Seda —dijo de repente—. El episodio resumen está a punto de empezar y quitan la música cuando empieza. Además, será mejor que salgamos de aquí antes de que empiece la segunda parte del programa, porque si volvéis a aparecer los bots empezarán a rodearos, a pediros autógrafos y a invitaros a bailar. Si llegamos a eso, nunca conseguiremos sacar de aquí a Princesa Dónut.

16



La Ruta de la Seda tenía el aspecto de un mercadillo de pueblo. Era una estancia alargada y prácticamente vacía con una única hilera de puestos. Las mesas estaban llenas con una mezcla ecléctica de objetos, pero había espacio para unas cinco o seis hileras de puestos más.

—Esta estancia tiene una copia en el siguiente piso —comentó Mordecai al entrar. Dónut iba sentada en mi hombro, moviendo la cabeza al ritmo de la música que aún resonaba a través de la pared —. Tanto este mercado como el del piso siguiente terminarán por estar llenos de mercaderes. Aún no hay muchos por aquí.

Pasamos junto a puestos que vendían pociones negras y burbujeantes, así como objetos mágicos redondos llamados «Escudo araña» que costaban doscientas mil monedas de oro. Los vendedores conformaban una mezcla heterogénea de especies, desde goblins bajitos a figuras altas y con túnicas de las que sobresalían cuatro pinzas de cangrejo.

En el fondo de la habitación había un puesto apartado y rodeado por cinco o seis espacios vacíos. Cuando nos acercamos, supe muy bien qué era lo que vendía. Varias notificaciones flotaban sobre los objetos que se encontraban en las mesas del mercader.

—Hay un puesto doble que se suele montar junto a ese, pero no aparecerá hasta el cuarto piso. Ahí venden suministros para trampas. Os lo comento porque quería asegurarme de que lo supieseis —explicó Mordecai—. La propietaria es un poco rara, pero

inofensiva. Ahora, dadme quinientas monedas de oro para comprarle cosas a ese alquimista de allí mientras vosotros os acercáis. —Se quedó un momento en silencio—. Tenéis que causarle buena impresión a esa mujer, porque la vais a ver muy a menudo.

La tienda se llamaba HOBGOBS Y PALITOS EXPLOSIVOS. Examiné a la propietaria.

Pústula. Hobgoblin. Nivel 30.

Era la primera hobgoblin a la que veíamos con vida. Medía un metro ochenta de alto y se parecía mucho al ejemplo de hobgoblin que nos habían mostrado mientras elegíamos especie: un goblin grande y musculado que era muy difícil de mirar. Tenía una llaga abierta en la mejilla, en la que burbujeaba un mejunje negro y verde. El pus se le resbalaba por la cara hasta el hombro y le manchaba la camisa, que era andrajosa y con el dibujo de un unicornio con gafas de sol. Hedía a podredumbre y enfermedad. Tragué saliva. Aún tenía la botella de bourbon en la mano, así que le di un sorbo para dejar de oler a esa cosa.

—Carl —susurró Dónut—. Es fea. Es horripilante.

—También tengo muy buen oído —dijo la hobgoblin, con una voz sorprendentemente femenina. Hice un mohín—. ¿Habéis venido a buscar explosivos?

En las mesas había varias cajas llenas de dinamita goblin y dinamita hobgoblin, así como detonadores y otros cachivaches que no había visto nunca, como unos explosivos planos como tortitas que, básicamente, eran minas Claymore. La potencia y la estabilidad de las minas era impresionante, pero costaban cinco mil monedas de oro cada una.

También vendía barriles de pólvora y algún que otro producto químico de los que yo ya tenía. Una caja de dinamita goblin contenía veinticinco cartuchos y costaba quinientas monedas. Los cartuchos hobgoblin se vendían a veinte por dos mil monedas, lo que era un atraco a mano armada.

—Tengo dos preguntas —dije—. ¿Vendes explosivos más pequeños, preferiblemente con forma de pelota? Y la otra: ¿tienes

bombas de humo que no sean una mierda?

La hobgoblin se rio.

—La respuesta es sí a ambas, aunque justo hoy no tengo en stock. Y, efectivamente, las bombas de humo goblin son una mierda. No entienden la química que tienen detrás, por lo que lo único que hacen es crear una humareda en forma de pequeño cono durante un breve espacio de tiempo. Son buenas en espacios cerrados, pero si hay ventilación distraerías más a los enemigos sacándote la chorra allí mismo. —Se rio por el chiste absurdo que acababa de hacer. La risa tenía un deje demente, algo que me hizo sentir muy incómodo —. Una cortina de humo hobgoblin funciona mucho mejor y no son caras, pero no tengo ninguna por aquí ahora mismo. También tengo bombas redondas, que llamamos hobombas. Tanto con mecha como de las que se activan mágicamente al impactar. Ahora solo tengo una caja de las que vienen con mecha. Tienen un octavo de la potencia de un cartucho de dinamita hobgoblin o la mitad de uno goblin. Pegan fuerte, que lo sepas. Una vez vi a mi madre arrancarle la cabeza de un mordisco a una rata almizclera vorpalina. Dijo que lo hacía para enseñarle una lección al caudillo, pero estoy seguro de que no era solo por eso.

Añadió ese último comentario sin hacer pausa alguna en la conversación, como si tuviese todo el sentido del mundo.

Dónut: CARL, ESTA SEÑORA ESTÁ LOCA.

Llegué a la conclusión de que sería mejor ignorar esa última frase.

—Muy bien. Las que se activan mágicamente al impactar funcionan como me imagino, ¿no? —pregunté.

—Así es. Son peligrosas, son las que usan casi exclusivamente los lanzahobombas. No las dejes caer. Por lo demás, son muy estables. Las que tienen mecha funcionan como si fuesen cartuchos de dinamita hobgoblin. Son resistentes a los impactos y mucho más duraderas. Tienes que encender la mecha y luego tirarlas. Como he dicho, tengo una caja de esas. Veinticinco por quinientas monedas.

Le envié un mensaje a Dónut por el chat al momento.

—¿A qué precio nos venderías una caja de hobombas y dos de dinamita goblin normal? —preguntó Dónut. Se bajó de mi hombro para subirse a la mesa del puesto—. Y podríamos volver mañana si nos prometes que tendrás de esas cortinas de humo.

—Podría venderos las dos cajas de dinamita goblin y la última que me queda de hobombas por mil quinientas monedas de oro —respondió Pústula con tono amable—. Y tengo que pedirte perdón por si crees que es un precio demasiado «feo» para ti.

—Pero cielo… —dijo la gata—. Mira, creo que hemos empezado con el pie izquierdo. ¿Te importa si repetimos desde el principio?

—Me parece bien —comentó Pústula—. Nada de pies. Son asquerosos. ¿A quién pueden gustarle los pies?

Dónut me miró de soslayo.

—Bueno…, se me ocurren varios ejemplos. Pero centrémonos: queremos comprarte cosas. Muchas cosas, diría yo. Así que nos vendría bien ser amigas. ¿Quieres?

—¿Amigas? —preguntó Pústula—. Era amiga de Tiff, la rata almizclera.

—Sí, amigas —repitió Dónut—. Con suerte, tu madre no me arrancará la cabeza de un mordisco.

—Tranquila. Mi madre murió. Era una rata almizclera vorpalina. No le puedes arrancar la cabeza a una rata almizclera vorpalina y creer que vas a vivir para contarlo.

Siguieron hablando así durante varios minutos. Dónut no tenía el descuento adicional y automático de la clase eminencia del rincón de artistas, pero gracias a su Carisma exagerado consiguió que la hobgoblin nos lo dejase todo por mil monedas de oro.

Después de completar la transacción, saqué una jarra explosiva del inventario y la coloqué sobre la mesa.

—Por curiosidad, ¿cuánto pagarías por esto?

La hobgoblin la cogió y la examinó con detenimiento.

—Un diseño magnífico —comentó.

Frotó uno de los lados de la botella y gimoteó, un ruido que fui incapaz de descifrar. Después se la acercó a la cara y la lamió. Miré a Dónut y articulé sin emitir sonido alguno: «Pero ¿qué coño?».

La comerciante volvió a ponerse muy seria al momento.

—El coste de los materiales es demasiado alto. De haber usado un acelerante distinto tendrías un efecto algo menos potente, sí, pero también costaría un noventa por ciento más barata. Creo que sacarías más dinero vendiendo las jarras de aguardiente por separado.

—Pero ¿cuánto me pagarías por esto?

—Yo las vendería por unas siete mil quinientas monedas, así que te podría dar la mitad. ¿Quieres venderla?

—Ahora mismo no —dije al tiempo que recuperaba la jarra explosiva. Me venía bien tener una referencia monetaria en el inventario. Reprimí las ganas de limpiar el rastro de babas que había dejado—. Pero gracias. Encantado de haberte conocido.

—Tendré más cosas para vosotros mañana —dijo la mujer mientras nos dirigíamos a la salida—. ¡Cuidado con los meteoritos! —gritó.

—Mira, pues al final no ha estado tan mal —dijo Dónut—. Solo necesita un dermatólogo y un psiquiatra. No sabes cuánto me alegro de que no hayas elegido esa especie.

—Recuerda que tengo muy buen oído —gritó Pústula desde el puesto, que se encontraba a unos cincuenta pasos de distancia.

—Guau —dijo la gata, que miró hacia atrás—. Creía que alguien que se gana la vida haciendo explotar cosas tendría peor audición, la verdad.

Saqué una hobomba del inventario. Era un poco más pequeña que una pelota de béisbol, pero densa y pesada.

—Mierda —dije—. Es demasiado grande para mi tirachinas.

—A nadie le gusta tu estúpido tirachinas, Carl —aseguró Dónut.

—Con la fuerza que tienes ahora mismo, es probable que puedas lanzarla más lejos con la mano que con un tirachinas —comentó Mordecai, que apareció a nuestro lado caminando al mismo ritmo. Me dio una montaña de hierbas y viales—. Así es como lo hacen los lanzahobombas, que son el equivalente hobgoblin de los bardos bomba.

Salimos del mercado y nos apresuramos hacia la pista de baile, en la que ahora se retransmitía el episodio resumen. Todos los que antes bailaban ahora estaban sentados en el suelo mirando la

pantalla. El silencio del lugar era inquietante, y la imagen que teníamos frente a nosotros me resultó desconcertante. En la estancia siguiente, la que estaba abierta a todo el mundo en el tercer piso, también estaban retransmitiendo el episodio. Había unos pocos mazmorreros viéndolo mientras los PNJ iban a lo suyo, fingiendo que no había nada en las pantallas.

—Adelantaos —comentó Mordecai sin dejar de mirar hacia la barra —. Ahora os alcanzo.

—Nos alcanzarás quieras o no cuando entremos en la posada —le recordé.

—Lo sé —dijo él—. Es que no me gusta perderme los episodios. A veces ocultan información importante. Os veo en la posada. Id directos.

Salimos al exterior y ya se había hecho de noche. La oscuridad se había apoderado de la ciudad, y ya no había guardias a la vista. Pero tampoco es que fuese muy tarde, por lo que aún había ajetreo en las calles. Un vendedor ambulante que ofrecía desperdigadores parecidos a cucarachas clavados en un palo seguía por allí. Me recordó al primer jefe al que nos habíamos enfrentado, la Acaparadora. Parecía que había sido hacía toda una vida. Las águilas volaban sobre nuestras cabezas y cubrían el cielo. La música se colaba por las puertas entreabiertas de los bares.

Pero las callejuelas estaban muy oscuras. De vez en cuando veía el destello de un punto rojo en el mapa. Dónut dijo que la mayoría eran muy pequeños, como si fuesen ratas. Nos quedamos por el centro de la calle, por si acaso.

El narval tuerto se encontraba a unas pocas manzanas. No teníamos por qué volver a pasar la noche allí, pero me gustaba porque estaba mucho menos concurrido que el resto de las posadas. Si nos dábamos prisa llegaríamos a tiempo para ver el final del episodio. Esperaba que apareciesen Lucia Mar y sus perros liándola parda en la discoteca. Tenía muchas ganas de ver lo que había pasado.

—Ya puedes salir, Monguito —dijo Dónut, que volvió a sacar a la mascota del transportín. Apareció junto delante de nosotros con un «¡Pop!», como cuando Zev se teletransportaba—. ¿Has echado de menos a tu mami? ¡Mami te ha echado de menos!

La mascota rugió con rabia y empezó a brincar de un lado a otro a nuestro alrededor mientras agitaba los bracitos.

—Venga, que no ha sido para tanto —le dije. Saqué una galleta de mascota del inventario y se la tiré. La cogió con la boca antes de que cayese al suelo. Gruñó mientras masticaba, pero al menos parecía haberse tranquilizado. Después, se colocó a mi derecha y Dónut saltó sobre mi hombro.

—Está muy bien entrenado —comenté—. Has hecho un buen trabajo.

—Claro que he hecho un buen trabajo, Carl —aseguró la gata—. Al fin y al cabo, a mí me entrenaron para los concursos y sé muy bien cómo hacerlo. Tengo mucha experiencia viendo lo que funciona y lo que no a la hora de enseñar a obedecer. Puede que dicte un libro y todo cuando acabe todo esto. Podrías escribírmelo tú. Eso me recuerda que Zev y yo queríamos empezar a escribir un episodio de *Gossip Girl* y…

Y, en ese momento, Mongo aulló de rabia y empezó a correr directo hacia una de las callejuelas oscuras.

—¡Cagondiós, Mongo! —grité mientras me giraba para correr detrás del dinosaurio—. ¡Y tú contrólate! —le dije a Dónut mientras corríamos hacia la callejuela—. Nada de adelantarte.

—¡Mongo! ¡Mongo! —gritó la gata. Lanzó el conjuro Antorcha y la luz reluciente iluminó los alrededores de la estrecha calle. Era más bien una bocacalle, con varias más que salían de ella. Mongo se había ido por una de esas. Apareció un grupo de puntos rojos y la equis de un cadáver.

«Mierda, mierda».

También empecé a oler fuego. Carne quemada, más bien.

Pasamos junto a un par de contenedores de basura apestosos. Frente a nosotros distinguí un grupo de cuatro figuras. Tres de ellas

flotaban sobre el suelo. La cuarta era humanoide, esbelta y alta. Esta tenía una mano levantada, que ardía y de la que brotaba una humareda. Al parecer era el origen del olor. Mongo rugía y se dirigía derecho hacia esa silueta alta.

También vi el cadáver. Pertenecía a GumGum la orca. Le habían abierto el pecho en canal.

Las criaturas flotantes eran cabezas de mujer sin cuerpo. Tenían el pelo largo, que ondeaba a su alrededor como si fuesen criaturas marinas. Lo que me pareció el resto de los órganos de dichas criaturas colgaba de sus cuellos, todo conectado mediante zarcillos húmedos y flácidos de nervios, arterias y otras vísceras. La sangre goteaba a borbotones. Los tres monstruos horripilantes gritaron al percatarse de la luz de Dónut, para luego girarse y alzarse hacia el cielo nocturno, haciendo tirabuzones y chillando como almas en pena, mientras los intestinos y los pulmones les colgaban por debajo.

Desaparecieron en la oscuridad, pero conseguí ver su descripción.

> Krasue. Nivel 16.
> ¡Madre mía! ¡Esas cosas son aterradoras! ¿A quién se le puede haber ocurrido algo tan retorcido?
> De ellas se dice que son el cuerpo transformado en muerto viviente de una mujer que vivió una vida entregada al pecado. Las krasue deambulan por lugares oscuros para ocultar su espantoso aspecto. Son voraces y devoran la sangre de los ingenuos. En otras palabras, estas cosas son cabezas voladoras que también son vampiras. Y los órganos les cuelgan por debajo porque... Bueno, lo cierto es que nadie conoce la razón. Probablemente sea para dar más asco aún.
> Puedes matar la cabeza y los órganos para deshacerte de ella, pero la criatura no muere de verdad hasta que encuentres y destruyas el resto de su cadáver. No ganarás experiencia al acabar con ella hasta que pase de muerta viviente a muerta muerta.
> Aviso: Se trata de una criatura de clase fantasma. Solo se les puede hacer daño con magia u objetos mágicos.

Mongo aulló y saltó sobre la figura que quedaba, la de la mano ardiente, pero esta desapareció en un abrir y cerrar de ojos…

… para luego aparecer justo frente a nosotros.

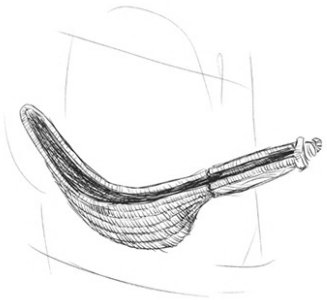
—¡Ha llegado la batalla final! —gritó esa cosa, que era un elfo, con voz trémula. Después empezó a reír a carcajadas. Dejó de brotarle humo de la mano—. Puede que hayáis asustado a las krasue, pero ¡conmigo no lo conseguiréis! ¡Llevo toda la vida entrenando para este momento! ¡He usado magia negra para arrastrar a vuestro familiar hasta mi trampa! ¡Carl y Dónut, blasfemos! ¡Preparaos para saborear la muerte definitiva! —Las manos empezaron a brillarle de rojo—. Ahora veréis lo que…

Le di una patada en los cojones al tiempo que un proyectil mágico de Dónut le golpeaba el cuello. La cabeza del elfo salió despedida por los aires poco después de que mi patada lo empezase a levantar del suelo. Sentí que mi impacto le había destrozado los testículos y le había fracturado la pelvis. El elfo, muerto y sin cabeza, voló por los aires como un cohete, para luego desplomarse en el suelo mientras nos llovía sangre encima. La cabeza rebotó por ahí como si fuese una pelota de fútbol mal inflada, hasta detenerse junto a Mongo, quien la cogió con los bracitos y empezó a agitarla de un lado a otro como un juguete.

Ni Dónut ni yo dijimos nada durante un rato. Hasta que me giré despacio hacia la gata.

—¿Quién coño era ese? —pregunté.

17



Examiné el cadáver del elfo. Tendría que haberlo hecho antes, ya que la información que conseguía al examinarlo sería mucha menos ahora que estaba muerto.

> Cadáver saqueable. Vicente. Elfo urbano. Nivel 16. Asesinado por la mazmorrera La gran campeona de toda la mazmorra Princesa Dónut con ayuda del mazmorrero Guardaespaldas real Carl.

—Ja —dijo Dónut—. Me he llevado la muerte.

—A ver… Le cortaste la cabeza. Yo solo le di una patada en los huevos.

—Sí, la verdad es que fue muy cobarde por tu parte, Carl. Creía que lo de no darse patadas en los huevos era una regla no escrita de los enfrentamientos entre caballeros.

—No es algo a lo que quiera acostumbrarme, la verdad —dije—. Pero si funciona, pues funciona.

> Zev: Sí, Carl. Intenta evitar hacerlo si puedes. Algunos espectadores han hecho comentarios sarcásticos.
> Carl: Me cago en Dios. Ojalá poder hacer cosas sin que haya alguien comentándolo todo, ¿eh?
> Dónut: APUESTO LO QUE SEA A QUE A LA IA DEL SISTEMA SÍ LE HA GUSTADO.

Vicente el elfo urbano llevaba casi mil quinientas monedas de oro en el inventario. Solo tenía un objeto más. Un pergamino que Dónut cogió al momento. Era de un conjuro llamado Garfios de carne. Era

el que el tipo había lanzado y había hecho que Mongo se acercase corriendo a la callejuela.

—Sabía que era un buen chico —comentó Dónut—. ¡El conjuro era para invocarlo! ¡No pudo hacer nada contra él!

Mongo seguía mordisqueando la cabeza del elfo y gruñó para indicar que así era. El conjuro obligaba a todas las criaturas de clase mascota carnívoras cercanas a alejarse de sus propietarios y dirigirse hacia el origen de ese olor a quemado.

—Yo que tú me lo quedaba —comenté—. Nunca se sabe cuándo podría sernos útil.

—Conocía nuestros nombres —continuó Dónut, que miró el cadáver—. ¿Y viste esas cosas flotantes y asquerosas?

—Las asustaste con la luz —dije mientras alzaba la vista a la noche—. Déjala encendida.

El elfo no tenía nada más en el inventario, pero sí que llevaba una camisa que me resultaba familiar. Era un uniforme militar que no casaba para nada con el pueblo en el que nos encontrábamos. Era de botones y negra. De haber sido azul, hubiese sido igual que la de mi uniforme de la Guardia Costera, el mismo tipo de camisa que llevaba todos los días cuando estaba de servicio.

—Carl, mira —dijo Dónut—. Tiene un parche en el brazo. —Se acercó para mirarlo bien—. Dos parches. Uno cosido y el otro termoadhesivo. El del brazo está cosido a mano con punto de cadeneta. Un trabajo impecable que no se ha hecho a Schiffli, como seguro que es el caso de la placa de identificación del pecho.

—¿Qué? —pregunté sin dejar de mirar los dos parches—. ¿De qué hablas? ¿Qué es «Schiffli»?

—Pues… —empezó a decir Dónut—. No tengo ni idea de por qué lo sé. Una Schiffli es un tipo de máquina de coser. Seguro que lo habré visto en alguna serie.

El parche del hombro tenía la forma de un escudo, con un rayo que lo cruzaba y una varita mágica aferrada por una garra, con un árbol de fondo. Se parecía mucho al de la típica unidad militar estadounidense, pero con el texto en estándar del Sindicato. Rezaba GRUPO DE SEGURIDAD N.º 201. OPERACIONES MÁGICAS. El segundo de los

parches era la placa de identificación, en la que se leía VICENTE. Y ya está. No tenía insignia de rango ni nada más en la camisa. Ni siquiera algo que indicase a qué ejército pertenecía ese grupo de seguridad. La ausencia de aquel detalle en particular hacía que la camisa pareciese falsa, como si fuese utilería de una película en lugar de un uniforme de verdad.

Le quité la camisa negra al cadáver del elfo y la guardé en el inventario. Tenía pensado mostrársela a Mordecai cuando regresásemos.

Pasamos a examinar el cadáver de GumGum la orca. La habíamos visto unas pocas horas antes, apilando los cuerpos de las prostitutas por fuera de la ciudad. Tenía los ojos mirando hacia el cielo, casi acusadores. Le había dicho que íbamos a ayudarla, pero no me lo había tomado en serio.

Cadáver saqueable. GumGum. Orca. Nivel 5.

No decía qué la había matado, pero teniendo en cuenta las heridas…, el pecho abierto y nada de sangre, sospechaba que había sido obra de esas tres krasue. Me estremecí.

—¿Por qué ese tipo raro ha dicho que lleva entrenando toda la vida para enfrentarse a nosotros? Solo llevamos unos pocos días en este piso —dijo Dónut. Yo llevaba un rato pensando lo mismo.

—Sin duda es una pista para la misión. Esto me huele a intento muy torpe de hacer que investiguemos más.

Como era de esperar, el inventario de GumGum tenía cuatro monedas de oro y dos pedazos de papel. Uno se llamaba PASE DE LA PUERTA y el otro CARTA MISTERIOSA. Suspiré y me guardé los dos.

—Era una señora muy buena, para ser una orca —comentó Dónut —. Estaba haciendo lo correcto. Ahora tenemos que terminar esta misión.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque la han asesinado. Y es probable que lo hayan hecho porque aceptamos la misión —explicó Dónut—. De no haberla aceptado, ahora mismo seguiría en el bar esperando a que alguien la ayudase.

Cagondiós, Dónut. La gata tenía razón. Claro que tenía razón. Los ojos sin vida de la orca brillaron con el reflejo del conjuro Antorcha.

«No es real —pensé—. No es más que atrezo. Una figurante en un concurso de alto riesgo».

Pero eso no era cierto, en realidad. Era una criatura biológica y real. Ella creía que era real, aunque fuese mentira, pero eso no quitaba que fuese de carne y hueso e inocente. Y ahora estaba muerta porque formaba parte de la historia. Igual que el resto de las prostitutas.

«No podréis conmigo. Que os den a todos».

—Creo que me gustabas más cuando decías cosas sin sentido —comenté.

—Nunca he dicho cosas sin sentido, Carl —aseguró Dónut.

Volvimos a la posada. No quería pasar más tiempo en esa callejuela. Nos perdimos el final del episodio resumen, y el anuncio reverberó por los altavoces del lugar mientras caminábamos. No decía nada nuevo ni interesante. Otro día, algunos errores más que habían solucionado. Un conjuro de druida que causaba que los tablones de madera del suelo, supuestamente indestructibles, desapareciesen y dejasen agujeros por los que desaparecía la gente tras caer fuera del mapa.

La posada estaba igual que la noche anterior. El lugar donde se había sentado GumGum ahora estaba ocupado por una pareja de PNJ humanos, unos ancianos que hablaban en voz baja. Fitz, el camarero, sonrió al vernos.

—¡Unos clientes que repiten! —exclamó—. Majestad. Siempre es un honor.

Mordecai ya estaba borrachísimo cuando se teletransportó a nuestro lado. Me indicó, arrastrando las palabras, que crease una poción de Pelo de perro. Había que usar una hierba viscosa que olía a ocra y mezclarla con un vial de alcohol isopropílico. Falle al primer intento, pero me salió bien con el segundo, lo que me hizo subir Alquimia a nivel 3.

—Me ha pasado de la raya —comentó Mordecai, que negó con la cabeza después de beberse la poción—. Pero mi intención era estar allí unos pocos minutos. ¿Veis esa centaura que hay en la barra? Pues me ofreció invitarme a unos chupitos. ¿Por qué habéis tardado tanto?

Le conté lo que había pasado mientras hacía algunas pociones de Pelo de perro más. Fitz nos ofreció alojamiento y comida a cambio de tres de ellas. Tenía muchos suministros alquímicos y, como no requería hervir nada ni una emulsión complicada, podía hacerlas sin mesa.

—¿Un uniforme militar? —preguntó Mordecai—. Qué raro. Déjame verlo.

—No —dijo Dónut—. Te lo enseñaremos luego, que Carl y yo tenemos que abrir unas cajas de aficionado. Mis seguidores han invertido mucho tiempo y esfuerzo en votar para elegir el contenido. Voy a abrirla ya.

Intercambié una mirada con Mordecai, quien nos había advertido muchas veces de que las cajas de aficionado de poca calidad siempre contenían basura. No iba a haber en ellas nada terrible ni que fuese a hacernos daño físicamente, pero el sistema generaba una lista de posibles objetos que eran muy aleatorios y, en ocasiones, absurdos. Había muchos trols que podían votar, por lo que el resultado terminaba por ser habitualmente el objeto más ridículo e inútil de la lista. Mordecai había recibido un juguete sexual de aveceleste en su primera caja. Más adelante, las cajas serían mejores y tendrían objetos más aprovechables. La caja que llevábamos encima era de oro, lo que significaba que los aficionados tenían que tenernos en su lista de favoritos para votar. Pero incluso en estas los resultados no eran nada del otro mundo. Los aficionados tenían que pagar para votar los contenidos de las cajas de nivel superior a oro. Era una cuota muy baja, pero suficiente para evitar que la gente amañara el sistema.

—Allá voy —dijo Dónut. Me preparé. La caja se abrió, y la gata soltó un grito ahogado—. Cielos, Carl. ¡Mira, mira! —dijo con emoción.

Sentí que el estómago me daba un vuelco.

«Cabrones», pensé.

Era una pequeña fotografía enmarcada. De Bea. Habían sacado la foto de su cuenta de Instagram. Era la misma que me había hecho romper con ella. En la imagen, Bea llevaba un biquini. Estaba riendo y sentada sobre el regazo de su exnovio, con un brazo alrededor de su hombro mientras sacaba la selfi. Brad, se llamaba él. Era obrero de la construcción a tiempo parcial y modelo el resto del tiempo. Lo sabía porque era la única información que había escrito en su perfil. Su cuenta de Instagram era Brad_el_Chad69, probablemente el nombre más tonto de la historia de los nombres. Siempre ponía boquita de pato en las fotos y, como no lo conocía en persona, mi única imagen mental de él era esa cara propia de alguien que está plantando un buen pino.

—¡Me encanta! —dijo Dónut—. Cielos. ¡Me gusta muchísimo! Zev dijo que quería ver una foto de ella. ¡Mira, Mordecai! ¡Son la señorita Beatrice y su amigo! ¡Mira, Mongo! ¡Es tu abuela! Fitz, ven a ver a la señorita Beatrice. ¿A que es guapa?

Mordecai no miró la foto. Se me quedó mirando con gesto preocupado.

Esperaba que me molestase, pero me di cuenta de que no fue el caso. Me pareció un descubrimiento importante, monumental incluso. La primera vez que había visto la foto me había enfadado, pero me convencí de que no me gustaban los dramas y me limité a dejarla. Y sé que hice lo correcto. Pero seguía enfadado. Claro que estaba enfadado. Y me había mentido a mí mismo para restarle importancia al enfado. Pero ahora no sentía nada. Nada de nada. Después de todo lo que había ocurrido, ¿cómo no iba a darme igual? Y darme cuenta de ello me quitó un peso de encima del que ni siquiera me había percatado.

La reacción de Dónut al regalo fue bastante preocupante, pero al menos parecía estarlo disfrutando. Podría haber sido mucho peor.

Sonreí y miré al techo. Luego me encogí de hombros con gesto muy deliberado.

—¿De verdad crees que me importa? Buen intento.

—Carl, ¡abre la tuya! ¡Puede que sea otra foto!

Suspiré y seleccioné mi caja. Si se trataba de algo terrible, algo pensado para incomodar a Dónut, estaba preparado para guardarlo en mi inventario antes de que la gata lo viese.

Pero no esperaba encontrarme con un cesto.

—¿Eso qué mierdas es? —preguntó Mordecai cuando apareció. Lo examinó y abrió los ojos como platos—. Ah. Pues es un buen premio. Los agitadores se habrán gastado toda su energía mental en el de Dónut.

—¿De qué habláis? —preguntó la gata. Luego miró la extraña cesta de mimbre. Parecía una cuchara grande con forma de plátano. Tenía varias hebillas y una correa extraña en uno de los extremos.

—¿Qué es esta cosa? —preguntó Dónut. Leyó la descripción—. No lo entiendo. ¿Qué…? ¿Cómo se pronuncia? ¿Jaláis?

Yo no necesité leer la descripción. Cuando vi el objeto sabía exactamente lo que era. Las hebillas no eran habituales, pero mi cerebro ya había empezado a desgranar cómo funcionaba. Era un buen premio. No, era uno buenísimo.

—Oye, Fitz —llamé. El camarero se había acercado para mirar la foto de Bea. La sostenía con ambas manos y frotaba el cristal con un dedo, a la altura de los pechos de mi ex—. ¿Tienes naranjas?

Lo sorprendí, como si se hubiese olvidado de que estábamos allí. Soltó la fotografía al momento.

—Creo que sí —dijo.

—Tráeme cuatro o cinco, por favor —le pedí.

Mientras se ausentaba, levanté la cesta y pasé la mano por ella. Parecía estar hecha de mimbre, pero en realidad era algún tipo de sustancia metálica ligera. Empecé a pensar en las posibilidades que podía darme este objeto. Era muy raro, un conocimiento que había adquirido gracias a la poción de afición de la Tierra. La información estaba ahí, esperando a ser usada.

La habilidad que había recibido se llamaba algo así como Cesta punta. Creía que era un arte marcial, pero no fue el caso. Era un deporte, uno que también recibía el nombre de *jai alai*. Se parecía al frontón, pero más complicado y rápido. En él, la gente usaba esa especie de cucharas que se colocaba en un extremo de la mano y lanzaba pelotas contra una pared. Era peligroso de cojones y,

aunque llevases casco, las pelotas pequeñas y duras rebotaban lo bastante rápido como para arrancarte la cabeza.

El regalo que me había salido en la caja de aficionado se llamaba *xistera*. Era el instrumento que los jugadores llevaban en la mano. Normalmente, contaban con una especie de manga de cuero en un extremo del mango, que podías ceñirte para que la cesta no saliese volando. La especie de cuchara se usaba para coger y lanzar la pelota, y debido a la forma de la cesta y al peso de la pelota esta podía lanzarse muy rápido y muy fuerte, sobre todo si balanceabas el brazo de la manera correcta.

Nunca había jugado en la vida real, aunque tuve un jefe que tenía algo muy parecido para tirar pelotas de tenis a grandes distancias. Era algo diseñado para lanzar pelotas a los perros, pero él lo usaba para lanzar petardos por la borda de la patrullera al hielo del océano Ártico. Me dejó hacerlo en una ocasión, y aún recuerdo lo lejos que lo había lanzado.

En ese momento, me di cuenta de que aquel recuerdo, el verme allí tirando petardos al hielo en medio de la nada, era lo que me había llevado a recibir el premio que tenía entre manos. No tenía muy claro si el sistema conocía todos mis recuerdos o no, pero era obvio que tenía un plan pensado para mí. Con esto, ya no necesitaba el tirachinas. Era mucho mejor. Muchísimo.

Me amarré la *xistera* a la muñeca, usando los dientes y la mano izquierda con torpeza para abrochar la primera hebilla. La segunda se afianzaba por debajo del codo. La cesta redondeada sobresalía algo más de medio metro de mi mano derecha, como si fuese una uña enorme. Era muy cómoda. Con ella puesta no podía activar el guantelete ni dar puñetazos, pero la apertura de algo parecido a plástico parecía una extensión de mi mano. Cualquier cosa que hiciese aparecer desde mi inventario se deslizaría hasta el extremo de la cesta, y también podía devolver a mi mano cualquier cosa que hubiese en ella.

La *xistera* no era mágica, o no decía que lo fuese al menos, pero era mecánica y la habían creado con una tecnología muy puntera. Tenía su truco. La segunda hebilla, la que se me ceñía por debajo del codo, tenía una anilla que, al tirar de ella, hacía que la cesta se

replegase sobre mi antebrazo derecho formando una especie de brazal metálico. Lo hacía rápidamente y con suavidad. Cuando la cesta terminó de replegarse, cerré el puño para asegurarme de que el guantelete seguía funcionando. Y así fue. De hecho, el guantelete encajaba a la perfección por el extremo del brazalete, como si estuviese preparado para ello desde antes. Ahora no tenía un aspecto tan ridículo cuando me ponía la chaqueta de cuero, a la que aún le faltaba una de las mangas.

—¡Aquí están tus naranjas! —dijo Fitz, que colocó cinco sobre la mesa.

Las cogí y las guardé en el inventario. Miré la puerta de la estancia segura, que sabía que era lo más irrompible que había en la estancia. Desplegué la cesta.

Hice aparecer una naranja. Me preocupaba que fuese demasiado gruesa para la *xistera*, pero el artilugio se ensanchó al momento.

«Eh, eso ha estado genial».

Eché el brazo hacia atrás y luego dibujé un arco con él por encima de la cabeza. La naranja salió disparada a toda velocidad de la cesta y se reventó contra el centro de la puerta. Se desintegró por completo.

—¡Eh! —dijo Fitz.

—Guau —comentó Dónut—. ¡Eso ha sido exquisito! ¡Repítelo! ¡Fitz, trae también manzanas y ciruelas!

Fitz dejó de quejarse y corrió para obedecer a la gata. Intenté darle con otra naranja al mismo sitio. Se me había desviado un poco, pero empezaba a sentir que cada vez se me daba mejor y no tardaría en tener mejor puntería. Tenía que salir ahí fuera y probar un objetivo a buena distancia. Ahora podía lanzar los proyectiles muy rápido. Sabía que con una roca o una pelota de metal podía llegar a hacer muchísimo daño.

También me di cuenta de que iba a tener que empezar a ponerme algún que otro punto en Destreza. Tenía pensada una configuración con Fuerza y Constitución, pero no me vendría mal subir también un poco de Destreza para que la puntería no se convirtiese en un problema.

Intenté tirar la munición que tenía guardada y que usaba para el tirachinas clurichaun. Las rocas no eran lo bastante uniformes como para ajustarse a la cesta, que intentó estrecharse pero no alcanzó un tamaño adecuado. Apuntar con ellas era imposible, porque no podía controlarlas una vez empezaba a mover el brazo.

> Carl: Tú ganas, Zev. Se acabó el tirachinas.
>
> Zev: ¡Bien! A la gente le está gustando mucho. Me alegro de que te haya salido un premio así. Estuvo a punto de ganar otro en la votación, uno que era muy inapropiado.
>
> Carl: ¿Qué era?
>
> Zev: Sabes que no te lo puedo decir.

—Voy a necesitar munición normal y más de esas hobombas —dije al terminar. La pareja de humanos que estaba sentada en el rincón se levantó y salió corriendo del local cuando terminé de lanzar frutas a la puerta como un ninja.

—Eso es solo la punta del iceberg —aseguró Mordecai—. Llegarás a poder crear tus propias bombas de humo y objetos arrojadizos como bolsitas de veneno y cualquier cosa que se te ocurra. Conozco una receta de una sustancia gomosa que se rompe cuando impacta contra algo. Aunque para eso vamos a necesitar una mesa.

Asentí. Saqué una de las hobombas del inventario y examiné sus propiedades:

> Hobomba de hobgoblin. Con mecha.
> Tipo: arrojadizo de fragmentación.
> Efecto: Revienta cosas.
> Estado: 150. Reforzada.
> La hobomba, que es un elemento significativo de los lanzahobombas hobgoblin, es una solución más estable, predecible en su mayor parte y más práctica y estratégica que la dinamita. ¿Entendido? Pero si la tiras, asegúrate de que la mecha está encendida. No está garantizado que no explote prematuramente, pero mejor eso que no haberlo sabido.

—Aún tienes mucho que mejorar con las rimas —murmuré.

La bomba redonda tenía el tamaño perfecto para mi *xistera*. Este tipo de hobomba en concreto tenía una mecha que había que encender, lo que era un problema menor. También podía volver al puesto de esa loca de Pústula la hobgoblin y comprar las que se

activaban por impacto, pero pensándolo mejor, estás también podían llegar a servirme para muchas cosas. Muchas. Especialmente cuando Mordecai tuviese al fin disponible la mesa de alquimia.

Lancé la bomba pesada por los aires y la volví a coger. Todos los que se encontraban en la estancia, Mongo incluido, me miraron con gesto aterrado. La estabilidad del objeto no había bajado de 150. Seguro que podía incluso darle una patada y no iba a explotar. Además, estábamos en una estancia segura. Aun así, se me quedaron mirando como si me hubiese vuelto loco. En ese momento, recordé a un bardo bomba goblin que había estado haciendo algo similar cuando pasamos junto a él. Recordé pensar que estaba loco en aquel momento. Guardé la bomba y sonreí tímidamente.

—La verdad es que a veces me preocupas, Carl —dijo Dónut.

—Ah, sí. Sé lo que es —dijo Mordecai cuando le pasé la camisa—. Dijiste que la llevaba un elfo urbano, ¿verdad?

—Así es —respondí—. No llegamos a leer su descripción, porque Dónut le lanzó un proyectil mágico y lo mató. ¿Nos lo explicas?

—No deberías encontrarte con ningún militar verdadero uniformado en este piso, a excepción de los guardias y quizá alguna de las criaturas. Pero sí que verás presencia militar organizada en el noveno y puede que en el sexto. Y en los demás no sé sabe qué es lo que va a pasar. Pero los únicos cretinos que se organizan de esta manera son los elfos urbanos. Son una banda y se llaman a sí mismos el Grupo de seguridad n.º 201.

—Ah, vale —dije—. Pensé que era un parche de adorno y ya.

—Unos tarados es lo que son —comentó Mordecai—. Los encontrarás principalmente en las grandes ciudades, pero también en las de tamaño medio gobernadas por avecelestes. Tendría que haberme imaginado que estarían por aquí.

—¿Son mercenarios? —pregunté mientras cogía la camisa.

—Son unos pirados —insistió Mordecai—. Hay muchos tipos de elfos. Los altos elfos, como la familia de tu amiga élite, son las criaturas mágicas que viven en los bosques y que probablemente te

resulten más familiares. Los elfos oscuros, los elfos del viento, los elfos goblin y muchos más. Y después tenemos los elfos urbanos.

—Pues a mí me parecía un elfo normal y corriente —comentó Dónut—. Pero estaba un poco loco. Ah, y se sabía nuestros nombres.

—Sí… No sé por qué os conocía —comentó Mordecai—. Pero bueno, en vuestra sociedad existía un pequeño grupo de personas que creía cosas muy locas, como alienígenas que se integraban entre los vuestros u hombres lagarto que ocupaban puesto de importancia en los gobiernos. Sabéis de quiénes estoy hablando, ¿verdad?

—Lo sé —respondí—. Pero teniendo en cuenta lo que ha pasado, la verdad es que ahora no me parece que estuviesen tan equivocados, ¿no? Acertaron con que había alienígenas entre nosotros.

Mordecai resopló.

—Con eso sí, pero no con lo de los repitilianos. ¿De verdad creen que esos tipos pueden controlar un gobierno en la sombra? Ni de broma. Venga ya… El último reptiliano que conocí no fue capaz ni de organizar una liga de fútbol fantasy. Sea como fuere, hablo de conspiranoicos, gente que cree que el gobierno los controla mentalmente, que cree en sociedades secretas, en ranas gay que os disparan microchips de rastreo que luego se conectan con torres de telefonía móvil y ese tipo de cosas. No los conspiranoicos normales, sino los que se pasan de la raya. Los imbéciles que llevan gorros de papel de aluminio y beben plata, el tipo de personas que cubre sus vehículos con textos delirantes y estrafalarios sobre señales de radio que vienen de los retretes.

—Sé exactamente a qué te refieres, sí —dije.

—Pues los elfos urbanos son así. Se diferencian como raza porque su estupidez es tan sobrecogedora que los altos elfos la consideran un defecto genético y no quieren que los relacionen con ellos. Todos los elfos se originaron a partir de los altos elfos, a quienes no les importa desterrar o cometer genocidios. Es lo que pasa cuando eres inmortal pero sigues pudiendo tener descendencia. Pues eso. Los elfos urbanos se encuentran en las ciudades, y los más jóvenes y

estúpidos siempre terminan en el Grupo de seguridad n.º 201. Es una milicia enorme y con una organización pésima que se considera un grupo militar y solo tiene un objetivo: proteger a los avecelestes de las criaturas terrestres.

Me reí.

—¿Qué? Pero si ellos son criaturas terrestres, ¿no?

—Sí, pero creen que los avecelestes somos ángeles y que el resto de las criaturas que no pueden volar nos tienen envidia… Bueno, les tienen envidia, no sé por qué me incluyo. Creen que todos los humanos y aquellos que no tienen alas quieren destruirlos. Piensan que cuando Escolopendra desató su ataque en nueve fases, una de ellas era un conjuro que hacía que todas las criaturas terrestres quisiesen matar a los avecelestes. Y no es cierto. La gente quiere matar a los avecelestes porque son unos gilipollas. No hace falta un conjuro para que la gente los odie.

—Pero ¿por qué? —pregunté—. ¿Por qué a los elfos les preocupa tanto?

Mordecai suspiró.

—Podría decirse que es una historia larga y complicada y que este era un tema que iba a tener que sacar más adelante. Ya lo hemos comentado por encima antes. El de los dioses y las diosas. Las divinidades del juego. Más adelante te explicaré bien lo que son. No tienes por qué preocuparte en este piso. Sea como fuere, lo único que necesitas saber es que los elfos adoran a la Madre Roble, la madre de todos los dioses. Se llama Apito. Y en una de las historias de Apito se dice que para conservar el sendero a los cielos sus ángeles tienen que permanecer vivos y libres. En otra de las historias se dice que Apito llamó «bendecidos» a los avecelestes. Y en una tercera historia apócrifa, Apito dijo que los únicos que estaban «bendecidos» eran los ángeles. En esa misma historia, aseguró que cualquier tipo de violencia contra los ángeles debe evitarse y que, en caso de continuar, ella misma destruirá todos los mundos. Es por ello por lo que una secta, loca de remate y obsesionada con el Juicio Final, de elfos desterrados ahora se dedica a proteger a los avecelestes para evitar que la diosa árbol destruya el universo.

—Claro. Ya lo entiendo. ¿Y sabes qué opinan los avecelestes de esos tipos? —pregunté.

Hizo una pausa.

—Los avecelestes, en general, tienen opiniones de todo tipo, como los humanos, pero los de este piso en particular son un poco diferentes. No son religiosos en su mayor parte. Suelen mirar por encima del hombro a todas las criaturas que no vuelan. Por ejemplo, de vosotros piensan que sois sirvientes y que sois inferiores. En la mitología de los pisos del volcán, los avecelestes eran la especie dominante de la Ciudad Epigea, y los altos elfos lo eran de las regiones boscosas del Coto de Caza. Por lo que, cuando estos elfos aparecieron en sus ciudades, cayeron de rodillas y suplicaron ofreciendo pleitesía. Los avecelestes los tratan como un mero entretenimiento, como un chiste. Nadie se los toma en serio. Llevan esos uniformes estúpidos y se las dan de militares, pero nunca he visto que consigan nada en todo el tiempo que llevo aquí. Eso de los ángeles es su motivación principal, pero también tienen todo tipo de teorías y creencias extrañas. Todo el mundo se burla de ellos. Y la verdad es que nunca los he visto ponerse violentos.

—Pues nosotros vamos a descubrir qué es lo que está pasando aquí —declaró Dónut. Se colocó muy firme sobre las cuatro patas al tiempo que guardaba la fotografía de Bea en el inventario—. He decidido que vamos a seguir con esta misión y que no hay nada que puedas hacer para detenernos, Mordecai.

—¿Seguro? —preguntó el íncubo.

—GumGum ha muerto por nuestra culpa, por lo que Carl, Mongo y yo hemos tomado la decisión de solucionar lo que está ocurriendo.

Mordecai se la quedó mirando y, un momento después, se encogió de hombros.

—Si es lo que queréis hacer, allá vosotros. No soy vuestro padre. Soy vuestro representante. Ya sabéis lo que opino de las misiones de este piso, pero mientras paséis todo el tiempo posible *grindeando* y matando, tampoco me voy a oponer.

Dónut parecía sorprendida y luego puso gesto triunfante. La mirada perpleja de Mordecai me indicó que ya había aceptado que íbamos a seguir con la misión le gustase o no. Estábamos decididos

a continuar, tal y como había pasado cuando nos había secuestrado Signet.

—¿GumGum ha muerto? ¿Lo decís en serio? —preguntó Fitz, que nos miró con ojos abiertos como platos—. ¿GumGum la orca?

—Eso me temo —respondí—. La asesinó un grupo de krasue.

—Oh, no. No —comentó el camarero—. T-tengo que sentarme. GumGum ha muerto. No me lo puedo creer. Era mi mejor clienta… Krasue. Sabía que iban a terminar atrapándola.

Después volvió a la cocina.

—Esta noche voy a tener que emborracharlo hasta que se desmaye —dijo Mordecai—. Así podría echar un vistazo a lo que tiene ahí detrás y al boletín.

—Entonces ¿vamos a hacerlo? —preguntó Dónut—. ¿Vamos a hacer la misión? ¿Y estaré despierta todo el rato en esta ocasión? Excelente. Resolvamos el misterio. ¿Qué es lo siguiente que hay que hacer?

—Muy bien —dije—. Vamos a repasar lo que sabemos hasta el momento. Tenemos unas prostitutas muertas fuera de la ciudad que han caído del cielo, mujeres cuyos cadáveres parecían indicar que las habían retorcido hasta matarlas. También tenían heridas en los hombros que indicaban que algo las había agarrado por ahí para alzarlas por los aires con garras. Posiblemente sea cosa de un aveceleste. Y solo unas pocas horas después de decir que nos íbamos a encargar de ello, encontramos muerta a la mujer que nos dio la misión. Nos atacó el elfo loco de esa banda que iba acompañado de tres fantasmas de mujeres terroríficas que llevaban las entrañas colgando. ¿Qué más?

—Tienes los dos papeles aquellos —dijo Dónut.

—Ah, sí.

Los saqué del inventario. El primero era la CARTA MISTERIOSA. Era un folio doblado y manchado de sangre roja. Lo abrí.

Era una carta relativamente corta escrita en un idioma que no entendía. El texto era poco más que garabatos y triángulos. Examiné las propiedades de la carta.

Carta misteriosa.

GumGum la orca llevaba encima esta carta manchada de sangre. Está en un idioma extraño. ¿Será una pista? ¿Una lista de la compra? No puedes leerla, así que vete a saber.

Se le entregué a Mordecai y luego examiné el siguiente documento.

Pase de puerta.
Cuando uno recorre las calles de cualquier ciudad dentro de la Ciudad Epigea, los estúpidos guardias espadachines suelen ponerse un poco pesados si llevas encima un cadáver. Tienen un concepto muy simple de la justicia, uno en el que todo es blanco o negro y el orden es ley.
A menos que tengas un pase de puerta.
Esta carta hace que la guardia de la ciudad te deje tranquilo mientras tu iniciativa criminal no sea demasiado obvia.
El pase solo funciona dentro de la ciudad en la que se expidió.

El documento en sí rezaba: «Pase de puerta. El propietario de este pase está bajo mis órdenes. Magistrado Caída de Pluma».

—No es lo que esperaba —dije al tiempo que volvía a guardarlo en el inventario. Básicamente, era como una de esas cartas para salir de la cárcel del Monopoly.

—Reconozco este texto —comentó Mordecai, que no había dejado de mirar la carta misteriosa. Parecía inquieto—. No puedo leerla, pero reconozco estos garabatos. Es nicrografía, algo que utilizan los usuarios de magia de muertos vivientes. Es probable que se trate de algún tipo de pergamino, pero solo se puede leer si tienes la habilidad correspondiente.

—Entonces ¿está relacionado con algún tipo de nigromante? —pregunté.

—Puede que sí o puede que no. Pero está claro que hay algún tipo de usuario de magia de muertos vivientes involucrado.

—Esas krasue eran muertos vivientes —dije—. El sistema aseguró que eran fantasmas.

—Las krasue suelen ser secuaces, en femenino, que trabajan para otra entidad. Estoy empezando a pensar que quien está detrás de todo esto es un liche.

—¿Qué es un liche? —preguntó Dónut.

Respondí yo. Lo sabía por haber jugado a *Dungeons & Dragons*.

—Normalmente, son usuarios de magia de muertos vivientes obsesionados con la vida eterna.

—Algo así —comentó Mordecai—. Son unos monstruos muy crueles. Y también suelen ser muy listos.

—Hum —dije, pensativo—. ¿Qué relación puede tener un liche con esos comemierdas del Grupo de seguridad n.º 201?

—Oye, Fitz, cielo. ¿Podrías volver, por favor? —llamó Dónut.

El propietario del bar llegó desde la trastienda frotándose los ojos. Resultaba obvio que había estado llorando.

—Claro, alteza.

—Dijiste que tenías miedo de que una de esas krasue atacase a GumGum. ¿Por qué? ¿Cómo es que conocías a esas cosas?

Miré a Dónut, impresionado. Decidí no meterme en la conversación.

—Me lo dijo ella —explicó el camarero—. Estaba buscando a las mujeres que caían de los cielos. Y me comentó que a veces oía a una que caía en esas callejuelas y se internaba aunque fuese de noche. Le dije que no lo hiciese, que no era seguro. Pero no me hizo caso. Me comentó que a veces veía krasue en las sombras y que les tenía miedo. Que le daban pesadillas. Pero las mujeres le importaban más. En una ocasión, tuvo una pesadilla en la que una de ellas caía desde los cielos sin estar muerta y se quedaba allí sentada y moribunda, sin nadie que la cogiese de la mano para decirle que no se preocupase. La madre de GumGum fue una de esas mujeres, ¿sabéis? Una de esas trabajadoras de la noche. Y murió porque la apuñalaron. GumGum la encontró la mañana siguiente sentada en las escaleras de entrada de su casa. Se había arrastrado hasta allí para morir, dejando tras de sí un rastro rojo de medio kilómetro. Nadie la había ayudado. GumGum tuvo que crecer a marchas forzadas después de eso, y esa es la razón por la que esas mujeres eran su debilidad. Era la orca más amable que conoceréis jamás. Olía fatal, pero me caía muy bien.

—Entonces ¿las krasue son monstruos habituales por esta zona? —pregunté

—Eso de «monstruos habituales por esta zona» no existe como tal —explicó—, pero no es muy habitual que los muertos vivientes anden sueltos por ahí, sobre todo teniendo en cuenta que el magistrado es un clérigo oscuro. Puede controlar a los muertos vivientes, por lo que supongo que sabe de la presencia de esas cabezas flotantes de mujeres y las expulsaría al momento. GumGum dijo que se había quejado, pero que lo único que había hecho él había sido darle permiso para retirar los cadáveres.

Intercambié una mirada con Dónut.

—Magistrado entonces, ¿no? —dije—. ¿Sabes dónde está la oficina del tipo ese?

Dónut insistió en colocar la fotografía de Bea en la mesilla que había junto a su torre de gato mientras dormía. Mongo no parecía tan emocionado con ella como lo estaba Dónut. De hecho, siseó alguna que otra vez al verla antes de que la gata lo regañara.

—Buen chico —dije yo después mientras le rascaba la cabeza. Él dio una dentellada al aire, y la electricidad chisporroteó en sus forros de colmillos mágicos.

Decidí no ponerme a leer. Tenía uno de esos libros de Louis L'Amour, pero teníamos que levantarnos temprano. La entrevista era antes de lo habitual y quería hablar con ese magistrado antes de ir. Aun así, saqué la carta misteriosa, miré los símbolos e intenté memorizarlos.

A pesar de que había montado la torre de gato debido a la insistencia de Dónut, no tardó en colocarse junto a mi cuello y acomodarse.

—Buenas noches, Carl —dijo.

—Buenas noches, Dónut —dije, dándole unas palmaditas en la cabeza.

—Prométeme que no dejarás que muera sola como la madre de GumGum —comentó—. Ni como GumGum, que supongo que también habrá muerto sola. Seguro que estaba muy asustada.

—No te preocupes, Dónut —aseguré—. Encontraremos al responsable y lo pagará caro.

Pum. Algo golpeó el techo de la posada justo encima de nosotros. Se deslizó por el tejado y cayó a la calle con estruendo.

Por la mañana, descubrimos que se trataba de una prostituta humana, desnuda y retorcida, en la callejuela junto a la posada.

En la espalda, tenía un mensaje garabateado sobre la carne de su cuerpo sin sangre alguna. Rezaba: «No, no lo haréis».

18



TIEMPO PARA EL DERRUMBE DEL PISO: 3 DÍAS Y 16 HORAS

Visualizaciones: 1,9 mil billones
Seguidores: 72 billones
Favoritos: 13,1 billones

—Nos gustaría ver al magistrado Caída de Pluma, por favor —dijo Dónut con la voz más dulce que fue capaz.

Llegar a la oficina había sido una odisea. Los edificios administrativos de la ciudad no tenían primer ni segundo piso, por lo que habíamos tenido que usar el conjuro Saltacharcos de Dónut para teletransportarnos hasta la entrada del ayuntamiento desde el tejado de una tienda de cuchillos. Lo había subido recientemente hasta nivel 5, lo que había resuelto el problema de la línea de visión. Ahora podías alcanzar una zona más alta de la que te encontrabas aunque no vieses lo que tenías encima. Era un añadido menor, pero que hacía que fuese mucho más útil. El tiempo de lanzamiento también era mucho menor: había pasado de 10 segundos a 2. Aun así, llegar a nivel 5 no había reducido el tiempo de recarga, que seguía siendo de 5 horas. Era el mayor de sus problemas.

Pero lo conseguimos. Alcanzamos la entrada del edificio en el tercer piso y nos topamos cara a cara con dos de los guardias espadachines del pueblo. Permanecieron allí, estoicos, ignorándonos mientras nos internábamos en el edificio.

—¿Cómo han llegado ellos hasta aquí arriba? —preguntó Dónut.

—No tengo ni idea —respondí yo—. Qué raro.

También la había convencido de que metiésemos a Mongo en el transportín, a pesar de su negativa inicial. Íbamos de camino a la

cámara legislativa de la ciudad, y lo último que quería era que el pollo asesino hiciese honor a su nombre cuando lo único que queríamos era hablar.

—Lo dejaremos en el banquillo —le había dicho—. Será nuestra arma secreta en caso de que tengamos que luchar para salir de allí.

Eso pareció tranquilizarlos a los dos.

Mordecai había dicho que todas las ciudades tenían un tipo de organización diferente. Antes del cataclismo, los avecelestes estaban a cargo de toda la Ciudad Epigea. Ahora, sus asentamientos estaban desperdigados, pero los pueblos que aún seguían bajo el control de las águilas, como este, mantenían una estructura similar a la de antes pero sin la vigilancia previa.

Por ello, el magistrado Caída de Pluma era el jefazo del lugar. En el pasado habría estado bajo la supervisión de un gobernador regional que a su vez respondía ante un canciller real, quien estaba bajo las órdenes de un tipo que vivía en una gran capital que se encontraba en el noveno piso.

Este tercer piso del edificio donde me encontraba ahora era en realidad una especie de centro comercial de lujo que abastecía a los avecelestes. El edificio administrativo y el hogar del magistrado se encontraban en el piso superior, pero cualquiera que visitase el lugar tenía que pasar primero por aquí. Las tiendas me recordaron a las típicas de un aeropuerto, llenas de basura muy cara, como túnicas de seda, sombreros elegantes y pergaminos. Y aunque los pocos clientes eran todos avecelestes, los vendedores y ayudantes eran humanas y elfas jóvenes de aspecto estresado que iban de un lado a otro a toda prisa mientras los clientes avecelestes las trataban fatal y no dejaban de gritarles.

Pasamos por un pasillo largo y ancho lleno de tiendas a los lados. Una alfombra roja recorría el lugar hasta llegar a la escalera que había al fondo. Me sentí aliviado al ver que eran unas escaleras y no había que volver a volar. Mientras las miraba, una humana que llevaba una carpeta azul llena de documentos las subió a toda prisa.

—Necesitan las escaleras para que los ayudantes puedan subir —dije.

—Pero eso sigue sin explicar cómo llegan a este lugar desde fuera —comentó Dónut.

Unos cuadros de águilas enfrentándose a unos elfos y otras criaturas extrañas adornaban las paredes. Este edificio en particular era uno de los más grandes del pueblo, superado solo por el club Desperado. Desde el exterior, estaba bien camuflado. Los muros exteriores de cada sección estaban hechos de diferentes materiales, lo que hacía que la estructura se pareciese a varios edificios medievales presionados el uno contra el otro. El interior opulento y lujoso hacía que la fachada pareciese algo que uno podía llegar a encontrar en Disneylandia.

Pasamos junto a varios guardias, varios compradores avecelestes que se asustaron con nuestras pintas y un puñado de criaturas parecidas a aves llamadas carboneros, que en un primer momento confundí con avecelestes que no habían llegado a la fase adulta. Solo me llegaban hasta la cintura y eran como una versión enana de las aves más grandes.

Nos acercamos a las escaleras sin que nos detuviesen ni nos hiciesen preguntas. Mientras las subíamos, la humana que habíamos visto yendo a toda prisa por ellas empezó a bajarlas y casi se choca con nosotros.

—Perdón —dijo. Miré el nombre que tenía sobre la cabeza. Burdeos. La mujer tenía algo extraño. Era joven, de pelo negro y guapa. También tenía un ojo azul claro y el otro marrón, como un husky siberiano.

—No pasa nada —dije.

Se quedó quieta.

—¿Os habéis perdido? No solemos encontrarnos muchos como vosotros por aquí.

—Hemos venido a reunirnos con el magistrado —expliqué.

Ella resopló.

—Pues buena suerte.

Después siguió bajando por las escaleras. Seguimos nuestro camino y llegamos a lo que parecía la zona de recepción.

Había un escritorio enorme en un rincón de la pared más alejada, cerca de otra puerta. En él se entreveían montañas de documentos,

lo que parecía ser una caja de comida para llevar, más documentos…, y también la carpeta azul que Burdeos acababa de dejar allí, así como una hilera muy colorida de pequeñas criaturas de peluche, entre las que había osos, goblins, águilas y tiburones. Detrás del escritorio distinguí varias estanterías con más de esa colección colorida de criaturas. Eran como la versión de la mazmorra de los Beanie Babies. Había más de trescientos alineados en las estanterías. La mayoría o prácticamente todos seguían teniendo la etiqueta puesta. Algunos de la parte superior estaban protegidos dentro de vitrinas individuales.

Detrás del escritorio, en lugar de una silla había un posadero para aves. Y, sobre él, una anciana aveceleste. Tenía las plumas grisáceas y un enorme pico resquebrajado y agrietado como cerámica antigua. Olía a una de esas pomadas de efecto calor. Nos fulminó con la mirada, con un gesto en el que leí un «¿quién cojones sois y qué carajo estáis haciendo aquí» en su rostro serio. Examiné las propiedades del PNJ.

> Señora Péndula. Aveceleste. Nivel 30.
> Ayudante del magistrado.
> Cerbero. Heimdall. Alexiares y Aniceto. Qin Shubao. Lev Yashin. Son algunos de los guardianes más famosos de la historia y de la mitología, pero absolutamente ninguno de ellos se entregaba tanto a su trabajo como la señora Péndula.
> Si no quiere que veas al magistrado, ten por seguro que no vas a ver al magistrado.

—¿Tenéis cita? —preguntó a Dónut.

—No —respondió la gata—. Pero sí tenemos un asunto muy importante del que hablar relacionado con la seguridad de este lugar.

—¿Y qué asunto tan importante es ese? —preguntó la señora Péndula.

Dónut se inclinó hacia delante.

—Un asesinato. Un vil asesinato.

La aveceleste no pareció impresionada.

—¿Era aveceleste?

—¿El sospechoso? —preguntó Dónut—. No lo sabemos aún, pero…

—No. El sospechoso no. ¡Suelta eso! —Dejé rápidamente el peluche de lémur sobre el escritorio. El pequeño muñeco llevaba una bandolera llena de cuchillos, igual que la versión real—. ¿Han asesinado a un aveceleste?

—No —respondió la gata—. No que nosotros sepamos.

—Entonces le va a dar igual —aseguró la señora Péndula—. Y si sé que le va a dar igual, no pienso molestarlo. Porque el hecho de que le molesten sí que no le da igual.

DÓNUT: MI CARISMA NO FUNCIONA CON ELLA.
MORDECAI: Seguro que hay un conjuro anti-Encanto activo en la zona.
CARL: Pues vamos a por el plan B.

—Así son las cosas en esta ciudad, ¿no? —comenté—. Mientras las víctimas no sean avecelestes, les pueden dar por el culo, parece ser.

La aveceleste me miró como si fuese algo que acabase de regurgitar.

—¿Quieres que te dé la respuesta corta o la respuesta larga a lo que acababas de preguntar?

—La respuesta larga —respondí.

—Pues sí. Así es como son las cosas en esta ciudad. Eran así cuando mi marido, en paz descanse, era magistrado y lo son ahora con el magistrado Caída de Pluma. —Bajó la vista a la caja de comida para llevar y suspiró—. Podéis dejar una nota describiendo lo ocurrido y, si requiere una investigación a fondo, nos pondremos en contacto con vosotros.

—¿Y qué hacemos con las pruebas que hemos recopilado? ¿Las dejamos también por aquí?

—Si queréis…

Saqué la prostituta muerta del inventario y la dejé caer sobre el escritorio de la aveceleste. Las piernas del cadáver, que seguían rígidas a causa del *rigor mortis*, descolocaron la hilera de peluches y fueron tirándolos al suelo uno a uno, como una fila de nadadores sincronizados lanzándose a la piscina.

Creía que el sistema no iba a dejarme guardar el cuerpo, ya que no era algo que hubiese intentado antes. Me sorprendió descubrir que sí. Hasta lo catalogó como Pistas de misión una vez dentro de mi inventario.

El águila soltó un grito ahogado y saltó del posadero. Se golpeó la espalda contra la pared y descolocó las dos estanterías inferiores, lo que hizo que otra cascada de peluches cayese al suelo. Por unos instantes, lo único que se oyó fue el pop, pop, pop de las criaturas mientras se deslizaban y caían.

—Guardias —graznó la señora Péndula—. ¡Guardias!

Los dos espadachines que había al pie de las escaleras se acercaron a nosotros entre repiqueteos. Ambos desenvainaron las espadas, que se alzaron como bestias metálicas. Recordé el anuncio de hacía unos días, donde se había comentado que les habían aumentado la Fuerza «un poco». Esperaba que lo que tenía en mente llegase a funcionar.

—¡Capturad a estos dos! ¡De inmediato! —exigió la señora Péndula.

Las criaturas con armadura echaron un vistazo por la estancia sin decir nada. No se movieron.

—Por los dioses —dijo la aveceleste, muy enfadada—. En mi escritorio, imbéciles.

Cuando habíamos encontrado a la prostituta muerta por la mañana, con esa nota asquerosa grabada en su carne, había llamado a uno de los guardias. Le señalé el cadáver, saqué el Pase de puerta (esa especie de pase para salir de la cárcel que solo servía para este pueblo) y se lo mostré. Después me había guardado el cadáver en el inventario. No sabía si había servido para algo, pero sí que sabía que si íbamos a ir por ahí con una prostituta muerta encima, había muchas posibilidades de que los guardias del lugar nos dijesen algo. Mordecai había dicho que eran una mente colmena. Y si uno de ellos ya me había visto con el cadáver y había aceptado, a su manera, que llevase encima el cuerpo de una prostituta, había muchas posibilidades de que lanzar ese mismo cuerpo sobre un escritorio tampoco fuese considerado un crimen.

O eso esperaba.

Los guardias se dieron la vuelta y empezaron a bajar las escaleras sin decir nada.

—¡Basura inútil! —gritó la señora Péndula. Después volvió a mirarnos.

—Tengo una duda. ¿Cómo han subido hasta aquí? —pregunté—. Bueno, ya que estoy… ¿Cómo suben hasta aquí todos los trabajadores de las tiendas? ¿Hay un ascensor secreto o algo así? Buscamos una forma fácil de subir durante una hora o así, pero no encontramos nada.

—Llevaos esto ahora mismo —dijo la señora Péndula—. Pero ¿de qué vais?

Se acuclilló y empezó a recoger los peluches caídos con las alas. No tenía ningún lugar en el que dejarlos, no hasta que le arreglasen las estanterías o quitásemos el cadáver de encima del escritorio.

Dónut se bajó de mi hombro y olisqueó el suelo.

—Este está muy sucio —dijo la gata mientras miraba a un peluche con forma de rata que tenía un parecido demasiado sospechoso con la primera forma de Mordecai—. Y creo que la etiqueta ha rasgado a este de aquí. ¡Carl, deja de pisarlos!

—¡Parad! ¡Parad ahora mismo! Por favor, llevaos eso de aquí. —El águila anciana parecía estar al borde de las lágrimas.

—¿Cómo que «eso»? Era una persona —la corrigió Dónut.

—Déjanos hablar con él y le llevaremos las pruebas —aseguré.

—No está aquí, ¿vale? —explicó la señora Péndula, mientras apilaba los juguetes con desesperación en un rincón. Cogió uno con la garra y empezó a frotar frenéticamente una suciedad inexistente con el ala—. Mirad lo que habéis hecho. ¡Mirad lo que habéis hecho!

Miré la puerta cerrada que había cerca del escritorio. Era grande, de metal y funesta.

—¿Segura que no está aquí? —pregunté.

—No lo está —aseguró—. Hoy en día solo se pasa por la noche. Dioses, ¿qué es ese líquido?

—No lo sé —respondí—. No es sangre. A todas les ha chupado la sangre, pero algo sigue rezumando de los cadáveres. Y también huelen. Fatal.

Péndula tenía las alas llenas de peluches.

—Por favor. Lleváoslo, por favor —insistió—. A ella, quiero decir. Lleváosla. Le diré al magistrado que habéis pasado por aquí. Os lo prometo.

Extendí los brazos, cogí el cadáver y volví a meter a la mujer en el inventario. El escritorio de la señora Péndula estaba cubierto de un líquido blanquecino.

—Voy a vomitar… —dijo la recepcionista.

—Te vendrían bien unas servilletas de papel —comenté—. Mi abuela siempre tenía y absorbían la humedad que era un gusto.

—No toquéis nada —dijo la aveceleste. Colocó los peluches que llevaba bajo las alas con mucho cuidado en el rincón donde estaban los demás. Después se dirigió a toda prisa a las escaleras gritando que necesitaba una camisa o una toalla.

Teníamos un minuto, puede que menos. Corrí hacia la puerta de los aposentos de Caída de Pluma. Estaba cerrada. Justo cuando la toqué, apareció una notificación.

> Esta puerta está cerrada. Mágicamente. Algo me dice que no quieren que entréis.

—Mierda —murmuré antes de empezar a mirar a mi alrededor.

Me fijé en la hilera de peluches perfectamente alineados que había en una de las estanterías sobre el escritorio.

—Dile que hemos pasado por aquí —le comenté a la señora Péndula cuando empezamos a dirigirnos hacia las escaleras—. Y de nada por arreglarte la estantería.

Nos ignoró mientras limpiaba la mesa frenéticamente.

—Qué decepcionante —dijo Dónut—. ¿Crees que el magistrado estaba ahí dentro?

—No lo sé. Mordecai cree que vive ahí, pero a saber.

—Tampoco sabemos si tiene algún tipo de relación con lo ocurrido.

—Pues no —convine—. Por eso quería hablar con él en su despacho. Supuse que si se trataba de un jefe malvado y retorcido no se pondría en plan Freddy Krueger estando en público. Y si no es el malo, seguro que puede darnos alguna pista que nos sea útil. Pero no creo que sea tan complicado. La recompensa de la misión es

de plata. Además, fíjate en las pistas. Es un clérigo oscuro y solo sale por las noches. Tiene que ser él.

—Entonces, vamos a volver esta noche, ¿verdad? —preguntó Dónut—. ¿O prefieres que antes encontremos el cuartel general del Grupo de seguridad n.º 201? —Se detuvo delante de una tienda que vendía túnicas para avecelestes—. Mira qué bonita.

—Es de seda mágica —comentó una joven elfa que andaba por ahí—. Permite a los avecelestes volar casi indefinidamente.

—Qué bonita. Me encantaría aprender a volar. ¿Te imaginas, Carl? ¿Me imaginas volando?

—Volveremos —dije mientras miraba por encima del hombro. Saqué la cuerda del inventario. Solo me había costado cinco de oro y medía unos nueve metros. Teníamos que usarla para regresar a la calle—. Hablaremos con él. Le guste o no.

Aún quedaban dos horas antes de la entrevista. Zev dijo que si estábamos ocupados o en un combate no iba a poder transportarnos, por lo que prefería que estuviésemos en una estancia segura cuando se acercase la hora. Pero quedaban dos horas y teníamos que aprovechar el tiempo.

Por eso, salimos del pueblo en dirección oeste en busca de criaturas a las que matar. Vimos a algún que otro mazmorrero, pero los evitamos. Siempre me fijaba en si tenían calaveras junto al nombre, prueba de que habían matado a otros jugadores. No me había olvidado de Frank Q ni de Maggie My. Me pregunté qué especie habrían elegido y si seguían vivos siquiera.

Aún no tenía munición no explosiva para la *xistera*, pero contaba con dos docenas de hobombas. Las mechas duraban entre seis y siete segundos, lo que era perfecto al usarlas como granadas. El problema era que al tirárselas a los enemigos a unos cuatrocientos kilómetros por hora, seis segundos era demasiado. Así que encendí unas diez, lo que restaba unos dos segundos y medio a la mecha y las guardé en el inventario. Tanto Mordecai como Dónut llevaban muy mal que fuese por ahí con bombas encendidas en el inventario, pero era la única manera de usarlas bien dadas las circunstancias.

Pasamos junto a una hilera de edificios muy ruinosos. El barrio parecía haber sido unos suburbios antes del cataclismo. Dónut iba sentada en mi hombro, y Mongo caminaba a nuestro lado y gruñía de vez en cuando. Me había asustado al principio, pero no parecía que lo hiciese porque hubiese visto algo. De hecho, no habíamos visto nada desde hacía quince minutos. Luego vi la equis en el mapa y me fijé en que se trataba del cadáver de un jefe de barrio. Alguien había despejado la zona. Hacía ya unos días, seguramente.

—Joder —gruñí—. Qué pérdida de tiempo. Vamos a hacernos con el mapa de barrio al menos.

Nos atacaron cuanto estaba a punto de dejarme caer en lo que parecía haber sido una piscina cubierta abandonada. El edificio parecía haber pertenecido a una asociación cristiana para jóvenes, aunque la mitad de la estructura había desaparecido. La piscina vacía estaba en su mayor parte expuesta al exterior. En el interior se encontraba el cadáver podrido de una criatura marina de dos cabezas. Esa cosa tenía el cuerpo de una ballena, pero con dos cabezas parecidas a la representación del monstruo del lago Ness. Al parecer, los erizos callejeros no trabajaban con los cadáveres de los jefes. Este en particular tenía nivel 17, se llamaba el Separador y lo había matado un mazmorrero llamado Daniel Bautista 2. El cuerpo tenía varios agujeros del tamaño de tapas de registro y estaba hinchadísimo a pesar de las perforaciones. Parecía un globo del desfile de Acción de Gracias de los grandes almacenes Macy.

Cuando me acerqué a la parte menos honda de la piscina vacía, el mundo se oscureció a nuestro alrededor y varios puntos rojos aparecieron en el minimapa. Estaban lejos y eran dos grupos, uno a cada lado de la calle. Empezaron a dirigirse hacia nosotros.

Habíamos salido de la posada al amanecer y aún no había llegado lo que quiera que en este piso fuese el mediodía. El sol virtual estaba brillando justo sobre nosotros unos pocos minutos antes, pero ahora había oscurecido tan rápido que creía que me había quedado ciego. Di un paso atrás para alejarme de la piscina y apoyé la espalda en la pared. Los puntos permanecieron en la calle. Avanzaban despacio y con cautela, como si creyesen que iban a pillarnos por sorpresa.

Dónut lanzó el conjuro Antorcha al momento y disparó el resplandor a las alturas por encima de la calle. La luz era como una estrella en el cielo, pero no iluminaba todo lo que debería, como si la penumbra se le resistiese.

Un momento después, un rayo verde salió disparado de uno de los puntos rojos, chocó contra la antorcha y la apagó.

—Qué maleducado —dijo la gata.

—Joder. Tienen ataques que disipan la magia —comenté. Teníamos que pensar un plan. Y rápido. Saqué dos antorchas normales del inventario y las tiré por encima de mí. Repiquetearon por la calle, pero la oscuridad no cedió. Cubrió las dos antorchas y las rodeó como si el mismísimo aire estuviese hecho de tinta.

Algo gimió en la lejanía e hizo que se me erizaran los vellos del cuerpo. Mongo soltó un ruido a caballo entre un gruñido y un gemido.

Pero la oscuridad no era absoluta. Veía siluetas en la penumbra. No conseguía distinguir a las criaturas, eso sí, que parecían encontrarse aún a varias decenas de metros. También distinguía el contorno de los edificios. Una pared de escombros bloqueaba la salida del gimnasio a la calle, y no había manera de salir por el otro lado. Estábamos rodeados.

A pesar de todo, los monstruos se acercaban despacio. Eso me ponía muy nervioso. Las criaturas lentas solían ser de esas con las que era mejor no toparte.

—Dos de ellos son elfos urbanos —dijo Dónut al momento—. El punto más alejado de cada uno de los grupos. No sé qué son los demás, pero son grandes. ¿Deberíamos probar con Hora de los limos?

De todas las jugadas ensayadas que se nos habían ocurrido, Hora de los limos era la favorita de la gata. Y con razón. Estaba guapísima, pero no era el momento. Además, no tenía muy claro que fuese a funcionar. Al menos aquí.

—Negativo —respondí—. Espera un momento. Veamos si esto sirve de algo.

Me separé un poco de la pared y saqué una hobomba encendida, que cayó en mi mano mientras desplegaba la *xistera*. No veía a las

criaturas, pero sí que fui capaz de sentirlas, gimiendo y arrastrándose. ¿Serían zombis? Dios. Eso hubiese sido aterrador. Balanceé el brazo y lancé la bomba con toda la fuerza que fui capaz, directamente al punto alejado que era el elfo urbano, el que había lanzado el conjuro para disipar magia.

La bomba siseante voló a una velocidad muy satisfactoria tras salir despedida de mi *xistera* como una bala de cañón. Golpeó algo carnoso que se encontraba a unos seis metros del elfo urbano. Mi intención era que pasase por encima de los monstruos lentos, pero al parecer la altura no había sido suficiente.

¡Pum! Después de la explosión, oí lo que supuse que eran vísceras lloviendo sobre la calle.

Uno de los puntos se convirtió en una equis. Pero solo uno, ya que la bomba parecía haberse enterrado en el monstruo. Ahora tenía vía libre para atacar al elfo. Balanceé el brazo de nuevo para lanzar una segunda bomba a ese cabrón.

En esta ocasión le dio de lleno. Ojalá hubiese podido verlo. La hobomba explotó justo antes de golpearlo, pero la metralla terminó por destrozarlo. No quedó de él ni la equis.

El resto de los monstruos gruñeron, ahora a unos doce metros.

La oscuridad seguía cubriéndolo todo.

Y entonces oí el ruido del arrastrar de pies sobre los tablones. Joder. Sí que eran zombis. Tenían que serlo. Zombis gigantes.

Tenía que dejarme de tonterías. Replegué la *xistera* y saqué dos cartuchos de dinamita goblin.

—¡A la piscina, rápido! —grité mientras encendía los dos y tiraba uno en cada dirección.

Justo cuando solté el segundo, la línea de puntos rojos se abalanzó hacia mí. Contemplé horrorizado cómo el cartucho volador de dinamita había chocado con una silueta gigantesca de más de tres metros y medio de alto. La dinamita no explotó, pero sí que rebotó mientras siseaba entre chispas para luego empezar a rodar hacia mí. Demasiado cerca.

—¡Mierda, mierda! —Di un brinco hacia atrás sin molestarme en calcular hacia dónde. No tenía tiempo. Me limité a saltar. Estaba

preparado para usar el Caparazón protector, pero quería estar cerca de Dónut y de Mongo antes de hacerlo.

Por desgracia, dejé de caer mucho antes de lo que esperaba y aterricé directamente sobre el cadáver blanduzco del Separador.

Y eso fue lo último que recuerdo.

Lo que ocurrió a continuación me lo había contado Dónut, ya que fue la única de nosotros que permaneció consciente durante el resto del enfrentamiento.

Ambos cartuchos explotaron y mataron a la mayoría de los monstruos restantes, así como al otro elfo urbano. No obstante, nada me protegía de la explosión del cadáver hinchado del jefe, que explotó como una puñetera patata en un microondas, ya fuese porque yo me había lanzado encima o por la onda expansiva de las dos explosiones.

La luz volvió a brillar justo cuando murió el segundo de los elfos. Lo primero que vio Dónut fue a mí volando por los aires como si me hubiesen disparado desde una catapulta, girando como un molinillo. Aterricé en el tejado del edificio que estaba al otro lado de la calle.

La detonación del cadáver del Separador no les hizo daño ni a Dónut ni a Mongo, sino que les derramó encima una lluvia de vísceras pegajosas y malolientes. La gata cogió el mapa de barrio, salió de la piscina y acabó con los tres monstruos que quedaban, que habían sobrevivido a duras penas. Disparó sendos proyectiles mágicos a dos de ellos y lanzó a Mongo contra el tercero. El dinosaurio se afanó en su tarea con un júbilo bien practicado.

Después, Dónut saltó al tejado del edificio donde me encontraba y usó un pergamino de Sanar para ayudarme a recuperar la salud. Permanecí inconsciente tres minutos más a pesar de haberme recuperado.

Me desperté y me quedé mirando el cielo. Había llegado a nivel 19, pero el cerebro tardó varios segundos en volver a activárseme. Había aterrizado sobre una montaña de rocas que se me habían clavado en la espalda. Gruñí, rodé y estuve a punto de caer al piso inferior por un agujero en el techo. Estaba muy desorientado. ¿Qué acababa de pasar?

Oí el zumbido de otro de los proyectiles mágicos de la gata y volví a mirar hacia arriba rápidamente.

—Buenos días, Carl. No he visto más elfos, pero esos cachos de carne no dejan de venir —aseguró Dónut. Disparó otro proyectil—. Son muy fáciles de matar si les disparas al lugar adecuado. Mongo se está dando un banquete. Ya ha subido a nivel 12. —Se asomó por el borde y gritó—: ¡Buen chico, Mongo! Mami va a matar al siguiente y tú te encargarás del que tiene detrás.

Volvió a disparar.

—Pero ¿qué está pasando? ¿Cómo he llegado aquí arriba? No veas, Dónut. ¿Qué cojones te ha pasado a ti?

No era la primera vez que la veía cubierta de sangre, pero esto ya estaba a otro nivel. Después del combate contra el Ciclado, había quedado bañada en vísceras y creía que nunca llegaríamos a limpiarla del todo. Pero eso no era nada comparado con cómo estaba ahora. Tenía restos rojos y malolientes que parecían llegar a casi diez centímetros de grosor alrededor del cuerpo. Estaba cubierta como un pedazo de pollo frito extracrujiente.

—Luego hablamos —comentó—. No dejan de venir de esa dirección. Son muy lentos, pero solo hasta que se acercan, momento en el que aceleran. Mira cómo Mongo mata a ese.

Yo también estaba cubierto de sangre, pero la mayoría en la espalda. Sentía cómo los pedazos de carne resbalaban por mi cuerpo cuando me incorporé para sentarme. Era un mejunje denso como el barro.

Me asomé por el borde y me quedé con la boca abierta. Tragué saliva. Nunca había visto algo parecido. Había desayunado gachas de avena, craso error.

Había sangre y partes de cuerpos desperdigados hasta donde alcanzaba la vista. La piscina estaba llena de una sustancia roja, y las vísceras no dejaban de caer en ella y de llenarla más y más. Unos pedazos de carne de algo muy grande habían caído por ahí y destacaban como rocas. También destacaba el blanco de los huesos que sobresalían por aquí y por allá, lo que hacía que pareciese que lo que estaba viendo era la imagen ampliada de una herida y que los huesos eran como larvas.

Y el olor. Dios, me llegó en ese momento. Hedía a alcantarilla y al interior del frigorífico de un restaurante que vendía tilapias a noventa y nueve centavos, abierto después de pasar muchísimo tiempo apagado. Me mareé.

—La puta de su madre. Joder —exclamé—. Pero ¿qué cojones ha pasado ahí abajo?

—Es obra tuya —comentó Dónut—. Debes tener más cuidado, Carl.

Me percaté de que algo se movía y, al fin, conseguí ver a esos monstruos a los que nos habíamos enfrentado en la oscuridad.

La bestia era una maraña de partes de cuerpos cosidas sin ton ni son que se arrastraba hacia nosotros. Era como si el doctor Frankenstein hubiese derramado ácido sobre su creación antes de darle vida. Vi piernas, brazos y torsos entremezclados. Pero también había cabezas, muchas cabezas humanas. La criatura se movía y tenía la forma de una babosa gigante. Unos tentáculos que hacían las veces de brazos y piernas ondeaban sobre él. Las cabezas gruñeron al mismo tiempo.

Era algo aterrador, y me alegré de estar en el tejado y no ahí abajo enfrentándome a esas cosas.

Berserker rastrero. Nivel 12.

Si no tuviste la suerte de enfrentarte a uno de estos jefes de barrio en el primer piso de la mazmorra..., ¡no te preocupes! ¡Ahora tienes la oportunidad de divertirte!

¿Te ha pasado que a veces compras algo en IKEA, lo montas y te sobran algunas partes? Es normal, no te preocupes. Lo que tienes delante es un berserker rastrero, la versión más pequeña de esa criatura. Esta, que también recibe el nombre de Minipicadora de ruidosos, está formada por partes sobrantes que encontramos después de crear la Mazmorra Planetaria. Quien guarda, siempre tiene.

Esta abominación muerto viviente suele ir en grupo y es un asesino lento pero muy tenaz. Una vez va a por ti, es imposible quitárselo de encima. Las buenas noticias son que podrían considerarse casi inofensivos. A menos que te enfrentes a uno de ellos en la oscuridad, claro, ya que se cuadriplica su poder. Y una vez entran en estado berserker es imposible detenerlos. Cuando lo hacen, ya no son tan lentos.

Bueno, vale. Sí que estás jodido, sí.

Pensé en la señora Parsons, la vecina que tenía en el piso de abajo antes de que empezase todo esto. El derrumbe la había decapitado. Su cabeza había caído a mis pies, pero el resto de su cuerpo había terminado en las profundidades junto al resto del edificio. ¿Habían usado su cuerpo sin cabeza para crear una de estas cosas?

Mientras miraba, Mongo salió de entre una pila de vísceras que se había estado comiendo y aulló, para luego empezar a correr a toda velocidad hacia otro monstruo y saltar con las patas por delante. El berserker rastrero se tambaleó, cayó hacia atrás y se rompió en pedazos sin dejar de gruñir mientras moría.

—Son muy fáciles de matar —aseguró Dónut—. Se rompen al momento.

—Eso es porque ya no está oscuro —dije. Me sentía como si me hubiese atropellado un puñetero camión. Aún no tenía muy claro qué era lo que había pasado—. Estoy seguro de que nuestro amigo Caída de Pluma ha enviado a estos tipos para atacarnos.

—Es probable. Y también creo que deberíamos imponer una nueva norma.

—¿Cuál?

—Una muy obvia. No tirar explosivos cuando no tenemos visibilidad.

Reí.

—Me parece una buena norma, sí.

Debajo de nosotros, Mongo rugió victorioso mientras despedazaba una pila de partes de cuerpo que se movían muy despacio.

—He conseguido el mapa de barrio —continuó Dónut—. Veo que vienen unos diez más. Mongo y yo nos encargaremos de matarlos y luego nos iremos de aquí. Hemos conseguido mucha experiencia. Creo que puedo subir a 17 antes de irnos, pero tenemos que darnos prisa. Hay una estancia segura aquí cerca y necesito darme una ducha antes de la entrevista.

Nos imaginé entrando en la caravana de producción con nuestro aspecto actual y sonreí sin querer. No pude evitarlo. Empecé a descojonarme, una risa que se me antojó como la de un demente.

—Muy bien —dije. Saqué una hobomba, la lancé por los aires y la cogí al caer—. Pero déjame matar a unos cuantos a mí. Quiero comprobar lo lejos que puedo lanzar estas cosas.

19



La caravana de producción era diferente a la que habíamos usado para el programa del Maestro, pero seguía siendo de alquiler, según el robot con forma de *frisbee* que se encargaba de ella. El barco era más grande y estaba mejor equipado que la privada de Odette, y me dio la sensación de que esta se usaba normalmente para dignatarios y personas que no eran mazmorreros. O quizá fuesen incluso dormitorios, ya que tenía una cama enorme con forma de cuenco y unas duchas estupendas.

También había una bandeja con comida, pero sin duda no se trataba de alimentos de la Tierra. Eran unas cosas parecidas a gusanos, púrpuras, pequeñas y viscosas. Olían a pescado. Dónut y yo llegamos a la conclusión de que no teníamos hambre. Mongo olisqueó la bandeja y empezó a lamerlos.

Al parecer, habían alquilado el lugar en el último momento, porque le había dicho a Zev que no nos había dado tiempo de asearnos bien. Cuando se lo dije, a pesar de estar escribiendo por el chat, me dio la impresión de que se había puesto a gritarnos. Nos dijo que siempre teníamos que estar preparados y presentables para nuestras «obligaciones para con los medios de comunicación».

La estancia segura estaba prácticamente vacía y solo tenía una ducha. Habíamos metido a Dónut en ella, y yo le había dicho a Mordecai que se pusiese a frotarla mientras me preparaba. A pesar de todo, cuando se hizo la hora de irnos, la gata aún tenía el pelaje apelmazado. El mejunje rojo parecido a barro no le había salido del

todo, como si fuese pintura. Teníamos que volver a meterla en la ducha, pero no teníamos tiempo.

Fue por eso por lo que, cuando nos consiguieron la caravana de producción, tuvieron que alquilar una con duchas que parecía sacada directamente de un capítulo de *Los Supersónicos*. El robot con forma de *frisbee* se llamaba D-0NAH, que Dónut tradujo de inmediato como «Donna». Donna le pidió a la gata que se quitase todo el equipo (a excepción de la tiara, claro) y se metiese en la ducha. Mongo y yo vimos cómo Dónut se subía a algo parecido a una cinta de correr que daba la impresión de haber sido diseñada específicamente para ella. Le cayeron encima un chorro de agua, de aire, un producto químico azul, más agua, más aire, después la frotó un brazo robot y luego aire de nuevo.

Cuando salió por el otro lado, parecía lista para participar en un concurso de gatos internacional. Le brillaba el pelaje. No había rastro alguno de que una hora antes hubiese estado llena de las vísceras explosivas de un jefe con forma de criatura marina que pesaba varias toneladas. La vi volver a equiparse con el faldón y el resto de los objetos. Donna volvió a indicarle que se subiese en la máquina de limpieza y, en esta ocasión, el mecanismo se centró en limpiar y pulir los objetos. Cuando salió, la falda de metal no dejaba de brillar. Mongo se acercó a ella para mirarla y olisquearla con gesto de sospecha.

—Carl, Donna me ha dicho que se pueden comprar estos limpiadores multiusos para los espacios personales. Comenta que son caros, pero creo que merecen mucho la pena. Tenemos que ahorrar dinero y hacernos con uno. Rápido, entra tú también. Es todo un lujo.

—Qué va. Yo así estoy bien —dije.

—Carl, la parte de atrás de tu capa parece basura que acabasen de tirar en un quirófano. Tienes que estar limpio.

—Mazmorrero Carl, me han obligado a informarte de que es necesario que utilices las instalaciones de limpieza —dijo Donna la robot—. En la charla habrá presencia de la realeza, y no estar presentable podría llegar a considerarse un insulto.

«Oh, oh».

—¿De la realeza? No será ese comemierda del Maestro, ¿no?

—El padre del príncipe Maestro le ha retirado los títulos y lo ha desheredado, por lo que ya no se considera parte de la realeza. Pero no, no se trata de nadie del Imperio Calavera. Tendrás información sobre tus acompañantes antes del programa, dentro de unos diez minutos. Ahora, métete en el limpiador si eres tan amable.

—Muy bien, pero no me voy a desnudar —aseguré—. Que se limpie lo que se ve y ya.

La robot se quedó en silencio.

—Muy bien —dijo.

—Y luego Mongo —insistió Dónut—. Huele muy mal.

—Necesitamos que guardes a tu mascota durante la entrevista.

—¿Perdona? —comentó la gata, indignada.

Yo ya me había metido en la máquina para evitar oír la discusión que sabía que iba a tener lugar. Donna siguió hablándome mientras la cinta de correr cambiaba de tamaño y se me indicaba que levantara los brazos y me diese la vuelta, pero a través del plexiglás vi que Dónut seguía discutiendo con la robot. No oía nada, pero sabía que la gata estaba muy enfadada.

Al igual que había ocurrido en la caravana de Odette, estás instalaciones también tenían una portilla que hacía las veces de ventana. Miré por ella y vi el mar abierto e interminable al otro lado. A diferencia de las dos últimas veces, ahora el cielo estaba iluminado, así que al fin conseguí ver el mundo real. Un par de objetos parecidos a caravanas flotaban en el océano a unos pocos cientos de metros de distancia. Parecían contenedores de mercancías, aunque se balanceaban como un barco normal y corriente. En el cielo azul, un trío de formas cruzó sobre nosotros a una velocidad sorprendente.

Me pregunté qué estarían haciendo el resto de los humanos, los que habían sido lo bastante inteligentes como para no meterse en la mazmorra. El sistema había dicho que si decidían no participar iban a quedarse solos, pero a pesar de lo poco que veía a través de la portilla, sabía que eso no era cierto. ¿Cuántas naves habrían descendido al planeta? ¿De verdad iban a dejar en paz al resto de los humanos o iban a ser explotados, cazados o esclavizados?

—Hemos llegado a un compromiso —anunció Dónut una vez salí del limpiador—. Mongo también se dará una ducha, pero luego lo meteremos en el transportín.

Pasé los cinco minutos siguientes viendo cómo Dónut intentaba convencer al dinosaurio para que se subiese a la cinta. Había visto al dinosaurio mascota abalanzarse de cabeza contra una frittata zombi, pero la idea de darse una ducha parecía aterrorizarlo. La gata consiguió al fin capturarlo con el transportín y luego lo sacó directamente sobre el artilugio. El limpiador se encendió, y el pollo gigante empezó a aullar como un cerdo en una picadora de carne. Lo oíamos a pesar de que el dispositivo estaba insonorizado.

—No seas niño chico —gritó Dónut—. ¡Mamá está aquí!

Salió un momento después, con las plumas hinchadas y oliendo a lavanda. Empezó a correr en círculos por la caravana mientras Donna traqueteaba nerviosa detrás de él.

Finalmente, Dónut consiguió meterlo en el transportín, momento en el que se abrió la puerta que había en el fondo de la estancia. La franqueamos y llegamos a un plató vacío con una mesa redonda muy grande. Una parte de la estancia estaba dedicada al público, pero se encontraba vacía por el momento. Unos focos resplandecían sobre nosotros. No había escritorio, como había sido el caso del programa de Odette, y tampoco una silla ornamentada de más como la que habíamos visto en el estúpido programa del Maestro. Lo único que había era un cartel iluminado en la pared de atrás que rezaba ZONA DE PELIGRO CON RIPPER WONTON.

Una de las sillas tenía la palabra CARL brillando sobre ella, y la de al lado rezaba PRINCESA DÓNUT. Ambos nos sentamos. Como era habitual, la silla de Dónut se elevó un poco para que la gata pudiese ver por encima de la mesa.

—Qué emocionante —dijo Dónut—. Me encanta aparecer en programas nuevos.

—Sí, la verdad es que en el último nos fue genial —comenté.

Una extraña criatura entró en la habitación por una puerta que había en el otro extremo. Supuse que era masculina, pero la verdad es que no estaba seguro. Tenía forma humanoide, pero era

absurdamente delgada. Mediría más o menos como yo y era del todo blanca y sin pelo. Tenía unos ojos negros demasiado grandes que parecían charcos de petróleo. Entre los ojos le sobresalía una protuberancia que le llegaba a la parte de atrás de la cabeza, como si fuese una cresta de hueso. Llevaba prendas blancas y simples y le brillaba todo el cuerpo. Cuando caminaba, flotaba como si los pies no le tocasen el suelo.

Como estábamos fuera de la mazmorra, no tenía nombre alguno flotando sobre su cabeza. Se acercó a nosotros.

—Princesa Dónut y Carl, bienvenidos a *Zona de peligro* —dijo. Su voz sonaba tal y como podía esperarse. Etérea y dubitativa…, alienígena. Nos saludó con una extremidad mientras avanzaba indolente. Solo tenía tres dedos en cada mano.

—Saludos. Estamos encantado de conocerte —dijo Dónut—. ¿Eres Ripper Wonton?

Él rio entre dientes.

—No, Princesa. Me llamo Evo. Soy el director del programa. Quería saludaros personalmente antes de que se conectasen los demás. Entraremos en directo, no en diferido. Hoy nos acompañará otra mazmorrera, a quien ya hemos informado. —Señaló una silla vacía —. Está sentada allí, pero no puede veros.

—¿Cómo se llama tu especie? —pregunté.

—Aaah. Mi pueblo recibe el nombre de mitigadores. La gente nos suele llamar tigadores a secas —explicó Evo.

—Teníamos muchas obras de ficción y películas sobre extraterrestres y muchos se parecían a ti —comenté.

—Sí, es muy interesante —dijo Evo—. Tu cultura ha representado más bien a los nulos, pero también hemos visto ejemplos de nuestro pueblo en tus registros históricos y en los medios. No sé cómo sabíais cuál era nuestro aspecto. Lo más probable es que uno de los nuestros visitase vuestro planeta en el pasado. Algunos de los nuestros son muy audaces y seguro que visitaron el planeta para predecir cómo iría el mazmorreo. Visitarlo era ilegal si no era para tratar asuntos del Sindicato, pero eso no significa que nadie lo hiciese, claro.

—Entonces ¿las abducciones alienígenas existieron? —pregunté—. Jamás lo hubiese pensado.

—¿Y las sondas? —preguntó Dónut—. Recuerdo oír hablar de sondas en televisión.

—Doy por hecho que estaréis hablando de las sondas anales, ¿no? —preguntó Evo—. Sí, también lo hemos oído. Es muy probable que eso fuese cosa de los nulos. Los llamabais extraterrestres grises. Son una especie molesta y despreciable. Unos pervertidos, sin excepción

Evo señaló la silla que estaba justo a mi izquierda. Una imagen holográfica estática apareció en ese momento. Era de una mujer con la cara llena de tentáculos que llevaba una corona.

—Esto va a empezar. En esta silla estará sentada la princesa D'nadia del Prisma. Pertenece a una especie llamada los sacacianos. La gente los llama sac a secas. Son muy comunes, pero el Reino del Prisma de D'nadia es muy pequeño. No obstante, son una facción poderosa en algunos círculos comerciales y es una mujer muy directa. Es una invitada habitual del programa. Es vuestra fan y ha pedido específicamente sentarse ahí.

Examiné a la mujer calamar. No era más que una representación holográfica y no la versión real. Parecía tener la piel gris cubierta de protuberancias. Una maraña de tentáculos le colgaba de su rostro de cefalópodo, lo que le daba aspecto de un Cthulhu de tamaño humano. Llevaba un vestido largo y holgado, por lo que no había manera de saber qué era lo que había debajo exactamente. Me daba bastante miedo en general.

En la silla contigua había una criatura marrón, rechoncha y peluda que parecía el resultado de un cruce entre un ewok y un vombátido. La cosa mediría un metro veinte y no llevaba prendas a excepción de una puñetera bufanda naranja alrededor del cuello, como Fred el de *Scooby Doo*. Tenía los pómulos muy grandes y marcados y ojos enormes. Era repugnantemente mono. Recordé que la señora Péndula tenía una versión en muñeco de peluche de algo parecido a esto en su estantería.

—Pero qué mono —dijo Dónut—. Míralo. Es adorable.

—Ese es el presentador, Ripper Wonton —explicó Evo—. Pertenece a una especie llamada setonix, aunque la gente los llama quokka. Él

se encargará de moderar la conversación. Es un tipo de buen corazón, a pesar de sus fuertes convicciones. Os tratará bien, pero si no está de acuerdo con alguna de vuestras opiniones, os dará una buena charla al respecto.

En la siguiente silla había otra mujer. Era una criatura negra y plateada con cabeza de cobra. El holograma se alzaba sobre la mesa, y su cabeza con capuchón podía medir un metro de ancho.

—Se llama Manasa. Es una cantante muy famosa y es naga. Pero no os preocupéis —dijo Evo. Miró a Dónut—. No forma parte del Sultanato de Sangre, por lo que no tendrás que matarla cuando llegues al noveno piso. En realidad, tampoco es naga. La Manasa real murió hace mucho tiempo, pero firmó un contrato con la Corporación Valtay para continuar con su carrera tras su fallecimiento.

Recordé lo que había dicho Odette sobre el sistema Valtay. Sus habitantes eran unos pequeños parásitos que controlaban los cuerpos.

—Entonces ¿tiene una especie de gusano en su cerebro que controla su cuerpo?

—Así es —confirmó Evo—. Y su carrera está siendo más exitosa que nunca. Su último sencillo ha alcanzado el octavo puesto en todo el universo.

La silla siguiente contenía un humano muy estirado de mediana edad llamado Tucker. Era comediante de *stand up*. La sonrisa estúpida que tenía en esa cara desagradable fue más que suficiente para que me cayese mal.

Evo reveló a la última participante, y reconocí de inmediato a la mazmorrera que estaba sentada. Dónut soltó un grito ahogado.

Era Hekla, la islandesa rubia que ahora era una doncella escudera amazona. Lideraba el grupo llamado Hijas de Brunilda. La última vez que la había visto había sido unas noches atrás en el episodio resumen. Sus compañeras habían quedado desperdigadas al llegar al tercer piso, pero ya se habían reagrupado casi todas y habían conseguido eliminar a un jefe de municipio que era un oso lechuza. Recordé que tenía una ballesta automática mágica muy potente. El arma parecía más bien una motosierra a distancia. No sabía cuáles

eran sus características, pero dos días antes había subido a nivel 25, y era la segunda mazmorrera en conseguirlo, unas pocas horas después de Lucia Mar. Los músculos de Hekla se hincharon cuando se inclinó hacia delante en la silla, momento en el que me di cuenta de que no era un holograma estático, sino ella de verdad.

—¡Hola, Hekla! —saludó Dónut desde el otro extremo de la mesa. Me miró—. ¡Carl! ¡Es Hekla!

—Ya la veo, Dónut —dije.

—Hola, Dónut —dijo la mujer. Me miró y cabeceó a modo de saludo.

—¿Qué tal le va a tu grupo? —preguntó la gata.

—Vamos tirando —respondió ella. La mujer no mostraba prácticamente emoción alguna en la voz. Tenía los ojos del color del zafiro—. Una de las Hijas está cerca de vosotros. Reconoció el circo del episodio resumen y sabe que estáis por la zona. Le gustaría reencontrarse con nosotras, pero creo que estamos muy lejos. Necesita ayuda para subir de nivel. ¿La ayudaríais? Me haríais un favor.

—¡Claro que sí! —comentó Dónut antes de que me diese tiempo a responder—. ¡Nos encantaría ayudar a tu amiga!

«Cagondiós, Dónut». Me quedé en silencio.

—Coméntale que vaya esta noche a El narval tuerto —indiqué—. Está en el asentamiento aveceleste mediano. Pero quiero que sepas que estamos en medio de una misión importante y no vamos a poder parar para ayudarla. Haremos lo que podamos.

—Genial —indicó Hekla. Una sonrisilla le torció los labios—. Pero nada de hacerla explotar.

—No me gustan nada los peces del fango —comentaba el cretino pretencioso de Tucker—, pero no puedo evitar pensar que Valtay se ha sobrepasado a la hora de interrumpir la temporada de los Borant. Los juzgados siempre han defendido los derechos de aquellos que solicitan ayuda en caso de quiebra, y no creo que eso deba cambiar.

—Pero ¿no se suponía que tú eras comediante? —preguntó Dónut —. ¿Cuándo vas a decir algo divertido? —El publicó estalló en

carcajadas—. ¿Ves? No es tan difícil.

A mi izquierda, la princesa D'nadia emitió unos ruidos de trompeta con los tentáculos, un sonido que al parecer indicaba diversión. No dejaba de intentar agarrarme la mano, aunque sus dedos palmeados atravesaban los míos. Por su parte, Manasa, la cantante de pop con cabeza de cobra, también rio sacando esa lengua bífida.

Tucker puso gesto de desdén.

—Bueno, ¿y tú qué opinas al respecto, Princesa Dónut?

La gata resopló.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? ¡Soy una gata! —Más risas—. Pero hay cosas que sí que sé, Butler. Primera, sé que no conozco el tema lo suficiente como para haberme formado una opinión, como pareces haber hecho tú a pesar de que no tienes ni idea. Y segunda, sé que no le caes nada bien a mi compañero aquí presente. ¿No es cierto, Carl?

—Pues sí —dije—. Eres un mierda.

Hekla se rio por primera vez desde que había empezado el programa. Hasta Ripper, que había intentado mantenerse imparcial durante todo el tiempo, bajó la cabeza y empezó a dar unos golpecitos en la mesa para contener la risa.

No tenía ni idea de si la opinión de ese tal Tucker era válida o no, pero una de las primeras cosas que había hecho al principio de la mesa redonda era hacer un comentario arrogante afirmando que el programa había bajado sus estándares al invitar a una mascota. Creía que era un chiste que luego dirigiría al presentador, pero el tipo lo había dicho muy en serio. El público lo había abucheado, momento en el que él había puesto esa sonrisilla arrogante. A Dónut no le había gustado nada, por lo que había empezado a arremeter contra él. Lo estaba dando todo. Llevaban así como media hora. Al principio, me preocupaba que se enfrentase dialécticamente a un comediante, pero consiguió ponerlo contra las cuerdas casi de inmediato. Y él era demasiado tonto como para darse cuenta de que había perdido.

—Sabes que no me llamo Butler. Solo lo haces para intentar hacerme enfadar.

Dónut me miró con ojos brillantes.

—Carl, me dijiste que se llamaba Butler.

—Se llama Tucker —aseguré.

—¿Tucker? ¿Estás seguro o te has confundido porque los nombres acaban igual?

Me dio la impresión de que la princesa D'nadia iba a asfixiarse de risa allí mismo. Estaba claro que a ella también le caía mal el Tucker este.

Tucker alzó las manos.

—¿Podemos cambiar de tema, por favor? He venido a este programa porque creía que íbamos a hablar de asuntos importantes.

—Pero, cielo… —dijo Dónut, que negó con la cabeza—. Pareces nuevo…

Después de que las carcajadas del público volviesen a remitir, empezó una sección corta sobre asuntos intergalácticos en la que ni Dónut ni Hekla ni yo teníamos mucho que aportar. En su mayor parte, no tenía ni idea de qué estaban hablando. Algún sistema planetario había sido invadido por otro. Una especie había solicitado unirse al consejo del Sindicato. Ese tipo de cosas. Hasta el público parecía aburrido.

El tema sobre el que había opinado Tucker era algo que conocíamos: el hecho de que la Corporación Valtay intentase cobrarse la deuda del sistema Borant. Los tres mazmorreros presentes fuimos lo bastante inteligentes como para no decir nada estúpido sobre los Borant ni sobre los Valtay, por si estos terminaban por hacerse con el control del mazmorreo, algo que no parecía muy probable. Por razones obvias, Manasa estaba de parte de los Valtay. Ripper y la princesa D'nadia parecían pensar que ambos bandos eran unos imbéciles. Tucker estaba con los kua-tin.

Ripper pasó a hablar del Imperio Calavera. Había cierta agitación en algunos de sus sistemas natales, en parte por el corte llamado Gorrino. La gente comparaba al Imperio Calavera con la hedonista Supremacía Orca de los colmilludos, y había empezado a exigir una reforma democrática con más insistencia. Se quejaban de que la familia real pasaba demasiado tiempo y gastaba mucho dinero jugueteando con la mazmorra y con la Guerra de Facciones, mientras desatendía sus responsabilidades. El rey Óxido había

respondido desheredando al Maestro y diciéndole a su pueblo que cerrase la puñetera boca. Ripper me miró directamente y me preguntó qué pensaba al respecto.

Tardé unos instantes en formular mi respuesta. Me había imaginado que me preguntarían algo sobre el tema, por lo que ya tenía algo más o menos pensado. «Lo único que hace falta es una semillita». Extendí el brazo y coloqué la mano sobre Dónut.

—Desconozco los detalles, claro. Lo único que sé es lo que habéis comentado hoy y lo que hizo ese comemierda, el príncipe Maestro…

—Expríncipe Maestro —corrigió Dónut.

—Lo que hizo el expríncipe Maestro. Si su padre, el tal rey Óxido, trata a su pueblo como su hijo trata a sus invitados en su programa, está claro que deberían rebelarse. En la Tierra teníamos algo para ilustrar eso… Si metes una rana en agua hirviendo, saltará a por ti. Pero si metes la misma rana en el agua cuando está a temperatura ambiente, se quedará allí. No se moverá porque todo va bien. Luego puedes poner el cazo al fuego, pero la rana seguirá sin saltar a por ti porque la temperatura solo habrá subido un poco. Terminará por morir cocida. Al tirarla directamente en agua hirviendo, sabía de inmediato que estaba en peligro. Pero al ir aumentando el calor poco a poco a partir de la temperatura ambiente, no se dio cuenta de que lo estaba hasta que ya era demasiado tarde.

—Es una metáfora muy estúpida —comentó Tucker.

—Silencio —dijo Ripper, que alzó una pata peluda—. Déjalo terminar.

—Pues eso. No sé lo que está pasando realmente en sus sistemas. Solo soy un tipo de un planeta habitado por gente que se creía sola en la galaxia. En nuestro caso, nos tiraron al agua hirviendo y pusieron la tapa, por lo que Dónut, Hekla y yo no pudimos hacer nada para solucionar lo que nos ocurrió. Pero supongo que los habitantes del Imperio Calavera sí que tienen esa posibilidad. Si antes las cosas iban bien y ahora no es así, quizá podáis hacer algo al respecto. No comparéis vuestras circunstancias con las que teníais el día anterior, sino hacedlo con las que teníais hace unos años. Se supone que deberíamos estar haciendo que el mundo… que el universo… sea un lugar mejor para nuestros hijos. Si no es mejor, si

os enfrentáis a la crueldad, a la irresponsabilidad, tenéis que hacer algo al respecto. Así que sí. Que les den por culo. Que les den por culo al puñetero rey Óxido y al comemierda de su hijo. Si no sois felices con vuestro gobierno, echadlos y montad uno propio, uno que tenga en cuenta los intereses del pueblo. No deberíais aguantar a un perdedor que le quita el dinero a la gente y lo gasta en juegos, y menos cuando esos juegos consisten en matar personas más débiles que él y que no le suponen ningún peligro. Menudo cagueta. Y eso es lo que opino.

Nadie dijo nada durante un buen rato.

—Es muy probable que no lo sepas —comentó Tucker con cierto tono triunfante en la voz—, pero usar los túneles de comunicación abiertamente para incitar a la sedición contra un miembro del Estado es ilegal.

—Si lo que acabas de decir es verdad —dije—, todos los presentes estáis en la misma situación que los habitantes del Imperio Calavera. —Me giré para mirar al público—. Todos vosotros. Si un gobierno tiene miedo de lo que diga su pueblo, puede que haya una razón para ello. Además —añadí—, ¿qué van a hacerme? ¿Tirarme en una mazmorra?

A mi lado, la princesa D'nadia empezó a aplaudir y hacer ruidos de trompeta con los tentáculos. Hekla, que casi no había dicho nada desde el principio, me miraba directamente. No tenía ni idea de lo que significaba su expresión.

Debajo de mi mano, Dónut había empezado a temblar cuando el público estalló en vítores para indicar que estaba de acuerdo conmigo.

Pero me percaté de que no lo hicieron todos. Algunas de las personas, la mayoría, vitorearon. Pero no todas. Los que no lo hicieron parecían incómodos. Algunos irritados. No pasaba nada. Poco a poco. La metáfora de la rana funcionaba en ambos sentidos.

—Bueno —dijo Ripper—, me habían dicho que por donde pisabais no volvía a crecer la hierba y creo que…

Frente a mí, la imagen de Manasa la cobra titiló hasta desaparecer. El plató al completo tembló, momento en el que Dónut y yo nos caímos de las sillas. Las luces temblaron, y Dónut gritó. Caí

al suelo, y la interfaz, que había desaparecido al llegar a la caravana de producción, volvió a activarse.

—Carl. Carl, me estoy mareando.

La caravana siguió balanceándose. El mar, que estaba completamente en calma, ahora rugía a nuestro alrededor.

El plató había desaparecido, y lo único que quedaba a la vista eran dos sillas y media mesa. Donna la robot entró en la habitación.

—Mantened la calma, por favor. El sistema se restaurará en quince segundos.

ZEV: Por los dioses, ¿estáis bien?
CARL: ¿Qué cojones está pasando?

La interfaz volvió a desaparecer, y el plató se restauró a nuestro alrededor cuando el navío comenzó a estabilizarse. Ripper, la princesa D'nadia y Tucker seguían en sus sillas. Ripper hablaba animadamente con alguien que no podíamos ver. Hekla estaba en pie detrás de su asiento, y sospeché que ella también se había caído de la silla, lo que significaba que su caravana flotaba cerca de la nuestra. Volvió a sentarse entre titubeos. Manasa, con su cabeza de cobra, no volvió a aparecer.

—¿Estás herido? —me preguntó la princesa D'nadia.

—Estamos bien. La caravana ha empezado a balancearse. ¿Qué ha ocurrido?

—Dicen que han atacado la caravana de Manasa. Estaba de vacaciones en la Tierra y subió para participar en la entrevista. Comentan que su caravana recibió el impacto de un pulso. Eso es todo lo que sé.

—¿Y tú? ¿Estás bien? —pregunté a Hekla.

—Sí —comentó ella—. Estoy bien.

—Vale. Nosotros también —aseguré.

—Yo acabo de vomitar —replicó Dónut, que alzó la vista para mirarme. Tenía vómito por toda la cara. Usé la tela de mi capa de nictofúnebre para limpiarle el pelaje lo mejor que pude.

—¿Te estás riendo de mí? ¿Me lo estás diciendo en serio? —preguntó Ripper a su ayudante invisible—. Muéstrame esa

declaración. —Se giró para mirarnos a Dónut y a mí. El presentador peludo abrió la boca como si fuese a decir algo, pero luego cambió de idea.

En lugar de eso, se giró hacia el público:

—Damas y caballeros, sentimos las molestias. Acaba de ocurrir algo en la superficie de la Tierra y aún estamos recopilando información. Hemos perdido la señal de Manasa, por lo que me temo que no volverá a conectarse. No cambien de túnel. Pronto tendremos más noticias al respecto. Mientras, sigamos con *Zona de peligro*.

No ocurrió nada durante unos momentos, pero luego una criatura con forma de búho hembra apareció en uno de los extremos de la mesa. De la nada.

—Hola —saludó la búho—. Tengo una pregunta para Hekla. ¿Por qué abandonaste a tu marido a su suerte cuando entrasteis en la mazmorra? ¿Te arrepientes?

Hekla pareció afectada por la pregunta. El repentino cambio de tema y lo que había pasado a nuestro alrededor se me antojó tan abrupto, tan fuera de lugar, que me pareció hasta absurdo. Al parecer, la sección de preguntas y respuestas del programa se llamaba «Zona de peligro». Detrás de nosotros, Ripper había desaparecido. Tucker se había dado la vuelta en el asiento y hablaba en voz baja con alguien también invisible. A mi lado, la princesa D'nadia tenía la cabeza ladeada y también escuchaba algo o a alguien que no aparecía en la imagen.

—Pues… —empezó a decir Hekla con voz temblorosa—. Pues… podría decirse que me dejó él. No tuvo elección. Iba a hacer que nos matasen a ambos. Ahora está muerto, y yo no.

—¿Y te arrepientes? —repitió la búho.

—Claro que me arrepiento —respondió Hekla.

—Gracias —dijo la criatura. Desapareció y, en su lugar, apareció un orco.

—Me llamo Rolf —dijo el orco—. Tengo una pregunta para Carl. ¿Cómo disfrutas más matando?

—Menuda preguntita más retorcida —dije—. No disfruto matando.

—¿No? —insistió Rolf—. Pero se te da bien.

—¿A que sí? —apostilló Dónut.

—Supongo que me gusta cuando es fácil y no mancha mucho —respondí—. Un puñetazo rápido o rompiendo un cuello.

Rolf levantó el puño.

—Me gusta. Gracias.

La siguiente pregunta fue sobre la ballesta de Hekla. La siguiente la hizo una criatura pez que parecía un kua-tin de tamaño humano. Creo que Odette había dicho que el nombre de la especie era glíner. Miró directamente a Dónut.

—Princesa, ¿quién es Ferdinand?

Varias personas del público aplaudieron al oír la pregunta.

Dónut se puso tensa, pero luego se relajó.

—Cielo, me encanta el vestido que llevas. Es muy bonito. Y haces bien al preguntarlo. Es un secreto que tengo enconado desde hace demasiado tiempo y supongo que es hora de que el universo sepa la verdad. —Soltó un suspiro teatral—. Ferdinand es el amor de mi vida. Pero tuvimos un cortejo muy trágico. Me visitaba a menudo por la noche. Nos mirábamos desde lejos, a pesar de que ambos sabíamos que nuestro amor era algo imposible. Fuimos amantes desafortunados, y a él lo perseguían las autoridades. Tenía muy mala fama entre la realeza, donde lo llamaban «gato común», uno sin pedigrí. Esa es la razón por la que salté por la ventana aquella noche. Lo sentí ahí fuera. Llamándome.

—Un momento —dije—. ¿Estás hablando de ese gato naranja que da miedo y que se ponía en la ventana cuando estabas en celo?

—Sí, Carl. Ese mismo —respondió Dónut—. Supongo que ha llegado el momento de que te cuente mi secreto. Una princesa y un mero rufián. No era lo adecuado, pero nuestro amor era el más puro.

Me reí. No pude evitarlo.

—Pero no se llamaba Ferdinand. Se llamaba Salsero. Era de Marjory, la del primer piso.

El gato había dejado preñadas a todas las gatas a tres manzanas a la redonda. Bea había llamado a Bienestar Animal para que lo atrapasen en dos ocasiones, pero nunca lo habían pillado. Después le había gritado a Marjory, pero nunca supe qué era lo que tanto le

molestaba de ese gato. Salsero se sentaba en el árbol que daba a nuestra ventana, pero no era nada molesto. La que sí que molestaba era Dónut con sus maullidos cuando estaba en celo.

—Él prefería que lo llamasen Ferdinand —comentó Dónut con un hilillo de voz.

El glíner desapareció y quedó reemplazado por una criatura parecida a un elfo que llevaba chistera.

—Hola —dijo el elfo—. Me llamo Chappy. Mi pregunta también es para Dónut. Si Bea está viva y te encuentras con ella, ¿abandonarás a Carl?

Sentí que un escalofrío me recorría el cuerpo. Miré fijamente a Dónut, quien me devolvió el gesto con un rictus de confusión.

—Cuando encontremos a la señorita Beatrice, trabajaremos todos juntos. Las cosas volverán a ser como antes.

Chappy pareció quedarse perplejo con la respuesta.

—Pero no creerás que Carl quiere estar con ella, ¿verdad? —El elfo se giró hacia mí—. ¿Algo que decir, Carl?

Era una situación a la que jamás tendríamos que enfrentarnos, ya que las posibilidades de que Bea estuviese muerta eran altísimas. Y si se daba el milagro y no lo estaba, no era algo que quisiese comentar en uno de estos programas de entrevistas, la verdad. No obstante, era una conversación que debía tener con Dónut en algún momento. Pero tenía muy claro que no iba a hacerlo en la televisión y en directo. Ni de broma. Murmuré:

—Ya me lo plantearé cuando llegue…

—Perdón por la interrupción, chicos —dijo Ripper con voz trémula. Me percaté de que estaba enfadado y que casi no podía contener la rabia—. Pero tenemos noticias muy importantes que comentar. Como todos habréis visto, se ha interrumpido el programa hace unos instantes. Tenemos confirmación de que se ha debido a un ataque de pulsos insensato contra la caravana de producción en la que se encontraba nuestra amiga e invitada frecuente Manasa. Lamento mucho tener que anunciar que ha fallecido durante dicho ataque. —Gritos ahogados de sorpresa y estupefacción llenaron el ambiente. Ripper levantó la pata para silenciarlos. Junto a mí, la princesa D’nadia empezó a sollozar. Un petróleo azabache se le derramó por

el rostro de cefalópodo—. Pero ahí no acaba todo. En un giro trágico de los acontecimientos, al parecer tenemos confirmación de que no era el verdadero objetivo de dicho ataque. Al mismo tiempo que el ataque… —Ripper hizo una pausa para intentar recuperar la compostura, sin éxito. La rabia borboteaba en su voz—, el príncipe Fornido del Imperio Calavera emitió el siguiente comunicado.

Apareció una pantalla. Un jabalí de cerdas ásperas se encontraba sentado detrás del escritorio. El príncipe Fornido, heredero del Imperio Calavera, se parecía mucho a su hermano menor caído en desgracia. El Maestro tenía muchísimos más músculos, pero Fornido era algo más esbelto y rezumaba poder y fuerza. Y también crueldad. Era algo que se reflejaba en sus ojos de cerdo, antes incluso de empezar a hablar.

Sobre los hombros del orco había una ventana que daba a una campiña verde que se extendía hacia el horizonte. Unos puntos que eran soldados en formación moteaban el paisaje. La cámara estaba colocada para que se viesen a la perfección.

«Ahora mismo está en el noveno piso —pensé—. Se está preparando para la Guerra de Facciones que tendrá lugar en la mazmorra».

«Ciudadanos del Sindicato, cuando recibáis esté mensaje tuneleado, las criaturas de la Tierra llamadas Carl y Dónut habrán sido ejecutadas gracias a un pulso disparado desde mi propio navío. El Imperio Calavera pagará por todos los daños que reciban las propiedades privadas en dicho ataque. Las normas del Sindicato relativas a la soberanía de los sistemas independientes nos permiten afirmar que esta ejecución rápida está justificada, y que también ha resultado apropiada teniendo en cuenta los intentos de Carl de propiciar una sedición. Eso es todo».

El vídeo desapareció de la pantalla.

—Ha sido rápido —murmuró Dónut.

—La verdad es que sí —comenté. El ataque había tenido lugar dos minutos después de que yo hubiese hablado.

—Han atacado la caravana equivocada —comentó Tucker. Nos miró. La altanería había desaparecido por completo de su gesto. Parecía sorprendido—. Os ha intentado matar.

—Reubicaron a Manasa —comentó la princesa D'nadia—. Dijeron que necesitabais duchas, por lo que ella se ofreció a cambiaros la caravana. —La princesa casi no podía hablar. Estaba muy enfadada —. Era mi amiga. Era mi amiga desde hacía muchísimos años. Era una caragusano, pero éramos íntimas desde hacía mucho tiempo. —Se giró hacia el público y carraspeó. Después se envaró en el asiento —. El Reino del Prisma reprueba oficialmente las acciones del Imperio Calavera y presentaremos de inmediato una reclamación en los juzgados del Sindicato.

—Los Valtay y el Imperio Calavera son buenos aliados —aseguró Tucker—. Seguro que lo considerarán un trágico accidente.

—¿Sabes cuánto dinero aportaba Manasa a los Valtay todos los años? —interrumpió Ripper—. Esos imbéciles. Estúpidos. Estúpidos. Esa mujer era un tesoro. La gente cree que la tecnología es de donde se saca más beneficio, pero no es cierto. Ni de lejos. Lo importante son las personas del mundo del espectáculo. Y acaban de asesinar a una.

Sentí una oleada de rabia repentina.

«¿Ahora os enfadáis? ¿Cuando matan a vuestra amiga? —La disonancia cognitiva era insoportable. No me atreví a decir nada en voz alta, pero ¿qué cojones? Nos habían destruido. Acababan de destrozar nuestro planeta. Y ahora habían disparado un misil de mierda, o lo que fuese, que había matado a una de los suyos y esto sí que era una tragedia—. Que os den. Que os den a todos».

—Carl —llamó Dónut con voz preocupada—. Carl, cuando descubran que se han equivocado de caravana, ¿volverán a disparar? Creo que deberíamos irnos.

Ripper nos miró y nos indicó con la mano que nos quedásemos sentados.

—Tranquilos. Estáis a salvo. Acaban de informarnos ahora mismo de que los Valtay aseguran que uno de sus acorazados que estaba en la órbita de la Tierra ha destruido el navío del príncipe Fornido. Repito, los Valtay acaban de afirmar que han destruido un navío del Imperio Calavera. El mensaje deja claro que Fornido ya no estaba a bordo en ese momento, pero se rumorea que tanto la reina consorte Ugloo como el exprínicipe Maestro sí que lo estaban.

—Pues supongo que es el fin de la alianza —comentó Tucker—. Puede que Valtay se controle más con el tema de la bancarrota a partir de ahora.

—Cierra la puta boca, Tucker —espetó la princesa D'nadia—. Por los dioses, acaban de matar a nuestra amiga.

—Un momento… ¿Ha dicho que el Maestro está muerto? —preguntó Dónut—. Carl, ¿has oído eso?

—Lo he oído, Dónut.

Mientras Ripper continuaba repitiendo sin respirar casi todo lo que había ocurrido, miré a Hekla, que seguía sentada en silencio en el otro extremo de la mesa, como una roca en mitad de una tormenta. Me contemplaba con curiosidad en el gesto.

—Siempre os metéis en estos líos, ¿verdad? —preguntó—. ¿Cómo fue eso que dijo? Que por donde pisáis no vuelve a crecer la hierba, ¿no?

Asentí y coloqué la mano sobre Dónut.

—No vuelve a crecer la hierba y dejamos un poquito de caos a nuestro paso —aseguré.

20



Ripper Wonton reprodujo un vídeo de Manasa cantando, su última actuación. La enorme cobra se encontraba en un comedor opulento cantando a capela con una voz de soprano triste y cautivadora. El plató se quedó mirándola en silencio. Se me pusieron los pelos de punta.

—Guau —susurró Dónut al terminar la canción.

El programa también terminó poco después, y el plató virtual desapareció, lo que nos dejó a Dónut y a mí solos en la estancia. Hekla y los demás se esfumaron antes de que nos diese tiempo a despedirnos. Nos pusimos en pie y volvimos al salón.

Me acerqué a la portilla que había en el baño y confirmé que una de las dos caravanas de producción que flotaba junto a la nuestra había desaparecido. Había quedado reemplazada por cientos de sondas flotantes de todos los tamaños que escaneaban las aguas. Dos de ellas se giraron hacia mí cuando asomé la cabeza por detrás del cristal, pero antes de que pudiesen acercarse, la portilla se cerró como si del obturador de una cámara se tratara.

Volvió a aparecer la interfaz.

ZEV: Nos vemos en la estancia segura. Preparaos para la teletransportación.
CARL: Allí nos vemos.

—Era fantástica. Manasa, quiero decir. Me gustaba —comentó Dónut mientras esperábamos. Sacó a Mongo del transportín, y el

dinosaurio empezó a brincar de emoción. Se dirigió a toda prisa al baño y se colocó sobre la cinta transportadora de limpieza. Gruñó con rabia al comprobar que no se activaba automáticamente.

—Sí —dije—. Eso ha sido una desgracia.

—¿De verdad crees todo lo que acabas de decir, lo de que la gente tiene que rebelarse? —preguntó Dónut.

Me encogí de hombros.

—Es un poco ingenuo pensar así. Está bien hacerlo, pero sé que el universo no funciona de esa manera en realidad. Que sepamos, el pueblo de ese rey es feliz. Que la gente se queje por algo no quiere decir que vivan mal. Además, yo soy un donnadie. Tampoco tengo el poder para cambiar nada. Pero la verdad es que tampoco esperaba que hiciesen eso. Joder.

—Sí. Mordecai se va a enfadar mucho. Dijo que tenías que burlarte de él un poco, pero nada de matar a su mujer.

Aún no sabíamos por qué Mordecai nos había dicho que provocásemos al rey si teníamos la oportunidad. Nunca entraba en detalles cuando comentaba cosas de ese tipo. Siempre nos decía las cosas que teníamos que hacer y las cosas con las que tener cuidado. Tipos de monstruo. Hierbas. Botín. Cómo actuar si nos topábamos con ciertos tipos de PNJ. Habíamos empezado a llamarlo el Orden del Día. El término se le había ocurrido a Dónut. En una ocasión se había pegado una maratón de *Ley y orden*. Yo sospechaba que lo del rey Óxido era una estrategia a largo plazo que tenía que ver de alguna manera con el noveno piso. Mordecai quería que insultásemos al rey para que nos tuviese en cuenta y, probablemente, así fuese más sencillo hacerle morder el anzuelo más adelante.

Y acababa de ser sincero con Dónut. Sabía que un tipo cualquiera que estaba por ahí de mazmorreo hablando sobre una revolución no iba a ser la chispa que iniciase una gran crisis intergaláctica. Pero no dejaba de ser una semillita. Mordecai tenía sus planes, y yo tenía los míos.

Dicho esto, había algo más que tener en cuenta, otro jugador invisible sobre el tablero de ajedrez, por así decirlo. Y se trataba de

uno que llevaba incomodándome desde que habíamos escuchado el mensaje del príncipe Fornido.

CARL: Debemos tener cuidado. No digas nada de esto en voz alta. Creo que nos la han jugado.

DÓNUT: ¿A QUÉ TE REFIERES?

CARL: Ese tal Fornido tenía el mensaje demasiado preparado, con las cámaras listas y el ejército en formación tras la ventana. Estoy seguro de que planeaba matarnos desde el principio. Algo me dice que no se esperaba que diese mi pequeño discurso en el programa, pero le ha venido de perlas para justificarse.

DÓNUT: PERO SEGUIMOS VIVOS.

CARL: A Fornido también se la han jugado. Nosotros no éramos más que los peones, el cebo. Y también Manasa. Quienquiera que haya orquestado esto, sabía que los orcos tenían pensado matarnos. Lo del cambio de caravana puede haber sido por dos razones: o fue a propósito para hacerlos matar a un aliado o fue una casualidad que les vino de perlas. Ha humillado a los orcos y ha dañado su alianza con los Valtay. ¿Quién podría beneficiarse más de algo así?

DÓNUT: MANASA TENÍA UNA VOZ CELESTIAL. ESO NO ES BUENO PARA NADIE.

CARL: No, eso no es cierto. Es bueno para los Borant. Muy bueno. Si los Valtay pierden un aliado poderoso, podrían llegar a declarar la guerra al Imperio Calavera por algo así, lo que los dejaría sin tiempo para intentar conquistar el sistema Borant. Pero no lo sé con seguridad. Tenemos muy poca información.

DÓNUT: O QUIZÁ NO HUBIESE NADIE DETRÁS DE TODO ESTO. PUEDE QUE LOS ORCOS QUISIESEN MATARNOS PERO HAYAMOS TENIDO SUERTE.

CARL: Puede. De ser así, hemos tenido mucha suerte. Tanto nosotros como los Borant.

DÓNUT: ¿CREES QUE ZEV SE HABRÁ ENFADADO CON NOSOTROS POR LO QUE DIJISTE?

CARL: Ahora lo veremos.

—Dioses —dijo Zev cuando volvimos a la estancia segura. Nos había devuelto a la misma en la que nos encontrábamos antes, la que estaba cerca de la piscina donde había explotado el cadáver del jefe. Ya estaba de pie en medio del lugar, con ese traje espacial que llevaba siempre. La interfaz no desapareció como era habitual en su presencia. No sabía si había sido un despiste o un error porque ella había llegado antes—. Eso ha sido aterrador. Creía que ibais a morir.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mordecai, que no dejaba de mirarnos a los tres. Dónut empezó a contarle la historia con emoción, a su estilo. Empezó explicando el artilugio de limpieza que había en la caravana, con detalles profusos e innecesarios.

—¿Cómo es que sabían la caravana en la que nos encontrábamos? —pregunté a Zev mientras Dónut seguía a lo suyo con el íncubo—. Se equivocaron, vale, pero solo porque la cambiamos en el último momento.

—Eso no es un secreto —respondió Zev—. Las caravanas de alquiler tienen registros que cualquiera puede consultar para comprobar la disponibilidad. Nunca había sido necesario ocultar quién estaba usándolas. Hasta hoy. Nadie había intentado asesinar a un mazmorrero fuera de la mazmorra. Qué pesadilla.

—Un momento —dijo Mordecai, que levantó la mano frente a Dónut—. Repite eso.

Dónut respiró hondo.

—Carl dijo que el rey orco era un cagueta, y la nave de su hijo disparó un láser a la caravana de producción desde la órbita de la Tierra. Pero nos habíamos cambiado con Manasa, por lo que ella fue la que explotó.

Mordecai me miró, horrorizado.

—¿Manasa la cantante? ¿Ha muerto?

—Era maravillosa —comentó Dónut—. Y dijo que Mongo le parecía adorable.

> Mordecai: Recuerdo muy bien que te dije que tenías que ser sutil.
>
> Carl: Puede que me haya venido un poco arriba. Pero aún no lo sabes todo.

—Y aún hay más —explicó Zev—. Los Valtay respondieron destruyendo el navío real. Se dice que la reina consorte y el Maestro iban a bordo.

—No me jodas —comentó Mordecai.

Me encogí de hombros.

—Eh, que a mí solo me preguntaron mi opinión. No es mi culpa que el príncipe Gorrino haya reaccionado así. Lo siento por su

madre, pero si es la persona que ha criado a esos, probablemente tampoco se haya perdido mucho.

El traje de Zev emitió un ruido de burbujas.

—Las buenas noticias son que nadie se ha puesto a decir cosas negativas sobre Carl o sobre Dónut en la red. El príncipe Fornido es quien ha quedado mal. Óxido va a tener que desheredarlo también. No había pensado en eso. La hermana quedaría como única heredera. Hemos recibido una avalancha de solicitudes de entrevistas, pero la siguiente tendrá que ser en *Mazmorreo a deshoras con Odette*, por contrato.

—Me parece bien —dije—. Tampoco es que tuviese ganas de dar más entrevistas en estos momentos.

Zev se marchó poco después y nos dejó solos en la estancia segura. Mordecai nos indicó que nos sentásemos.

> Mordecai: Muy bien. Tengo una nueva norma. De ahora en adelante y por el momento, no vamos a interferir ni a hablar ni a mencionar siquiera a ninguna entidad que se encuentre fuera de la mazmorra. No vamos a comentar nada del rey Óxido ni del príncipe Fornido hasta después del sexto piso, si es que unos idiotas como vosotros consiguen llegar tan lejos. Cuando Odette os pregunte sobre el tema, diréis que no tenéis opinión alguna al respecto. Solo hablaréis de lo que está ocurriendo dentro de la mazmorra.
>
> Carl: Entonces ¿dejamos de burlarnos del rey Óxido?
>
> Dónut: CON LO BIEN QUE SE ME DAN LOS COMENTARIOS JOCOSOS. MANASA Y LA PRINCESA D'NADIA LO COMENTARON.
>
> Mordecai: Su esposa está muerta. Lo habéis dejado bien hundido en la mierda. No es culpa vuestra, en realidad, pero seguro que es lo que piensa. Quería asegurarme de que el clan Calavera fuese a por el Sultanato de Sangre cuando llegaseis al noveno piso. Pero no creo que eso vaya a ser un problema ahora. Esperemos que no se haya enfadado demasiado con vosotros.
>
> Carl: ¿Por qué? ¿Qué puede hacernos aquí?
>
> Mordecai: ¿Además de intentar asesinaros cuando estáis en la superficie? Aún nada. Pero eso cambiará muy pronto. Ya hablaremos al respecto cuando sea el momento.

—Bueno, no hay nada más que podamos hacer al respecto. ¿O sí? —pregunté en voz alta—. Aún es de día y tenemos muchas cosas

que hacer. Tenemos que volver al pueblo, una milicia a la que enfrentarnos y un despacho de magistrado en el que colarnos.

Uno de los misterios de la misión de las trabajadoras sexuales era saber cómo los elfos urbanos del Grupo de seguridad n.º 201 estaban involucrados en lo ocurrido. Si teníamos en cuenta que el tal Caída de Pluma era el malote final, la presencia de los monstruos muertos vivientes tenía sentido. Los elfos urbanos adoraban a los avecelestes como si fuesen ángeles, y el líder aveceleste de este lugar era un clérigo oscuro que controlaba a los muertos vivientes. O sea, que podía decirse que los elfos eran una fuente de mano de obra gratuita que el tal Caída de Pluma usaba para controlar a sus secuaces.

Aún no sabíamos por qué habían muerto las prostitutas, pero no pasaba nada. No necesitaba saber exactamente lo que estaba pasando para tener claro que la mejor manera de debilitar los planes del líder era acabar primero con una de sus redes de apoyo.

No me gustaba la idea de ir por ahí como un indigente asesino cargándome a un grupo de elfos con problemas mentales. Pero si esos tipos estaban atacando a PNJ inocentes, tampoco es que fuese a sentir mucha empatía por ellos. Además, habían intentado matarnos en dos ocasiones. Si no nos encargábamos de ellos ahora, iban a seguir intentándolo.

Cuando estábamos en la entrevista, Mordecai se había aventurado en el pueblo y localizado la sede de los elfos. No había sido difícil. Tenía un cartel y un trío de elfos urbanos en la puerta delantera que intentaba convencer a todos los que pasaban por allí para que entrasen y «oyesen la palabra de Apito, la Madre Roble».

Solo se encontraba a dos manzanas de la oficina del magistrado, en una calle residencial en su mayor parte, en uno de los barrios más pobres del lugar.

Cuando salimos de la estancia segura, quedaban algunos de los berserker rastreros por las ruinas, a no mucha distancia. Subimos a toda prisa al tejado de un edificio y los matamos desde ahí. No quería desperdiciar las hobombas a menos que fuese necesario, por

lo que tiré un cartucho de dinamita hobgoblin en su lugar. Nunca había usado la dinamita mejorada hasta ese momento, y me alegré de no haberlo hecho desde el suelo. Los cartuchos eran como pequeñas bombas nucleares. Usé la Fuerza mejorada para lanzar uno a un rastrero que se encontraba a media manzana de distancia. La explosión resultante me tiró al suelo. La fachada delantera del edificio se derrumbó sobre sí misma y dejó la calle llena de escombros.

Me puse en pie y examiné los daños causados mientras los oídos no dejaban de pitarme. Había borrado del mapa al rastrero y matado también a uno que se encontraba detrás de eso. Unas volutas de humo revoloteaban entre el polvo que se había levantado alrededor.

«Oh, oh», pensé.

La potencia de la dinamita estaba muy bien, pero los cartuchos no podían usarse en los enfrentamientos normales. Incluso con mi fuerza, no estaba seguro de poder lanzarlos lo bastante lejos como para no resultar herido.

—Cielos —dijo Dónut. Debes tener cuidado con esas cosas, Carl.

Volvió a subirse en mi hombro. En la distancia, había aparecido un tercer rastrero y se acercaba por otro camino que no había quedado bloqueado por los escombros.

Ojalá tuviese una forma de lanzar los cartuchos más lejos aún. Con la *xistera* podía lanzar una hobomba a cuatro veces más distancia, pero los cartuchos no tenían la forma adecuada para la cesta. Saqué otro cartucho hobgoblin y lo miré.

—Un momento. ¿Esos son los mismos que usaste para esa cosa? —preguntó Dónut.

—Sí —respondí—. Tres de estos.

—Quizá deberíamos haberlos probado antes —comentó la gata.

—Me parece un epitafio cojonudo para mi tumba.

—No seas tonto, Carl. Aquí no van a enterrarnos.

Me reí.

—¿Sabes que no me deja tocarlos? —continuó Dónut, sin dejar de mirar el cartucho blanco—. Me dice que hay un 75 % de probabilidades de que explote si lo intento.

—¿En serio? —pregunté. La estabilidad del cartucho estaba al 80 % en mi caso, lo que significaba que podía pegarme con él en la cabeza sin que pasase nada.

—Creo que no se pueden tocar a menos que tengas la habilidad necesaria. O que estés desesperado. Y yo que pensaba que había que tener cuidado con la dinamita goblin… Me pregunto si hay algo más potente aún —comentó—. ¿Qué hay por encima de los hobgoblin?

—Pues no lo sé —respondí—. No sé si habrá algo.

Mis habilidades de Manejo de explosivos y Manejo de explosivos peligrosos habían subido a 9. Ambas aumentaban la potencia de las explosiones. Ahora mismo, un solo cartucho de dinamita hobgoblin podía matar casi cualquier cosa.

«Pero no a todo». Pensé en el guardián divino. El jefe de país del duodécimo piso que había visto en aquel vídeo corto del episodio resumen. Seguro que esa cosa ni se inmutaría siquiera en caso de tirarle una caja entera de cartuchos por la garganta.

Zum. Un proyectil mágico de Dónut acabó con el tercer berserker rastrero.

El sol empezaba a ponerse en el horizonte. Solo nos quedaban unas dos horas de luz y teníamos que aprovecharlas.

—Venga —dije—. Vamos a hablar con los elfos.

El cartel no decía que el edificio fuese la sede del Grupo de seguridad n.º 201, pero cuando nos acercamos nos quedó muy claro que Mordecai había dado en el clavo. Era un cartel pintado a mano y que colgaba en la parte alta del edificio, con un árbol dibujado y las palabras CENTRO EDUCATIVO DE APITO. En el minimapa, el edificio aparecía como TEMPLO CORROMPIDO. Un mensaje rápido de Mordecai me confirmó que lo de «corrompido» indicaba que podía haber enemigos en el interior.

En la entrada había tres elfos urbanos, cada uno con un palo de cuyos extremos colgaba una bellota. Todos intentaban entregar dicho palo a la gente que pasaba cerca, sin éxito. Ninguno de ellos llevaba la camisa del uniforme, sino unas túnicas marrones, simples

y sin adornos que parecían estar sucias, como si hubiesen pasado la mayor parte del día haciendo tareas de jardinería.

Por desgracia, el edificio compartía pared con uno de viviendas. Unos quince niños enanos correteaban por la calle, riendo y jugando a pelearse. Tenían edades comprendidas entre los cinco y los doce años y, teniendo en cuenta las prendas sucias y remendadas muy parecidas que llevaban, di por hecho que eran hermanos, incluyendo los gemelos y los trillizos. Uno de los mayores sostenía un palo con una pequeña salamandra atada en un extremo y perseguía a sus hermanos y hermanas mientras estos no dejaban de gritar. Supuse que se estaban burlando de los elfos a su manera. El chico del palo golpeó a una de las figuras con túnica con la pobre y siseante salamandra. El pequeño lagarto atacó con una chispa llameante al elfo urbano, quien soltó un improperio y le dio una patada al niño. Otro de los enanos cogió una roca y se la tiró al elfo, quien como respuesta levantó una mano y lanzó un conjuro con el que le devolvió la roca. El proyectil rebotó en la cabeza del niño, que empezó a llorar. Sus hermanos lo rodearon antes de meterse en la casa contigua al templo.

En una de las esquinas que había al fondo de la calle, vi una pareja de esos espadachines estoicos del pueblo. No prestaban atención alguna a lo ocurrido. Seguro que era algo habitual. Miré el sol. Teníamos una hora hasta que los guardias se marchasen al día siguiente.

El niño había dejado el palo con la salamandra atada en mitad de la calle. El pobre lagarto intentaba zafarse. Estuve a punto de desatar al pequeñín, pero Mongo saltó hacia delante y se lo tragó entero, lagarto y medio palo.

—Qué asco, Mongo —dije—. Deja de comerte todo lo que ves en el suelo.

El velocirraptor puso una mueca, como si la salamandra tuviese un sabor horrible. Después le dio una arcada.

—Te lo mereces —comenté.

—Tienes que masticar la comida, Mongo —explicó Dónut.

Los tres PNJ elfos urbanos nos fulminaron con la mirada mientras nos acercábamos. Uno de ellos corrió al interior del templo.

—Hola, Carl —dijo otro. Se giró hacia Dónut con gesto de desdén —. Blasfema repugnante y asquerosa.

—¿Yo? —preguntó la gata—. Pero ¿qué he hecho yo?

Examiné al elfo.

> Salvatore. Elfo urbano. Nivel 16.
> Druida raíz.
> Portador de la vara de reclutamiento del templo.
> Los portadores de la vara son las caras amables y alegres del Centro educativo de Apito, la sede comunitaria de la milicia del Grupo de seguridad n.º 201. Aunque en ocasiones tienen que hacer las veces de guardias, los portadores de la vara se encuentran entre los integrantes más devotos, adoctrinados y, por lo tanto, peligrosos de esta pequeña secta de locos.
> Este grupo en particular está formado por integrantes de la división de operaciones mágicas del 201. Traducción: Si vas a verte las caras con estos tipos, prepárate para tener que lidiar con varias escuelas mágicas.

El segundo elfo se llamaba Carmine, y su descripción era casi idéntica, a excepción de que en lugar de ser un druida raíz era un mago de viento.

—¿Por qué sabéis nuestros nombres? —pregunté.

Salvatore escupió en el suelo.

—Vete por ahí a comer musgo y muérete, apóstata. El maestro nos advirtió que el Roble Talado y la podredumbre de sus ayudantes llegaría pronto a la ciudad, momento en el que daría comienzo la batalla final por los cielos. —Miró a Dónut, otra vez con gesto de desdén—. Cuando accedisteis a ayudar a esa orca, supimos que erais vosotros. Hasta lleváis ese asqueroso símbolo de la blasfemia.

—Pero ¿de qué estás hablando, pedazo de flipado? —pregunté.

> Carl: Mordecai. Rápido. ¿Qué cojones es el Roble Talado? Y que sepas que el Carisma tampoco sirve de nada con estos tipos.
> Mordecai: El Roble Talado es la versión del anticristo de Apito. Es algo que no se suele nombrar hasta el duodécimo piso. Tenemos que conseguiros unos conjuros de Disipar protecciones, que servirán para obviar las protecciones contra Encanto y otros protocolos de seguridad que suele haber en estas misiones. Son muy habituales en los asentamientos de los avecelestes.

—Tuvimos que torturarla para arrancarle vuestro nombre de sus labios moribundos —continuó Salvatore.

El tercer elfo regresó, seguido de media docena de sus amigos. Esos tipos no llevaban la túnica marrón, sino los uniformes del 201. Formaron un semicírculo frente a la entrada para bloquearla. Todos tenían nivel 16, pero conformaban toda una mezcolanza de capacidades mágicas, desde magos de fuego a invocadores, pasando por un sanador. Los puntos aún aparecían blancos en el minimapa. Por el momento.

—¿Cómo? ¿A quién dices que habéis torturado? —pregunté. No había oído lo que había dicho antes porque me estaba escribiendo con Mordecai.

—A GumGum —respondió el elfo urbano—. Tenía una misión importante y se encargaba de eliminar la inmundicia indigna de las calles, pero luego empezó a hacer preguntas. Preguntas que llamaron la atención del Roble Talado, al parecer. Tal y como había asegurado el maestro.

—¿Torturasteis a GumGum? —preguntó Dónut, con incredulidad en la voz. Mongo gruñó junto a ella. Bueno, más bien diría que fue una especie de arcada. El dinosaurio se había puesto un poco verde. La salamandra no le había sentado nada bien. No obstante, el sonido que emitió sonó igualmente amenazador. Los elfos urbanos se pusieron muy tensos. Tranquilo, tranquilo. Aún no.

—Sí —respondió Salvatore—. Igual que os torturaremos a vosotros. Habéis derrotado a nuestro campeón, Vicente. Entrenó toda su vida para la batalla final, pero ahora florecerá en el árbol de nuestra señora. El maestro nos advirtió que un único campeón no sería suficiente. Nos arrepentimos de no haber seguido sus designios al pie de la letra. No volveremos a cometer el mismo error. Ahora os enfrentaréis a todos nosotros.

—Sois nueve. ¿Eso son «todos nosotros»? —pregunté.

—Éramos doce, pero ahora somos nueve —explicó Salvatore—. Igual que rezan las escrituras que seríamos en la gran caída.

—¿Vicente? ¿Ese no es el tipo al que le volé la cabeza? El mismo al que tú le diste una patada en los huevos, ¿verdad? —preguntó

Dónut. Giró todo el cuerpo hacia mí. Los nueve elfos urbanos sisearon al unísono y dieron un paso atrás.

Dónut miró por encima del hombro.

—¿Qué pasa? ¿Os da miedo mi culo o algo así? Yo diría que es espléndido. —Lo agitó frente a los elfos, lo que hizo que el faldón, que le colgaba por detrás, empezase a repiquetear—. ¡Este pompis ha ganado premios!

Uno de los elfos, un tipo de mago llamado «congelante», gruñó. El punto en el mapa titiló al pasar a rojo, pero luego volvió a mostrarse blanco. Todos miraban a Dónut consternados y con la frente arrugada.

> DÓNUT: CARL, VAN A ATACARNOS.
>
> CARL: No te muevas. Quédate en esa posición. Mueve la pata trasera izquierda.

Dónut levantó la pata trasera y dejó al descubierto la tobillera mágica con las tres pequeñas cuentas. Agitó la pata, y las cuentas repiquetearon. Los elfos gruñeron y sisearon como una manada de animales salvajes. Uno de ellos, la sanadora, empezó a rascarse la cara con las uñas, lo que causó que le empezase a gotear sangre entre los dedos.

Pero ¿qué cojones les pasaba a estos comemierda?

Les daba miedo la tobillera de Dónut. La habíamos encontrado en una mazmorrera muerta a la que habían asesinado los lémures. Recordé que solo servía para dar unos pocos puntos de característica y una habilidad llamada Toque doble. No tenía nada de especial, a excepción del nombre: TOBILLERA MÁGICA DEL ROBLE TALADO.

La descripción parecía haber sido escrita para disuadirme de ponérmela, razón por la que se la había dado a Dónut. Al parecer, a estos tipos no les gustaban nada los objetos mágicos hechos de madera de roble. Supuse que tenía sentido, ya que esa tal Apito era la Madre Roble. Yo me enfadaría mucho si alguien fuese por ahí con joyería hecha con restos de cadáveres de bebés.

—Dejad que os lo explique —comenté mirando a Salvatore, que no había dejado de escupir al suelo como un puñetero loco. El grupo al completo había pasado de dar la impresión de ser un puñado de

magos enfadados pero competentes a una manada de pirados que parecían haberse escapado de un manicomio. La transformación había tenido lugar en segundos. El mago de fuego se había meado encima. El invocador se había puesto a chuparse el pulgar—. ¿De verdad sois tan lerdos como para creer que Dónut es esa especie de anticristo del Roble Talado porque lleva la tobillera?

—Mira que te dije que las joyas de madera son horribles —gruñó la gata.

—Eres portadora del roble prohibido —comentó Salvatore, que habló directamente a Dónut—. Se puso firme. Después, cogió la bellota que colgaba de la rama que aún sostenía en la mano y se la comió. Hizo mucho ruido al masticarla. El cuerpo al completo empezó a brillarle de azul. Las palabras FERVOR MÁGICO aparecieron sobre su cabeza. Los demás también cogieron las bellotas y se las comieron. El grupo entero empezó a brillar.

> CARL: Fervor mágico.
>
> MORDECAI: Triplica sus puntos de maná y aumenta su potencia. También hace que brillen y que hablen muy alto. Se volverán inmunes a tu Miedo.

«Mierda», pensé. El plan consistía en provocar a estos tíos para que nos atacasen delante de los guardias. Mordecai nos había asegurado que, mientras ellos fuesen los primeros en atacar, los guardias se pondrían de nuestra parte. Pero ahora me preocupaba que los dos espadachines que había al fondo de la calle no fuesen suficientes para defendernos.

El Caparazón protector no servía para los ataques mágicos. Yo tenía la Armadura de volutas, pero con ella no podía proteger a Dónut. Intenté encontrar una solución. Teníamos dos jugadas ensayadas que quizá podrían funcionar. «León de moho», a la que le habíamos puesto el nombre de la primera criatura contra la que la habíamos usado. Y la segunda, y más reciente, llamada «Bomba en picado». Era probable que esa funcionase mejor, pero haría que los guardias también fuesen a por nosotros, que era algo que quería evitar a toda costa.

Dónut: ¿LEÓN DE MOHO OTRA VEZ?
Carl: Eso parece. Prepárate.

Me preparé para saltar hacia delante, en medio del grupo. Iba a lanzar Caparazón protector igualmente, lo que iba a expulsar a los elfos en todas direcciones. Al igual que había ocurrido con los leones de moho, con suerte también mataría a alguno. De ser así, Dónut tendría unos segundos muy valiosos para levantarlos de entre los muertos y convertirlos en escudos humanos con los que igualar el enfrentamiento.

Salvatore no había dejado de despotricar, pero ahora que tenía el efecto de Fervor mágico su voz sonaba como si saliese por un altavoz. No le quité ojo de encima a los puntos del minimapa, esperando a que se volviesen rojos. Si me movía antes de tiempo, todo se iría al traste: el caparazón no empujaría a los elfos y los guardias irían a por nosotros en lugar de a por ellos.

—El ángel, nuestro maestro, nos ha preparado para el fin del mundo —aulló Salvatore—. Ha cumplido casi todas sus tareas. Estamos preparados para brotar en nuestra señora. El Grupo de seguridad n.º 201 está listo para llevar a cabo el sacrificio definitivo para proteger al ángel, cuyo único objetivo es hacer realidad la Plantación de Apito. La señora nos advirtió sobre la gran bestia que ansía destruir los cielos y matar a los dioses. Y ahora, esa impostora, esa devoradora de todo lo que es sagrado, al fin tiene un nombre. Se llama Dónut el Roble Talado. La muerte que ha venido a por nosotros. La liquidadora. Pero con la ayuda de mis hermanos y hermanas…

¡Pum!

Salvatore cayó al suelo gritando mientras se llevaba las manos a la cabeza. Una enana embarazada y enorme le había atacado con un rodillo de cocina. Tras ella se encontraba el grupo de niños enanos que antes jugaba en la calle. El que había lanzado una roca hacía un rato tenía una venda alrededor de la cabeza. El de la salamandra en el palo cogió la rama rota y la miró.

—¿Dónde está Benjamin? —gritó.

La enana, que al parecer era la madre de todos, siguió atacando a Salvatore con el rodillo.

—Mira que tirarle una piedra a mi niño… ¡Cómo se te ocurre! ¡Te voy a enseñar una lección que no olvidarás en la vida, pedazo de mierda de caracol rehidratada! ¡Malnacidos, todo el día por ahí con esos palos! ¡Estamos hartos! ¡Hartos!

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

En el extremo de la calle, los guardias se giraron hacia el alboroto.

La enana embarazada dejó de golpear en la cabeza al elfo. No se había muerto, pero tampoco parecía que fuese a levantarse pronto. Leí el nombre sobre la cabeza de la enana: EUNICE. NIVEL 30. ENANA DE LAS PROFUNDIDADES. Se enderezó y fulminó con la mirada al resto de los elfos. Se hizo el silencio, interrumpido únicamente por el ruido de las respiraciones y de la sangre al gotear del rodillo de cocina. Un intenso hedor a orina se apoderó del ambiente.

Contemplé sorprendido la imagen que tenía frente a mí. La mujer había salido de la nada. El resto de los elfos se miraron entre sí sin moverse, paralizados también por la sorpresa y por aquella violencia tan inesperada. El invocador siguió chupándose el pulgar. La sanadora siguió rascándose la cara. La imagen solo duró breves instantes, pero por un momento pensé que se alargaría por toda la eternidad.

Todo cambió cuando Mongo vomitó la salamandra en la calle.

El lagarto, pequeño y ahora muerto, seguía atado al extremo del palo roto. Aterrizó en un charco viscoso con un chof.

—¿Benjamin? —preguntó uno de los niños enanos, que se acercó al cadáver. Se llamaba RICKY JOE. NIVEL 2. ENANO DE LAS PROFUNDIDADES JOVEN. Miró la salamandra inerte—. ¿Benjamin?

A partir de ese momento, todo fue cuesta abajo y sin frenos.

El elfo congelante fue el primero en actuar y disparó un rayo con forma de bumerán a Eunice la enana. Golpeó a la mujer en mitad del pecho, quien salió despedida hacia atrás y quedó congelada. Su barra de salud bajó hasta quedar roja. También apareció una segunda barra de salud en su vientre, que también estaba en rojo pero algo menos. La palabra CONGELADA flotó sobre su cabeza con

una cuenta atrás de sesenta segundos. Los enanos jóvenes empezaron a gritar y corrieron hacia su madre. Todos excepto el joven Ricky Joe, que se arrodilló frente a Benjamin, la salamandra muerta. El labio inferior empezó a temblarle mientras cogía la rama rota, de la que no dejaban de gotear babas.

En ese momento aún no había ningún punto rojo en el mapa, pero los guardias se acercaron estruendosos y desenvainaron las armas enormes. Iban hacia la embarazada. Los niños se desperdigaron y empezaron a correr por la calle, todos excepto el que tenía la venda en la cabeza, quien se colocó junto a su madre.

—¡Dejad en paz a mi mami!

Los guardias hicieron caso omiso. Ambos levantaron las espadas sobre las cabezas.

Era muy consciente de que lo que estaba a punto de hacer podría haberse considerado algo muy estúpido.

También era muy consciente de que ya no había nadie inocente a nuestro alrededor. Nadie excepto Benjamin, quizá, que había muerto, y excepto el bebé enano que crecía en el vientre de Eunice. Los elfos eran imbéciles. El niño enano que había tirado la piedra era un capullo que había recibido su merecido. Eunice, obviamente, tenía problemas para gestionar la rabia (y los anticonceptivos) que debía solucionar. Y Ricky Joe, el torturador de la salamandra, sin duda iba bien encaminado para convertirse en un asesino en serie.

Son las cosas en las que no podía dejar de pensar cuando decidí atacar a los guardias.

Cerré el puño, di un paso al frente y le di un puñetazo con todas mis fuerzas al más cercano, el guardia de nivel 75.

El golpe impactó en uno de los costados de la criatura blindada. Fue como si le hubiese dado un puñetazo a un tanque Sherman. Dejé una abolladura en el metal, pero el guardia ni se inmutó. La barra de salud ni siquiera apareció sobre él. Tanto él como su compañero se detuvieron para luego girarse hacia mí. Ambos puntos se pusieron rojos en el mapa.

«Oh, oh».

Aviso: Se te ha registrado como alborotador en este asentamiento. Ahora los guardias te atacarán al verte.

En el mismo momento en el que le di un puñetazo al guardia, el joven Ricky Joe decidió participar en el concurso de a ver quién era el idiota el día.

El chico, que seguía aferrado al palo roto de madera con la salamandra muerta atada en el extremo, le dio un puñetazo en la cara a Mongo el velocirraptor.

—¡Has matado a mi mejor amigo! Pedazo de…

El chico hizo un amago de dar otro puñetazo, pero cuando echó el brazo hacia atrás descubrió que la extremidad ya no seguía allí. Mongo, rápido como una serpiente, se lo había arrancado de un mordisco por debajo del codo, para luego tragárselo, tanto el brazo como el palo con Benjamin, por segunda vez.

—¡Mongo, para! —gritó Dónut, lo que salvó la vida del chico. Por el momento. El dinosaurio volvió a tener náuseas.

Di un salto hacia atrás, hacia la caterva de magos que seguía con la boca abierta, justo cuando la espada del guardia chocó contra el suelo. La hoja no me había dado, pero sí que alcanzó a Salvatore, quien acababa de recuperar el sentido gracias a una cura de la sanadora que no dejaba de rascarse la cara. Estaba sentado en el suelo agitando la cabeza, pero el guardia lo había cortado por la mitad como si fuese un puñetero bagel.

Detrás de los guardias, los niños volvieron a arremolinarse junto a su madre, que seguía congelada, y empezaron a tirar de ella por la calle. Y luego estaba el pequeño Ricky Joe, entre aquellas moles con armadura, mirándose el muñón que no dejaba de salpicar sangre como una de esas pistolas de agua veraniegas para niños. Me acerqué, cogí al pesado niño enano y me lo coloqué debajo del brazo como si fuese una pelota de fútbol americano. Luego saqué del inventario una jarra explosiva.

—¡Bomba en picado! —grité.

—¿Vamos a llevarnos al niño? —gritó Dónut, quien acababa de desperdiciar un segundo muy valioso. Salté a un lado para evitar

otro tajo. Esas cosas eran muy fuertes, prácticamente indestructibles, pero también extremadamente lentas.

—¡Sí, vamos! —Encendí la antorcha de la jarra explosiva.

—¡Preparada! —anunció la gata.

Lancé la jarra hacia arriba sin pasarme con la fuerza, y la vi ascender mientras contaba hasta dos mentalmente. Llegó a lo más alto y empezó a caer directa hacia mi cabeza.

Los cuatro, Dónut, Mongo, Ricky Joe y yo, desaparecimos en ese momento y nos teletransportamos al tejado del edificio que había al otro lado de la calle, gracias al conjuro Saltacharcos de Dónut.

Me giré al momento para ver cómo la jarra explosiva caía al suelo y estallaba en la entrada del templo. Los ocho elfos urbanos restantes quedaron chamuscados. Los dos guardias de la ciudad, que habían levantado las armas para atacarme de nuevo, se quedaron quietos y se miraron el uno al otro. Apareció una barra de salud sobre ellos, pero casi ni había bajado y parecían ser inmunes al fuego que los rodeaba. Se apartaron de las llamas, se quedaron girados hacia la entrada y dejaron de moverse. No habían visto hacia dónde nos habíamos marchado.

Por suerte, Eunice y el resto de los niños estaban lo bastante alejados como para no verse afectados por la explosión. La puerta del edificio contiguo al que nos encontrábamos ahora se abrió y salió del interior una pareja de PNJ humanos que ayudó a entrar a los enanos, mientras otros salían a la calle para comprobar qué había ocurrido.

El fuego se extendió por la entrada del templo corrompido y, poco después, el edificio al completo, así como el que estaba al lado del templo, fueron pasto de las llamas.

Saqué una poción de sanación y se la di a Ricky Joe, que no había dejado de gritar. Se detuvo la hemorragia y la barra de salud volvió a estar en verde, pero el brazo no le creció otra vez. El chico se giró hacia Mongo, que seguía con el estómago revuelto, e hizo un amago de atacarlo, en esta ocasión con el brazo izquierdo. Pero lo agarré a tiempo.

—¡Devuélvemelo! ¡Devuélveme mi brazo!

Mongo obedeció.

21



Esperamos hasta que se puso el sol y luego salimos del escondite en el tejado del edificio. Después del enfrentamiento breve y caótico en la calle, los dos guardias se habían quedado inertes girados hacia el fuego. No se movieron más. Tampoco alzaron la vista. Varios PNJ, entre los que había avecelestes, se acercaron para inspeccionar el edificio en llamas. Nadie nos prestó atención.

Nadie excepto Mordecai, que pasó diez minutos enteros insultándonos por el chat por haber *aggreado* a los guardias.

Ricky Joe estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo del tejado, aferrando con gesto funesto los restos de su extremidad cercenada y el cadáver de Benjamin, su salamandra mascota que Mongo se había comido dos veces. Había gritado como un descosido al descubrir que no iba a recuperar el brazo, pero Dónut lo había convencido para que se sentase y se calmase hasta que se hiciese de noche. Una vez el edificio quedó sumido en la oscuridad, los conjuros que parecían proteger la zona también desparecieron, lo que hizo que el Carisma de la gata volviese a ser efectivo.

—Oye, niño —pregunté mientras esperábamos—. Sabes que eso no está bien, ¿verdad? Lo de atar al lagartito en el palo. Es retorcido de cojones.

—No deberías decirles palabrotas a los niños —me reprendió Dónut—. Pero sí, Ricky Joe. No deberías hacer eso.

—Al menos yo no me lo comí —dijo el enano—. Y a Benjamin le gustaba. Los enanos de las profundidades los atan a sus cascos

cuando bajan a las minas. Estaba entrenándolo.

Unos momentos después, los dos guardias se giraron de repente y empezaron a alejarse. Los vi abrirse paso entre traqueteos por las calles del pueblo. Se unieron a otros grupos de guardias y entraron en un edificio que había en la misma calle que la sede del magistrado.

—Oye —llamé al niño, mientras señalaba los restos chamuscados del templo. El hogar del pequeño, que se encontraba en el edificio de al lado, también había ardido hasta los cimientos—. ¿Viste algo inusual salir de ahí alguna vez? ¿U oíste algo raro?

—¿Raro? —preguntó—. Siempre eran raros. Uno de ellos gritaba llamando a su mamá todos los días. Se oían a través de las paredes, sí. También olía muy raro. Mi hermano Bubba Lane dijo que vio algo salir volando del tejado hace unas noches. Dijo que era una krasue, pero probablemente fuese esa mujer aveceleste.

—¿Qué mujer aveceleste? —pregunté.

—No sé cómo se llama. Todas me parecen iguales. Pero esta se pasa mucho por ahí. Viene antes de que anochezca y se marcha poco después, caminando con más mujeres. Aunque hoy no lo hizo.

—Un momento. ¿Qué son las otras mujeres?

—Mujeres. Elfas, enanas y humanas. Vienen a lo largo del día. No reconozco a ninguna, pero creo que intentan unirse a la iglesia. Suelen estar vestidas como si estuviesen a punto de ir al Desperado. Bubba Lane dice que es porque las mujeres son tontas. Mi mamá le da una torta cuando lo dice, y luego le tira de la oreja hasta que pide perdón. Después nos obliga a ponernos en fila a todos y a llamarlo tonto a él. Eso no le gusta mucho a Bubba Lane.

—¿Y sabes adónde se lleva a las mujeres esa aveceleste? —preguntó Dónut.

—No —respondió él—. Tenemos prohibido salir de la calle. Mamá dice que hay muchos peligros ahí fuera.

Miré a Dónut. Entonces, mujeres de fuera del pueblo venían al templo y luego una aveceleste se las llevaba a algún lado. Interesante. Teníamos que seguir investigando.

Bajar del tejado no fue nada fácil. Quedaban cuatro horas para que se recargase el conjuro Saltacharcos de Dónut y, además, lo

necesitábamos para la siguiente fase de las investigaciones nocturnas. Suspiré mientras sacaba la cuerda y reflexionaba sobre cómo habían cambiado las cosas desde que me había despertado por la mañana. Había sido un día de locos, y aún no se había acabado. No íbamos a poder caminar como si nada por el pueblo a partir de ahora. No pasaría nada por la noche, pero durante el día iban a perseguirnos los guardias, algo muy incómodo. Había otros pueblos cercanos, pero este era el más grande de la zona. Y, como solo quedaban tres días para el derrumbe, empezaba a ser demasiado tarde como para alejarnos más de la única salida que habíamos encontrado por el momento, que estaba a medio día caminando desde el lugar donde nos encontrábamos ahora, en las ruinas del circo de Grimaldi.

Dónut metió a Mongo en el transportín y esperó a que yo bajase por la cuerda. Tuve que llevar bajo el brazo al quejica de Ricky Joe, a quien solté sin querer cuando quedaban unos tres metros para llegar al suelo. No se hizo daño, pero cayó bocabajo y soltó el brazo cercenado y el cadáver de la salamandra. Empezó a llorar.

—Pero si no te ha pasado nada —grité mientras bajaba hasta el suelo—. Basta ya, niño.

La salud casi ni le había bajado.

Cuando caí al suelo, Dónut saltó del edificio como si nada. Agarré la cuerda y tiré de ella para guardarla en el inventario.

—Tienes que aprender a saltar mejor, Carl —dijo Dónut mientras volvía a liberar a Mongo—. O aprender a volar.

Un grito estridente que había salido del interior del edificio contiguo reverberó por la calle.

—Es mi mami —dijo Ricky Joe—. Vuelve a estar de parto. Se va a enfadar mucho si no estoy ahí. Yo soy quien se encarga de agarrarle la pierna izquierda. ¡Adiós, Princesa Dónut! ¡Adiós, Mongo!

Salió corriendo en dirección a la puerta. Intercambié una mirada con la gata y negué con la cabeza.

El narval tuerto. El dinero empezaba a escasear. Acababa de comprar tres cajas más de hobombas, todas de la versión que

explotaba al impactar. Pústula también nos había conseguido diez paquetes de cortinas de humo hobgoblin, que eran unas bombas redondas y con mecha que supuestamente funcionaban mucho mejor que las bombas de humo goblin. Compré las diez.

Mordecai ya estaba por allí cuando llegamos, lo que significaba que había ido a pie desde su sede gremial. El episodio resumen estaba a punto de empezar, y se encontraba sentado en una mesa hablando con una mujer extraña. Una mazmorrera, al parecer, teniendo en cuenta el punto azul del mapa.

—Es la amiga de Hekla —dijo Dónut—. ¡Bien! ¡Nos ha encontrado!

Mierda. Me había olvidado por completo de eso. Cuando nos acercamos, la mujer se giró para mirarnos y me detuve en seco. Tenía un aspecto… raro. No fui capaz de aventurar su edad. Era rubia y tenía unos ojos demasiado grandes y que se encontraban muy arriba en su rostro. Tenía la nariz torcida a un lado y el mentón lleno de bultos. También vi que los pelos de la cabeza eran demasiado gruesos. Parecía ir ataviada con un chándal de manufactura pésima y unas botas de nieve demasiado toscas. Examiné sus propiedades.

> Mazmorrera n.º 9.077.265. «Katia Grim».
> Nivel 9.
> Especie: Humana.
> Clase: Conductora de camiones monstruo.

Parpadeé unas cuantas veces para intentar procesar lo que acababa de leer. Estaba claro que no era humana. ¿Y qué cojones hacía la clase conductora de camiones monstruo? Luego pensé en lo de nivel 9. Tenía 10 menos que yo. También destacaban un par de estrellas junto a su nombre. Un jefe de barrio y uno de municipio. Pero era nivel 9. Esto iba a ser un problema.

—Hola, Katia —dijo Dónut, que saltó sobre la mesa—. ¿Eres la amiga de Hekla?

—Hola —dijo ella con timidez mientras asentía—. Sí. Muchas gracias por reuniros conmigo. Hekla me dijo que estaríais aquí.

Mongo se acercó a ella titubeante y la olisqueó. Al comprobar que no era una amenaza, dio un par de vueltas hasta terminar

acurrucándose en el suelo.

—Hola —dije.

—Hola, Carl —respondió ella—. Hekla me ha contado todo lo que ocurrió durante tu entrevista. Es… una locura. Quiere hablar con vosotros, pero tendréis que esperar un poco. Las Hijas y ella están luchando contra un jefe en estos momentos. Yo no recibiré experiencia porque estoy muy lejos.

Cuando hablaba, la boca se le movía de forma extraña, como si su voz fuese en realidad un doblaje. Qué raro.

No iba a poder hablar con Hekla directamente. Era posible hablar con otros mazmorreros por el chat, como había hecho con Brandon, pero solo después de hacer lo que se llamaba el «apretón de manos del chat», que solo podía hacerse en persona.

—Bueno… —dijo ella al ver que yo no seguía con la conversación —. Mordecai me ha dado unos cuantos consejos. —Sonrió—. Lo agradezco mucho. Mi guía no me ha sido muy útil.

—Hekla es una pasada —dijo Dónut—. Es como Xena la princesa guerrera pero mejor.

—Sí que lo es, sí —comentó Katia—. Es maravillosa. Me salvó la vida.

> Mordecai: Si conseguís entrenarla, será un buen añadido para el grupo. Lo bastante bueno como para plantearos robársela a Hekla. Pero está muy atrasada. Demasiado, probablemente.
>
> Carl: ¿Podemos confiar en ella?
>
> Mordecai: Aún no lo sé. Parece que está siendo sincera. Ahora, también es un poco desastre.
>
> Carl: ¿Qué coño es? No es humana, ¿verdad?
>
> Mordecai: Será mejor que os lo explique ella.

—¿Qué consejos te ha dado Mordecai? —pregunté en voz alta.

Ella suspiró con fuerza.

—Bannon, que es mi guía, me convenció para coger esta clase y esta especie, pero necesito ayuda.

—¿Qué especie eres? Dice humana, pero no lo pareces.

—No la presiones —dijo Mordecai—. Lo está intentando.

Terminé por sentarme al fin en la mesa. El programa resumen había empezado en las televisiones sobre la barra.

—¿Cómo que lo está intentando?

—Soy una doppelgänger —explicó—. Dice humana cuando me examinas porque es lo que estoy intentando emular. Antes de que Mordecai me ayudase con las orejas hace un rato, la descripción de mi especie según la IA era «Pero ¿qué cojones?». Así que vamos mejorando.

—¿Una doppelgänger? —pregunté. Miré a Mordecai—. Eso es lo mismo que tú, ¿no? Un Cambiado.

—Son parecidos —comentó él—. Pero no exactamente iguales. Los doppelgänger son una especie muy complicada de dominar, y su guía tendría que haberla disuadido y hacerle elegir otra. Como Cambiado, yo puedo pasar a convertirme en cualquier especie que haya tocado físicamente, con alguna que otra limitación. O al menos así es como funciona para los mazmorreros. Como sabes, perdí mi capacidad para elegir mi forma cuando me convertí en guía. Pero bueno, que un doppelgänger es diferente. Es como arcilla. La forma que tenía antes y todo el equipamiento que llevaba encima suma una cantidad concreta de masa, pues con esa masa puede moldear su cuerpo de cualquier manera. —La miró con tristeza—. Lo malo es que no consigue las habilidades que no sean físicas de la forma que adquiere, algo que sí ocurre con los Cambiados. Simplemente tiene ese aspecto. El problema de la señorita Katia es que no puede decir «Quiero ser humana» y ya está. Tiene que darse forma ella misma.

—Y también duele —añadió ella.

—Y también duele —repitió Mordecai—. Tiene que cincelarse la apariencia mentalmente. Y como no es escultora, pues… —Se quedó en silencio y le señaló la cara—. Pero yo tengo algo de experiencia y la estoy ayudando a obtener una apariencia más natural.

—Es complicado —dijo ella—. Solo recupero mi apariencia normal cuando duermo o cuando estoy en el baño, y en los baños no me deja darme forma. He intentado usar una poción de salud como espejo. —Se señaló la cara—. Pero los resultados no son óptimos, como habréis visto.

—Un momento. Puede que esto te ayude —dije mientras echaba un vistazo en el inventario. Encontré lo que buscaba y lo dejé sobre la mesa. Era un pedazo de espejo roto del tamaño de una mano. Lo había saqueado en el primer piso, de los restos del gimnasio tras el enfrentamiento con el Ciclado. Tenía pedazos suficientes para cubrir una pared entera.

—Guau. Gracias —dijo ella, que lo cogió. Se movía con timidez. Me recordó a un conejo. Asustadiza y furtiva, como si fuese a salir corriendo desde que alzase la voz. «¿Cómo es que esta mujer sigue aquí? ¿Cómo puede seguir con vida?».

Se miró en el espejo con indecisión.

—Una de las tiendas de por aquí tenía un espejo de mano, pero no me lo pude permitir… Dios, parezco un cuadro de Juan Gris.

No sabía quién era Juan Gris, pero supuse que sería alguien a quien se le daría fatal dibujar caras. El rostro empezó a retorcérsele y a moverse como si hubiese algo debajo recolocándoselo. Los ojos le cambiaron de forma y quedaron en la posición correcta. Era como ver a alguien de manos invisibles moldeando arcilla.

—También tengo que hacerme la ropa —comentó—. Llevo un jubón mágico de cuero, pero cuando me lo equipo desaparece y se añade a la masa disponible. Lo único que no desaparece es mi arma.

—A medida que practiques aprenderás a cambiar de apariencia más rápido y de forma más eficiente. Es una habilidad como cualquier otra —aseguró Mordecai, con voz paciente.

—¿Y qué hace la clase esa de conductora de camiones monstruo?

Mordecai respondió por ella.

—Ya no puedo buscarla, así que no tengo muy claro los detalles, pero por lo que sé, es la versión de la Tierra de la clase barrera resistente mezclada con la clase contendiente de justa. Es una clase combinada bastante habitual llamada fuerza imparable. En otras palabras, es un tanque que adquiere una gran bonificación a la Constitución cuanto más rápido se mueva. Y, teniendo en cuenta su Constitución actual, podría decirse que es toda una fuerza de la naturaleza.

—Guau —dije.

En la pantalla, el caimán con una escopeta se había unido a una persona humana que me resultaba familiar, pero no fui capaz de recordar dónde la había visto antes. Saltaron juntos de un edificio en llamas mientras los perseguían una especie de insectos de tres patas.

Carl: ¿Dónde está la trampa?

Mordecai: Tiene una Constitución brutal y una buena Destreza, pero flaquea muchísimo en todo lo demás, sobre todo en la Fuerza, lo que no tiene mucho sentido. No es una guerrera y tiene poco nivel. Puede resistir mucho daño físico y mágico, pero sigue estando en desventaja. En una ocasión luche contra un vombátido indestructible en el octavo piso. Esa cosa podía resistir el daño de un golpe directo en la cara con un martillo de guerra celestial, pero eran pequeños y débiles. Así que, en lugar de pegarle, lo cogimos y lo metimos de cabeza en un cubo de agua. Se ahogo al momento.

Carl: Por Dios, Mordecai.

Mordecai: Lo que quiero decirte con esto es que hasta la pared más resistente e indestructible del mundo no sirve de mucho si puedes levantarla en peso y tirarla a un lado. Es como ese plan de las estanterías que tienes pensado para esta noche.

Katia alzó la vista.

—Vale. Hekla ha terminado de luchar. Dice: «Hola, Carl y Dónut. Me alegro de que no os hayan asesinado. Ayudad a Katia, por favor». Katia soy yo. «Creo que lo mejor será que dejéis que se una a vuestro grupo para conseguir experiencia. Cuanto más lejos estemos, menos experiencia recibirá ella. Cuidadla, por favor. Agradezco mucho vuestra ayuda y os prometo compensaros».

Carl: ¿Vamos a dejar que se una a nuestro grupo? Si lo hacemos, ¿no perderíamos mucha experiencia?

Dónut: TENEMOS QUE HACERLO. SE LO HEMOS PROMETIDO A HEKLA.

Carl: No. TÚ se lo prometiste a Hekla.

Mordecai: Si completáis la misión esta noche, podréis pasar dos días enteros *grindeando* y conseguiréis experiencia suficiente, aunque la llevéis con vosotros. Antes de que llegaseis aquí hablé con Fitz para que me dejase echarle un vistazo a su alijo de hierbas y conseguí robar el boletín de ayer

por la noche. Tenemos mucho de que hablar. Pero primero metedla en el grupo.

—Dile a Hekla que nosotros nos encargamos y que se cuide —comenté.

Pasamos los minutos siguientes metiendo a Katia en nuestro grupo. Le eché un vistazo a sus características.

Fuerza: 11.
Inteligencia: 8.
Constitución: 51.
Destreza: 30.
Carisma: 8.

—¿Cómo has conseguido tanta Constitución? —pregunté.

—Tengo un anillo que me suma 15 puntos. Me salió en una caja de botín al empezar. Después conseguí más mejoras de Constitución y luego elegí esta clase, que añade más aún.

—¿Qué más sabes hacer? —pregunté mientras seguía examinándola.

—Tengo una habilidad llamada Segundo tanque de combustible que absorbe el daño y devuelve una parte al atacante. Se activa al azar y solo una vez por combate. También tengo una llamada Avalancha, con la que puedo usar mi cuerpo como ariete. Esa solo la puedo usar una vez cada treinta horas. También tengo algo llamado Exploración, que me ayuda a encontrar las escaleras con mucha facilidad.

Intercambié una mirada con Mordecai.

—No tengo conjuros muy útiles. Ah, y también son inmune al daño mágico de viento. Y se me da bien arreglar motores.

—¿Eras mecánica?

—No. La verdad es que no había arreglado un motor en toda mi vida. Pero me salió en la poción de afición de la Tierra. Soy una manitas de los coches. Antes de todo esto era profesora de arte.

—¿Profesora de arte? —pregunté mientras miraba dubitativo el rostro mal esculpido.

Ella sonrió con timidez. O eso es lo que pretendía, al menos, porque en realidad puso un gesto bastante macabro.

—¿Cómo es el dicho? ¿«El que sabe sabe, y el que no para profesor»?

—Vale. Escucha una cosa —interrumpió Mordecai—. Ahora que estás en el grupo, tenemos que hablar sobre la experiencia y algo que acabo de descubrir.

—¡Callad, callad! —dijo Dónut mientras señalaba la pantalla—. ¡Mirad! ¡Soy yo!

—Mierda —dije al ver la pantalla.

Era una imagen de Dónut con los ojos entornados, de la noche anterior, cuando había estado bebiendo en el bar. Apareció un rayo en mitad de la pantalla, y en el otro extremo dos rottweilers. La imagen imitaba la pantalla de presentación de los jefes.

¡Princesa Dónut versus Cici y Gustavo 3!

«¡Un enfrentamiento de proporciones épicas! ¡Princesa Dónut les ha lanzado el guante y desafiado directamente a Cici y a Gustavo 3, las dos queridas mascotas de Lucia Mar, la líder actual! —comentó el lagarto presentador de piel naranja».

—Pero ¡si yo no he hecho nada! —aseguró Dónut, incrédula—. ¡Es mentira! —Se giró hacia mí—. Carl, esto no me gusta. ¿Desde cuándo se puede mentir en las noticias?

La imagen de Dónut apareció en pantalla, inclinada sobre el coctel:

«Esos perros no me gustan nada. Rottweilers de mierda. Son casi peores que los cocker spaniels. Se creen unos listillos».

«Lucia Mar ha aparecido hace un rato en *Estallar de nudillos* y esto es lo que ha dicho».

La pantalla titiló y apareció Lucia Mar. Estaba sentada en un sillón junto a un presentador con cabeza de lobo. Estaba en ese momento del día de su forma de ladjablès en el que tenía más fuerza y rostro de calavera. El hombre con cabeza de lobo y ella reían con crueldad mientras Gustavo y Cici despedazaban un animalito peludo entre los vítores del público.

—¿Qué cojones es esta mierda? —pregunté.

—Es un programa de enfrentamientos —explicó Mordecai—. Ya le he dicho a Zev que nunca acepte un contrato para llevaros a uno. Los enfrentamientos no son reales. Es complicado.

La imagen pasó a mostrar el rostro de Lucia Mar, desde muy cerca. Las cuencas de los ojos de su cara de calavera estaban llenas de bichos.

«¿Cuál es tu respuesta al desafío? ¿Volverías al programa? Podrías prepararlo por todo lo grande. Dónut contra uno o contra tus dos chicos —preguntó el hombre con cabeza de lobo fuera del encuadre».

«No —respondió Lucia Mar—. Este programa es una pérdida de tiempo. Cada instante que no paso consiguiendo experiencia es una pérdida de tiempo. —La voz sonó ronca y con acento latino—. Encontraré a esa tal Dónut en la mazmorra, donde tendrá una muerte definitiva. Cici y Gus despedazarán a esa chucha de su madre. Y luego yo destrozaré a Carl y me quedaré con todos sus juguetitos».

—Parece buena persona —dije.

Tuve que recordarme que era una niña pequeña. ¿Qué clase de infancia de mierda había tenido?

—¡Es una desconsiderada! —comentó Dónut—. ¡Eso no era un desafío! Carl, tenemos que decirles que ha sido un error. No quiero luchar contra esos dos perros estúpidos. Los mataríamos sin problema, seguro, pero no quiero que aparezcan esas calaveras feas en mi nombre.

—Mierda —dijo Mordecai, que alzó la vista a la pantalla—. Me cago en todo.

—Van a hacer que nos encontremos en algún momento, ¿verdad? —le pregunté.

—Claro que lo harán —respondió—. Pero aún no. Querrán darle emoción al encuentro.

—¿Ocurrirá en este piso?

—Imposible. No creo que lo hagan hasta después de la tercera ronda de patrocinios, así que en el sexto o después.

—¿Eso significa que no nos pondrán las cosas muy difíciles hasta entonces?

—Puede —comentó Mordecai—. Pero es probable que no.

—¿Y por qué has dicho siempre que están intentando matarnos pronto?

—Van a seguir intentándolo, pero también necesitan dinero. Es por eso por lo que tratan diferente a los mazmorreros más eficientes. Esto está relacionado con algo que tengo que comentaros. Borant ha enviado un mensaje a los comerciantes y a los propietarios de los bares para que tengan mucho cuidado con hacer enfadar a los mazmorreros. No lo dice explícitamente en el boletín, pero sé leer entre líneas. Algunos os estáis haciendo más fuertes de lo que deberíais. Lo de esa niña poniendo patas arriba el club Desperado hace unas noches es prueba más que suficiente. La mayoría de las cajas de botín las controla la IA del sistema, así que parece que el sistema está intentando de alguna manera compensar que el tiempo es más escaso. Borant controla las criaturas y la experiencia que se consigue, en su mayor parte, pero la IA del sistema sigue siendo la mediadora principal y está usando sus privilegios para compensar las cosas.

—¿Por eso no te enfadaste mucho cuando decidimos aceptar esta misión?

Se encogió de hombros.

—Ya habíais caído en las redes de la misión. Es normal. Y también sabía que era una de las buenas desde el principio. Normalmente, solo hay que llevar cosas desde un punto A a un punto B y ya. O matar a alguien. Estas misiones más elaboradas también son un indicador de que tenéis menos tiempo entre pisos. —Hizo una pausa cuando empezó el anuncio. No dijeron nada nuevo—. Ahora tendréis que dormir un poco. Una vez se recargue el conjuro Saltacharcos de Dónut, volveréis ahí fuera. Y, como habéis hecho enfadar a los guardias, tenemos que asegurarnos de que terminái s la misión antes de que salga el sol. Mientras, yo ayudaré a Katia a entrenar con su rostro. No saldrá con vosotros esta noche, pero cuando terminéis la misión pasaréis el resto del tiempo *grindeando* juntos.

MORDECAI: Intentad mantenerla con vida. Pero si muere, aseguraos de que le quitáis esos anillos.

CARL: No tienes corazón, Mordecai.

Era por la noche muy tarde y la ciudad entera dormía en silencio. Los bares estaban todos cerrados. No había nadie por las calles principales. La única luz era la del cartel del club Desperado a unas calles, alzándose sobre la ciudad. Un silencio inquietante acentuaba la oscuridad, interrumpido ocasionalmente por gritos espantosos y fantasmales que parecían venir de todas partes.

Para allanar la casa del magistrado, lo primero que necesitábamos era entrar en una callejuela, escalar el exterior del pequeño edificio que teníamos localizado y después usar el conjuro Saltacharcos para llegar al tejado del edificio del magistrado.

En dicha callejuela había un grupo de monstruos de nivel 14 llamados derrames de sombras. Eran criaturas de tipo fantasma parecidas a nubes de humo que nos rodearon cuando nos acercamos al lateral del edificio. Usaban un ataque frío y lacerante al que yo era resistente gracias a la capa de nictofúnebre. Por suerte, mi guantelete mágico les hacía daño como si fuesen corpóreos, y las fundas de dientes mágicas de Mongo también servían para herirlos. Los fantasmas daban una cantidad exagerada de experiencia y eran fáciles de matar. Mongo subió a nivel 13 y se hizo más grande aún. Ya casi me llegaba al pecho. Había pasado de tener tamaño de perro a tamaño de poni en un abrir y cerrar de ojos.

Dónut se bajó de mi hombro y saltó a la grupa de Mongo para ver si ya podía montarlo, pero el dinosaurio se emocionó tanto que empezó a brincar de un lado a otro y lanzó a la gata por los aires. A Dónut se le encrespó el pelaje por la rabia antes de volver a subirse a mi hombro.

—Ya lo practicaremos en otro momento —murmuró.

El edificio de viviendas estaba rodeado por una serie de rejas colocadas a la perfección para escalarlo con facilidad. Mongo se metió en el transportín, y Dónut empezó a saltar de ventana en ventana hasta llegar al tercer piso. Yo la seguí escalando las rejas, que crujieron ominosamente. No tardé en llegar arriba con el corazón acelerado.

El gran edificio del magistrado se extendía ante nosotros. La vez anterior nos habíamos acercado por otro lado, usando un tejado diferente para cruzar la entrada principal y llegar al centro comercial del interior. El edificio en el que nos encontrábamos ahora tenía un piso más que el otro, por lo que podíamos llegar directamente al tejado de aquel en el que se encontraba el magistrado.

Eso teniendo en cuenta que quedase algo por allí después de haber hecho estallar los tres cartuchos de dinamita. Los había escondido en las estanterías donde se encontraban los peluches de la señora Péndula. Al volver a colocar las estanterías en la pared, me había percatado de que esta era hueca y había dejado por allí tres cartuchos y un globo de pus de hobgoblin, y después el detonador en la segunda estantería. No íbamos a poder franquear la puerta mágica que protegía la habitación contigua, pero al tocar la pared me había dado cuenta de que podríamos abrir un agujero en la madera con facilidad.

Pasé unos instantes más examinando los alrededores por si había criaturas voladoras. No vi nada. Solo un edificio cerca del que nos encontrábamos, justo al otro lado de la calle: el almacén donde parecían guardar todos los guardias espadachines desactivados. Sentía la presencia funesta de aquellas cosas. Estábamos rodeados por los guardias a un lado y por el edificio del magistrado, que era igual de imponente, al otro. Esperaba que los guardias permaneciesen en el interior. Mordecai había insistido en que permanecerían inactivos toda la noche, pero yo estaba un poco preocupado. Estábamos a punto de armar un buen pifostio.

Al principio teníamos otro plan, pero tras probar la dinamita hobgoblin había tenido que cambiarlo.

—Vamos allá —le dije a Dónut—. Prepárate.

—Un momento. No puedo olvidarme de mis frases —dijo la gata, que agitó una pata en el aire antes de carraspear.

Yo suspiré y saqué la carta misteriosa del inventario.

Mordecai era quien había descubierto qué era en realidad. La habíamos encontrado en el inventario de GumGum tras su asesinato. Dimos por hecho que era algo que ella había cogido del cadáver de una prostituta, pero resultó que alguien la había puesto en el suyo

con la esperanza de que la cogiera quien tuviese intención de investigar las muertes.

Por la mañana temprano, cuando nos encontrábamos por fuera del Narval mirando el cadáver con las palabras «No, no lo haréis» grabadas en su cuerpo, que eran la respuesta a mi afirmación de que íbamos encontrar y a matar a quienquiera que fuese responsable, me había quedado horrorizado.

—Sea quien sea, nos está oyendo hablar. Nos oye y nos ve —le había dicho a Mordecai.

—Eso no puede ser. Estabais en una estancia segura.

—Pero mira lo que ha pasado —había comentado yo—. Y también había sido muy rápido. El cadáver cayó poco después de que yo hablase.

—Cuéntame exactamente lo que estabas haciendo cuando tiraron a esta joven junto al edificio.

En ese momento me había dado cuenta de que tenía en la mano la carta cuando le había asegurado a Dónut que íbamos a vengarnos por la muerte de GumGum.

—Tendría que haberme dado cuenta —comentó Mordecai después de reflexionar unos instantes al respecto—. No la saques. No funcionará mientras la tengas guardada en el inventario. Es un pergamino de nicrografía, y encima cubierto de sangre. Creía que era del cadáver donde lo habíais encontrado, pero en realidad se trata de la sangre del que ha lanzado el conjuro. El pergamino ya se ha usado. Los pergaminos suelen desaparecer al hacerlo, pero no siempre.

—No entiendo nada —le aseguré.

—Ojo supurante —explicó—. Es un conjuro muy común de liche. No suele encontrarse en forma de pergamino, pero tampoco es imposible. El lanzador lee el conjuro y luego derrama algún fluido de su cuerpo sobre una superficie. Entonces, puede ver y oír cualquier cosa que ocurra cerca del lugar donde derramó el fluido. Es como colocar una cámara espía. Derramó sangre directamente sobre el pergamino, ya que sabía que lo ibais a coger. Cuando lo saques del inventario, sabrá dónde os encontráis y os oirá hablar. Es muy

probable que no se lo puedas vender a nadie, así que deberías librarte de él.

—¡También podríamos usarlo! —aseguró Dónut—. Podríamos hablar con él para decirle que es un imbécil y enfadarlo mucho para que venga a por nosotros.

—Pues la verdad es que es muy buena idea —dije yo.

—Claro que es muy buena idea, Carl. Siempre se me ocurren buenas ideas.

Ahora, coloqué el pergamino sobre las tejas.

—Aún no sé qué es esto en realidad —comenté—. Cuando hayamos terminado de usarlo, hay que venderlo.

—¿Crees que habrá más pergaminos ahí dentro? —preguntó Dónut. Estaba sobreactuando, pero ya era demasiado tarde—. Parece valioso. Deberíamos encontrar uno que no estuviese manchado de sangre.

—Cuando terminemos de saquear ese archivador en la recepción, buscaremos pergaminos por el despacho. —Luego añadí—: También deberíamos robar todos esos peluches de las estanterías superiores. Supongo que alguien pagará una buena suma de dinero por ellos. Y si no es el caso, siempre podemos usarlos para encender un buen fuego.

—Buena idea. Además, Mongo necesita juguetes para morder.

—Vale. Pues esperemos un minuto más para asegurarnos de que no hay nada volando sobre nosotros y luego nos teletransportaremos al tejado, nos abriremos paso a la fuerza y nos dejaremos caer en el despacho. La llave de la puerta tiene que estar ahí dentro en alguna parte.

—Un plan sin fisuras —comentó Dónut.

Volví a guardar la carta en el inventario.

—¡Allí! —dijo Dónut, que señalaba un grupo de cuatro krasue que venía desde la parte baja del edificio. Al parecer, se encontraban en el primer piso, el que estaba vacío, esperándonos. Se dirigieron hacia el lugar donde estábamos en el tejado.

—Vamos —susurré.

Dónut volvió a sacar a Mongo del transportín allí mismo, pero antes de que la criatura hiciese ruido alguno, la gata dijo:

—¡Silencio!

El dinosaurio gruñó con rabia, pero luego se dio cuenta de que se encontraba en un tejado inclinado y empezó a revolverse. Dónut lanzó Triplicado mecánico justo en ese momento, para luego volver a meter al Mongo original en el transportín. Lo volveríamos a necesitar dentro de poco, pero podía esperar.

Los dos Mongo mecánicos graznaron con decepción cuando desapareció el verdadero. Yo saqué la cortina de humo hobgoblin encendida, que se colocó en la *xistera* y la lancé hacia el tejado opuesto. Después, encendí una segunda y la coloqué debajo de una teja a nuestros pies.

Dónut le dio una serie de instrucciones rápidas a los dos dinosaurios, y ambos aullaron cuando el humo denso empezó a extenderse a nuestro alrededor. Saqué rápidamente la carta misteriosa.

—Venga, saltemos al otro tejado —dije. Arrugué la carta y la tiré por los aires. Uno de los Mongo se hizo con ella y se la tragó entera. Después, ambos se dieron la vuelta y saltaron a lo alto del edificio del magistrado, con mucho impulso y aterrizando con facilidad. Uno de ellos aulló, ruido que reverberó en la noche que nos rodeaba.

—La hostia —susurré. Habían saltado por encima de la callejuela y llegado a un piso superior del edificio de enfrente—. Tenías razón. No creía que pudiesen saltar tanto.

—Mongo tiene la misma capacidad de salto que yo —comentó Dónut—. Y es mucho más grande.

—Quizá debería subirme en él en lugar de dejar que te diviertas tú sola —dije mientras el humo cubría todo a nuestro alrededor. Pústula tenía razón. Estas bombas eran mucho mejores que las de los goblin. El lugar había quedado cubierto por una niebla muy densa. Dejamos de ver a las dos mascotas.

El enjambre de puntos rojos que eran las krasue se giraron hacia el tejado del otro edificio. Los dinosaurios habían saltado antes de que la niebla cubriese el lugar por completo, y las cabezas de mujeres flotantes los habían visto hacerlo. No tenía claro que la

niebla fuese a funcionar con criaturas de tipo fantasma. Mordecai había dicho que no servía para la mayor parte de los seres incorpóreos, pero que sí que lo haría con ellas porque tenían presencia física. Yo seguía sin tener ni idea de cómo podía recordar tanta información.

Me fijé en el mapa.

—Muy bien. Los Mongo mecánicos están en el tejado justo encima del despacho del magistrado. —Si aquel tipo nos había estado escuchando de verdad, con suerte lo habríamos engañado para que pensase que éramos nosotros los que estábamos allí y llamaría a sus secuaces al despacho para interceptarnos—. Vamos.

Nos dirigimos a la parte de atrás del tejado y nos agachamos. Creía que nos encontrábamos lo bastante lejos, pero todas las veces que lo había dicho me había equivocado.

—Me voy a sentir fatal por arruinar la colección de la señora Péndula —dijo Dónut—. Esas cosas le gustan mucho.

—Algo me dice que le va a dar igual.

Saqué el pus de hobgoblin y pulsé el detonador. El aullido de uno de los Mongo mecánicos resonó a nuestro alrededor justo antes de que la noche se iluminase como si hubiese llegado el amanecer.

22



—Genial —dije al tiempo que examinaba el agujero que había quedado en el edificio.

Debajo de donde nos encontrábamos, el pueblo al completo se había despertado por el susto de la explosión. Las luces se encendieron por todas partes. Se oyeron gritos y alaridos. Las sombras oscuras de los avecelestes cubrieron los cielos a nuestro alrededor, pero la mayoría se mantuvo al margen de la destrucción. La manzana del magistrado estaba en llamas. Habíamos reventado la mitad del edificio, pero no todo.

> Aviso de administrador. Tienes una nueva pestaña disponible en tu interfaz.
>
> Aviso de administrador. Tu título ha cambiado. El cambio desaparecerá cuando se derrumbe este piso.

Me sorprendí al ver una avalancha de notificaciones en la pantalla. Subí dos niveles, hasta el 21. Dónut también subió dos, hasta el 19.

—Pues ha sido fácil —comentó la gata mientras lanzaba el conjuro Antorcha e iluminaba el tejado con una luz muy brillante. La bomba había dejado de soltar humo, y la luz titilante del conjuro se reflejaba en los escombros. Me recordó a la pista de baile del club Desperado

Esperaba que las krasue fuesen a por nosotros, razón por la que habíamos aguardado hasta ese momento para que Dónut lanzase el conjuro Antorcha. Suponía que eran inmunes a la explosión, pero no las veía por ninguna parte. Era muy probable que la onda expansiva

las hubiese lanzado al otro extremo de la ciudad. Me mantuve alerta por si veía puntos rojos en el mapa.

—Mierda —dije al comprobar las notificaciones. No habíamos recibido la que esperaba, pero había algunas interesantes a pesar de todo.

> ¡Logro desbloqueado! ¡Asesino!
> Has matado a un PNJ con cargo oficial de jerarquía alta en el pueblo. Esnif... Parece que fue ayer cuando no eras más que un mazmorrero asustado de nivel 1 con unos pies bonitos que se meaba encima al enfrentarse a una rata. Y mírate ahora. Te has pasado a los asesinatos políticos. ¿Qué será lo siguiente? ¿Matar a un dios?
> Recompensa: ¡Has recibido una caja de asesino de bronce!
>
> ¡Logro desbloqueado! ¡Poder extremo definitivo!
> Tranquilito, Carlomagno, que esto no es más que un asentamiento de tamaño medio. No te creas que has conquistado toda Europa. Solo has matado al magistrado en activo de este pueblo.
> ¿Sabes lo que significa eso? Bienvenido al maravilloso mundo de la administración pública.
> Recompensa: ¡Has recibido una caja de déspota de platino! También te has hecho con el control del asentamiento mediano de avecelestes. Buena suerte, magistrado.
>
> ¡Logro desbloqueado! ¡Cortarrollos!
> Has asesinado a un PNJ cuya existencia era necesaria para completar la misión de otro mazmorrero. (PNJ asesinado: señora Péndula. Aveceleste. Nivel 30). ¿A qué mazmorrero me refiero? ¿Cuál era la misión? Qué carajo importa ya. ¡La recompensa te la vas a llevar tú!
> Aviso: solo puedes recibir esta recompensa una vez. La próxima vez que hagas algo así, nos chivaremos al mazmorrero afectado. Y este recibirá una misión que consistirá en matarte. A nadie le gustan los cortarrollos.
> Recompensa: ¡Has recibido una caja de misión de plata!

Al parecer, acababa de matar a la señora Péndula y al magistrado Caída de Pluma con la explosión.

—¿Vas a saltar allí o qué? —preguntó Dónut—. ¡Se supone que tenemos que saltar!

—Un momento —dije. El instinto me decía que era mejor esperar —. Algo no va bien. Déjame pensar un segundo.

—Oye —dijo la gata un instante después—. ¿Por qué tú has conseguido ese cambio de nombre tan sofisticado y yo no? ¡Esto es un ultraje!

Miré el menú. Mi título había cambiado de GUARDAESPALDAS REAL a MAGISTRADO CARL DEL ASENTAMIENTO AVECELESTE MEDIANO.

No me reí. Mordecai ya me había advertido que uno de nosotros se haría con el poder en la ciudad si matábamos al magistrado. Pero también me había dicho que, cuando matabas al jefe de la misión, podías completarla o perderla automáticamente, dependiendo de cuál fuese la situación. Teniendo en cuenta las circunstancias misteriosas de esta, nos había dicho que teníamos un cincuenta por ciento de probabilidades de completarla. Y tampoco es que me importase mientras nos deshiciéramos de ella. Sea como fuere, acabábamos de ganar muchísima experiencia porque el aveceleste también era el líder del pueblo. Pero la misión seguía igual. Ahí estaba, en el menú. ¿Acabábamos de matar a un PNJ inocente? No habíamos siquiera hablado con él y habíamos hecho saltar su casa por los aires.

—Mira, tenemos un problema. Creo que la hemos cagado. El magistrado Caída de Pluma está muerto, pero la misión sigue ahí. Eso significa que él no era el malo final. Y parece que la señora Péndula tampoco lo era, como sospechaba. Y encima, le hemos chafado una misión a otro mazmorrero.

El plan era simple. Usar la carta misteriosa como cebo para hacer creer a Caída de Pluma que estábamos a punto de entrar por el tejado y obligarlo a hablar con nosotros. Después de que Ricky Joe asegurase que una aveleste hembra había visitado a los elfos urbanos, me dio por pensar que quizá la señora Péndula era la mala final. Era la típica historia que podía ocurrírsele a la IA, y por eso yo había mencionado lo de prenderle fuego a los peluches. Fuera quien fuese el que estaba escuchando a través de la carta, con suerte había estado dentro del edificio. Mordecai había asegurado que matar a un liche con una bomba era igual de fácil que matar a un humano. Los únicos monstruos por los que teníamos que

preocuparnos después de la detonación serían las krasue, que seguro que no habían recibido daño.

Después del estallido, no quedaría gran cosa, por lo que podríamos entrar en el despacho del magistrado, acabar con el resto de los enemigos y, con suerte, descubrir lo que quiera que estuviese pasando.

—Si la señora Péndula estaba ahí a estas horas, tenía que estar involucrada de alguna manera. ¿Por qué si no iba a estar en el edificio tan tarde? —preguntó Dónut.

—Quizá —comenté—. Dijo que ahora el magistrado solo hacía acto de presencia por la noche. Puede que hubiese cambiado su horario de trabajo para adaptarse a él. O puede que también viviese ahí dentro.

—O puede que fuese una chupasangre que estaba a las órdenes del liche. No lo sabemos, Carl. Vamos a echar un vistazo. No me seas cagueta.

—Muy bien —dije un momento después—. Pero tengamos cuidado. Esto me da mala espina. Apaga el conjuro Antorcha por el momento, pero tenlo listo por si lo necesitamos.

—Espera, espera. Mira —dijo la gata—. Vuelve a mirar las notificaciones. Hay una caja de jefe de bronce. Te dije que uno de ellos tenía que ser el malo.

Miré. Dónut estaba en lo cierto. No la había visto bajo la andanada de notificaciones restantes. Eso quería decir que Caída de Pluma o la señora Péndula habían sido un jefe de municipio, lo que me hacía sentir un poco mejor. Pero ¿cuál de ellos? Era imposible saberlo.

La dinamita había estallado y abierto un agujero enorme en el tejado, como si lo hubiesen abierto con un taladro desde dentro. Por suerte, el edificio no estaba en llamas al completo. Aún. El humo no dejaba de alzarse desde el hueco, pero era tolerable. La jarra explosiva que había usado por la tarde había conseguido hacer arder un edificio en cuestión de minutos. El efecto de esta explosión parecía mucho más devastador, pero también menos incendiario. Si iba a dedicarme a explotar cosas más a menudo, tenía que saber qué esperar con cada uno de los objetos. Esta explosión en particular, aunque había sido muy potente, no era lo que esperaba.

Aún no llegaba a comprender las cuestiones físicas de lo ocurrido, algo que podía llegar a ser muy peligroso. Tenía mucho por aprender. Y tenía que hacerlo cuanto antes.

Dónut usó Saltacharcos para llevarnos hasta el tejado. Saltamos de las tejas inclinadas hasta las vigas horizontales, pero allá por donde pisábamos parecía demasiado frágil y a punto de derrumbarse.

—¡Vosotros! —gritó una voz. Alcé la vista. Una pareja de PNJ avecelestes había sido lo bastante valiente como para volar cerca de la explosión. Flotaban sobre nosotros—. ¿Qué estáis haciendo?

—Soy el nuevo magistrado —comenté—. Y estoy haciendo cosas de magistrado.

Las dos águilas se miraron entre sí. No estaba seguro de si mi comentario iba a funcionar, si reconocerían o no mi autoridad. Si este era el mundo que había dicho que…

—Que os den, pedazo de pirados —gritó uno de los avecelestes—. Volved al Desperado o de dondequiera que hayáis salido. No deberíais estar aquí arriba. Ha habido una explosión, y el techo en el que os encontráis está a punto de derrumbarse. Si os caéis, no os vamos a salvar el culo, pedazo de ineptos sin alas.

—Pues gracias y que os den más a vosotros —les grité.

El otro aveceleste se giró hacia su compañero.

—No me siento bien. Hay algo en el aire. Vayámonos de aquí, hermano.

Los dos volaron un poco más en círculos y luego se marcharon.

Busqué enemigos mientras nos acercábamos al agujero en el tejado, y luego miré hacia lo que antes eran los aposentos del magistrado. El epicentro de la explosión seguía estando a unos quince metros. A través del agujero, veía todo lo que teníamos debajo. La mitad de las habitaciones y del despacho del magistrado se había evaporado, así como la parte meridional del edificio al completo. El suelo del piso de las tiendas también había pasado a convertirse en un agujero enorme. Y debajo de todo eso vi una pila de escombros humeantes. No obstante, también había parte del suelo del piso de las tiendas y de los aposentos de encima que seguía intacto.

—Normal que no haya mucho fuego —dije—. Es como si hubiésemos abierto un agujero a través de la estructura, tanto hacia arriba como hacia abajo. Qué raro.

Dónut señaló uno de los costados del edificio. Al otro lado de la calle, también había otra estructura que se había derrumbado. Por suerte, era de oficinas y no residencial. Me alegraba de haber elegido un edificio diferente desde el que atacar.

—Tu explosión ha hecho estragos hacia arriba, hacia abajo y hacia los lados. Pero no por aquí. Me pregunto si será por la protección de esa puerta mágica.

—Puede ser —dije—. Pero, sea como fuere, la recepción donde estaba Péndula ha desaparecido por completo. Si es donde se encontraban tanto ella como Caída de Pluma, normal que no hayan sobrevivido.

—Esos pobres peluches… —comentó Dónut—. Venga, vamos a bajar.

Dónut empezó a menear el culo para luego saltar con destreza a los aposentos del magistrado, todo mientras yo ataba la cuerda a una chimenea. Era muy incómodo. La gata tenía razón: necesitaba una forma mejor de subir y bajar. Agarré la cuerda y empecé a dejarme caer hacia la estancia. Luego la dejé allí, colgando hasta el piso de las tiendas. Del extremo de la cuerda al suelo quedarían casi cinco metros.

Había fuegos crepitando por aquí y por allá. Los evité lo máximo posible mientras nos internábamos en el gran edificio. Dónut soltó a Mongo, quien se acercó de inmediato a una jaula pequeña y abierta que había en un rincón para ponerse a olisquearla.

El despacho del magistrado se encontraba justo detrás de la zona de recepción, lo que significaba que también había desaparecido con la explosión. No había rastro alguno de la puerta mágica. Probablemente había quedado enterrada entre los escombros, junto con los cadáveres y los peluches de la señora Péndula. Y detrás del despacho se encontraban los aposentos, que tenían un tamaño similar al piso de tiendas de debajo. En ellos no había gran cosa. Unas pocas mesas y algunos postes de ave para posarse con forma

de T. También había un cofre abierto pegado a una pared, pero estaba vacío.

Dónut inspeccionó la pequeña jaula que había interesado a Mongo. Daba la impresión de que era para encerrar a ratas o ratones de tamaño normal. La puerta estaba abierta. Dijo que olía a moho, como si llevase mucho tiempo sin usarse. A mí solo me olía a humo. La gata la guardó en el inventario y se acercó para examinar el cofre, al que le di varios toques con el pie.

—Anda, Dónut. Mira. El cierre está roto. Eso no fue por culpa de la explosión.

—Entonces ¿esto estaba aquí roto y abierto antes de que todo saltase por los aires?

—Pues eso parece.

—Quizá otro mazmorrero consiguió entrar antes que nosotros —dijo ella.

—Puede ser —convine—. Pero nosotros fuimos los que matamos a Caída de Pluma. No pierdas de vista el mapa.

Eché un vistazo alrededor. El apartamento al completo parecía extrañamente vacío. Había estanterías, pero no había nada en ellas. Tampoco había nada colgado de las paredes. También había un táper para comida que parecía no haberse usado en mucho tiempo. En la pared del fondo se alzaba una puerta de apariencia pesada que se internaba aún más en la casa. Me acerqué a ella y la abrí despacio.

Cuando la empujé, vi la equis aparecer en el mapa, momento en el que abrí la puerta rápidamente. En ese instante, aparecieron muchos puntos rojos, así como la misma cantidad de equis. Me quedé paralizado y cerré el puño, preparado para defenderme. No ocurrió nada. Ninguno se movió.

«Joder».

—Silencio, Mongo —siseé cuando el dinosaurio emplumado intentó colarse en la habitación. Abrió la boca para aullar, pero le tapé el pico con la mano izquierda y repetí—: Silencio.

Dónut saltó sobre mi hombro y se preparó para disparar, pero todo seguía inerte en la habitación. La gata soltó un grito ahogado y el cuerpo al completo se le puso rígido.

—Carl —susurró Dónut, con voz aterrorizada—. Tenías razón. Esto ha sido mala idea. No me gusta. Vámonos, por favor. Salgamos de aquí.

Tragué saliva y contemplé la terrible imagen que tenía frente a mí.

Acabábamos de entrar en el sueño húmedo de un asesino en serie.

La estancia al completo estaba llena de cadáveres de mujeres desnudas que colgaban bocabajo del techo, como si nos encontráramos en una sala refrigerada para almacenar carne. Había humanas, elfas y enanas, así como alguna que otra especie más, como orcas y una ogra. Las que aparecían con una equis en el minimapa no tenían cabeza. Las demás, que eran al menos treinta, seguían conservando todas las partes, pero la cabeza se había separado del cuerpo y colgaba a casi dos metros bajo el cuello, unidas a él únicamente por algún hueso y las arterias. Era como si alguien las hubiese agarrado para luego empezar a tirar hacia abajo y dejarlas allí colgando mientras se balanceaban de un lado a otro. Unas volutas púrpura de energía revoloteaban alrededor de las que eran puntos rojos, como si se estuviesen recargando.

Todas parecían estar dormidas. Tenían los ojos cerrados.

Pero el horror de la escena no acababa ahí. En el centro de la habitación, colgando bocabajo en un atrapasueños gigantesco hecho de hueso, se encontraba el cadáver desnudo y macilento del magistrado Caída de Pluma. Las alas desplumadas estaban del todo extendidas, con esa piel gris erizada, como si fuesen unas alitas de pollo sin cocinar con algo parecido a dedos en los extremos. Los ojos blancos y lechosos de la criatura tenían la mirada perdida debajo de su pico resquebrajado. Un fluido transparente le brotaba de la boca y de los ojos. En la parte superior de aquel atrapasueños improvisado, las garras de las patas de la criatura estaban extendidas y mirando hacia el techo. Recordaba a una versión muy retorcida del *Hombre de Vitruvio* de Da Vinci. Tenía el cuerpo entero amarrado con unas cuerdas que parecían enterrársele hasta el hueso mismo. Al parecer, llevaba allí bastante tiempo, ya que empezaba a momificarse. El atrapasueños se balanceaba de un lado a otro y repiqueteaba.

Cadáver saqueable. Exmagistrado Caída de Pluma. Clérigo oscuro. Nivel 32.

—¿Cómo es que nos han dado experiencia por matar a este tipo si estaba así? —susurró Dónut—. Da la impresión de que lleva mucho tiempo muerto.

—Pues no lo sé.

Nos encontrábamos en un nido de krasue. La descripción original de la criatura decía que para matar de verdad a esas cosas había que encontrar sus cuerpos y destruirlos. Supuse que las cabezas que faltaban estarían en algún lugar de la ciudad. Pero si ese era el caso, ¿por qué aparecían como cadáveres con una equis en el minimapa? La descripción de estos había asegurado que eran cadáveres normales de PNJ. ¿Estaban los cuerpos técnicamente muertos hasta que no volviesen las krasue? Suponía que daba igual mientras los destruyésemos. Pero ¿podríamos hacerlo? Sabía que no podía matar a los fantasmas sin usar magia, pero ¿sería también el caso de sus cuerpos?

El suelo al completo estaba pegajoso debido a las vísceras y a los pedazos de cuerpo que había desperdigados por todas partes. El olor era insoportable.

Si queríamos acercarnos a Caída de Pluma, íbamos a tener que pasar junto a varios de los cadáveres de mujeres. El más cercano, una elfa de piel azul, se encontraba a menos de dos metros. Era joven, esbelta y colgaba del techo desde un lazo alrededor de los tobillos. El cabello negro y largo le cubría la cara, pero no llegaba hasta el suelo. Resistí la tentación de darle una buena patada a la cabeza.

—Tenemos que acercarnos para saquear el cuerpo del magistrado —dije.

—Ni lo sueñes, Carl. No voy a dar ni un paso más. Esas cosas se van a despertar.

—Si no las ha despertado la explosión, quizá se queden inconscientes.

—Claro que se van a despertar, Carl. ¿Es que nunca has visto pelis de miedo?

Dónut tenía razón. Y la sangre que cubría toda la estancia me hacía sospechar que, fuese quien fuese el malo en este caso, era muy probable que hubiese lanzado el conjuro Ojo supurante. No podíamos quedarnos mucho tiempo aquí dentro. Envié un mensaje rápido a Mordecai, quien me respondió que era muy probable que pudiésemos hacerles daño físico a los cuerpos sin cabeza. Ahora, los que sí tenían cabeza y estaban rodeados por esas volutas púrpura era muy probable que estuviesen protegidos. Pero no estaba seguro.

—Muy bien —susurré—. Ataquemos a esta de aquí y veamos qué pasa. Si funciona, abriremos el camino. Después saqueamos al magistrado y salimos de aquí.

—Vale. Échate un poco hacia atrás. Voy a lanzarle un proyectil —comentó Dónut—. Si se despiertan todas, lanzaré Antorcha. Quizá se vuelvan a asustar.

Pero un momento después la gata añadió:

—Un momento. Esto es muy injusto. Aquí dice que la zona al completo está bajo el efecto Silencio. No puedo lanzar conjuros.

Le envié otro mensaje a Mordecai.

> Mordecai: Ni los conjuros de vuestro menú ni los pergaminos funcionarán si os encontráis en una zona bajo el efecto Silencio. Todo lo demás, como objetos mágicos, pociones y conjuros que hayáis lanzado anteriormente, seguirá funcionando.

—Pues nada, Mongo —dije—. Es tu turno. —Aún llevaba los forros para dientes, por lo que podía hacerles daño—. Arráncale la cabeza de un mordisco a esa elfa, pero tienes que ser rápido.

Mongo graznó y miró a Dónut para que le diese permiso.

—¡A los ojos! —dijo ella.

El dinosaurio corrió hacia delante haciendo eses como una serpiente. En el último momento, giró la cabeza a un lado como si se estuviese comiendo un taco y mordió la cabeza de la elfa oscura.

Crunch.

Estaba conectada al resto del cuerpo a duras penas y el cráneo cedió bajo el mordisco sorprendentemente fuerte de Mongo. La cabeza cayó al suelo, seguida de una lluvia de órganos y sangre,

como si el cuello fuese un desagüe que acabasen de desatascar. Las volutas púrpura desaparecieron.

Mongo levantó la cabeza y aulló mientras la sangre le goteaba por la cara.

El aura violeta que rodeaba a las demás titiló hasta desaparecer, momento en el que se me erizó el vello de la nuca.

«Oh, oh».

Mongo, ajeno a lo que estaba por ocurrir, se internó en la estancia y mordió a una segunda cabeza y a una tercera. Ignoró los cuerpos que no la tenían de antemano. El dinosaurio saltó para atacar a una cuarta, pero atravesó el cuerpo como si no estuviese allí. Aulló de rabia y se dio la vuelta para dar un mordisco, en esta ocasión tirando de las piernas de la mujer y descolgándola del techo. El cadáver cayó al suelo echo un ovillo.

—¡Vuelve aquí! —grité.

—¡Vuelve, Mongo! —gritó Dónut.

Las krasue empezaron a despertarse por la habitación. Gritaron con fuerza y con tono muy agudo. Todas las cabezas empezaron a moverse al mismo tiempo, desvinculándose por completo del resto de sus cuerpos.

—Dónut, Apuesta al alza —dije. Era una de nuestras jugadas más antiguas, pero en este caso no encajaba demasiado bien con la situación. Esperaba que la gata comprendiese lo que tenía en mente.

—Carl, eso no va a… ¡Ah, ya lo entiendo! Pero ¿con qué?

—¡Con luz!

Saltó de mi hombro y empezó a correr hacia la otra habitación y, con suerte, hacia el tejado. Una vez estuvo fuera del alcance del conjuro Silencio, lanzó el conjuro Antorcha y volvió a mi lado.

Lancé una cortina de humo al caos de las cabezas para luego cerrar el puño y correr hacia Mongo, que daba buena cuenta entre mordiscos de otra de las criaturas. Los pies me chapotearon entre las vísceras. Le di un puñetazo a una krasue al pasar con el guantelete mágico, que resonó con una salpicadura muy llamativa.

Saqué una antorcha normal y la tiré al suelo. Las mujeres gritaron de rabia; eran decenas que habían empezado a separarse de sus

cuerpos. Una a una, se enderezaron y empezaron a flotar con esa ristra de órganos colgándoles del cuello; los cuerpos ahora vacíos se balancearon de un lado a otro y se convirtieron en una equis en el minimapa. Se apartaron de la antorcha, que iluminaba la estancia llena de humo con un brillo rojo y titilante. Pero no escaparon como la última vez. La luz no era tan intensa y, además, también estaban cegadas por el humo. Empezaron a revolotear por la habitación como una bandada de aves, chocándose entre ellas, contra los cuerpos que colgaban del techo y contra la especie de atrapasueños de hueso del centro de la habitación, que empezó a rotar. Una krasue pasó a toda velocidad junto a mí y me dio en la cara con su corazón, que no había dejado de latir. Intenté darle un puñetazo, pero fallé.

—Volvamos a la salida —le dije a Mongo mientras señalaba detrás de mí. La mascota alzó al vista y graznó. Cerró los dientes alrededor de la krasue que teníamos cerca y agarró uno de los pulmones colgantes, que luego arrancó de un tirón. La criatura aulló y cayó al suelo, rebotando y deslizándose con las arterias, que latigueaban como medusas.

Atravesamos una cortina de cadáveres colgantes sin cabeza mientras sacaba el rasca Bola de fuego o natillas del inventario. Llegamos al salón, que ahora también estaba lleno de humo, momento en el que me detuve en el umbral de la puerta y me giré.

El apartamento era grande, pero no sabía cuántas explosiones más podía llegar a aguantar antes de que el edificio se derrumbase por completo. No tenía muy claro cuál era la potencia de una bola de fuego de nivel 15. La última vez que lo había intentado habían salido las natillas a pesar del 50 % de probabilidades.

Y ahora que lo pensaba, ¿dónde estaba Dónut? Miré el mapa y, al parecer, se encontraba en el tejado sobre nosotros. Había más puntos rojos a su alrededor, manteniendo las distancias.

—¡A cubierto! —grité mientras rascaba el cartón. Tenía muy claro que iban a volver a salirme las natillas.

¡Bola de fuego, calentito!

La bola de fuego con forma de huevo brotó de mi mano y salió disparada a través de la puerta del dormitorio. El proyectil llameante era del tamaño de un paraguas abierto. No avanzaba tan rápido como uno de los proyectiles mágicos de Dónut, pero eso daba igual. Cruzó la puerta abierta, destrozando a su paso el marco a ambos lados, atravesó el humo y detonó al chocar contra el cadáver al revés de Caída de Pluma.

El edificio entero volvió a temblar. El suelo se estremeció. Noté una ola de calor que hasta me hizo algunos puntos de daño. Toda la estancia se llenó de equis antes de que la mitad del suelo se derrumbase hasta el piso inferior. Una humareda negra y acre cubrió el ambiente, mezclándose con el blanco de la cortina de humo. Sobre mí, los puntos rojos que acosaban a Dónut desaparecieron de un plumazo.

Un instante después, la gata bajó de un brinco y aterrizó sobre mi hombro, seguida por su bola de luz. Brillaba con más intensidad que nunca y tuve que cubrirme los ojos.

—¿Le has dado a todas? —preguntó—. Desaparecieron cuando lanzaste eso.

—Pues eso creo. Pero diría que también hemos frito el botín que Caída de Pluma llevase encima.

—Vayamos a ver.

Volvimos a entrar en el dormitorio. El suelo se había convertido en una rampa que descendía al piso inferior. El conjuro Bola de fuego había quemado por completo todo lo que había en la estancia. Las cenizas de Caída de Pluma estaban desperdigadas entre los escombros.

—No era el jefe —dije—. De haber sido así, tendría un mapa de barrio, incluso después de destruir el cadáver.

—Entonces la jefa era la señora Péndula —comentó Dónut—. Era la jefa desde el principio. Pero hemos dejado atrás su cuerpo, y es muy probable que esté enterrado entre los restos.

El edificio volvió a estremecerse.

—Esto se va a derrumbar —dije—. Tenemos que salir de aquí.

—Pero ¿qué hacemos con la misión? Aún no hemos descubierto nada.

Estuve a punto de decir «No tenemos tiempo», pero justo en ese momento vi el punto rojo en el mapa. Uno de los cadáveres, que estaba requemado, acababa de pasar de ser una equis a un punto rojo. Cuando me di la vuelta empezando a cerrar el puño, el punto parpadeó y, en esta ocasión, pasó a ser blanco.

Era una mujer, uno de los cuerpos descabezados. Estaba en el suelo, y la cabeza se le había vuelto a unir como por arte de magia. Tenía un rostro humano que resultaba familiar, con el pelo largo y negro. El breve instante en el que el punto había sido rojo, había aparecido como krasue, pero ahora que era blanco el sistema la identificaba como humana. La parte inferior de su cuerpo era poco más que chamusquina renegrida. Alzó la vista para mirarnos, parpadeando de dolor. Tenía un ojo azul claro y el otro marrón. Era Burdeos, la mujer que había subido corriendo por las escaleras la primera vez que habíamos visitado este lugar. Una de las secretarias del magistrado. El rostro estaba extrañamente intacto a pesar de todo lo demás.

Dónut se bajó de mi hombro y empezó a olisquearla. Las piernas de la mujer se habían convertido en poco más que unos leños de carbón vegetal, desconchados y del color de la obsidiana.

—Carl, tenemos que ayudarla.

Me arrodillé y saqué una poción de salud.

—No —dijo Burdeos, con voz quebradiza—. Si me sanáis, curará también mi cuerpo y volveré a convertirme en una de esas cosas. Es demasiado tarde para mí. Estoy maldita. Condenada. Lo mejor que podéis hacer es acabar conmigo ahora que soy mortal. Rápido. Por favor. Duele.

—Entonces… ¿eres persona durante el día y una de esas cosas por la noche? —pregunté.

—Sí —consiguió articular ella—. Los elfos me trajeron aquí. Trabajaba en otro asentamiento, pero me dijeron que me conseguirían un trabajo en el club Desperado, que había una entrada en este pueblo. Me convencieron para venir. Todo el mundo sabe que, si trabajas en el club, hay posibilidades de que te dejen descender. Podría haber ido al Coto de Caza. Y luego más abajo, quizá, donde es seguro. Pero todo era mentira.

—¿Eras una prostituta? —pregunté.

Le temblaron los labios.

—Sí, y si no te gusta, que te den por culo. He apuñalado a hombres por menos que eso. —Tosió.

—Solo intentamos descubrir qué es lo que está pasando. Muchas de tus amigas han empezado a aparecer por los callejones, retorcidas y muertas.

—Tranquila, cielo —comentó Dónut. Extendió una pata hacia arriba y le acarició el pelo a la mujer—. Cuéntanos todo lo que sepas de Caída de Pluma.

—¿Caída de Pluma? —preguntó ella. La voz cada vez sonaba más débil—. ¿Podrías iluminar más con esa luz? Siento que mantiene a raya la maldición, pero empieza a atenuarse. —La antorcha de Dónut relucía como un sol abrasador. No podía aumentar más su potencia—. Caída de Pluma no tenía nada que ver con esto. Ha estado aquí todo el tiempo, colgando de esa cosa. Ya estaba muerto cuando llegué yo. Su cadáver se convirtió en un amuleto macabro que mantenía los cuerpos seguros por la noche. La señora Péndula era la que controlaba el pueblo todo el tiempo. Ella era en realidad la magistrada.

Sentí cómo el alivio se apoderaba de mí. La señora Péndula era la mala. Habíamos matado a la persona correcta. Cuando el sistema dijo que habíamos matado a un funcionario se refería a ella y no a Caída de Pluma. Era como la centésima vez del día en la que la IA describía algo sin llegar a ser del todo precisa. Había dicho que Péndula era la asistente del magistrado. También que Katia era humana, cuando en realidad era dopplegänger. Dijo que Burdeos también era humana y había resultado ser una de esas vampiras raras. El mapa marcaba los cadáveres con una equis cuando aún podían llegar a convertirse en monstruos. Era importante que tuviésemos en cuenta que no podíamos llegar a confiar en cualquier cosa.

Pero si Péndula era el cerebro de la operación, ¿por qué no había finalizado la misión? Volví a leer el objetivo y me centré en la última línea.

Nadie sabe quiénes son ni de dónde vienen. Descubre qué está pasando.

El objetivo de la misión no era salvar a las mujeres. Ni matar al responsable. Solo teníamos que descubrir qué era lo que estaba pasando. Ya casi lo habíamos conseguido. Solo teníamos que sacar de aquí a esta mujer antes de que el edificio entero se derrumbase.

—Muy bien —dije—. ¿Cómo acabaste así?

—Los elfos me obligaron a entrar en su templo y, una vez allí, la señora Péndula entró y nos capturó. Nos hizo muchas preguntas. En aquel momento, desconocía la razón. Pensaba que iba a llevarme al club, pero en lugar de eso me llevó ante él.

—¿Ante quién?

Algo resonó debajo de nosotros y reverberó por todo el piso. El humo de la bomba se había despejado, pero el oscuro de las llamas era más denso.

—Ante su marido. No está aquí, sino al otro lado de la calle. Es el lugar donde se almacenan los guardias espadachines por la noche. Pues un piso por encima de ellos. Los guardias no saben que está ahí. O les da igual. Tampoco es que puedan mirar hacia arriba.

—¿Su marido? —pregunté.

Intenté recordar lo que la señora Péndula nos había contado sobre él. No era mucho. Había dicho que estaba muerto, y también que era el magistrado antes de Caída de Pluma. Y ya.

—Sí. Se llama Remex. Está haciendo algo. Lanzando un conjuro muy poderoso que no sé qué es. No está vivo ni muerto, sino algo a caballo entre ambas cosas, algo monstruoso. Está intentando volver a la vida por completo, creo.

«Joder». Otro malo. Esperaba haber acabado con todos los jefes.

—Pero ¿eso qué tiene que ver con vosotras, chicas? —pregunté.

—¿Sabes lo que soy, en qué me he convertido? Soy una krasue, una mujer que vivió una vida en pecado y murió cargada de rabia y de dolor para luego volver de entre los muertos. Durante el día, vivimos y trabajamos en este edificio, como secretarias y dependientas en las tiendas de debajo. Recaudando. Por la noche, nos convertimos en su ejército y obedecemos sus órdenes.

Ayudamos a los elfos urbanos, a quienes también ha conseguido controlar.

—¿Qué recaudáis? ¿Y quiénes eran las mujeres que encontramos en las callejuelas?

—Cada vez que un nuevo aveceleste o un nuevo carbonero entra en una de las tiendas, tenemos que arrancarle una pluma. Desconozco la razón. Lo único que hago es dársela a la señora Péndula.

—Eso no suena bien —comentó Dónut. Mongo gruñó para indicar que estaba de acuerdo con la gata.

—Y lo de las mujeres… Son aquellas cuyos pecados no son suficientes. Son mujeres que han venido a trabajar al club Desperado, pero cuando llegan ante Remex, cuando las retuerce, cuando sus cabezas salen despedidas de sus cuerpos a veces, no siempre terminan por convertirse en krasue. Esta transformación no es un proceso perfecto. En ocasiones mueren sin más. Cuando esto ocurre, nos deja alimentarnos de ellas. Después, uno de sus avatares las coge y las tira en las callejuelas. La señora Péndula dice que tienen que dejarlas caer a unas pocas manzanas de la guarida, debido a que, a pesar de que controla a sus avatares como si fuesen sus propias extremidades, no pueden alejarse demasiado. Por el momento.

—¿Avatares? —pregunté—. ¿Hay otros avecelestes? No entiendo nada.

¡Crac! El resto de la estancia se derrumbó un poco más. El cuerpo de Burdeos empezó a deslizarse por la pendiente.

—¡Matadme, por favor! —gritó mientras el techo que teníamos encima empezaba a derrumbarse.

Dónut le lanzó un proyectil mágico justo antes de que desapareciese entre los escombros.

23



Guardé la cuerda en el inventario mientras aún colgaba a casi cinco metros del suelo. Me alegraba mucho de haber descubierto ese truco antes de comprar más tramos de cuerda. No obstante, Dónut tenía razón. Necesitaba una forma mejor de subir y bajar.

Caí a plomo sobre la pila de escombros, aunque no me dolió como hubiese dolido antes. Me pregunté desde qué altura podría caer ahora sin recibir daño. Sobre mí, la estructura al completo había empezado a temblar. Iba a caer sobre nuestras cabezas en cualquier momento. Teníamos que salir de allí. La equis del cuerpo de Péndula estaba en el mapa, justo debajo de nuestros pies, tentándome. Tendríamos que excavar durante al menos una hora para sacarla de allí y coger el mapa de barrio, que la verdad es que nos hubiese sido muy útil. Pero no tenía tiempo de hacerlo.

Algo me llamó la atención. Era una caja chamuscada que había medio enterrada entre los escombros. La cogí mientras escapábamos. Se trataba de una de las pequeñas vitrinas de la señora Péndula. Me dio la impresión de que estaba intacta, a pesar de haberse encontrado a escasos centímetros de la explosión. Eso solo podía significar que era mágica. Conseguí limpiar la carbonilla sin problema. El peluche del interior era de un tipo con armadura sobre un caballo negro. Miré la etiqueta, que decía: «Kimaris». La guardé en el inventario.

El edificio se derrumbó cuando ya habíamos conseguido alejarnos. Nos detuvimos en la calle y nos dimos la vuelta para contemplar

cómo la estructura enorme se venía abajo. Habíamos escapado justo a tiempo.

—Ya sabemos qué les ocurrió a las prostitutas, por qué caían a las callejuelas —comentó Dónut entre jadeos—. ¿Por qué no se ha completado la misión?

—Sabemos cómo les ocurrió —dije—. Pero aún nos falta saber el porqué. Desconocemos la historia al completo. —Miré el almacén oscuro que había al otro lado de la calle. Era uno sencillo, un edificio cuadrado de dos pisos. No había luz alguna, y la única entrada parecían ser unas puertas dobles. Lo sentía ahí dentro. A Remex—. Si queremos acabar con esto, tenemos que entrar ahí. Esa es la misión.

Una multitud de PNJ contemplaba el derrumbamiento del edificio municipal con tiendas debajo a poca distancia. Yo miré hacia el cielo, pero no vi ningún aveceleste. Antes había muchos alrededor, pero ahora parecían haber desaparecido. Tenía la impresión de que no les gustaba volar de noche. Aun así, me resultó un poco raro.

El punto azul de un mazmorrero destacaba entre la multitud. Lo miré a los ojos y se nos acercó. Me fije en el nombre que flotaba sobre su cabeza, que me resultaba familiar.

—No permitas que vea la tobillera del Roble Talado de tu pata trasera —susurré.

—¿Por qué? —preguntó Dónut—. No es uno de esos elfos.

—Pero tenía algún vínculo con la mazmorrera muerta a la que se la arrebataste. También es el mismo tipo que mató al jefe aquel de la piscina, el que yo hice volar por los aires con la dinamita. El Separador.

—Vaya. Qué asco que daba —dijo Dónut mientras el tipo se acercaba. Caminaba despacio y con determinación. Vi que no llevaba calzado, aunque sospechaba que en su caso era algo reciente y se debía a las garras que le habían salido en los pies—. Alguien debería enseñarle lo que son los colores apagados. Parece como si hubiese visto la gorra de Jack y se hubiese hecho con ella un disfraz de furro demasiado entusiasta.

—Pórtate bien —susurré mientras intentaba no reírme. Jack, el tipo que había meado en la pared y causado todo el caos del

segundo piso, estaba muy orgulloso de su gorra naranja de los Cincinnati Bengals.

—Lo digo en serio, Carl. No podríamos meter a este tipo en el grupo ni aunque fuese la segunda venida de Chuck Norris. La gente se reiría de nosotros.

—Sabes que tú eres una gata persa, ¿no?

—¿Qué se supone que has querido decir con eso, Carl?

—No te preocupes —murmuré—. Creo que tampoco querría unirse a nuestro grupo.

—¿Qué tal? —saludé cuando se acercó y se detuvo frente a nosotros. El tipo se quedó quieto y me miró de arriba abajo. Sentí cómo se me arqueaba la ceja cuando me di cuenta de que me había mirado más tiempo del que era habitual.

> Mazmorrero n.º 2.165.570. «Daniel Bautista 2».
> Nivel 18.
> Especie: Tigreño.
> Clase: Espadachín.

Parecía un diseño de personaje descartado de los *ThunderCats*. Era un tipo musculado, sin camisa y de un metro ochenta. También era peludo y naranja. Muy peludo. Y muy naranja. Tenía la cabeza de un híbrido entre un humano y un felino muy grande, con las marcas anaranjadas, blancas y negras de un tigre siberiano. Pero, a diferencia de los tigres, sus ojos tenían las pupilas verticales de un gato doméstico. La nariz y la boca eran las de un humano, aunque cubiertas de pelo naranja. También tenía un cola absurdamente larga y desgreñada. Habría sido una imagen muy cómica, si no me hubiese dado la impresión de que el tipo podía partirme por la mitad si le venía en gana. Junto al nombre tenía las estrellas de nueve jefes de barrio. Llevaba un cinturón del que colgaba un sable en una funda. El arma también brillaba de color naranja.

—¿Sois los que matasteis a la señora Péndula? —preguntó al fin. Tenía acento asiático. Recordé los tres cadáveres con los que nos habíamos encontrado hacía unos días. Grace, Nica y Lea. Todas tenían el mismo apellido. Di por hecho que este tipo formaba parte de esa familia. Me había dado cuenta de que habían ido con alguien

que había saqueado la mayor parte de los objetos que llevaban encima. Dónut había cogido la tobillera del Roble Talado, y yo dos anillos genéricos de Fuerza. ¿Querría que se los devolviésemos si descubría que los llevábamos encima? Creo que no hubiese salido muy bien parado de algo así, por lo que llegué a la conclusión de que era mejor evitar el tema.

—Sí —respondí—. Y supongo que tú eres el tipo al que le chafamos la misión, ¿no es así?

—El mismo —respondió—. Se suponía que tenía que entrar en su casa y matarla, lo que me hubiese dado acceso al club Desperado. Pero escapó cuando llegué. Intenté seguirla, pero puede volar. Fue directa a ese edificio de allí y, unos minutos después, tuvo lugar vuestra explosión y descubrí que había muerto.

—¿Tenía más peluches de esos en su casa? —preguntó Dónut.

Bautista gruñó.

—Sí. El apartamento entero estaba lleno de esas cosas. Había más de mil. Me los he llevado todos.

Me encogí de hombros.

—Bueno, pues lo sentimos por lo de la misión. Como he dicho, nosotros también tenemos una en la que ella estaba involucrada, pero tampoco la hemos completado aún.

Él asintió despacio. Daba la impresión de que quería comentar algo, pero no las tenía todas consigo.

—Hace unas noches, os vi en el programa ese de noticias —comentó al fin.

—Salimos casi todas las noches —dijo Dónut con orgullo.

—Luchasteis en ese circo. Matasteis a los lémures. ¿No quedó nada?

Intentaba preguntar por su familia, pero le estaba costando.

—No. No quedó nada de ellos. Ahora solo hay una escalera en aquel lugar.

Asintió con agradecimiento.

—Hay otra a unos tres kilómetros hacia el este de este pueblo. Los mazmorreros han estado escribiendo mensajes para revelar las ubicaciones de las escaleras y dejándolos en los bares.

—Bien —dije. Luego hice una pausa y añadí—: Sí, que sepas que las vimos. A las otras Bautista. Matamos a los lémures responsables.

La cola empezó a agitársele de un lado a otro.

—Gracias —respondió—. Eran mis hermanas y mi prima. Las cinco murieron en escasos segundos. Ocurrió muy rápido. Yo estaba con mi otro primo y casi no salimos con vida.

Tragué saliva. Solo habíamos encontrado tres cuerpos, pero recuerdo pensar que había tanta sangre que bien podría haber pertenecido a más.

Bautista continuó:

—Él murió al día siguiente. Mi primo, quiero decir. Se rindió. Yo soy el único que queda de toda mi familia. Tenía cuatro hermanos y hermanas. Quince primos. —Mantenía la mirada perdida fija en la distancia—. No sé por qué sigo adelante. Ojalá no hubiese elegido este cuerpo. Tendría que haberme quedado como humano. Vamos a morir todos de igual manera. ¿Cómo vamos a entrar en el cielo si Dios no nos reconoce?

No tuve respuesta para eso.

Se hizo un silencio incómodo. Me agité inquieto.

—Mi más sentido pésame. Y perdón otra vez por lo de tu misión.

Él asintió.

—No te preocupes. Me alegra saber que las han vengado. Te debo una. Llámame si me necesitas y ahí estaré. —Extendió el puño para abrir la ventana de chat. Titubeé, pero luego se lo choqué con el mío. Su nombre apareció en mi lista. Después se dio la vuelta y se perdió en la noche.

—Ese tío es muy intensito —comenté.

—Yo también lo sería si tuviese ese aspecto —dijo Dónut—. Su guía lo dejó elegir esa especie. Y una de sus hermanas o primas había elegido el árbol raro aquel, ¿recuerdas? Es como si el guía hubiese querido que tuviesen un aspecto estúpido. Y el guía de Katia no la ayudó. ¿Y recuerdas el cerebro flotante que vimos en el episodio resumen, el de Frank Q y Maggie My? Esa cosa les dijo que tenían que matar gente. Creo que a la mayoría de los guías no les gusta mucho su trabajo y la pagan con los mazmorreros.

—Diría que tienes razón —comenté—. Deja que te cuente un secreto, Dónut. Antes de que empezase todo esto, era muy normal que a la gente no le gustase de verdad su trabajo.

—¿A ti no te gustaba arreglar barcos ni estar en la Armada?

—Pues no mucho. Y estaba en la Guardia Costera, no en la Armada. Son cosas diferentes —expliqué.

—¿Estás seguro? La señorita Beatrice siempre le decía a la gente que estabas en la Armada.

—Estoy seguro, Dónut.

—¿Y a qué te hubieses dedicado de haber podido elegir? —preguntó.

Pensé al respecto durante un rato. Pensé en las solicitudes de matrícula de universidad que había empezado a rellenar y jamás envié.

—Pues me hubiese gustado estudiar ingeniería forestal y trabajar de guardabosques.

—¿Y ahí qué se hace, mirar árboles todo el día?

—Sí —respondí—. Ya he visto océano suficiente para varias vidas. Hubiese sido muy feliz estando solo en el bosque, vigilando por si había algún incendio. Dios, hubiese dado cualquier cosa por hacer algo así. Habría sido maravilloso.

Dónut gruñó.

—Yo también sé lo que me hubiese gustado hacer. Ser guionista de series de televisión. Zev y yo vamos a formar un equipo de guionistas cuando salgamos de aquí. Haremos un *remake* intergaláctico de *Gossip Girl*.

Reí entre dientes.

—¿En serio?

—Zev dice que las series de la Tierra son las mejores que ha visto jamás. Podríamos hacer alguna nueva parecida para que la viesen en todo el universo. Si conseguimos escribir una muy buena, quizá la gente prefiera verlas en lugar de ver cómo se matan otras personas —comentó.

No dije nada durante unos instantes.

—Eres una caja de sorpresas, Dónut.

No hizo el comentario sarcástico que esperaba.

—Bueno, ¿te parece si lo dejamos por hoy o vamos a enfrentarnos a ese liche?

Suspiré. Quedaban unas tres horas antes del amanecer.

—¿Tú qué crees?

La puerta gigante del almacén de espadachines no estaba cerrada. Estaba entreabierta, y no le quité ojo de encima mientras subía por la escalerilla que ascendía por el exterior del edificio. Estaba listo para escapar a toda velocidad con el más mínimo movimiento. Me preocupaban más esas armaduras que el liche, en realidad. Si los tipos que había ahí dentro despertaban, estaríamos bien jodidos. Ahora el magistrado de la ciudad era yo, pero nadie parecía haberse dado cuenta. Antes, Caída de Pluma, o supongo que la señora Péndula, tampoco es que tuviese mucho control sobre los guardias. Recuerdo que la mujer había intentado arrestarme, pero no lo había conseguido. Algo me decía que iban a empezar a perseguirme por todo el pueblo desde que se despertasen, independientemente de lo que hiciera yo.

Remex el liche no había dado señales de vida en todo este tiempo. Dónut se arriesgó a saltar al tejado y consiguió que el interior se reflejase en su minimapa. Me comentó que había algo de tamaño normal, como un aveceleste. Dijo que no se movía y que no veía nada más en la estancia. Su capacidad para percibir criaturas con el minimapa era mejor que la mía, pero también teníamos que tener cuidado con los enemigos ocultos, así que cogí con pinzas lo que me acababa de decir.

Un rato antes, había mirado por la puerta entreabierta de la entrada para echar un vistazo rápido a lo que había en el interior y comprobar la altura del techo. Los vi incluso en la oscuridad. Los guardias espadachines inactivos. Estaban en formación, en silencio, y había cientos de ellos en plan ese ejército de terracota chino. No aparecían como puntos en el minimapa. No sabía si eso era bueno o no.

Los cuerpos metálicos de esas cosas tenían un aura amarilla que ascendía hasta un punto concreto del techo. Seguro que había un

cristal de alma ahí arriba en alguna parte. Mordecai había comentado que por la noche los guardias estaban en «estasis» y que eran invulnerables. Se me había pasado por la cabeza limitarme a dejarlos allí encerrados y hacerlos saltar por los aires con explosivos, liche incluido, una y otra vez hasta acabar con todos, lo que seguro que nos daría una cantidad de experiencia absurda. Pero sabía que no podía hacer algo así. Al menos esta noche.

Y tampoco podía lanzar una bomba en la estancia donde se encontraba el liche. Era el último de los tipos malos que quedaba en pie, por lo que había que llegar hasta él para que diese su monólogo de enemigo final antes de matarlo, lo que nos daría la información que necesitábamos para completar la misión.

Revisamos que no hubiese ningún conjuro Silencio activo en la zona, ni ninguna protección adicional. Eso no significaba que no hubiese una sorpresa desagradable esperándonos, pero al menos podríamos usar nuestra magia.

Coloqué el décimo y último cartucho de dinamita goblin en una de las vigas exteriores usando una de las cargas adherentes de detonador para pegarlo a la estructura. Cada uso de pus de hobgoblin permitía hasta diez detonaciones simultáneas con solo pulsar un botón. Esta noche iba a usar las diez si era necesario. Aunque esperaba que no fuese el caso.

Debajo nuestro, la mitad del pueblo había salido a la calle y nos vigilaba. Llevaban antorchas, guadañas y todo tipo de armas medievales. Yo no los había llamado, pero Fitz el tabernero había dado la alarma después de oír a Mordecai y a Katia hablar sobre la posibilidad de que hubiese un liche en los alrededores. Era el equivalente de las tres y media de la madrugada, pero había salido a la calle gritando que la «patrulla nocturna» tenía que defender la ciudad. Como la mitad del lugar ya estaba despierto después de la explosión y el derrumbe del edificio administrativo, no tardó mucho en formarse un grupo.

Antes de que nos diésemos cuenta, había un grupo de PNJ reuniéndose alrededor del almacén. Eran orcos, humanos, elfos y de otras muchas especies menos conocidas. Pero no había avecelestes ni tampoco los pequeños carboneros. Era como si no les importasen

los aprietos por los que pasaba el lugar mientras los daños fuesen a ras de suelo. Al otro lado de la calle, el humo seguía alzándose entre los escombros de las tiendas y las oficinas municipales de encima. La noche olía a polvo y a fuego.

Después de los preparativos, solo nos quedaban unos cuarenta minutos antes de que se activasen las armaduras. Las partes superiores de los edificios distantes ya empezaban a iluminarse con los primeros rayos de aquel amanecer falso. Teníamos que darnos prisa.

—Ese era el último —dije mientras bajaba. Uno de los escalones se rompió y solté un improperio. Al llegar al suelo, pasé un minuto arreglando a toda prisa la escalerilla improvisada. La había construido apresuradamente con cosas que tenía en el inventario. Era una combinación desvencijada y chapucera de pedazos de madera y barras de pesas que haría que un inspector de Trabajo sufriese un ataque al corazón. Había tardado casi una hora en montarla. Si sobrevivíamos a esta noche, había decidido armar una que estuviese bien hecha.

—¿Estás lista? —pregunté.

—No —respondió Dónut—. No me gusta este plan, Carl.

Mongo estaba dentro del transportín. Había demostrado que no podíamos confiar en que se estuviese quieto cuando las cosas empezasen a escapar a nuestro control, y necesitábamos tenerlo todo bien atado para que saliese bien. Y Dónut también necesitaba concentrarse.

Dependíamos del consejo que nos había dado Mordecai para seguir con vida.

—Hay todo tipo de liches, tanto en términos de forma, como de tamaño y niveles. Nunca sabes lo que van a ser —nos había dicho hacía un rato—. Pero todos tienen una cosa en común, todos y cada uno de ellos.

—¿Qué cosa? —había preguntado yo.

Él había mirado el techo con gesto irónico.

—Son como Odette. Nunca jamás cierran el pico. Son unos narcisistas de cuidado. Y también unos cobardes. Y ahora que han conseguido hacerse con un poco de vida, harán lo que sea para no

volver a perderla. Por eso siempre tienen secuaces y planes complicados y grandilocuentes. Esa es la razón por la que creo que deberíais hacer saltar el edificio por los aires y arriesgaros a perder la misión.

Eso había sido antes, cuando aún creíamos que Caída de Pluma era el liche y que su guarida estaba en este edificio. Pero ahora Mordecai había cambiado de idea. Según él, era muy probable que hubiésemos acabado con los ayudantes de Remex y que ahora fuese muy vulnerable, por lo que merecía la pena intentar acercarse a él. Mordecai también había dicho que tenía sentido que se ocultase sobre el almacén de los espadachines. Se usaba un cristal mágico para «recargar» a los guardias todas las noches, y cualquiera que peinase la ciudad en busca de magia no sospecharía que aquel lugar también podía tratarse de la guarida de un liche.

> MORDECAI: Otro problema a tener en cuenta: sin duda será un jefe. Y como el de antes se trataba de un jefe de barrio, me apuesto el pezón izquierdo a que en este caso se tratará de un jefe de municipio. Aunque lo hayáis debilitado, tendréis que ir bien preparados para un enfrentamiento.

Y fue así como tomamos la decisión. Íbamos a enfrentarnos al liche cuando aún estaba débil. Seguro que sabía que íbamos a por él y nos habría estado vigilando todo el tiempo, por lo que íbamos a rodear el exterior del edificio de explosivos, lenta y deliberadamente, explosivos suficientes como para destrozar por completo la estructura.

Mi plan original había sido que Dónut se quedase fuera mientras yo entraba solo, pero la gata se había negado rotundamente.

—Me prometiste que no iba a morir sola —dijo—. No puedes cumplir con tu promesa si mueres antes que yo. Vamos a hacerlo juntos.

Terminé por ceder, pero eso requería cambiar el plan.

Ahora era Katia quien iba a estar entre la multitud. Su rostro había mejorado mucho y parecía más natural. Aún seguía siendo más fea que pegarle a un padre, pero por lo menos ya no cabía duda de que era humana. Le dije que se acercase.

—Toma. Sujétame esto. —Le tendí el detonador, que tenía forma de lápiz.

—No, no —dijo al tiempo que se echaba hacia atrás y se negaba a cogerlo—. No me des eso.

—Guárdalo en el inventario —dije al tiempo que se lo ponía en la mano—. Si morimos, o si te digo que lo hagas, solo tendrás que pulsar el botón. Sin hacer preguntas. Limítate a hacerlo.

—¿Y por qué no lo guardas tú? —preguntó, mirándolo como si le acabase de entregar una serpiente vivita y coleando—. Carl, la descripción dice que podría activarse solo.

—Guárdalo en el inventario y no pasará nada —le aseguré.

Desapareció en su mochila.

—¿Por qué yo? —volvió a preguntar. Parecía enfadada.

—No sabemos si este tipo tiene magia de control mental. Es algo propio de los liches, por lo que necesitamos que haya alguien fuera de la zona de efecto con el detonador. Por si acaso.

—Pero ¿qué es lo que pretendes hacer? —preguntó ella—. ¿Destrucción recíproca asegurada?

—Así es —respondí—. Lo único que queremos nosotros es información, y lo único que quiere él es vivir. Nos la estamos jugando, pero esto es el pan de cada día en la mazmorra, en realidad.

Ella negó con la cabeza.

—Hekla me dejó muy claro que estabais locos.

—Tú asegúrate de estar a una manzana de distancia antes de pulsar el botón. He colocado dinamita suficiente como para que esas botas de nieve tuyas vuelvan volando hasta Islandia desde aquí. —Levanté la voz para llamar la atención de todo el mundo—. Estáis dentro del área de efecto de la explosión. Será mejor que os apartéis. Mucho.

Entramos en el almacén mientras la gente empezaba a desperdigarse. Miré a los espadachines con nerviosismo mientras avanzábamos a toda velocidad hacia la pequeña trampilla que había en el techo en un rincón. Saqué la escalerilla y empecé a subir por ella. Dónut iba sobre mi hombro, temblando.

—Se mueve, pero parece que se dirige al extremo contrario de la estancia, como si huyese de nosotros.

—No nos mates —grité cuando entramos—. ¡Si lo haces tú también morirás!

Respiré hondo al ver al monstruo que temblaba en el rincón más alejado.

CARL: ¡No es un liche, Mordecai! ¡No es un puñetero liche, joder!

24

—¿Me entiendes? —pregunté.

—No os acerquéis. No, no. Atrás. No me hagáis explotar —dijo Remex. Hablaba entre jadeos—. Por favor. No os acerquéis.

Examiné las propiedades de la criatura, confundido. A pesar de los preparativos y de las advertencias de Mordecai, lo que teníamos delante no era un jefe. Ni tampoco un liche.

> Remex. Condensador de parásito de almas. Nivel 1.
> Se trata de un secuaz abandonado de la señora Péndula.
> ¿Has usado alguna vez un tablero de ouija para llegar a la conclusión de que hablar así con un ser querido que ya no está no es suficiente? ¿Has querido ir más allá, devolverle la vida quizá? ¿Y luego obligarlo a buscarse un trabajo, a lo mejor? Pues lo que necesitas es un condensador de parásito de almas.
> Un nigromante o un clérigo oscuro son los únicos que pueden crear a estos muertos vivientes frágiles pero fuertes a nivel físico. El conjuro se acopla al alma del ser más querido del objetivo y devuelve a esa criatura a la vida. El espíritu resucitado queda unido para siempre al de su ser querido. Pero el parásito de almas se encuentra en realidad entre la vida y la muerte, por lo que no existe realmente ni en uno ni en otro lugar. Un mero rasguño de esta bestia sería suficiente para arrancarte el alma del cuerpo. La energía de alma se almacena en el condensador, lo que permite al propietario del parásito acceder a cantidades ingentes de puntos de maná.

—¿Sabes? Siempre que creo que estos tíos han alcanzado un nuevo nivel en la escala de ser personas de mierda, terminan por

sorprenderme y es aún peor —le dije a Dónut—. Si intenta algo, lánzale un proyectil mágico.

Remex se parecía mucho a Caída de Pluma, pero en su caso seguía con vida. Más o menos. Era una especie de aveceleste sin plumas y zombi. Sus ojos eran poco más que unos orbes negros y turbulentos. Un humo negro y neblinoso brotaba de su cuerpo, con volutas etéreas parecidas a gusanos que revoloteaban a su alrededor imitando a las alas que habría tenido en el pasado.

Unos hilos de luz dorada y tenue le recorrían el pecho y lo ataban a la joya color ámbar del tamaño de una pelota de golf que había en mitad de la estancia. Un haz de luz se proyectaba hacia la estancia inferior a través de un pequeño agujero en el suelo. Unos zarcillos de luz también dorada latigueaban alrededor de la joya en todas direcciones, como si buscase más objetos de los que alimentarse. Me estremecí cuando me bañó la luz, pero no sentí nada. Al parecer, era inofensiva para aquellos que no podían usarla.

El águila se ovilló en el rincón y soltó un gritó ahogado. Parecía estar sufriendo.

> Carl: ¿Qué es un secuaz abandonado?
>
> Mordecai: Es un secuaz que sigue vivo después de la muerte de la persona que lo controlaba. Al parecer, sí que mataste a la cabecilla malvada cuando acabaste con la señora Péndula. Suele pasar. A veces, las misiones parecen mucho más complicadas de lo que son en realidad. Tendría que haberme dado cuenta, ya que es una misión de piso. Perdón por hacerte desperdiciar toda esa dinamita. Sonsácale la información, termina con su sufrimiento y vuelve aquí antes de que se activen los guardias. De lo contrario, tendrás que quedarte todo el día encerrado en ese almacén.

Examiné la joya rápidamente.

> Cristal de alma. Categoría C.
>
> Tecnología élfica. Es como un cargador inalámbrico. En lugar de electricidad, usa la energía de alma de todo lo que muera dentro de su zona de efecto. Y en lugar de cargar tu iPhone, esta gema en particular carga hasta arriba a los guardias del pueblo todas las noches. Pero parte de esa energía se desvía a algún otro sitio.
>
> Si una persona viva toca el cristal, este se resquebrajará y dejará de funcionar.

Mordecai ya nos había hablado de esas cosas. No servían para nada una vez activadas. Romperlas detendría la carga de los guardias, pero no les haría daño. Terminarían por quedarse sin energía, pero no era algo que fuese a ocurrir inmediatamente.

—¿Estabas mirando? ¿Viste lo que hice fuera del edificio? —pregunté.

—Lo he visto, sí —respondió él—. Le diste a tu amiga el detonador remoto. Mi esposa lanza el conjuro. Tiene miles de ojos vigilantes, todos mirando al mismo tiempo. Mirando. Saboreando. Lo vemos todo. Lanza el conjuro a través de mí, y la visión le llega a través de mí. Pero ahora ya no está, y está creciendo. Creciendo. No hay lugar al que ir. Su alma está perdida. Al amanecer, la liberación. La liberación.

Sus palabras no tenían sentido.

—Entonces ¿Péndula lanzaba los conjuros a través de ti? Según tú, ¿ese es el cometido de un condensador?

—Sí. Mucha energía. Demasiada energía. Con las pequeñas. Con las antenas. Todo reunido. Reunida. Tiene que vaciarla. Pero no está. No está. No está. Esta noche no habrá conjuro. No la vaciará.

—Genial. Otro colgado —murmuró Dónut.

Intenté poner tono tranquilizador. El tipo seguía en el otro extremo de la estancia, pero no quería acercarme a él.

—Háblanos de las pequeñas. De las chicas. Háblanos de Caída de Pluma y de la señora Péndula. De cómo acabaste así.

La criatura parpadeó, como si nos viese por primera vez. Las volutas de luz que lo rodeaban se agitaron. Desapareció la confusión de sus ojos.

—¿Quiénes sois? ¿Dónde estoy?

Repetí la pregunta, pero más despacio. Se acomodó en el rincón y se envolvió con sus alas peladas y raquíticas, como si fuese un niño asustado.

—Habéis venido por la historia. Ahora lo entiendo. He esperado mucho tiempo para contársela a alguien. Para que todo acabase, lo único que tenía que hacer era contarla.

—Por favor —dije—. Cuéntanosla y no te haremos daño.

Asintió despacio.

—Dadme un momento. No me matéis antes de terminar. Lo tengo muy practicado. Es largo, pero tengo que contarlo. Esta es la historia. A él…, a Caída de Pluma, nunca le gustaron los guardias. El control que tenía sobre ellos era escaso. Quería más. Me preguntó después de que me jubilase y le cediese el posadero de magistrado. Así es. Me preguntó qué podía hacer para controlar a los espadachines. Para controlarlos, dije yo, tienes que saber lo que son. Cómo se mueven, cómo se crearon. Un momento, no me preguntéis por eso. Eso no es importante. Sería una digresión. Tenemos que evitar las digresiones. Caída de Pluma era alguien corto de miras. La única ambición que tenía era dominar este pequeño pueblo. Su reino. Los avecelestes dominaban este mundo. ¿Lo sabíais? Antes de que ese demonio lo destruyese todo. Me gusta considerarlo una metáfora. Hay quien dice que los primigenios… No, no puedo. Eso no está en el guion. Perdón. Perdón. Por favor. Los avecelestes estuvieron en la cima del mundo y controlaban la Ciudad Epigea. Es importante que lo sepáis.

—¿Y qué ocurrió? —pregunté—. ¿Cómo acabó Caída de Pluma en esa cosa?

—Sois como él. Solo os importa lo que tenéis delante de las narices. No tenéis una visión general de las cosas. Necesitaba decirlo.

> Dónut: Carl, ha ocurrido algo. Algo extraño. El contador va tan lento como siempre, pero creo que nuestras visualizaciones han subido. Muchísimo. No dejan de darme logros por ellas y por los seguidores. Seguro que a ti también. No entiendo por qué.

La ignoré.

—Pues muéstrame primero una visión más concreta y luego la general, por favor.

Remex se agitó y luego continuó:

—Dejadme terminar con la historia. No me matéis. Tendré que empezar desde el principio si me matáis. El orco… Él me mató. Hace años.

—Voy a matarte aquí y ahora si no vas al grano —aseguró Dónut.

Remex soltó un ruido a caballo entre un gemido y un piar que sonó del todo penoso.

—Terminaré. Tras mi muerte, Caída de Pluma habló con mi esposa. Péndula. La señora Péndula, la llamaban, pero no sé a qué viene lo de «señora». Le pidió que lo ayudase a lanzar el conjuro. Sabía que traer a otro clérigo oscuro como yo desde el otro lado crearía un condensador muy poderoso que le daría la energía de alma necesaria para subyugar a los guardias. Se colocó en la posición Votiva Nocturna, y mi esposa se quedó en la estancia para ayudar.

No me estaba enterando mucho de la historia.

—Espera. Entonces ¿la señora Péndula sabía que te había traído de entre los muertos y convertido en lo que eres ahora? ¿Y no le importó?

—Oh, sí —dijo—. No es que ella sea… No, no puedes decir eso. Remex. Piensa. Piensa. Ah, sí. También sabía que Caída de Pluma estaba cometiendo un grave error al lanzar el conjuro tan cerca del Amplificador.

—¿Amplificador? —pregunté.

—Sí, sí, lo tenéis delante. El tejado es la antena, y el cristal de alma almacena la energía. La captura de las almas perdidas de la zona. Es lo que mantiene cargados a los espadachines. Magia de altos elfos. Ellos son los que… No, otra digresión. Senda equivocada. Los guardias se recargan por la noche. Pero los aposentos de Caída de Pluma están al otro lado de la calle. Cuando lanzó el conjuro, me manifesté y me vine a este plano. Pero a él lo mató el acople. Mi esposa lo tenía planeado. Lo tenía planeado desde el principio. Llevaba toda su vida planeándolo. Era exactamente lo que tenía que pasar. Quedé maldito en el momento en el que me convertí en su marido. Ahora soy su condensador. Ella fingió que el magistrado seguía con vida y empezó a gestionar el asentamiento. Era una maga poderosa. Tenía un conjuro de falsificación. Engañó a todo el mundo.

MORDECAI: Se os acaba el tiempo, chicos. Terminad con eso y salid de ahí.

CARL: Ya casi estamos.

—¿Y qué tienen que ver las mujeres, las prostitutas?

—No… No me interrumpáis. Escuchad. Ya casi he llegado a esa parte. Primero, se hizo con el control de esos elfos imbéciles. Lanzó una ilusión que imitaba a un aveceleste resplandeciente sacado de las leyendas, para hablar con ellos fingiendo que era un ángel y hacerlos creer que su divinidad arbórea venía a buscarlos. Yo podía hacerlos volar, manipular las cosas. Los avatares, quiero decir. A ella nunca le gustó ensuciarse las manos. Y usó a los elfos. Para intimidar. Para retirar los cadáveres. Mis avatares. Uno de ellos se parecía a mi hijo. Hijo mío. Perdido en el tiempo. Pero ellos no podían alejarse mucho de aquí, por lo que mi mujer ordenó a los elfos marchar para cumplir con su tarea, para traernos a las mujeres. No dejaban de llegar en busca de una vida mejor. Una y otra vez. A veces, lo veía en su mirada. Eran como yo. Decimarios. «No te hagas muerto viviente», nos decían. «No te hagas muerto viviente. No merece la pena». Un momento. Ignorad eso.

Obligarlo a hablar de lo que necesitábamos era como intentar virar un navío sin un timón.

—Muy bien. Pero ¿para qué te traía a las mujeres?

—Por dos razones. Mi esposa tenía planes grandiosos, planes que llevaba preparando mucho tiempo. Pero necesitaba ayuda, ayuda que no podía aprovechar del todo sin los elfos urbanos. Las krasue son fáciles de controlar. Fáciles de crear si tienes los materiales adecuados. Vuelan y siguen activas y obedientes durante el día. Además, crearlas genera un pico muy potente de energía de alma que se añade a la mía. Y como esa materia prima viene de fuera del pueblo, nadie iba a darse cuenta de lo que estábamos haciendo.

Dónut resopló.

—Pues parece que alguien sí que se dio cuenta. GumGum se dio cuenta.

—Entonces ¿te vuelves más poderoso cada vez que muere algo? —pregunté.

—Sí. Y mi posición me permite también aprovecharme de las almas que fluyen hacia el cristal. Mi mujer lo sabía, pero ni siquiera

ella fue capaz de predecir la gran cantidad de energía. La siento. Es demasiada. Puntos de maná. Es una sensación parecida a cuando te bebes una poción, esa en la que sientes que recuperas los puntos, pero una interminable.

Me estremecí. Al fin había empezado a comprender. Necesitábamos darnos prisa.

—Entonces…, tu mujer estaba creando un ejército, ¿no? ¿Para qué?

—Porque era la nieta de la familia real. La ambición corría por sus venas. Iba a reclamarlo todo. Pero la matasteis y me encontrasteis a mí. Ella muere, pero a mí nunca me encuentran. Hasta ahora. Me habéis descubierto. Hubo un orco en el pasado. Él me encontró. Me mató antes de que terminase de contar la historia.

—Céntrate, Remex. Háblame de Péndula. ¿A qué te refieres con lo de «reclamarlo todo»?

—Ah, sí. Claro. El conjuro. Tengo que mencionar el conjuro. Estaba preparando la Guerra final. Es un conjuro en tres partes. Magia heredada. Su abuelo fue el primero en lanzarlo. Luego, su madre. Y ella tenía que completarlo. De igual manera que Escolopendra atacó en nueve fases y destruyó nuestro reino, ella había preparado algo que terminaría por devolver la Ciudad Epigea a los avecelestes.

—Estaba reuniendo energía suficiente para lanzar el conjuro, ¿no es así? —pregunté—. Y necesitaba un ejército, pero… ¿para qué? ¿Para protegerla mientras lo hacía?

—Correcto. Antes, durante y después. Y las krasue iban a ser sus lugartenientes, con ojos y oídos que la ayudarían en la batalla. Pero tenía energía suficiente. Mucha más. Ya había empezado. Lo hizo.

—Un momento. ¿Qué habría pasado si hubiese terminado de lanzarlo? —pregunté.

—Es un conjuro glorioso. El tercer y último acto de la Guerra final, uno largo y peligroso que se tarda tres noches en lanzar. Había superado la primera. Esta noche era la segunda. Miles. Miles de puntos de maná. Una vez terminado, las bestias que hubiese desatado se hubiesen desperdigado por la Ciudad Epigea y matado a

todo el mundo, menos aquellos protegidos por la esencia de mi mujer, aquellos que hubiese añadido al conjuro.

—¿Te refieres a los emplumados? —pregunté—. Los avecelestes y esos pájaros enanos, como quiera que se llamen. Esos hubiesen sobrevivido, ¿no?

—Los carboneros —apostilló Dónut—. Me gustan. Son monos.

—Sí —confirmó Remex—. Ellos y todas sus familias. Todos los demás hubiesen muerto.

—Aaah —dije. Miré a Dónut—. Hubiese muerto todo el mundo menos las criaturas voladoras. Acabamos de evitar un genocidio, pues.

—Supongo que te has redimido después de matar a esos bebés goblin del primer piso —comentó la gata.

—No pienso volver a hablar de ese tema.

> Misión completada. Las trabajadoras sexuales caídas del cielo.

—Anda. Ni siquiera tenemos que matar al tipo este —comentó Dónut—. Ni tampoco hacer saltar por los aires más edificios esta noche.

Remex rio. Sonó como un graznido seco y sofocante.

—Ya está. Ya está. Lo he conseguido. ¡Lo he conseguido!

La risa dio paso a sollozos.

—¿De qué habla, Carl? —preguntó Dónut.

—Te lo contaré luego. —Sentí que la compasión se apoderaba de mí. «Dios», pensé al ver las lágrimas vanas del muerto viviente—. Remex, se acabó. Nos has contado la historia. ¿Quieres que te matemos o que te dejemos así?

—Matadme. Dejadme vivir… Ya da igual. No importa. Desapareceré al amanecer. Y también vosotros. Escucha, chico. No estés triste. No lo sabías. Tienes suerte. Es una bendición morir aquí. —Señaló en dirección al suelo con una de sus alas—. Y no bajes ahí. Será mucho mejor. Espera conmigo.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

El anuncio no resonó solo en mi cabeza. Se oyó como a través de un altavoz, como el que reverberaba todos los días después del

episodio resumen.

Nueva misión. Los imbéciles que rompieron el cristal.

SE TRATA DE UNA MISIÓN GRUPAL. La recibirán todos los mazmorreros que se encuentren en el radio de 45 kilómetros cuadrados de la explosión.

Tu grupo ha sido nombrado anfitrión de esta misión grupal. Como anfitriones, no se os permitirá abandonar la misión.

¿Que qué coño está pasando? ¡Me alegra que lo preguntéis!

Hace tiempo, cierto PNJ empezó a lanzar un conjuro muy poderoso, uno tan poderoso que tendrían que completarlo generaciones posteriores.

Y eso es lo que tienen los conjuros antiguos, que son como los árboles. Crecen. Se vuelven más grandes. Gigantescos algunas veces. Y, cuando algo sale mal, las cosas se tuercen lo que no está escrito. Cuanto más grande sea el conjuro, más se tuercen lo que no está escrito. Y ya os digo yo que este era grande de cojones. No os voy a mentir: vuestra IA favorita tenía muchas ganas de que saliese bien y consiguiesen lanzarlo.

Pero bueno. Esto va a ser casi igual de emocionante.

Todo está a punto de irse al traste. Por ejemplo, puede que os hayáis dado cuenta de que los PNJ avecelestes y carboneros del lugar se han puesto enfermos. La mayoría de ellos han quedado en coma. O han muerto. No es su culpa, pero estaban vinculados al conjuro y es lo que tiene.

Igual que no es vuestra culpa encontraros dentro del radio de 45 kilómetros cuadrados de los efectos secundarios de este conjuro fallido. Os repito que no es vuestra culpa. (Bueno, a menos que seáis Carl el mazmorrero, Princesa Dónut o Katia Grim. Entonces sí que es vuestra culpa). Así son las cosas. Tiene que ser una mierda estar en vuestro pellejo ahora mismo.

Dentro de poco tendrá lugar una explosión. El epicentro de dicho estallido se marcará en vuestro mapa. Todos los mazmorreros que se encuentren dentro del radio de dicha explosión están bien jodidos.

El objetivo de esta misión es muy simple. Dejar de estar bien jodidos. Sobrevivir.

Aviso: Se trata de una misión de suceso. Si no queréis participar en ella, tenéis sesenta segundos desde que acabe este mensaje para entrar en una estancia segura. Después, todos los accesos a dichas estancias dentro de la zona de la misión quedarán bloqueados hasta que concluya la misión de suceso. Todos los PNJ que se refugien dentro de una estructura, sea estancia segura o no, permanecerán a salvo. Todos los enemigos y los jefes de barrio que se encuentren dentro del radio de la explosión y puedan recibir daño físico o mágico también morirán.

Recompensa: Todos los participantes que sobrevivan recibirán una caja de misión de platino.

Ah, por cierto. La explosión tendrá lugar dentro de siete minutos.

Corred.

—Pero ¿qué cojones? ¿Qué clase de misión es esta?

Mordecai: Corred. El club Desperado no es una estancia segura de por sí, pero la segunda estancia del interior estará fuera del alcance de la explosión.

Katia: ¡Yo no puedo entrar al club! ¡Y tampoco puedo ponerme a cubierto en una estancia segura porque soy anfitriona de la misión!

Carl: ¿Servirá el Caparazón protector?

Mordecai: No. La explosión también es mágica. Corred.

—¡Mierda! —grité—. Tenemos que llegar al club. Vamos.

—¿Y qué hacemos con Katia? —preguntó Dónut—. No es justo. Le prometimos que la mantendríamos a salvo. Esto es culpa nuestra.

—No lo es —respondí. No me molesté siquiera en bajar por la escalerilla. Salté y caí con fuerza en el suelo. Detrás de mí, los guardias habían dejado de brillar. Una pared entera de puntos blancos apareció en el mapa. Sabía que, de un momento a otro, los puntos pasarían a ser rojos cuando los espadachines se percatasen de mi presencia. Dónut titubeó y luego saltó sobre mi hombro. Tenía las orejas aplastadas contra la cabeza.

«Joder, joder, joder», abrí el mapa y empecé a buscar la ruta más rápida. El club Desperado se encontraba a tres manzanas. Podíamos llegar sin problemas si nos dábamos prisa.

—Mira —empecé a decir—, esto iba a ocurrir de una forma u otra. Por eso intentaron que ese tal Bautista matase a la señora Péndula. Querían que se activase la explosión.

Me llegó una notificación de chat extraña. La abrí y vi que la ventana tenía el nombre CHAT DE MISIÓN.

Era diferente a un chat normal, más parecido a una sala de chat de Discord. Había un grupo bien surtido de mazmorreros en la lista de nombres. Unos ochenta.

Quan ch: Muchas gracias, Carl y Dónut. Putos comemierdas.

Ese era el único mensaje. «Que te den», pensé. Hice clic para cerrarla. Pero me di cuenta de que se trataba de una lista de nombres de mazmorreros que estaban a punto de morir. Me quedé de piedra. Ochenta personas.

Hice un amago de cerrar también el mapa, pero entonces vi algo inesperado. Una pequeña estrella redonda había aparecido en el lugar donde se encontraba el epicentro de la explosión. Amplié la imagen al máximo.

—¿Carl? —llamó Dónut—. ¡Los guardias se están despertando!

> Carl: Mordecai, el cristal de alma es el epicentro. Remex no lo es. Si rompo el cristal, ¿se cancelará la explosión?
>
> Mordecai: No lo sé. No creo que la detenga. Lo más probable que es haga que explote antes. Por algo la misión se llama «Los imbéciles que rompieron el cristal». Es lo que quieren que hagas. Sal pitando de ahí.
>
> Dónut: ¡NO PODEMOS ABANDONAR A KATIA!
>
> Katia: No te preocupes. Gracias, Dónut. Lo entiendo. Les estoy diciendo a todos los PNJ que se refugien en sus casas. Corred, chicos. Marchaos.
>
> Dónut: ¿Y TÚ QUÉ, MORDECAI?
>
> Mordecai: Yo estoy en mi habitación. Estoy a salvo. ¡Daos prisa!

—Mierda —murmuré al tiempo que alzaba la vista al agujero que había en el techo.

—¿Carl? —preguntó Dónut.

—Dónut, hay que tomar una decisión. O nos ponemos a salvo o intentamos ayudar a Katia y a esas ochenta personas. Tengo una idea, pero es muy probable que no funcione. Hay que elegir. Rápido.

—Pues… no lo sé —respondió la gata, que echó un vistazo a su alrededor. Me dio la impresión de que soltaba todo el aire que había estado aguantando—. Deberíamos intentar salvar a los demás. Es lo correcto.

No respondí. Me limité a extender el brazo y acariciarla. Y luego volví a subir por la escalerilla.

Volvimos a la habitación. Remex seguía en el rincón, con los ojos cerrados. Parecía estar desapareciendo poco a poco.

—Habéis vuelto —dijo sin abrir los ojos—. Bienvenidos al fin del mundo.

El cristal de alma flotaba en medio de la estancia. No dejaba de vibrar. Los zarcillos de luz habían dejado de moverse, y tampoco proyectaba ese haz a la estancia inferior ni el otro que apuntaba hacia Remex.

Había una cuenta atrás en rojo sobre el cristal. Quedaban cuatro minutos y treinta segundos.

Saqué el peluche de la señora Péndula que había guardado en el inventario. No me costó mucho encontrarlo. Kimaris, el soldado a caballo, estaba el primero de la lista al ordenar todos los objetos de mi inventario por valor.

El segundo era la vitrina protectora donde se encontraba. Esta tenía una puertecita que no estaba bloqueada, una pequeña con bisagra que se mantenía cerrada con una armella y un ganchito de aspecto barato. La abrí y volví a guardar el peluche en el inventario.

Después examiné rápidamente la vitrina.

> Vitrina de segadora de cristal de Sheol
> Las arañas segadoras ambulantes crean y venden estos artefactos de protección tan caros, forjados entre las llamas de Sheol, el misterioso decimoquinto piso de la Mazmorra Planetaria. También venden piruletas que dicen que están para morirse de ricas.
> Si quieres mantener algo a salvo, en plan a salvo de verdad, mételo en una de estas vitrinas. Lo protegerá contra casi cualquier tipo de daño. Casi.
> Aviso: cada vez que abras la vitrina hay un 1,5 % de probabilidades de que se te lance el conjuro Fuego de Sheol. Y te aseguro que no es algo bueno. El objeto del interior de la vitrina no sufrirá daños.

Tragué saliva. Tendría que haber leído la descripción antes de abrirla para sacar el peluche. La dejé abierta.

En ese momento recordé que cuando habíamos saltado de las oficinas municipales hasta las tiendas de debajo y aterrizado entre los escombros, había visto un resplandor. Ahora que echaba la vista atrás, sabía que seguro había sido deliberado. El sistema había intentado llamar mi atención para que me fijase en la vitrina, como en cualquier juego. Supongo que eran objetos aleatorios que se

colocaban en lugares concretos intencionadamente para que el juego fuese justo. Eso era lo que había pasado.

Me acerqué al cristal palpitante con la vitrina en la mano. Con cuidado de no tocarla, la metí en el interior de la caja de cristal, como si estuviese cazando una luciérnaga con las dos manos. Cerré la puertecita y pasé el gancho con mucho cuidado.

Intenté guardarla en el inventario, pero recibí un error.

> Ya, claro. Buen intento, gilipollas.

—Vete por ahí —dije. No esperaba que eso funcionase. Después de respirar hondo, solté la vitrina. Me estremecí cuando esta descendió unos pocos centímetros, repiqueteo al chocar contra el cristal del interior y luego se quedó allí flotando. El cristal empezó a vibrar más y más rápido mientras unas leves grietas se formaban por uno de los bordes. La descripción de la vitrina rezaba que protegía contra «casi cualquier tipo de daño», pero no me daba mucha confianza. Era muy probable que una explosión mágica que estaba a punto de destruir cuarenta y cinco kilómetros cuadrados de mazmorra estuviese entre la lista de tipos de daño que sí que afectaban a la vitrina.

Aún quedaban dos minutos y medio de cuenta atrás. Ya no nos daba tiempo de ponernos a salvo.

—Dios mío, Carl. ¿Crees que va a funcionar? —preguntó Dónut.

—No lo sé. Lo dudo, en realidad. Pero merece la pena intentarlo. —Me quedé en silencio un instante—. Lo siento, Dónut. Tendría que haberte contado mi idea antes de obligarte a elegir.

Ella soltó algo parecido a un gruñido.

—Siempre haces como si yo fuese la cabezota, pero lo cierto es que cuesta mucho hacerte cambiar de opinión a ti. No tienes nada por lo que disculparte.

Me senté en el suelo, agotado. Dónut saltó sobre mi regazo, y nos quedamos mirando la vitrina flotante.

Remex se agitaba hacia delante y atrás en el rincón mientras murmuraba:

—Voy de camino, hijo. En cualquier momento estaré ahí. Ya voy. Te he echado tanto de menos. Ya voy.

—¿De qué habla? —preguntó la gata.

—Era un mazmorrero —respondí—. Dijo que era un decimario, lo que supongo que hace referencia a alguien que escapó en el décimo piso. Puede que haya sido famoso en el pasado, lo que explicaría las visualizaciones.

—Carl, no quiero convertirme en un PNJ —aseguró Dónut—. Pero supongo que si morimos eso dará igual.

Extendí el brazo y le rasqué la cabeza. Cuarenta y cinco segundos.

—Estoy orgulloso de ti, ¿lo sabías?

—¿Por qué?

—Has madurado. Estabas preocupada por Katia. Prácticamente no la conoces, pero le prometiste mantenerla a salvo. Lo primero en lo que pensé yo fue en abandonarla.

Ella se rio.

—Es porque no quiero que Hekla se enfade con nosotros. Ya tenemos a esa Lucia Mar pisándonos los talones. Y a Maggie My. Y al padre del Maestro.

Reí entre dientes. Quince segundos.

—Nadie puede decir que no lo dimos todo. Eso lo tengo claro.

—¿Carl? —llamó Dónut.

Bajé la vista para mirar esos ojos grandes y relucientes.

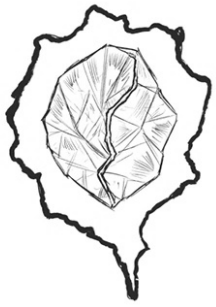
—¿Sí?

—No soy tan tonta como finjo ser. Sé que está muerta.

—Lo sé.

La rodeé con los brazos, momento en el que ambos cerramos los ojos y nos preparamos para el fin.

25



Remex gritó. El ruido repentino y aterrador hizo que abriese los ojos sobresaltado. Eché un vistazo a mi alrededor.

—Joder —dije al tiempo que me puse en pie como buenamente pude. Salté a por la vitrina, que había caído al suelo.

No habíamos muerto. Obviamente. La luz brotaba de la caja de cristal como si fuese un sol enjaulado en miniatura. La explosión no había hecho ruido alguno. Unos haces parecidos a lanzas brotaban del cristal, y uno de ellos iba dirigido directamente al pecho de Remex, quien estaba en el suelo gritando y con convulsiones. Fuera lo que fuese lo que le había pasado, le había hecho recuperar la capacidad de gritar a un volumen antinatural.

La vitrina brillaba blanca a causa del calor. El suelo estaba en llamas, y los tablones de madera burbujeaban y se combaban a causa del fuego. Temía que la estructura estuviese a punto de derrumbarse con nosotros dentro. La vitrina y el cristal se habían transformado. No me dio tiempo a leer la descripción completa, pero mis ojos se centraron en el estado EXPLOSIÓN INMINENTE justo antes de agarrarla. «Por favor, por favor», pensé. Me ardían los dedos cuando la guardé en el inventario. Grité mientras aquella explosión desaparecía de mi vista.

—Madre mía —dije antes de lanzarme un conjuro Sanar. La piel se me había quemado tanto y tan rápido que no me había dolido prácticamente nada los dos primeros segundos. Eso cambió cuando empezó a sanar. Solté un grito ahogado a causa del dolor.

Apareció una página entera de notificaciones que ignoré por el momento, pero sí que examiné el objeto que acababa de guardar en el inventario.

> El Juicio Final de Carl.
> Tipo: Explosivo personalizado inestable.
> Efecto: Una explosión lo bastante grande como para conseguir que un dios castañetee los dientes.
> Estado: Explosión inminente (3/1 × 107).
> Este dispositivo, creado por un hombre que asesina bebés y roba piezas de colección a los ancianos, tiene potencia suficiente como para destruir una ciudad entera y las afueras que la rodean. Para crearlo, se ha combinado un cristal de alma muy sobrecargado y una vitrina de segadora de cristal de Sheol.
> Aviso: Este objeto no se puede estabilizar.

—La misión no ha terminado —comentó Dónut—. Pero tampoco hemos muerto.

Me quedé allí sentado en el suelo, entre jadeos. Me dolía la mano, y aún notaba los latidos en los dedos y en la palma a pesar de la sanación. No me podía creer que hubiese funcionado. No había podido guardarla en el inventario hasta después de la explosión. Pero ¿qué cojones iba a hacer con eso? Explotaría nada más volver a sacarla. Tendría menos de un segundo para hacer algo.

Pero al menos estábamos vivos.

—Una cosa, Carl —dijo Dónut un momento después—. No tendrás por casualidad otra de esas vitrinas, ¿no? Una así…, bastante grande.

Alcé la vista y vi que Remex seguía con convulsiones en el suelo.

—Mierda. Joder —dije.

—Últimamente no dejas de decir palabrotas. Eso no me agrada, Carl.

Ahora era Remex quien tenía una cuenta atrás sobre la cabeza. Veinte minutos. Aún no se había activado, pero parpadeaba en rojo. Me estremecí cuando me llegó una notificación.

> Misión actualizada.
> Es muy probable que te hayas dado cuenta de que no estás muerto. Y seguro que la gente no deja de repetir: «¡Muchas

gracias, Carl el mazmorrero!». Te daré unos segundos para regocijarte en tu victoria.

Esas son las buenas noticias, pero te aconsejo que te sientes para oír lo que diré a continuación.

Remex aulló, y el mundo quedó del todo blanco por unos momentos. Me sentí muy pesado de repente, más cansado. Un ruido estruendoso se apoderó del almacén, uno parecido al de decenas de cacerolas y sartenes cayendo al suelo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Dónut.

—Es como cuando nos teletransportan a una caravana de producción. Acabamos de perder todas las bonificaciones que nos da el equipo.

Las malas noticias son que va a tener lugar una explosión igualmente. Una más potente, de hecho, pero el área de efecto será similar. No quiero aburrirte con los detalles técnicos, pero lo que acabas de sentir se llama estallido previo. Es como un sismo premonitor. El primero de cuatro antes del espectáculo final. Este ha eliminado temporalmente las propiedades mágicas de todo el equipo que llevas encima. El siguiente hará otra cosa.

Todo terminará con una explosión de magia pura y salvaje mucho más potente que la explosión química de origen mágico de la que te has librado hace nada. El daño físico será mucho menor, pero te aseguro que no te va a dejar un buen cutis. Lo prefiero así, la verdad. ¿Has puesto una nube en un microondas alguna vez? Pues imagina que tu cabeza es esa nube. Más o menos. Te aconsejo que te prepares para defenderte de algo así.

Tenéis veinte minutos para salvaros.

—Vamos —dije—. Tenemos que salir de aquí.

Me puse en pie y volví a girarme hacia la pequeña trampilla. Miré a Remex por última vez, que seguía en el rincón teniendo convulsiones. Me dieron ganas de terminar con su sufrimiento, pero sabía que eso era muy mala idea.

Y, en ese momento, el suelo se derrumbó.

Grité y aterricé sobre un montículo que había en medio de una estancia llena de partes de armadura y espadas chisporroteantes. El estallido en plan pulso electromagnético de Remex había desactivado a todos los espadachines y hecho que las armaduras

cayesen al suelo como si fuesen meros trastos. Gruñí mientras cogía algunas partes de armadura al azar y también uno de esos espadones colosales para guardarlos en el inventario. Me puse en pie y me bebí una poción de sanación. Al menos las pociones sí que seguían funcionando.

Remex no se había caído. Se encontraba en el piso superior, cerca del agujero, y ahora emanaba de él un zumbido eléctrico. El ruido se intensificó hasta ahogar por completo los gritos constantes de la criatura.

—¿Adónde vamos? —preguntó Dónut.

Salimos del edificio a toda velocidad y giramos a la derecha, en dirección este. Abrí el chat de misión y empecé a escribir con rabia instrucciones para darle a todo el mundo dos opciones diferentes para escapar.

> Mordecai: Quitaos todos los objetos mágicos que llevéis encima y guardadlos en el inventario. Dejad lo que quiera que estéis haciendo y hacedme caso ahora mismo. Estarán más seguros ahí dentro en lugar de sobre vuestro cuerpo. No sé qué es lo que acabáis de hacer, pero tampoco se puede decir que vuestra situación haya mejorado mucho.
>
> Carl: Toda la ropa que llevo puesta es mágica a excepción de la chaqueta. Hasta mis gayumbos son mágicos.
>
> Mordecai: Cagondiós, Carl. No pienso discutir. A nadie le va a importar que vayas con la chorra por fuera.
>
> Dónut: ¿Y MI CORONA?

La tiara era un objeto Efímero, lo que significaba que desaparecería si Dónut se la quitaba en algún momento. Y acabaría en manos de otro mazmorrero, lo que no podía ser nada bueno. Eso significaría que solo uno de esos dos podría descender al décimo piso. Mordecai se quedó en silencio más tiempo del habitual.

> Mordecai: Será mejor que te la dejes puesta, pero cabe la posibilidad de que la pierdas. Es posible que uno de esos estallidos provoque efectos negativos permanentes en tus características. Y también podrías verte afectada por la desventaja Septicemia. El veneno no te hará nada, pero te dejará aturdida igual. La magia de alma salvaje es impredecible y puede hacer que vuestros objetos mágicos se vuelvan en vuestra contra. No saquéis a Mongo del transportín.

Aparecieron decenas de respuestas en el chat de grupo mientras me quitaba el equipo. Y los calzoncillos. También me quité la *xistera*, por si acaso. Quitármela resultó ser mucho más fácil que ponérmela. La guardé directamente en el inventario. «Cagondiós», pensé al leer los mensajes del chat. Tres mazmorreros habían confirmado que la entrada a la habitación trasera del club Desperado había desaparecido cuando se habían cerrado las estancias seguras. Estaban aislando el club para evitar el desastre inminente.

Eso nos dejaba con una sola ruta de escape.

Katia se acercó corriendo con un grupo de mazmorreros, la mayoría humanos. No los conocía. Daniel Bautista no se encontraba entre ellos.

—Muy bien, chicos —dije—. Quitaos todos los objetos mágicos si no lo habéis hecho. Tenemos dieciséis minutos y hay que darse mucha prisa. Nos quedamos sin tiempo.

El grupo se me quedó mirando. Finalmente, uno de ellos dijo:

—Tío, pero ¿qué haces en bolas?

Señalé hacia el este.

—¡Vamos!

El estallido siguiente tuvo lugar mientras salíamos del pueblo. Un hombre que se encontraba entre los últimos del grupo explotó, sin más. Se llamaba CONRAD E, tenía acento ruso y era explorador de nivel 12.

—¿Qué coño acaba de pasar? —pregunté mientras corríamos. Frente a nosotros aparecieron tres enemigos parecidos a emúes que no dejaban de graznar. Se llamaban aves de las ruinas. Dónut lanzó sendos proyectiles mágicos a dos de ellos y otro mago atacó al tercero con un rayo. La tercera criatura parecida a un avestruz no murió, pero cayó al suelo. Le aplasté el cuello sin parar de correr.

—Dónut —dije—. Esto no me gusta. Creo que deberías quitártela.

Dónut iba sobre mi hombro a pesar de que era más rápida que yo. Detrás de nosotros, alguien gritó que había visto a otra criatura.

—¡Dejadla! —grité.

—¡Perdería 5 puntos de Inteligencia! —se quejó la gata—. Y también la desventaja Septicemia. Y me gusta mucho.

—Esos estallidos están afectando a nuestros objetos mágicos —insistí.

—Pero si la pierdo, alguien la conseguirá y se la pondrá. Y tendremos que luchar contra esa persona. No quiero hacerle daño a nadie.

—Lo sé.

Yo tampoco quería, pero no dije que solo un idiota se pondría un objeto así después de leer la descripción. Cualquiera que siguiese vivo a estas alturas tendría mucho cuidado, por lo que era algo que tampoco me preocupaba demasiado. Salté sobre una pila de escombros. Nos quedaban diez minutos. Una pareja de mazmorreros muertos apareció en el mapa, rodeados por los puntos rojos de los erizos callejeros. No teníamos tiempo de investigar qué había pasado ahí.

Jamás en mi vida había sido un corredor muy rápido. Tenía buena resistencia, sí, mucha más que los que hacían pesas, pero lo de la velocidad no era lo mío. Siempre había odiado correr, pero jugaba mucho a baloncesto. Es un deporte en el que se hace mucho cardio, a la altura del tenis y del fútbol quizá. Y seguramente también del *jai alai*.

Ahora había atravesado la ciudad a la carrera con facilidad, avanzando muchísimo más rápido de lo que lo había hecho jamás. Estaba empezando a costarme respirar, pero no reduje la velocidad. Era una sensación extraña y desconcertante. Si sobrevivíamos, tenía que empezar a tomarme en serio mi condición física y poner a prueba mis límites. Mi cerebro aún me consideraba un humano normal. De todo el grupo, hasta el más lento corría más rápido que un grupo de atletas olímpicos. Recordé la moto que había perdido en el primer piso. No me hubiese servido de mucho en este con tanto escombro por las calles.

—Pues no me la voy a quitar —dijo la gata.

—Pero ese tipo acaba de explotar, Dónut —le dije. A nuestra izquierda, apareció un grupo con cuatro mazmorreros más. Se unieron a nosotros.

—¿Seguro que es por allí? —gritó uno de ellos, una criatura con cabeza de tiburón.

—¡Está allí! —gritó otro—. Ya lo veo en mi mapa.

Volví a centrarme en Dónut. El siguiente estallido iba a tener lugar en cualquier momento. El intervalo entre ellos no era de cinco minutos exactos.

—¿Qué pasaría si pierdes 5 puntos de Inteligencia permanentemente y luego pierdes la tiara de igual manera? Serían 10 menos.

—Pero fue mi primer objeto —insistió ella.

—Un objeto que podría prenderte fuego a la cabeza. Además, ¿recuerdas la descripción? Seguirás siendo una princesa oficialmente.

—Dónut, tiene razón. Será mejor que te la quites —dijo Katia.

—Bueno… pues vale —gruñó Dónut.

La corona de la septicemia que llevaba sobre la cabeza se pulverizó y desapareció como si estuviese hecha de ceniza.

—¡Eh! —gritó la gata. Uno de los recién llegados también gritó a mi izquierda en ese momento. Sus pantalones desaparecieron—. ¡Ha desaparecido antes de que pudiese quitármela!

Al parecer, el segundo estallido había activado todas las armas mágicas. Y este tercero había destruido todos objetos de armadura mágicos que siguiesen equipados.

El cuarto estallido afectó al grupo justo cuando nos acercábamos al pequeño edificio ruinoso. Habíamos recorrido la distancia en tiempo récord.

El caos se apoderó de todo el mundo. Un rayo nos pasó muy cerca y luego rebotó en un humano, que se tambaleó y cayó al suelo casi muerto. Otra persona desapareció como si se hubiese teletransportado. El cuerpo entero de Katia empezó a brillar y salió despedida hacia delante, no sin antes empujarme y tirarme al suelo. Se precipitó directamente hacia la pared y la atravesó como si fuese de papel. Me choqué contra el suelo y solté un grito. Dónut bufó y saltó de mi hombro. Sentí que se me había roto el brazo con el empujón de Katia, pero ya lo tenía curado cuando dejé de rodar.

¡Estás envenenado!

Tardé un buen rato en darme cuenta de lo que acababa de pasar. Normalmente, era inmune al veneno, pero gracias a mi capa de nictofúnebre, claro. Dónut se había librado porque era inmune gracias a la clase de ex actriz infantil.

Lo que había pasado era que se habían activado las dos primeras ranuras de la lista de acceso rápido de todo el mundo. Así que tampoco se podía decir que los objetos del inventario fuesen inofensivos. Tanto en mi caso como en el de la gata había sido una poción de sanación y luego una poción de maná. Ambos nos habíamos bebido la segunda antes de que el contador de recarga llegase a cero, por lo que nos había afectado el veneno. Sabía que Katia tenía colocada allí una habilidad llamada Avalancha que podía usar solo una vez al día. Eso era lo que le había pasado.

Sentí el veneno en el estómago y tuve que inclinarme hacia delante. Cuando pasaron los quince segundos, me tomé el antídoto y eché un vistazo a mi alrededor. Todos nos habíamos quedado muy quietos en la calle por fuera del edificio. Katia volvió con nosotros, aturdida. La nariz se le había desviado tanto que ahora la tenía justo debajo de la oreja. No parecía haberse dado cuenta.

—Eso ha dolido —comentó.

No había muerto nadie, pero no sabíamos dónde habría acabado el tipo que se había teletransportado. Me incliné sobre el humano que había quedado frito con el rayo. Estaba inconsciente, por lo que le vertí una poción de sanación en la boca. Era uno de los que se nos había unido hacía poco. El asiático batió las pestañas y luego abrió los ojos como platos.

—Quítame la polla de la cara, por favor —dijo. Sonreí y me aparté.

Miré por encima del hombro, a través del agujero que había hecho Katia en la pared, y lo vi. Después le eché un vistazo al tiempo que quedaba por el rabillo del ojo. Tres minutos antes de la gran explosión.

También quedaban dos días y dieciocho horas para que se derrumbase el piso.

Un rostro familiar se acercó a la carrera seguido de otro grupo. Daniel Bautista.

—Os dije que estaba aquí —dijo mientras señalaba hacia la escalera que descendía al cuarto nivel.

Le di una palmada en el hombro. Él asintió y se giró hacia la escalera, para desaparecer poco después.

No teníamos elección. Mi idea era que todos los que no tuviesen acceso al club Desperado bajasen por ella, pero ahora que la otra habitación del club era inaccesible, teníamos que bajar por aquí o enfrentarnos a una muerte segura.

—Vamos —dije—. Que todo el mundo baje por las escaleras.

Vimos cómo la gente se ponía en fila y empezaba a bajar a toda prisa.

CARL: Mordecai, ¿estás en tu habitación?

MORDECAI: Estoy a salvo, sí.

CARL: ¿Qué nos pasará ahora que vamos a bajar antes de tiempo? ¿Y qué te pasará a ti?

MORDECAI: Yo me quedaré aquí sentando rascándome la barriga durante tres días. Vosotros no notaréis la diferencia temporal. Os veo al otro lado. Acabo de echar un vistazo por aquí y todos los PNJ están a salvo, o eso parece. No hay nadie en las calles a excepción de los guardias, que se reactivaron con el segundo estallido. Todos tienen un solo punto de salud. Es una pena que no estéis por aquí, porque os hubiese aconsejado que mataseis a todos los que pudierais. No os darían tanta experiencia por ser el golpe de gracia únicamente, pero sería mucha igualmente.

Miré a Katia, que nos esperaba en la entrada de las escaleras.

CARL: ¿Quedan guardias en el almacén?

MORDECAI: No lo sé. Puede que alguno. Todos van camino de sus puestos habituales, pero tampoco voy a volver a salir para mirar. Venga, bajad por esas escaleras.

CARL: Ah, otra cosa, Mordecai.

MORDECAI: ¿Qué?

CARL: Felicidades.

No respondió. Dónut alzó la vista y me miró con los ojos abiertos como platos.

—Es verdad —dije—. Ya es libre, ¿no? Hemos llegado al cuarto piso, por lo que ahora volverá a casa cuando se termine la mazmorra.

—Así es —dije. Pensé en Remex, quien también estaba a punto de terminar con sus «obligaciones». Me pregunté cuánto tiempo llevaba aquí y recordé lo que había dicho Dónut al descubrir quién era Remex en realidad: «Carl, no quiero convertirme en un PNJ».

Y también había dicho otra cosa más. Era algo que resultaba desgarrador cuando lo pensabas bien. «Sé que está muerta».

Pensé en todas las personas que habíamos conocido en este piso, en los mazmorreros y en los PNJ con los que nos habíamos cruzado. Llevábamos aquí menos de una semana, pero se me antojaba como una eternidad. Pensé en Signet, la seminayade. En Quint, el boticario con cara de zarigüeya. Pústula, la hobgoblin que traficaba con explosivos. Pensé en la pobre GumGum, la orca. En la señora Péndula. En el pequeño Ricky Joe, el niño enano manco. Me pregunté si su madre había llegado a tener al bebé.

Los tres nos giramos hacia la escalera. Dónut sacó a Mongo del transportín, y el dinosaurio gruñó enfadado por llevar tanto tiempo ahí dentro.

Empezamos a bajarlas. Sabía que saldríamos del piso nada más tirar del pomo. La puerta que había a los pies de la escalera era la misma de siempre, con ese grabado de un kua-tin enorme, que hacía que pareciese más grande y más amenazador de lo que eran esas criaturas en realidad.

«No podréis conmigo. Que os den a todos».

Examiné las propiedades de la puerta.

> Entrada al cuarto piso.
> Ahora empieza la verdadera diversión.
> Cuidado con el escalón.

—¿Eso qué significa? —pregunté.

Quedaban cien segundos.

—Katia —llamé—, saca el detonador que te di hace un rato. Tiene un retraso de diez segundos. Espera hasta que la cuenta atrás llegue a unos quince y actívalo. Después entraremos antes de que explote.

—¿Por qué? —preguntó ella al tiempo que lo sacaba del inventario. Tenía un alcance de diez kilómetros, por lo que estábamos a una distancia más que suficiente—. ¿Eso no hará que la bomba explote antes de tiempo?

—Sí, pero solo serán unos segundos de diferencia. Quien no esté a salvo para entonces, va a morir igual. Dudo que vaya a funcionar, ya que los detonadores son mágicos y es probable que se hayan estropeado con el primer estallido. Pero si lo hace, yo coloqué la dinamita y dejé que Dónut colocase algunas de las cargas del detonador en la pared. Conseguiremos algo de experiencia y se repartirá entre los dos.

Ella se encogió de hombros. Cuando la cuenta atrás llegó a los veinte segundos, pulsó el botón.

Nos giramos para abrir la puerta.

—Oye, Carl —dijo Dónut justo cuando empezábamos a desaparecer—. Tendrías que haberte puesto los calzoncillos ahora que aún tenemos acceso al inventario, ¿no crees? ¿No iremos directamente al programa de Odette?

Soltó una carcajada. Yo bajé la vista y miré a la gata con gesto horrorizado.

—Cagondiós, Dónut —dije.

EPÍLOGO

—Parece que tenemos pruebas irrefutables de que ese vídeo sexual con el Maestro, en paz descanse, sí que era un corte real —comentó Odette. El público rugió. Dónut estaba bocarriba y había estallado en carcajadas. Yo noté cómo el rubor me ardía en las mejillas.

Nunca me había considerado una persona tímida. Llevaba semanas recorriéndome la mazmorra llevando únicamente unos bóxers, pero verme en la pantalla corriendo en pelota picada por la Ciudad Epigea ataviado únicamente con una chaqueta de cuero a la que le faltaba una de las mangas y los cojones colganderos me hizo sentir una vergüenza incontrolable y extraña. Me hizo sentir vulnerable. No sabía cómo los nudistas podían llegar a acostumbrarse a algo así.

La entrevista estaba yendo muy bien. Por el momento, nos había hecho preguntas muy fáciles de responder, aunque sabía que eso no tardaría en cambiar. Aún era muy pronto.

Los cuatro, Dónut, Mongo, Katia y yo, habíamos atravesado la puerta y aparecido de inmediato en el camerino. Sentí un ligero pop mental, parecido al que había experimentado la primera vez que había entrado en la mazmorra, pero nada más. Nada me hizo pensar que habían pasado dos días y medio en un abrir y cerrar de ojos.

—Guau —dijo Katia, que empezó a girar sobre sí misma para examinar el camerino. Después se quedó quieta y extendió los brazos para no caerse—. ¿Estamos en un barco?

No respondí, sino que me la quedé mirando. Había pasado a convertirse en una mujer de pelo corto muy atractiva. Con el pelo negro, de unos treinta y tantos, de piel blanca y con unos ojos claros que estaban colocados en una posición algo desviada sobre su rostro.

—Katia —había dicho Dónut—. Cada vez se te da mejor eso de esculpirte. Y permite que te diga que el pelo negro te queda mucho mejor. Estás más elegante.

Ella se acercó la mano a la cara y luego se relajó.

—Esta es mi cara de verdad, Dónut.

Mientras la gata le explicaba dónde nos encontrábamos, yo fui al baño para hacerme un taparrabos con papel higiénico. Las manos no dejaban de temblarme mientras me envolvía el papel alrededor de las piernas.

«Joder —pensé. Las últimas horas en el tercer piso habían pasado muy rápido y había pasado de todo. Y ahora que tenía unos momentos para recuperarme, me di cuenta de que seguía con el corazón acelerado. Me senté en el suelo del baño y me llevé la mano al pecho—. ¿Cómo puede ser real algo así? ¿En qué se ha convertido mi vida?».

Sabía que este momento de respiro no iba a durar demasiado. Después de todo lo que habíamos conseguido en el tercer piso, ahora estábamos a punto de bajar al cuarto, donde todo volvería a empezar de nuevo.

—Carl, date prisa. ¡Tengo que hacer pipí! —dijo Dónut mientras entraba al baño. Se detuvo en seco y bajó la cola hasta el suelo al momento al verme allí tirado. Un gesto de preocupación se reflejó en sus facciones de felina. Se quedó en silencio unos segundos—. Será mejor que salgas. Katia y Mongo se están comiendo todos los aperitivos para humanos. Lexis también está. Nos ha dicho que Katia también saldrá en el programa, pero solo al final de la entrevista. Comenta que se trata de un especial del cuarto piso y que estaremos en directo justo antes de que se abran las puertas.

—Ven aquí, Dónut —dije.

Saltó de inmediato sobre mi regazo y me dio un ligero cabezazo contra el pecho.

—¿Estás bien, Carl?

—Lo estaré, sí —dije. Después le di unos golpecitos rápidos en la cabeza. Me resultaba muy raro que no llevase puesta la tiara—. ¿Y tú? Creímos que estábamos a punto de morir, luego se solucionó y no hemos parado desde entonces.

—Necesitas dormir —dijo para cambiar de tema—. Vamos a la entrevista y luego encontramos una estancia segura y descansamos. ¿Te parece?

—Muy bien —dije al tiempo que me incorporaba. Abrí los brazos y le enseñé el taparrabos de papel higiénico—. Bueno, ¿cómo lo ves?

—¿Me estás pidiendo que te mienta, Carl?

—Eso mismo.

Treinta minutos después, estaba sentado en el sillón con mi ridículo taparrabos improvisado mientras los últimos instantes que habíamos pasado en el tercer piso se reproducían a pantalla grande.

Odette se reclinó en el asiento.

—Antes de mostraros lo que ocurrió después, me gustaría dar la bienvenida a la nueva integrante de El séquito de la Princesa Dónut. Saludad todos a Katia. ¡Y bienvenido de nuevo al programa, Mongo!

Katia estaba sentada junto a mí en el sillón, mientras que Mongo soltó un graznido en dirección al público virtual, que respondió con entusiasmo al velocirraptor. Estaba hecho un ovillo en el suelo frente a Dónut. También parecía cansado a pesar de llevar gran parte de la noche en el transportín.

Después de hacer algunas preguntas de presentación a Katia, que esta respondió con cara de corderito degollado y monosílabos, Odette suspiró y volvió a girarse hacia mí.

—Bueno, chico —dijo la presentadora—, lleváis fuera dos días, pero en ese tiempo pueden pasar muchas cosas, ¿no es así? —El público rio con cierto deje de nerviosismo, lo que hizo que yo me inquietase—. ¿Qué creéis que ocurrió tras activar ese detonador?

Me encogí de hombros.

—Pues mi idea era que explotase el almacén, pero sé que el pus de hobgoblin es un detonador mágico, así que sospecho que dejó de funcionar y que no pasó nada.

La presentadora dio una palmada y asintió con brusquedad con su cabeza de bicho.

—Muy listo. Sí, señor.

El público se había quedado en completo silencio. Empecé a sentir un temor que me recorrió todo el cuerpo. «Oh, oh. ¿Qué está pasando aquí?».

—Lo creas o no, se supone que tendríais que estar muertos. Y tienes razón: el pus de hobgoblin es un activador mágico. Tendría que haberse desactivado con el primer estallido. Y, si por cualquier cosa no ocurría, tendría que haberlo hecho con el segundo, el que activaba todas las armas mágicas, lo que habría hecho explotar la dinamita y matado a Remex el Grandioso, desatando así la explosión final y cataclísmica.

«¿Remex el Grandioso?».

—Pero no ocurrió nada de eso —comenté.

—No —convino ella—. No ocurrió. La Corporación Borant presentó un recurso contra la decisión de la IA de que el detonador no se viese afectado por ninguno de los estallidos. Justo antes de que entraseis en el plató, un juzgado del Sindicato rechazó la petición de Borant. Además, y más importante aún, dicho juzgado determinó que los logros que recibisteis como resultado de dicha explosión son justos y que también debéis recibir las recompensas.

—¿Logros? —preguntó Dónut, que pareció animarse en ese momento—. ¿Recompensas?

—Pero —continuó Odette—, las normas del Sindicato también permiten al anfitrión hacer un veto una vez por temporada. Y esto es muy importante. Casi siempre se usa para que les acepten un recurso en el décimo piso o incluso en los posteriores. Nunca se ha usado tan pronto. Borant se ha visto obligada a usar este veto automático y, por desgracia, no recibiréis lo que os corresponde. No obstante, todo el mundo ha visto lo ocurrido. Todo el mundo sabe que deberíais haber recibido esas recompensas, aunque no las vayáis a disfrutar.

—¿Qué? —preguntó Dónut—. No entiendo nada. ¿Qué es lo que no vamos a recibir?

—Vale. Primero veamos lo que ocurrió después de que Katia pulsase el botón.

La pantalla pasó a la imagen de un telediario cualquiera, una que nunca había visto antes. Era un plató con una configuración similar a la del episodio resumen, pero con un presentador con aspecto de tigador.

La criatura habló con esa tranquilidad fruto de la práctica propia de un presentador de telediario.

«La historia trágica y controvertida de Remex ha llegado a su fin, pero acaba de surgir una nueva polémica en el *Planeta mazmorrero* de la Corporación Borant. Una decisión de última hora tomada por un trío de mazmorreros atrapados ha tenido un resultado inesperado, uno que podría tener consecuencias desastrosas para Borant en la vida real. Presten atención».

Sentí rabia al oír al presentador decir lo de «vida real». En la pantalla, apareció Katia pulsando el botón. La escena pasó al almacén y a la detonación del pus. Varios espadachines, ahora con la salud muy baja, cayeron al suelo. Después, la imagen pasó al segundo piso, al lastimero Remex, ovillado y escondido en un rincón de la estancia. Había pasado a convertirse en poco más que una silueta de un amarillo titilante. La luz desapareció dos segundos antes de la explosión final, momento en el que gritó de dolor cuando se vio afectado por la onda expansiva de la dinamita.

El presentador siguió hablando:

«Un estallido controlado en el último segundo, que causó una gran liberación de energía de cristal de alma de los espadachines caídos, lo que contuvo en gran medida la explosión de magia salvaje y causó que fuese mucho menos destructiva de lo que se pretendía en primera instancia. Al final, es posible que esto haya salvado la vida de miles de PNJ y de varias decenas de mazmorreros».

Gruñí.

—¿Eso significa que no hacía falta que bajásemos por las escaleras?

—Así es —respondió Odette. Hizo un ademán con el brazo y la imagen de la pantalla se detuvo. Nos miró y fingió compasión—.

¿Sabéis cuántas cajas de botín celestiales se han dado desde la creación de *Planeta mazmorrero*?

Dónut dio un brinco y se puso a cuatro patas. Mongo hizo lo propio y empezó a agitar la cola con emoción.

—No me lo creo, Odette. No puede ser —dijo la gata, con los ojos muy abiertos—. ¿Me estás diciendo que lo que nos iban a dar era una caja celestial? —Se giró hacia el público—. ¡Esto es un ultraje!

Odette asintió.

—La respuesta es dos mil ciento cuarenta y cinco. Esas son las cajas celestiales que se han repartido. Yo misma recibí tres. El máximo que ha conseguido un mazmorrero es de cuatro. Y, antes de este mazmorreo, lo máximo que se han dado en una temporada son dieciocho. Fue en una de los nagas hace muchísimo tiempo. Puede que no lo supierais, pero la empresa anfitriona tiene que pagar impuestos al Sindicato por cada una de las cajas sin patrocinio que entrega. Reciben algunas celestiales gratuitas por temporada, pero si se pasan de ese número tienen que pagar una buena suma de dinero. Y cada una es más cara que la anterior. Es un gasto que compensan con beneficios que sacan de otra parte. Por ejemplo, nosotros pagamos una cantidad de dinero desorbitada por tener la exclusiva de que sentéis el culo en ese sillón.

—No esperaba menos —dijo Dónut, aun con rabia en la voz. El público se rio a carcajadas.

—Han pasado doscientos cincuenta ciclos desde que el Sultanato de Sangre de los naga gestionó el primer mazmorreo de la historia en perder dinero, y aún no han terminado de recuperarse. No han gestionado ninguna temporada desde entonces. Conservan su hueco en la Guerra de Facciones porque habían comprado uno permanente antes del desastre.

—¿Por las dieciocho cajas que comentabas antes? —pregunté—. Me parece una exageración.

—Esa temporada salió mal por diversas razones, pero da igual. Pues eso, que se supone que el juego tiene que ser difícil. Se reparten muchas cajas legendarias porque son baratas, pero las celestiales son un orden de magnitud mejor. La recompensa de una sola de esas cajas puede hacer que un mazmorrero del montón se

vuelva prácticamente inmortal, invencible hasta llegar al décimo piso. Si se reparten sin ton ni son, serán más los mazmorreros que lleguen a los niveles inferiores, lo que hará que la temporada se alargue y granjeará más beneficios a los responsables. Es por eso por lo que el Sindicato las cobra tan caras. Y, aunque es cierto que la IA es quien elige los premios, los guionistas son los responsables de crear las circunstancias que hacen que se repartan dichas cajas. Es un equilibrio perfecto.

Estaba intentando con todas mis fuerzas no romper esa regla de oro que rezaba: «No insultarás a los Borant». Me estaba costando mucho respetarla.

—Solo son tres cajas —gruñó Dónut—. No entiendo que hayan gastado su estúpido veto para evitar que Carl, Katia y yo consigamos un premiazo.

Odette ladeó la cabeza.

—Quizá deberíais ver el resto del telediario.

Volvió a hacer el mismo ademán de antes, y el vídeo continuó reproduciéndose. Apareció un mazmorrero semielfo asiático que entraba a duras penas en una estancia segura tras haber sobrevivido a la explosión mágica que tendría que haberlo matado. Estaba gravemente herido, seguro que debido a los efectos del equipo que llevaba puesto. En la imagen aparecía como el mazmorrero de nivel 15 QUAN CH, con la clase SOLDADO DE SEGURIDAD IMPERIAL. Era el tipo que nos había llamado comemierdas por el chat.

—Ha sobrevivido —dijo Dónut—. Me alegro. Me sentía un poco mal por lo que hice.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Ah, es que lo expulsé del chat después de que nos llamase comemierdas —respondió la gata—. No puedes dejar que la gente se pase de la raya en tus salas de chat, Carl. Hay que gobernar con pata de hierro.

El telediario continuó mientras yo miraba a Dónut con gesto incrédulo.

«Por sobrevivir a la misión de suceso, se les prometió a todos los mazmorreros que se encontraban en la zona de efecto de la

explosión una caja de misión de platino. Pero, como estáis a punto de comprobar, los supervivientes recibieron algo un poco mejor».

Todos vimos cómo Quan Ch abría sus logros.

> ¡Logro desbloqueado! ¡Bandido!
>
> Olvídate de Hadji. ¿A quién le gustaba Hadji? ¡A nadie! Has completado una misión, pero ¡lo has conseguido de una manera poco habitual que ha hecho que desbloquees el logro Bandido! A diferencia del Bandido de verdad, que solía ser muy importante para que Johnny Quest se saliese con la suya, tú no has hecho nada para merecer este premio. Pero no pasa nada, porque lo recibirás igualmente. Este es uno de los logros poco habituales que pueden recibirse más de una vez.
>
> Recompensa: ¡Tú caja de misión de platino se ha mejorado a dos veces y ahora es una caja de misión celestial!

En la imagen, Quan Ch abría la caja con gesto reverencial para luego sacar lo que parecía una especie de túnica reluciente. El programa no mostró la descripción del objeto, pero cuando Quan Ch se lo puso empezó a flotar. Unas alas mágicas y etéreas le brotaron de la espalda. La mano izquierda le brillaba azul.

El presentador del telediario continuó:

«Se ha repartido la sorprendente cantidad de ochenta y tres cajas celestiales debido a la mejora doble y poco habitual de la recompensa de la misión. Borant ha puesto un recurso de inmediato, pero esa caja que habéis visto ya se había abierto y tendrán que pagarla. El Sindicato ha convocado una reunión de emergencia para determinar si la compañía afectada tendrá que pagar por las ochenta y dos cajas restantes. De ser así, será imposible que el antaño poderoso sistema Borant llegue a recuperarse».

—Entonces ¿ese imbécil ha conseguido una caja gratis por todo lo que hemos hecho nosotros? —gritó Dónut—. ¿En serio? ¿Y nosotros nada? ¿No vamos a recibir ni la de platino?

—Me temo que no —respondió Odette—. El veto anula todos los premios. Nadie ha recibido una caja de botín por la misión a excepción de ese mazmorrero. Esa misma noche, Borant metió un parche que desactivó los logros de mejora Hadji y Bandido.

Me reí. Todos se giraron hacia mí.

—No hace gracia, Carl —dijo Dónut. No estaba actuando. La gata temblaba a causa de la rabia.

—¿Qué te resulta tan divertido? —preguntó Odette.

Me encogí de hombros.

—Pues que da igual lo que hagamos. Da igual cuánto nos esforcemos. Siempre terminan jodiéndonos. Perder es una mierda, pero he llegado a acostumbrarme. Lo único que importa es hacernos más fuertes y conseguir más experiencia. Nos equivocamos al ponernos a hacer misiones en lugar de seguir *grindeando*. Pero no volveremos a cometer ese error. De ahora en adelante, nos dedicaremos a entrenar y a progresar.

Odette respondió:

—Es muy probable que no hayáis perdido tanta experiencia como creéis. Conseguisteis contener la explosión mágica, pero aun así fue muy grande. Puede que no hayáis recibido recompensas ni experiencia por la misión, pero técnicamente fuisteis vosotros los que la causasteis y vuestro equipo recibió un poco de experiencia por cada criatura que murió debido a ella, incluidos esos guardias espadachines.

Agitó la mano, momento en el que aparecieron los niveles y características sobre nuestras cabezas. El público soltó un grito ahogado y luego empezó a aplaudir.

Dónut había subido siete niveles, de 19 a 26. Yo había subido seis, de 21 a 27. La última vez que había estado dentro de una estancia segura mi nivel era 19. Eso significaba que tenía 24 puntos de característica que distribuir.

Y luego estaba Katia.

Había subido doce niveles. Había pasado de 9 a 21.

Odette se giró hacia el público.

—Como os prometí al principio del programa, tengo noticias exclusivas que comentaros. El cuarto piso abrirá en menos de una hora, pero he recibido un borrador provisional de la clasificación. ¿Os gustaría verlo?

—¡Sí! Claro que nos gustaría —dijo Dónut mientras brincaba arriba y abajo. El semblante lleno de ira, así como su imagen pública de

gata pija que siempre fingía, habían desaparecido por completo. El público estalló en vítores.

—Tened en cuenta que no será oficial hasta el próximo episodio resumen y, como bien sabéis, las cosas pueden cambiar muy rápido en la mazmorra. Pero os he traído el borrador actual. Nadie sabe la fórmula exacta para calcular la clasificación. Es una mezcla de visualizaciones, favoritos, niveles y dinero, pero la lista suele incluir a los jugadores más populares del juego. ¿Estáis listos?

—Carl —dijo Dónut, que temblaba de emoción—. Vamos a aparecer en ella. ¡Lo sé!

Odette volvió a agitar la mano y apareció la clasificación de diez mejores.

Clasificación actual:
1. Lucia Mar. Ladjablès. General inquisidor negro. Nivel 29. 1.000.000.
2. Hekla. Amazona. Doncella escudera. Nivel 28. 500.000.
3. Prepotente. Cáprido. Equilibrista maldito. Nivel 27. 400.000.
4. Florin. Cocodriliano. Mensajero escopetero. Nivel 24. 300.000.
5. Miriam Dom. Humana. Pastora. Nivel 27. 200.000.
6. Carl. Primigenio. Anarquista moderado. Nivel 27. 100.000.
7. Dónut. Gata. Ex actriz infantil. Nivel 26. 100.000.
8. Ifechi. Humano. Galeno. Nivel 18. 100.000.
9. Li Jun. Humano. Monje urbano. Nivel 25. 100.000.
10. Elle McGib. Doncella de hielo. Neviscamante. Nivel 13. 100.000.

Dónut pegó un gritito de júbilo.

—¡Carl, estamos entre los diez mejores! ¡Y Hekla va la segunda! —Se giró hacia el público—. Es que la adoro. Es una mujer muy digna. Es tan elegante. No me puedo creer que la asquerosa de Lucia Mar vaya la primera. ¿No es horrible?

El público se rio.

—¿Quién es Prepotente? —pregunté mientras leía la lista. Conocía a Florin, el tipo con cabeza de caimán con la escopeta. Miriam Dom era la señora de las cabras. Ifechi, ni idea. Li Jun era el chino aquel del programa del Maestro, el que yo había ayudado a salvarse de los trogloditas y las larvas berrendas. Me alegré de verlo en la lista.

Esperaba que Zhang y los demás de su grupo también estuviesen bien.

—Carl, ¿esa es quien creo que es? —preguntó la gata mientras señalaba el último nombre de la lista.

Asentí. Joder. La señora McGibbons, en silla de ruedas y con demencia senil, una de las ancianas de la residencia de Meadow Lark, estaba en la lista. Solo tenía nivel 13, ya que había empezado en el tercer piso con nivel 1. ¿Qué cojones hacía ahí? Llevaba varios días sin hablar con Brandon.

—¡Hasta aquí el programa, chicos! Mañana traeremos a un ingeniero de Borant para que nos hable en detalle de este nuevo y emocionante piso. Aún no sé de qué ira, pero los rumores dicen que es algo que no se ha intentado jamás. También tendremos a unos mazmorreros como invitados especiales. No están en la lista de los diez mejores, pero es muy probable que estos principiantes no tarden en convertirse en los favoritos del público. Una pista: ¡son gemelos!

El público volvió a rugir de emoción. Después desapareció.

—Chicos, tengo que hablar con vosotros, pero solo me quedan unos minutos —comentó Odette. No se había quitado la máscara, como hacía normalmente—. Voy a dar una entrevista dentro de cinco minutos en otro programa. Comentaremos en directo la apertura del piso. Me van a criticar por no haberos preguntado por el intento de asesinato, pero Borant prohibió hablar del tema. Y Mordecai lo ha recordado varias veces.

—¿Te pasas el día vigilándolo o qué? —preguntó Dónut.

—Así es —respondió Odette, como si fuera algo del todo normal—. Todo lo que puedo. El piso siguiente va a ser especialmente peligroso. —Me miró—. Ten cuidado con ese guantelete. Tiene el poder de invocar a Grull, el dios de la guerra si lo usas con cualquiera de sus acólitos. Empezarán a aparecer en este piso. Y se dice que el rey Óxido ha gastado mucho dinero en el patrocinio de una deidad. El Imperio Calavera no suele comprar dichos patrocinios, por lo que quizá estén intentando acabar con vosotros. No sé cuál es la deidad, pero si tuviese que apostar diría que se trata de Grull.

—¿Puede encontrarnos el dios si no lo invoco por accidente?

—Probablemente no. En este piso, al menos. Preguntadle a Mordecai cómo va el tema. —Se quedó en silencio—. Tiene mucha experiencia, por desgracia.

Lexis entró en la estancia.

—Katia, querida —dijo la productora asociada—. ¿Me acompañas, por favor? Tengo que enseñarte el procedimiento para volver. Dónut, puedes ayudarnos si quieres.

—Sí, claro —dijo Katia, que se puso en pie y se marchó.

Dónut se quedó quieta, me miró a Odette y a mí. Estaba claro que Odette quería hablar conmigo a solas. Cabeceé para indicarle a la gata que podía marcharse. Ella me miró como si estuviese a punto de objetar, pero luego cambió de idea.

—Adiós, Odette —dijo mientras Mongo y ella seguían a Katia.

—No sé cuál es la temática del siguiente piso —aseguró Odette mientras los veía marcharse—, pero basándome en la poca información que tengo, los mazmorreros con Avalancha van a tener mucha ventaja, así que intenta no separarte de ella. Pero la he sacado de la habitación porque quería advertirte.

—¿Por Katia? —pregunté—. Parece inofensiva. Y le cae muy bien a Mordecai.

—No creo que ella esté involucrada, al menos no voluntariamente. Estoy hablando de Hekla. No es malvada, ni una psicótica como Lucia Mar. No obstante, es muy práctica y astuta. No tiene tu sentido de la justicia, lo que hace que sea peligrosa. He estado vigilándola de cerca y sé que ha empezado a obsesionarse con la idea de que Dónut se una a su grupo.

—Hekla me gusta, pero no creo que formemos un buen equipo. Solo puedo lidiar con una personalidad egocéntrica al mismo tiempo, y Dónut es más que suficiente.

—Según he oído en sus conversaciones con su antiguo guía, algo me dice que no quiere que tú sigas con ella. Cree que eres una persona inestable. Pero sabe lo de Mordecai gracias a Katia, y como Mordecai va unido a Dónut, quiere que la gata se una a su grupo para tener acceso permanente al beneficio Representante.

—No creo que Dónut vaya a abandonarme —dije sin dejar de mirar hacia la puerta.

—No. Yo tampoco. Mientras sigas con vida, claro.

Sentí un escalofrío por todo el cuerpo.

—Y, como he dicho antes, no creo que Katia esté involucrada. Y le gustas. De eso estoy segura.

—¿Por qué me cuentas todo esto, Odette? —pregunté.

Ella rio entre dientes.

—Me alegra que tengas en cuenta mi primer consejo. Antes mentí cuando dije que había pagado una cantidad desorbitada de dinero para traeros al programa. Compré vuestros derechos al principio y eran muy baratos. Pago menos por teneros en entrevistas toda la temporada de lo que se pagaría ahora mismo por vosotros en una. Si mueres y Dónut se une a las Hijas de Brunilda, mi contrato quedará invalidado. Seguís siendo mis invitados mejor valorados. De hecho, creo que esa lista está mal y que deberíais estar en el segundo y el tercer puesto, respectivamente.

La lista de los diez primeros seguía flotando en medio de la estancia.

—Odette —dije mientras volvía a leer la lista—. ¿Qué son esos números que hay al final de los nombres? ¿Lo del millón y lo del cien mil?

—Esa es la recompensa —comentó—. Es el dinero que recibirán los mazmorreros si os matan. Ahora tengo que irme. Tened cuidado al salir. Nos veremos después del derrumbe del próximo piso.

Odette desapareció y me dejó solo, meciéndome lentamente sobre las olas que agitaban la caravana de producción.

—Mierda —dije en la estancia vacía.

MATERIAL ADICIONAL DEL LIBRO 2

ENTRE BASTIDORES EN EL CABARET DE LA PIÑA

SEGUNDA PARTE

YAYA LLAMA

«Corre. Corre, amor mío. Voy detrás de ti».

Yaya Llama abrió los ojos de repente. El templo amarillo. Había vuelto a soñar con ese lugar, y con las últimas palabras que le había dicho su esposo. Le había sonreído para que confiase en él. Pero era una sonrisa que había vacilado durante un instante, y ella se había fijado. Se la había dedicado, le había dicho que iba detrás de ella y luego nunca lo había vuelto a ver.

Ella parpadeó y se sintió tan desorientada que le resultó abrumador. ¿Dónde estaba?

Ah, sí. Ya lo recordaba. Estaban «entre bastidores». Se levantó y se puso a cuatro patas, mientras sus viejos huesos chasqueaban y crujían. El saco de lava de su garganta borboteó como un estómago revuelto.

El templo amarillo no era más que un sueño. Ese lugar no era real. La otra llama no era su marido. Ni siquiera lo conocía, a excepción de lo que veía en dicho sueño.

Las llamas que estaban allí con ella se encontraban cerca y charlaban. Suspiró al ver al par de jóvenes soldados. ¿Así había quedado la cosa? ¿Su imperio había quedado reducido a esto?

Ella y dos llamas malignas que eran idiotas.

—No lo soporto. Voy a lanzarle una bola de lava —dijo Bolsita de Té sin dejar de mirar a un grupo de goblins.

Yaya sabía que terminaría pasando algo así. Llevaban días «entre bastidores» y aún no tenían ni idea de qué era aquel lugar tan extraño. La banda, si es que podía llamarse así a un grupo de tres llamas, empezaba a ponerse nerviosa.

—No vas a hacerlo —dijo Yaya mientras se crujía el cuello—. Aún no. Nos vengaremos cuando llegue el momento. Si lanzas la bola de lava en un sitio como este, volverás a prenderle fuego a la moqueta. ¿Y qué pasará entonces? Pues seguro que ahora no nos libramos de chamuscarnos.

—Pero tenemos que hacer algo —dijo Arturo el Mediano, que se encontraba junto a Bolsita de Té—. Nos robaron el alijo y se lo están

metiendo delante de nuestras narices.

Ambas llamas agitaron la cola al unísono, con rabia.

Y no se equivocaban. Desde que habían llegado a aquel lugar, había una nube de humo constante sobre los goblins. Un olor muy característico flotaba en el ambiente, aunque había empezado a reducirse desde el día anterior.

En la lejanía, un goblin con una cacerola en la cabeza les dedicó un gesto obsceno.

—Sí, tenemos que hacer algo. Pero aún no —dijo Yaya, que intentó que la frustración no se le reflejará en la voz—. Nosotros somos tres y ellos veintitrés, incluyendo dos chamatrices y varios de esos con bombas.

Había intentado mantener la compostura. Tenía que ser fuerte por sus soldados, aunque solo fuesen dos. Los goblins habían asesinado a su hijo, y ahora estaban jactándose frente a ella. Les habían robado el alijo y asesinado a decenas de llamas, para luego marcharse, volver y asesinar a su hijo.

Lo habían arruinado todo.

Ajustarían cuentas, claro que sí. Yaya iba a vengarse aunque fuese lo último que hiciese. Pero no podía precipitarse.

—Podemos con ellos —dijo Bolsita de Té.

—No, no podemos. Pero, aunque ese fuese el caso, ¿después qué? Si atacamos a los gobs sin ton ni son, puede que el resto de los que están aquí dejen de confiar en nosotros. ¿Y qué haremos luego? ¿Ves los kobolds y los dingos? Nos destrozarían. Y ni siquiera sé qué son esos cerebros flotantes que están por allá. No podemos permitirnos granjearnos enemigos nuevos. Tened paciencia. Nos vengaremos.

De todos los grupos que había por el lugar, el de las llamas era sin lugar a dudas el más débil, y a Yaya le resultaba aterrador que esos lerdos no se diesen cuenta. «Es mi culpa —pensó con pesimismo—. Estábamos tan centrados en el plan que no pasamos tiempo asegurándonos de que las llamas no eran unas malditas imbéciles».

Arturo el Mediano escupió a un lado, lo que hizo que la moqueta bien acolchada siseara un poco al quemarse. Tenía varias marcas en los lugares en los que la saliva flamígera de la llama le había hecho

agujeros. Sobre ellos, el autómata mágico flotante emitió un aullido metálico de rabia. Lo hacía cada vez que Arturo escupía. Los tres miraron la máquina voladora un instante más antes de que Arturo se girase hacia Yaya.

—No quiero parecer irrespetuoso, Yaya, pero ya no estás al mando. Te jubilaste, y esos tíos se están riendo de nosotros.

Yaya Llama se imaginó derritiendo la cara de imbécil de Arturo. Lo habría hecho si no quedasen solo tres. Respiró muy hondo. El saco de lava de su garganta borboteó.

—Escuchad, pedazo de necios. Aquí mando yo. Os lo he explicado no sé ni cuántas veces. Mi hijo no era más que un señuelo. Yo soy la que está al mando en realidad. Ahora y desde el principio. Lo sabéis. Lo sabíais antes de llegar aquí.

—Si estás al cargo, ¿por qué tenía que seguir las órdenes de Cabecilla? ¿Por qué era él quien me daba la droga para vender? ¿Por qué tenía que pagarle a él por la noche todos los días?

—¿Qué significa «señuelo»? —preguntó Bolsita de Té.

Ella se los quedó mirando. Sobre ellos, el autómata emitió un ruido estridente y se alejó en dirección a un perro peligro que estaba acuclillándose para cagar en la moqueta. El disco flotante intentó llevar a la criatura a la zona designada como baño. El dingo gruñó, intentó morder al disco flotante y siguió cagando.

Ya llevaban allí dos semanas. Todos los días llegaban nuevos grupos de monstruos, aunque había empezado a pasar más tiempo entre llegadas. Algunas de las criaturas eran aterradoramente fuertes. El primer piso de la mazmorra se había derrumbado hacía tiempo, y Yaya sospechaba que habían pasado días suficientes para que se encontrasen en el tercer piso. De ahí era de donde venían las criaturas nuevas. Ya llegaban menos, pero las que lo hacían eran grandes, iracundas, fuertes y estaban muy muy confundidas. La más reciente, un ogro raro y musculado que llevaba lo que parecía un traje de baño a topos, no se había movido del lugar donde había aparecido. Se limitaba a balancearse hacia delante y hacia atrás, murmurando algo sobre gusanos y helados.

La estancia era grande, tanto que Yaya contó casi mil pasos de una pared a otra. A pesar de los cientos de monstruos que había en

el lugar, seguía pareciendo medio vacía. Las voces reverberaban cuando alguien las alzaba. Había techo, pero estaba demasiado alto. Los del primer piso estaban todos aterrorizados por el espacio.

«¿Qué es lo que quieres?». Era lo que la voz le había preguntado mientras se encontraba junto al cadáver de su hijo, que había sido asesinado innecesariamente por los goblins. Algo así no formaba parte del plan. Se suponía que él tenía que vivir. Se suponía que tenía que terminar por estar al cargo de verdad. Estaban construyendo un imperio, haciéndose más fuertes para que los dejasen bajar a un piso inferior. No iban a atacar mazmorreros a menos que los atacasen ellos primeros. Así estarían a salvo.

Pero no los habían atacado los mazmorreros, sino los goblins. Malditos goblins asesinos adictos a la meta.

No había puertas en la estancia. No había salida. Era una habitación rectangular y enorme con paredes de metal, cubierta por una moqueta bien acolchada que olía a nueva. Yaya solo sabía lo que era una moqueta gracias a los sueños. El templo amarillo. Había soñado mucho con ese lugar últimamente. En el sueño había sido una guardia. Tanto ella como su marido. El templo amarillo que olía a lirios y a moqueta nueva. En él, había una joven elfa que le cepillaba el pelaje a Yaya.

Por el lugar flotaban unos quince de esos robots circulares. La mayoría pasaban el tiempo emitiendo pitidos iracundos a los que creaban problemas fuera de los lugares donde tenían permitido hacerlo, y luego bajaban en picado para solucionarlo, si es que era algo que pudiesen solucionar. No podían arreglar la moqueta, eso sí, y cuando se estropeaban pitaban con rabia.

Dos veces al día, los robots soltaban galletas de sustento y odres con agua a todos los grupos. Un rátido salvaje había agarrado a uno de los robots en una ocasión, pero se había electrocutado con solo tocar a esa cosa voladora. No lo había matado, pero sí que le había chamuscado el pelaje de los dos grandes brazos de la criatura. Nadie volvió a atreverse a molestar a los robots después de eso.

Los grupos permanecían separados, montando pequeños campamentos y territorios en esa estancia apenas iluminada. Había goblins. Kobolds con sus dingos. Los rátidos. Las cosas que eran

cerebros con tentáculos. Los rufianes presurosos. Las cabras frescas. Y muchos más. La mayoría eran grupos de entre tres y cinco criaturas. Los goblins eran de lejos el mayor de dichos grupos.

Últimamente, los monstruos habían empezado a llegar de uno en uno. Había un ogro. Una súcubo. Un minotauro.

Nadie se había peleado aún, pero Yaya sabía que solo era cuestión de tiempo. Los rátidos y los cerebros no se caían bien. Y la súcubo y el minotauro sin duda se conocían y se odiaban. Los rufianes presurosos con cabeza de mapache hubiesen matado a todos los demás de haber tenido la oportunidad. Y lo que era aún peor: tenían a una maga en el grupo. Una princesa de la basura. Se decía que era peligrosa y que estaba loca.

Yaya se percató de que esos eran los monstruos «listos». Todos podían hablar a excepción de los dingos. Pero la mayor parte de los grupos no hablaban entre sí. Habían marcado una pequeña parte de la moqueta como territorio y se quedaron allí sentados y malhumorados, a la espera de que ocurriese algo.

Yaya sabía que los habían entrenado para algo así, de que era lo que ocurría en la mazmorra cuando las cosas no se salían de madre. Al menos, era lo que pasaba en el primer piso y, suponía, que también en el segundo. Sabía que algo cambiaba en el tercero y que los monstruos de allí no sabían que estaban en una mazmorra. De ahí la confusión de los recién llegados.

—Aunque esa es bastante sexy —dijo Arturo el Mediano. Yaya parpadeó y se giró hacia sus dos soldados, que no habían dejado de mirar al grupo de goblins. La gigantesca lengua de llama de Arturo brotó entre sus labios y se lamió la cara. Emitió un gruñido extraño y asqueroso mientras miraba a una de las dos chamatrices.

Yaya se estremeció. Maldijo por enésima vez por tener que estar allí justamente con esas dos llamas, esos dos estúpidos. La mayoría de las llamas eran unas estúpidas, pero estas dos estaban a otro nivel.

—Muy sexy —continuó Arturo, que susurró la palabra como si intentase sonar seductor—. Después de matarlos, quizá le pida salir.

—¿Cómo vas a pedirle salir si vas a matarlos a todos? Además, para ti todo es sexy —comentó Bolsita de Té.

—Pues no. No creo que tú lo seas. Ni Yaya. —Se giró para mirarla —. Bueno, en su caso puede que lo fuese. Pero lo cierto es que tampoco la rechazaría ahora. Me gusta la carne madurada…, ya sabes.

«A la mierda», pensó Yaya, que empezó a preparar su conjuro Coz.

Y, en ese momento, las luces de la estancia se encendieron. Todos se quedaron quietos y alzaron la vista. El lugar no estaba muy iluminado hacía un momento, pero ahora la luz era tan brillante que Yaya vio la estancia al completo. La moqueta relució con el brillo y se vieron los cientos de manchas que habían dejado los monstruos. Todo el mundo dejó de hablar y de gruñir al momento.

Les llegó una notificación. La primera desde que se encontraban en aquel lugar.

> El tercer piso ha concluido. Esperen, por favor…

Uno de los discos voladores bajo y empezó a flotar frente a Yaya. Emitió un bip.

—Yaya Llama, sígueme. El resto quedaos aquí hasta que ella regrese.

Se miraron entre sí. Era la primera vez que esas cosas de metal hablaban. Tenían una voz extraña. Masculina. Metálica. Era similar a la de los avisos de la mazmorra, pero diferente de alguna manera. Más formal.

—Y una mierda —dijo Bolsita de Té un momento después. Si queréis una yaya, buscaos la vuestra. Esta es nuestra. Es la madre de Cabecilla. Si ella se marcha, yo también.

En la distancia, uno de los robots también flotaba frente a una de las chamatrices goblin. La otra se había puesto a gritar, seguro que protestando por lo mismo. Yaya miró a su alrededor y vio que la situación se repetía en alguno de los demás grupos, aunque no en todos.

—Bolsita de Té —dijo Yaya—. Tranquilo. Quédate aquí y no le prendas fuego a nada.

Yaya siguió al robot hasta la pared de aquella estancia enorme. Vio que los monstruos que no habían sido elegidos la miraban, tanto a ella como a los demás que iban de camino a la pared. De repente sintió la necesidad de mostrarse altiva y orgullosa mientras caminaba. «Que vean bien quién eres». Pasó junto a la súcubo de piel roja, que la fulminó con la mirada desde el lugar donde se encontraba en la moqueta. Yaya le guiñó el ojo a la criatura demoniaca.

Apareció de repente una puerta mágica cuando se acercaron a la pared, y Yaya trotó titubeante al interior mientras el robot permanecía fuera.

Llegó a una habitación más pequeña con el techo mucho más bajo. No había moqueta por el suelo, sino baldosas, por lo que las pezuñas le repiquetearon con fuerza. Era el único ruido que se oía en la estancia mientras los demás empezaron a entrar detrás de ella. Las paredes estaban hechas del mismo metal que el resto del edificio y las luces estaban atenuadas. El ambiente olía mucho más limpio, más fresco de lo que había experimentado jamás.

Pero eso no era cierto, ¿no? Volvió a pensar en el templo amarillo de sus sueños. En la ventana con el cielo despejado y enorme. En la elfa con el cepillo que le decía cosas bonitas. En su marido, cuyo nombre no era capaz de recordar.

Eran diez en la habitación. Además de ella, estaban por allí la chamatriz cubierta de piercings, uno de los rátidos salvajes, la maga princesa de la basura, uno de los cerebros flotantes y unos pocos más. Nadie dijo nada. Todos se quedaron mirando entre sí, nerviosos.

La goblin se abrazó a sí misma y se quedó en la parte de atrás de la estancia, temblando.

Yaya la miró y se dio cuenta de que la pequeña criatura tenía síndrome de abstinencia. Estaba empezándole, pero las señales eran muy claras. Era lo que esperaba. No quería atacar a los goblins mientras seguían drogándose. Un día más y ya estarían todos muy afectados…

—Muy bien. Juntaos todos por aquí —dijo una nueva voz en la habitación.

Yaya se giró con brusquedad hacia el frente, hacia la criatura que acababa de aparecer de repente. La llama soltó un grito ahogado y dio un paso hacia delante.

Era ella.

La chica de sus sueños. La elfa que le había cepillado el pelaje y le había hecho trencitas.

Pero… no. Un momento después la decepción se apoderó de Yaya. Era una joven elfa, sin duda, pero no era la misma. Se parecía, eso sí.

El rátido fue el primero en hablar. Era uno de los salvajes. Aferraba una lanza que agitaba con gesto amenazador a la elfa.

—¿Dónde narices estamos? Llevamos demasiado tiempo aquí encerrados y no nos han dado explicaciones. Nada de nada. Y tus estúpidas máquinas de comida nos dan alimentos horribles. Esas cosas quemaron el pelaje de Jimmy James, quien no ha sido el mismo desde entonces.

El cerebro flotante agitó los tentáculos, como si se estuviese divirtiendo. Después dijo, en un canturreo:

—La verdad es que Jimmy James está mucho mejor así.

Que Yaya viese, esa cosa no tenía boca.

El rátido salvaje se giró hacia el cerebro y gruñó:

—Te voy a arrancar esas cosas y a usarlas para metérselas a tu madre.

—¿Cómo dices? —dijo el cerebro.

—Eso me dijo tu madre, sí.

—¿Qué? Eso no tiene sentido.

La rata agitó la lanza y dio un paso hacia el cerebro flotante, que respondió flotando un poco hacia arriba y extendiendo más tentáculos, gesto que le dio aspecto de una flor enorme. La rata dejó caer la lanza, se agarró la cabeza y empezó a gritar. Yaya sintió un zumbido en su cerebro, fruto del ataque psiónico, pero consiguió obviarlo. Por suerte, iba dirigido al rátido, que había caído de rodillas.

—Dioses. Dioses… Duele —gritó la rata.

—Eso sí que fue lo que me dijo tu madre, ¿ves? —comentó el cerebro, con cierto deje de triunfo en su voz incorpórea—. Así es

como se insulta a alguien, pedazo de saco de pus sifilítica y putrefacta.

—Chicos —dijo la elfa—. Parad y prestarme atención, por favor.

La rata volvió a gritar para intentar contener el dolor. Cogió la lanza, se giró hacia el cerebro que seguía volando alto y echó el brazo hacia atrás, preparado para arrojar el arma.

—Oh, oh —dijo el cerebro—. Mira, Larry. Será mejor que hablemos y…

La lanza voló directa hacia él, pero cuando estaba a punto de chocar contra la criatura quedó convertida en un montón de bichos. Polillas. Volaron por el lugar y se quedaron posadas en el techo.

—Vaya —dijo el cerebro—. Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Qué le has hecho a mi mejor espetón? —exigió saber la rata al cerebro mientras agitaba el puño—. Pagarás por esto, Nigel.

Los tentáculos de la criatura dejaron de agitarse y colgaron flácidos.

—Te aseguro que yo no he hecho nada, Larry. Eso es magia druídica.

—Cerrad el pico —insistió la elfa, ahora sin educación alguna—. Juro por Nekhebit que, si no os calmáis, os convertiré a todos en escarabajos peloteros y empezaré de cero con otras criaturas.

—¿Todos…? ¿Todos tenéis nombre ya?

Lo había preguntado la goblin, con voz temblorosa y asustada.

—Claro que tengo nombre —dijo Larry el rátido—. ¿Por qué no iba a tener nombre? Un momento… —dijo antes de quedarse en silencio.

La pregunta sorprendió a Yaya, que se quedó pensando unos instantes. ¿Ella tenía nombre? Era Yaya Llama. Su hijo era Cabecilla.

Pero… esos no eran sus nombres. Eran títulos. Bueno, Yaya Llama era un título, al menos. Cabecilla también. Pero Bolsita de Té y Arturo el Mediano sí que eran nombres. Nombres absurdos, sin duda, pero nombres al fin y al cabo. ¿Por qué ellos tenían nombre y ella no?

«Claro que tienes nombre. Siempre has tenido uno. La elfa. Ella te llamaba señora Guapa y a tu marido señor Guapo».

Pero señora Guapa era un apodo, ¿no? Y no era el único nombre que había tenido.

Lo recordó de repente con mucha más claridad, los recuerdos la sobrecogieron como si le hubiesen dado una patada en el cuello y hubiese soltado un grito ahogado. Había sido demasiado rápido, demasiado violento. Normalmente, no tenía nombre ni título ni nada. Pero cuando se daba el caso, siempre era uno diferente. Durante las últimas diez temporadas o así había sido Yaya Llama. Y lo de las drogas…, los palitos luminosos. La meta de baño. Todas las instalaciones de producción. Eso era nuevo. Bueno, una parte. Llevaba fabricando y vendiendo drogas desde hacía muchas temporadas. La meta era nueva para esta en particular.

¿Qué? ¿Qué?

Sintió como si se fuese a desmayar.

¿Quién soy? ¿Quién soy?

No era la única que sufría esa especie de epifanía. Todos se quedaron en silencio de repente. Hasta Larry el rátido había puesto un gesto extraño. El cerebro llamado Nigel había descendido flotando al suelo y se había quedado allí inerte.

—Muy bien —comentó la elfa mientras echaba un vistazo a su alrededor—. Gracias, Rory. Has hecho que sea más fácil de lo que creía. Acabas de ahorrarme muchos problemas. Todos, enfrentaos a la sensación. Sé que estáis desorientados, pero dejaréis de sentirlo dentro de más o menos un minuto.

Yaya siempre había sabido que era un monstruo que habían «creado» en la mazmorra. Sabía dónde estaban y el propósito de su existencia. Pero no sabía que su mente, su ser y sus recuerdos también estaban siendo cambiados. Era lo que le hacían a los del tercer piso para abajo, no a los del primero y el segundo.

Pensó en su hijo. El Cabecilla. No todos habían sido creados para la mazmorra. Su hijo había nacido. Recordaba dar a luz. Pero… Volvió a sentir náuseas. ¿Cuándo se había quedado embarazada? ¿Quién era el padre? ¿Era su marido, el del templo amarillo? No, no podía ser. No casaba cronológicamente. Su hijo… Él había nacido, había cambiado la temporada y, de repente, ya era adulto. En ese momento, Yaya había decidido convertirlo en el cebo mientras ella

seguía al mando. Formaba parte de su plan. Recordó el momento en el que se le había ocurrido la idea, pero dicho recuerdo desapareció al momento. El plan no había sido idea suya, sino que apareció en su mente igual que había aparecido su hijo.

La cabeza no dejaba de darle vueltas. Las epifanías se sucedían una tras otra como una andanada de flechas.

El templo amarillo no era un sueño. Dioses. Eran recuerdos verdaderos. Había sido guardia en una estancia de «bendiciones de recompensas» en una ocasión. Había estado a salvo, y los mazmorreros siempre se alegraban de verla. Su marido era real, y se querían. Hasta que… Hasta que… Ahora lo recordaba. Un mazmorerro. Un buné, se llamaba la especie. Un pequeño lagarto flotante. El mazmorrero había matado a la elfa cuando ella había intentado evitar que robase toda el agua de la fuente de las bendiciones. El marido de Yaya se había enfrentado al mazmorrero y le había dicho a ella que escapase. Ella había obedecido y había pasado los días siguientes deambulando sin rumbo entre lágrimas, sin tener claro qué hacer. Y, más tarde, cuando había empezado la siguiente mazmorra, ella había cambiado. Y su marido seguía desaparecido.

En ese momento, se dio cuenta de que era algo que ocurría mucho. Las cosas permanecían estables hasta que un mazmorrero llegaba y las echaba por tierra. Y luego todo cambiaba. Si alguien moría, desaparecía para siempre. Pero a veces había nuevos que reemplazaban a los anteriores que habían desaparecido. Era muy confuso. No tenía sentido.

Junto a ellos, una pequeña criatura con forma de lagarto y la lengua muy larga se había puesto a vomitar en el suelo a cuatro patas. Uno de los robots apareció de la nada y emitió un ruido estridente.

La elfa lo miraba todo con una sonrisilla extraña en el gesto. Agitó la mano, momento en el que apareció una silla. Brotaba del suelo y estaba hecha de enredaderas. Se sentó en ella y cruzó las piernas. Luego se inclinó hacia delante.

—Lo que estáis experimentando en estos momentos recibe el nombre de ruptura de memoria. Normalmente, hay protecciones

para que no ocurran este tipo de cosas, pero se van deteriorando con el tiempo. La comida y el agua que os han dado ha acelerado el proceso. Yo misma iba a hacer estallar la burbuja, pero Rory se me ha adelantado. Cuando ocurre esto, el procedimiento habitual era mataros y que se tirasen vuestros cadáveres al reciclador. Pero, obviamente, eso no es lo que va a pasar ahora. Necesitamos vuestros cerebros en perfecto estado para cumplir con nuestra misión.

—No eres una administradora de la mazmorra. ¿Quién eres en realidad? ¿Qué es este lugar? —lo dijo la princesa de la basura. La maga mapache había pronunciado las palabras con dificultad.

—Considérame una guía del juego. Pero no una para mazmorreros, sino para monstruos como vosotros. Os ayudaré a aclimataros y guiaré vuestro entrenamiento y vuestras subidas de nivel de ahora en adelante. Me llamo Menerva, y vosotros diez sois los Generales Directores de Mazmorra.

«¿Entrenamiento y subidas de nivel? —pensó Yaya—. ¿Generales Directores de Mazmorra?».

—Vale, pero ¿qué es este sitio? —exigió saber la princesa de la basura.

La elfa sonrió y alzó los brazos.

—Estamos entre bastidores en el Cabaret de la Piña.

Todos se la quedaron mirando.

—¿Eso qué mierdas es? —preguntó finalmente Larry el rátido.

La sonrisa de Menerva no desapareció de su rostro de elfa.

—Amigos, esta es vuestra salvación. La zona entre bastidores se encuentra en el decimoséptimo piso de la mazmorra. El último antes de la gran sala del jefe que tenemos debajo.

La goblin, que se llamaba Rory, dio un paso al frente.

—¿E-el d-decimoséptimo piso? ¿Vamos a saltarnos los demás? ¿Cómo es posible? ¿Por qué nosotros?

—Vale. Prestad atención todos —comentó Menerva, que se inclinó más aún hacia delante en la silla—. Estamos entre bastidores, eso significa que nos encontramos en un lugar donde los mazmorreros no pueden llegar. Seguimos bajo la influencia de la IA del sistema,

pero esto no es un piso de la mazmorra. No tenéis interfaces, aunque eso cambiará en un instante.

—¿IA? ¿Eso qué es? —preguntó Larry.

—Es el dios —respondió la princesa de la basura—. El dios que crea las palabras mágicas.

—Eso son los administradores de la mazmorra, estúpida —imprecó Larry—. Los intocables, como Damien y los hombres pez.

Dio la impresión de que la mapache estaba a punto de abalanzarse sobre el rátido, pero Menerva alzó una mano.

—Todo os quedará claro a su debido tiempo. Ahora, escuchadme y podréis hacer más preguntas luego. Por si aún no lo sabéis, la mazmorra tiene dieciocho pisos. Ahora mismo, los mazmorreros acaban de terminar el tercero, y el cuarto abrirá pronto. Las normas dictan que los encargados de la temporada deben tener planes para cada piso antes de que empiece la temporada siquiera. Seis de esos pisos vienen predeterminados por la tradición. Dichos pisos son el tercero, el sexto, el noveno, el duodécimo, el decimoquinto y el decimoctavo. —Alzó un dedo—. Pero solo hay un mazmorrero que haya conseguido pasar del duodécimo. Es por eso por lo que hay muchísimas temporadas en las que los espectadores nunca han visto lo que hay desde el decimotercero al decimoséptimo.

—¿Espectadores? —preguntó Yaya. No se había podido contener. Menerva la ignoró.

—Y ahí es donde entráis vosotros. Como esos últimos pisos nunca se usan, los encargados envían siempre los mismos planes de la temporada anterior. El resultado es que dichos pisos han sido siempre iguales desde hace muchísimo tiempo. Y, francamente, no creo que los encargados actuales sepan qué hay en ellos siquiera. Nadie estudia ya los planes de esos pisos.

—¿Y por qué no reducen el número de pisos y ya está? —Lo había preguntado el cerebro, que latía sobre las baldosas. Nigel.

—Es muy probable que eso requiriese personas con mejor capacidad para la planificación —murmuró Menerva. Luego continuó —. Pero bueno, que estamos en el decimoséptimo, la última prueba que deben superar los mazmorreros antes de enfrentarse al gran Escolopendra. En este piso es donde lucharán contra monstruos de

todos los pisos anteriores, pero con la fuerza invertida. Es por eso por lo que los del primer piso seréis los más fuertes. Pero no puedo limitarme a daros superfuerza y niveles. Tendréis que entrenar poco a poco para no mataros por accidente. Y el piso en sí… Estará todo dentro de esta estancia.

—¿El piso está aquí? —preguntó Nivel el cerebro—. ¿En este almacén vacío con el suelo peludo?

—Así es.

—Pues no es que sea muy emocionante, ¿no?

Menerva sonrió y luego chasqueó los dedos. Una columna de algo…, ¿de hielo?, empezó a brotar desde el cielo debajo de Nigel y a alzarlo por los aires. El cerebro ahogó un grito y flotó para alejarse.

—Tan pronto como tenga claro que no vais a mataros entre vosotros, a los diez se os dará el poder para crear lo que se os antoje. Vuestra tarea será crear una minimazmorra, un reflejo del primer piso, para poner a prueba a los mazmorreros. La única norma es que debe haber un camino bien claro desde la entrada hasta dos salidas diferentes. Lo que construyáis ahí en medio será cosa vuestra. Yo os ayudaré, pero seréis vosotros los que creéis el piso entero mientras entrenáis. Disponéis del tiempo que tarden los mazmorreros en llegar al decimosexto piso para diseñar y construir este.

—Pero los mazmorreros nunca llegan al decimotercero, ¿no? —preguntó la princesa de la basura.

—Eso es cierto. Y todo suele acabar en el décimo. A veces en el noveno, incluso.

La mapache soltó un gruñido.

—Entonces ¿para qué lo hacemos? Si no van a llegar, ¿a qué viene todo esto?

Menerva sonrió.

—Hace mucho tiempo, alguien pensó que sería buena idea programar este penúltimo piso para que se construyese solo. Todos habéis sido rescatados por la IA antes de ser reciclados. Se os ha salvado, y ahora vuestra misión es construir este piso lo mejor que

podáis aunque nadie llegue a verlo. Es algo que tiene que hacerse porque ellos dicen que tiene que hacerse. Sin más.

—Yo tengo una pregunta —interrumpió Yaya—. Si este supuesto piso ha existido todas las temporadas y los mazmorreros nunca llegan hasta aquí, ¿dónde están los monstruos de las temporadas anteriores? ¿Qué pasa cuando se acaba una temporada? ¿Adónde vamos?

—Pues vais al cabaret, claro. Ahora estamos entre bastidores. Una vez hayáis terminado con vuestra misión, os uniréis a los demás en ese lugar tan bonito, un lugar de seguridad eterna sin mazmorreros ni peligros. Llegaréis al Cabaret de la Piña.

—¿En serio? ¿Lo dices en serio? —Lo había preguntado Rory la goblin, quien se había acercado desde el fondo de la estancia para colocarse justo frente a Menerva. Se arrodilló delante de la elfa—. ¿Estaremos a salvo para siempre?

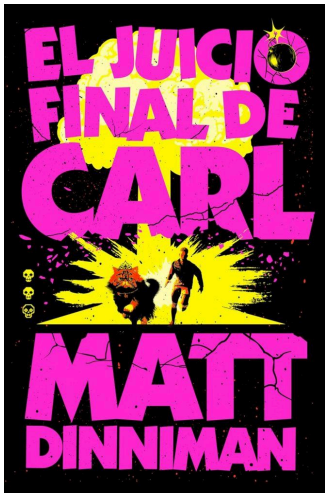
—Por siempre jamás —insistió Menerva, mientras colocaba la mano sobre Rory como si fuese una sacerdotisa que la estuviese bendiciendo. Rory empezó a sollozar sin vergüenza alguna.

La sonrisa de Menerva se ensanchó aún más. Era la misma que le había dedicado a Yaya su marido. «Voy detrás de ti».

Yaya empezó a sentir una inquietud muy alarmante.

LA TERCERA PARTE ESTARÁ INCLUIDA EN *EL LIBRO DE COCINA DEL ANARQUISTA DE LA MAZMORRA.*

¡EL ENTRENAMIENTO HA TERMINADO! Bienvenidos, mazmorreros, al volumen 2 de la saga más adictiva y meteórica: de autoeditado a superventas con más de 3 millones de lectores.



«Qué pedazo de saga es Carl el Mazmorrero. Leedla, por favor». **ISMA PREGO, @WISMICHU**

«Todo es gamberro, descarado, violento, irreverente ¡y muy divertido!». **CHICOTE**

«Una mezcla de irreverencia, imaginación y un ritmo frenético que no da tregua. Dinniman no se anda con florituras estilísticas, va directo a lo que importa: que te lo pases bien». **3DJUEGOS**

«Todo un fenómeno refrescante con el que da comienzo una serie que dará mucho que hablar, porque convierte la lectura en pura diversión. Algo mucho más complicado de lo que pueda parecer». **ZENDA**

«Una aventura trepidante que tiene todo lo que un libro puede desear». **IGN**

«Original, divertido y cafre. Un videojuego hecho libro que enamorará a todos los fanáticos del rol». **@LIARALESTRANGE**

Un nuevo piso con nuevos desafíos. Y Carl sigue sin pantalones.

Empieza la nueva temporada del concurso más visto de la galaxia: Planeta mazmorrero. En el tercer piso, Carl y la Princesa Dónut deberán esforzarse más que nunca. Ya han demostrado que un veterano de la Guardia Costera y una integrante de la realeza felina pueden formar un equipo casi imparable. Y aunque tienen una audiencia bestial, los espectadores son insaciables y la mazmorra es cada vez más peligrosa. Tendrán que darlo todo si quieren sobrevivir a esa picadora de carne diseñada para destrozar y luego escupir a los mazmorreros.

Un circo de muertos vivientes deambula por las ruinas de la Ciudad Epígea, una próspera metrópolis que fue devastada por una misteriosa desgracia. Mujeres asesinadas caen del cielo. Un antiguo conjuro está a punto de desvelar su aciago propósito. ¿Podrán Carl y la Princesa Dónut resolver el misterio a tiempo?

«Carl el Mazmorrero consigue que no se te borre la sonrisa de la cara mientras lo lees. Prepárate para una lectura deliciosa».
Kevin J. Anderson

«Un placer inesperado y disparatado».
Scott Lynch

Matt Dinniman es un escritor, artista y músico originario de Gig Harbor, Washington. Es reconocido por su saga superventas Carl el Mazmorrero, con más de un millón de lectores. Además de su faceta literaria, Dinniman ha publicado numerosas historias cortas y obras de arte, como tarjetas de felicitación y calendarios. En su tiempo libre, disfruta tocando el bajo en dos bandas musicales.



Título original: *Carl's Doomsday Scenario*

Primera edición: octubre de 2025

© 2021, Matt Dinniman
© 2024, «Entre bastidores en el Cabaret de la Piña» por Matt Dinniman
Publicado por acuerdo con The Foreign Office Agència Literària S. L. y The Gernert Company
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, David Tejera Expósito, por la traducción
Las ilustraciones del interior son de Erik Wilson

Diseño de la cubierta: adaptación de la cubierta original de Will Staehle / Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de la cubierta: © Will Staehle

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-10466-15-9

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: novaCifi

X: @NovaCifi
Instagram: @novacifi
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

Índice

El juicio de Carl
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo
Material adicional del libro 2. Entre bastidores en el cabaret de la piña
Sobre este libro
Sobre Matt Dinniman
Créditos